

CAPITULO XLVIII.

De cómo la duquesa de Gandia tuvo un susto mucho mayor del que le habian dado los miedos de San Anton.

Doña Clara Soldevilla era feliz.

Feliz de una manera suprema.

Estaba consagrada enteramente al recuerdo de su felicidad.

Apenas, si habia hecho desde que habia salido aquella mañana de su aposento su marido, mas que pensar en él, sentada en un sillón junto al brasero.

Ya bien entrado el día, creyó que era un deber suyo dar parte á su padre de lo que la acontecia, y tomó la pluma para escribir una larga carta.

Pero una vez puesta á ello solo pudo escribir lo siguiente :

«Padre de mi alma : mi lealtad y la reina me han obligado á casarme ; pero al casarme no he hecho un sacrificio. Soy feliz. Mi marido se llama don Juan Tellez Giron. No puedo escribiros mas, mi buen padre. Estoy aturdida con lo que me sucede : enviad vuestra bendicion, señor, á vuestra hija que os ama y queda rogando á Dios por vuestra vida.— Clara.

Cerró esta carta y llamó.

—Que venga al momento Anselmo, dijo.

Presentóse poco despues un escudero como de cincuenta años.

—Monta al momento á caballo, mi buen Anselmo, dijo Clara, y ve á llevar á mi padre esta carta.

—¿Pues qué sucede, señora? dijo Anselmo cuidadoso, porque era un antiguo criado de la casa.

—Sucede que doy á mi padre la noticia de mi casamiento.

—¡Cómo! ¡la señora se casa!

—Me he casado ya.

—¡De secreto!

—No por cierto, me casé anoche delante de testigos en la capilla real.

El escudero se puso pálido, y no se atrevió á preguntar mas.

—Pero... me olvidaba... esta carta no puede ir sin otra suya y él no ha venido.

En aquel momento entró en el cuarto una dama de la reina que venia de ceremonia.

—¡Ah! ¡doña María! exclamó la jóven.

—Vengo, doña Clara, primero á daros la enhorabuena... una triple enhorabuena... que sé yo cuántas enhorabuenas...

—¡Oh! ¡muchas gracias, señora! Anselmo vete fuera. Sentaos, doña María.

—No por cierto; estoy en el tocador de la reina y la reina me envia. Dí á doña Clara Soldevilla, me dijo, que no nos haga esperar; que se vista como conviene á una recién casada que va á ser presentada con su marido á la corte y á tomar la almohada de dama de honor, mientras que su marido toma el mando de la tercera compañía de guardias españolas. He venido, pues, doña Clara, contenta porque vos debíais estarlo mucho.

—¡Oh! ¡si! ¡gracias á Dios!

—¿Con qué casada?

—Anoche...

—¡Y no haber conocido al novio...! ¡reservada siempre!

—En cambio, señora, conoceréis al marido.

—Pues vestíos, vestíos, doña Clara, dentro de poco vendrán por vos y por vuestro esposo, el conde de Olivares representando al rey, y la duquesa de Gandia representando á la reina, como que son vuestros padrinos. Además, permitidme un momento—y doña María salió y volvió á entrar trayendo un cofrecillo en las manos—la reina me encarga que os prendaís estas joyas que os regala. Y es un bello aderezo... muy bello... su magestad os ama mucho.

—No sé como pagar á su magestad... y siento, siento mucho no poder complacerla... pero mi marido me ha regalado otro aderezo,

—¡ Ah ! ¿con qué es rico...? os doy otra nueva enhorabuena. ¿Y sereis tan reservada respecto á vuestras galas de novia, como respecto á vuestros amores?

—¡ Ay Dios mio, no ! si quereis ver antes que nadie esas joyas, os daré gusto. ¡ Isabel !

Apareció una doncella.

—Trae un cofrecillo que hay en mi retrete: aquel cofre de sándalo donde yo guardo mis alhajas. ¿Y decís, continuó doña Clara, que la duquesa de Gandia vendrá por nosotros como madrina en nombre de la reina?

—Así me lo ha dicho su magestad.

—Ved el aderezo de que os he hablado, dijo doña Clara abriendo el cofre.

Doña María, que habia sabido con envidia el casamiento de doña Clara con un jóven capitán de la guarda española, y con disgusto su nombramiento de dama de honor, que las igualaba á entrambas, vió con despecho las ricas alhajas que la mostró doña Clara con la mayor lisura, sin alegría y sin orgullo.

—Sois completamente afortunada, dijo, y os repito mis enhorabuenas. Pero me voy ; ya os he dado el mensaje que os traia, y me espera su magestad : y salió.

Apenas habia salido doña María, cuando entró una doncella.

—Señora, dijo, un caballero pregunta por vos ; yo le he dicho que no acostumbrábais á recibir visitas, pero me ha contestado riendo, que estaba seguro que vos le recibiríais.

—Como se llama ese caballero.

—Se llama don Juan... don Juan...

—¿ Tellez Giron ?

—Eso es.

—Pues que entre al momento.

—¿ Llamo á vuestra dueña ?

—No.

La doncella salió escandalizada : doña Clara jamás habia recibido visitas de hombre.

Introdujo sin embargo á don Juan y salió.

Pero se quedó mirando por el quicio de la puerta y su escándalo creció, cuando vió que su señora y el jóven caballero se asian tiernamente de las manos, y que el caballero se atrevia á dar un beso á su señora.

—¡Oh! ¡qué hermoso y que gentil vienes, mi don Juan! dijo doña Clara mirando arrobada al jóven. Y cómo se conoce la ilustre sangre que te alienta. Yo tambien voy á engalanarme, á prenderme las hermosas joyas que me has regalado.

La doncella escandalizada se fué á decir á los demás criados al rodrigon y á la dueña y al escudero, que su dama, habia recibido á solas á un caballero que la besaba, y lo que era peor, que la regalaba joyas.

Pero cuando estaba en lo mas ardiente de su acusacion fiscal, entró la dueña cogitranqueando y dijo:

—Todo el mundo al cuarto de la señora.

El mundo todo aquel á que se referia la dueña, eran un rodrigon que ya conocemos, dos doncellas, dos escuderos, dos criados y un paje.

Todo el mundo entró con cuatro palmos de curiosidad en el aposento de la jóven.

Don Juan estaba lisa y llanamente sentado junto al brasero y con el sombrero puesto.

Como el señor en su casa.

Los criados miraban á don Juan con asombro.

—Amigos mios, dijo doña Clara: anoche mientras vosotros dormiais, apadrinada por sus magestades, me casé con este caballero... con don Juan Tellez Giron, que siendo mi esposo y mi señor, es vuestro amo.

—Sea por muchos años, exclamó el rodrigon que era el mas viejo y el mas autorizado: que Dios haga muy felices á sus mercedes... este es el segundo casamiento que veo en la casa... cuando la señora madre de vuesamerced se casó...

—Os dió muestras del aprecio en que os tenia: yo os las daré tambien: ahora idos: quedaos vosotras—añadió dirigiéndose á las doncellas—necesito vestirme.

Los criados salieron por una puerta, y doña Clara y las doncellas por otra.

Quedóse solo el jóven.

Una gravedad que hasta ahora no hemos conocido en él, habia acabado por ser la espresion de su semblante.

La fortuna le sonreia: se encontraba poseedor de una mujer hermosa entre las hermosas, noble entre las nobles, dificultad viviente que habia desesperado á los mas peligrosos galanes de la corte: la poseia por completo; doña Clara le habia dejado ver todo el tesoro de ternura y de amor de su alma, y le habia dicho embriagada de no sabemos que deleite:

—Vos habeis sido la mano que ha descornado el velo de mi alma : os habeis presentado en tan poco tiempo delante de mí, tan hermoso primero, tan valiente, tan generoso, tan enamorado, tan noble despues, que yo tengo para mí que habeis ganado bien en veinte y cuatro horas, lo que otro no hubiera ganado tal vez en años.

Y cuando don Juan la replicaba :

—¿Y si la suerte nos hubiese separado?

—No os hubiera olvidado nunca : nunca hubiera dejado de sufrir al recordaros.

Y don Juan asia la hermosa cabeza de su mujer entre sus dos manos, la besaba y esclamaba entre aquel beso.

—¡ Oh ! ¡ bendita seas !

No podia ser mas feliz don Juan.

Y esta felicidad le habia hecho grave.

Contribuan ademas á esta gravedad, un remordimiento y una aspiracion.

Aquella aspiracion y aquel remordimiento estaban representadas por dos mujeres.

La aspiracion era por su madre.

Don Juan sabia que era una dama ilustre. Pero su nombre... el jóven hubiera hecho un doloroso sacrificio por saber el nombre de su madre.

El remordimiento estaba representado por Dorotea.

Doña Clara despues de haber asegurado, jurado el jóven, que á nadie amaba mas que á ella, no le habia vuelto á hablar de la Dorotea.

La Dorotea era una cosa pasada, olvidada.

Su deber le prohibia volver á los amores de la comedianta.

Y sin embargo, don Juan sabia que la Dorotea le amaba : que le amaba con toda su alma, que él habia sido para ella, una especie de regeneracion : que, en una palabra, en la Dorotea se habia abierto para él un alma tan virgen como la de doña Clara.

La comedianta no era, es cierto, la mujer digna, pura, magnifica : el tesoro en una palabra : pero la Dorotea era un ser desgraciado, tenia en su favor su infortunio... abandonarla era hierirla... y luego... digámoslo de una vez : ¡ era tan hermosa la Dorotea... ! ¡ amaba de una manera tan profunda, tan delicada, tan ardiente... !

Don Juan luchaba en vano con el recuerdo de la Dorotea, no podia dominarle, no podia recusarle... y del recuerdo doloroso de la Dorotea pasaba al misterio de su madre...

Don Juan estaba de muy mal humor.

Y cuando se hallaba en uno de sus momentos mas tétricos, se abrió la puerta, y uno de los pajes dijo.

—Señor: la duquesa de Gandia.

Don Juan se quitó el sombrero lo arrojó precipitadamente sobre la mesa, y salió al encuentro de la duquesa.

Doña Juana de Velasco entró vestida, por decirlo así, de pontifical, y contrariada, sumamente contrariada.

Su orgullo estaba lastimado.

Un mandato espreso de la reina, la obligaba á presentarse como madrina en el cuarto de una jóven dama de honor, á quien, como sabemos, tenia ojeriza, á quien llamaba intriganta y enemiga del duque de Lerma.

Pero lo mandaba su magestad y era necesario obedecer.

Lo que por otra parte contrariaba grandemente á la duquesa era, que el encargado de representar al rey como padrino, fuese el conde de Olivares, otro intrigante, otro enemigo del duque de Lerma.

Asi es que la duquesa no se cuidaba de disimular su disgusto.

Don Juan la saludó profundamente.

—¿Sois vos el novio, no es esto? dijo sentándose en un sillón y mirando al jóven con el mismo aire impertinente con que hubiera mirado á un ayuda de cámara.

—Si, señora, yo soy, dijo don Juan, templando su acento al tono del de la duquesa, porque en orgullo no cedia á nadie: yo soy el marido de doña Clara.

—No os conozco, dijo la duquesa: y sin embargo, vestís como noble y lleváis hábito, lo que nada prueba, porque hoy se da á todo el mundo una encomienda.

—Me llamo don Juan Tellez Giron, señora.

—¿Sois pariente de don Pedro?

—Soy su hijo...

—¡Su hijo!... no conozco ningun hijo del duque que se llame Juan.

—Soy su hijo bastardo...

—¡Ah! ya decia yo...

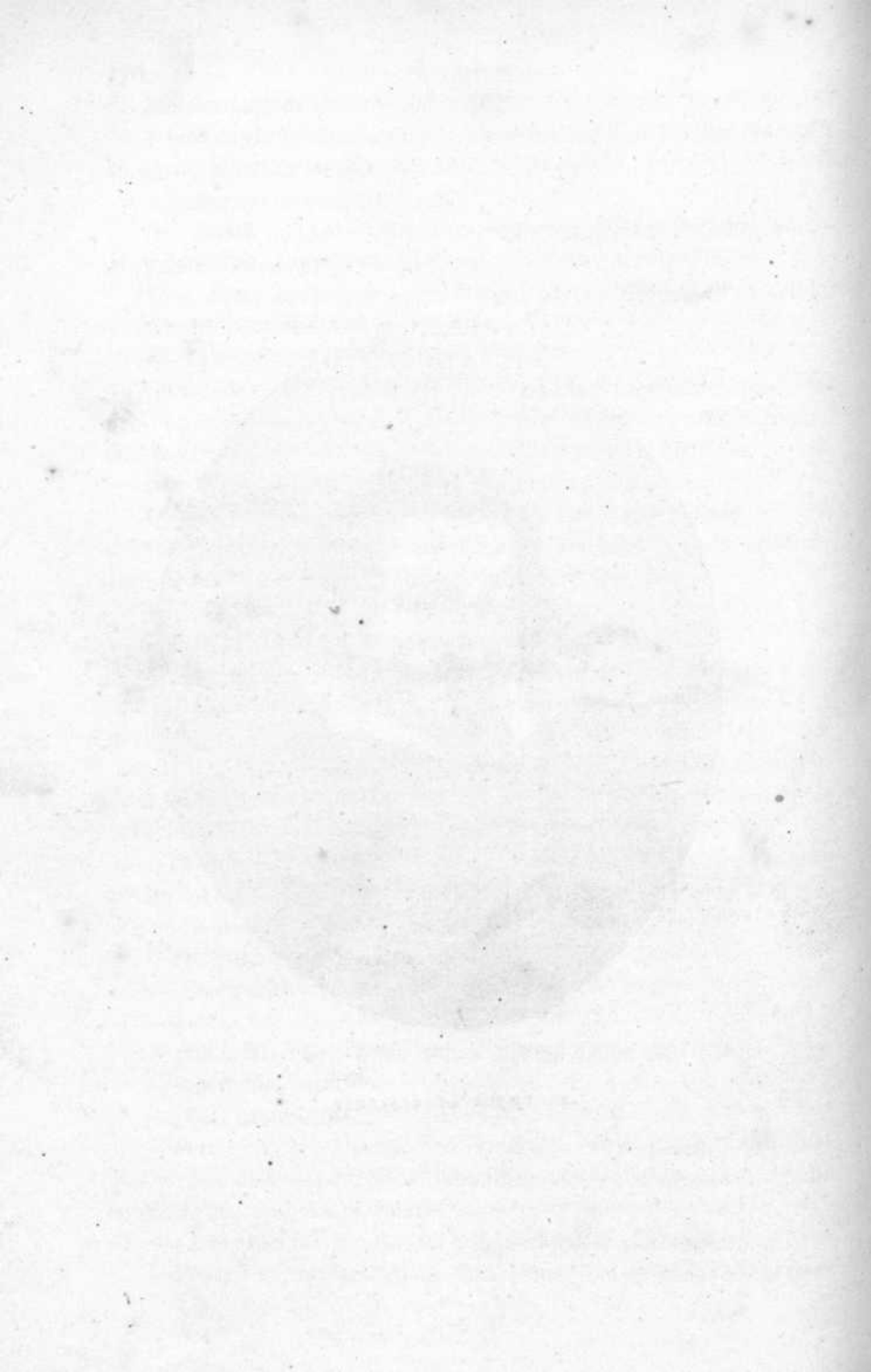
—Pero es un bravo mozo, está reconocido por su padre,—digo, segun me han dicho—y ha hecho grandes servicios á su magestad, dijo un caballero que acababa de entrar.

—¡Ah! ¿sois vos don Gaspar? dijo la duquesa con sobreceño.

—Pésame mucho, mi señora doña Juana, dijo el llamado don Gas-



EL CONDE DE OLIVARES.



par, de que su magestad se haya acordado de mí para representarle en este padrinazgo, cuando su magestad la reina se ha acordado de vos para el mismo objeto. Ya sé que no me quereis bien, y lo siento porque yo os estimo.

La duquesa se mordió los labios y no contestó.

—¿Y esa hermosa señora? dijo el conde de Olivares, dirigiéndose al joven y le dió la mano.

—Se viste en este momento, señor conde, dijo don Juan,

—¡Ah! de modo que dentro de poco se nos aparecerá un cielo. Os doy la enhorabuena, amigo, y veo que no me habeis olvidado. Hace tres días, ignorábais... creo que ignorábais...

—Ciertamente, señor conde.

—Pero no os habeis olvidado de mí... me alegro.... soy vuestro amigo... nos iguala la nobleza y el celo conque entrambos servimos á su magestad. ¿Y... vuestro tio? añadió sonriendo el conde. ¡Pobre Francisco Montiño! creo que le suceden grandes desgracias. Pero debeis olvidar eso y tender las alas que las teneis poderosas. Aprovecho esta ocasion para ofrecermé todo entero á vos: despues que con vuestra esposa hayais sido presentado á la córte, el capitan general de la guarda española y yo os presentaremos á vuestra brava compañía de arcabuceros.

—Gracias, señor conde.

—Pero me parece que vuestra esposa se acerca.

En efecto se levantó un tapiz y apareció doña Clara, radiante de galas y hermosura: llevaba un traje de brocado de oro sobre verde, con doble falda y con segunda falda de brocado de plata sobre blanco; en los cabellos, en la garganta, sobre el seno, en los brazos, en la cintura, llevaba un magnifico aderezo completo.

—¡Señora duquesa! ¡señor conde! exclamó la joven dirigiéndose á ellos ¡cuánto siento haberos hecho esperar!

Pero de repente doña Clara se detuvo.

Los ojos de la duquesa de Gandia estaban fijos con espanto en ella.

Doña Juana de Velasco estaba pálida y temblaba.

—¡Qué joyas tan hermosas! dijo: sobre todo... ese collar de perlas... y ese relicario... perdonadme... pero quiero ver ese relicario...

La joven se acercó á la duquesa.

Doña Juana volvió el relicario.

Su mano temblaba.

—¿Quién os ha dado estas joyas? dijo en voz baja y rápida á doña Clara.

—Mi marido, señora, contestó en voz muy baja y profundamente conmovida, doña Clara.

—¿Y sabe vuestro marido...? ¿sabeis vos...?

—Si; sabemos que por estas joyas puede conocer á su madre.

—¡Ah! exclamó la duquesa, dando un grito, y retirándose bruscamente de doña Clara.

—¿Qué es eso mi buena duquesa? dijo con gran interés el conde de Olivares.

—Nada: no es nada: es un accidente de que padezco... caballero, añadió dirigiéndose á don Juan: ¿quereis darme vuestro brazo...? apenas puedo sostenerme... y sus magestades esperan.

—¡Ah! señora: contestó don Juan turbado y conmovido porque el acento de la duquesa habia cambiado enteramente para él.

Y la dió el brazo.

Temblaba tanto don Juan, como la duquesa de Gandia.

Doña Clara tenia los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué sucede aquí? murmuró don Gaspar de Guzman dando el brazo á doña Clara.

Y siguió hácia una puerta por donde se habia llevado la duquesa de Gandia á don Juan.

Se dirigian por el interior de las habitaciones, á la cámara pública de audiencia.

La duquesa iba de prisa.

Al pasar por una galería oscura, la duquesa, que iba muy delante del conde Olivares, y de doña Clara, dijo con acento cortado.

—Por piedad, caballero no me engaños: ¿por qué habeis querido que vuestra esposa se ponga esas joyas hoy?

—Porque... va á ser presentada á la corte, y en la corte puede estar mi madre, dijo balbuceando el jóven.

—¿Y amais mucho á vuestra madre? dijo llorando la duquesa.

—¡Por Dios, señora! ¡por vuestro honor...! vamos á salir á los salones.

—¡Ah! exclamó la duquesa.

Y deteniéndose de repente, asió la cabeza de don Juan y le besó en la boca.

Despues apresuró el paso.

Cuando salió á los salones, se mostraba serena : pero severa, sombría.

Poco despues los novios y los que representaban como padrinos á los reyes, fueron presentados á estos.

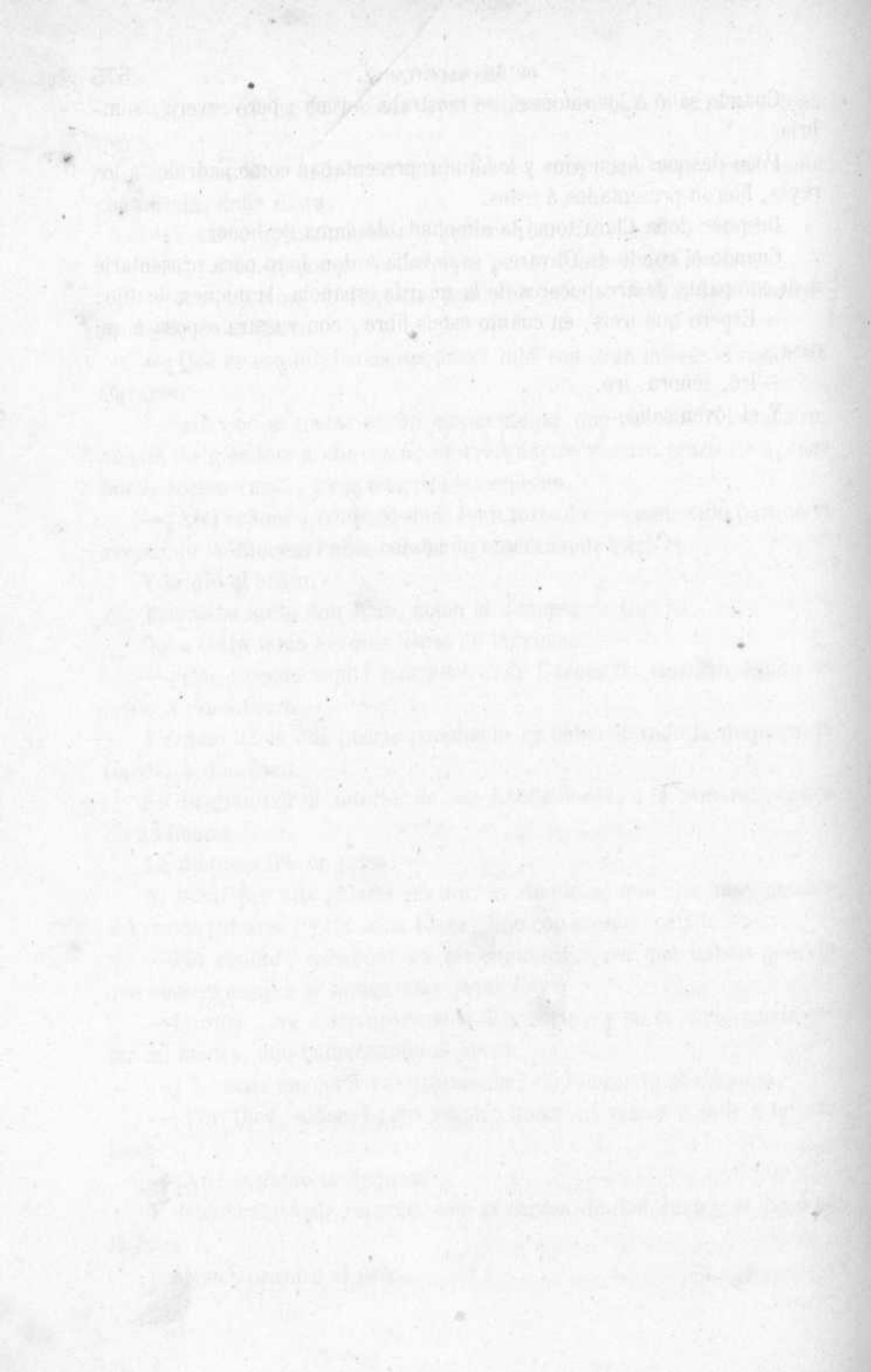
Despues doña Clara tomó la almohada de dama de honor.

Cuando el conde de Olivares, se llevaba á don Juan para presentarle á su compañía de arcabuceros de la guarda española, la duquesa le dijo:

—Espero que ireis, en cuanto esteis libre, con vuestra esposa á mi casa.

—Iré, señora, iré.

Y el jóven salió.



CAPITULO XLIX.

De cómo don Francisco de Quevedo quiso dar punto á uno de sus asuntos.

Cumpliendo lo que habia prometido á la duquesa, don Juan y doña Clara salieron una hora despues del alcázar, en una litera.

Era la litera enorme.

Los esposos iban sentados en el testero : los asientos delanteros iban vacios.

Entrambos iban silenciosos y pensativos.

De repente una voz muy conocida, dijo al lacayo que guiaba á la mula delantera :

—¡ Eh ! ¡conductor de venturas! ¡para, para, que la desdicha te lo manda!

El lacayo paró.

Una cabeza asomó á la portezuela, y una mano tocó á los cristales.

Don Juan abrió la portezuela.

—¿ Es decir que quepo? dijo don Francisco de Quevedo.

—Donde quiera que estemos nosotros cabeis vos, pero entrad que llueve.

—Desde que llegué á Madrid, que fue el mismo dia que llegásteis vos, dijo Quevedo entrando, no ha cesado ni un punto de llover : hambre tengo de cielo y hambre de que no me lluevan desdichas : lastimado ando, y espantado y sin sueño aunque no duermo. ¿A dónde vais?

—Casa de la duquesa de Gandia.

—¿Vais casa... de la duquesa...? dijo Quevedo con acento hueco á doña Clara.

—Yo no he tenido la culpa, dijo la jóven.

—¡Cómo! ¿de que no has tenido tú la culpa, Clara mia? dijo don Juan.

—Don Francisco lo sabe todo.

—¡Cómo! ¡sabeis...!

—Si por cierto, sé...

Y Quevedo se detuvo.

—Si, sabe que la duquesa de Gandia es... tu madre...

—¿Os ha dicho acaso mi padre...?

—Si, si... vuestro padre... eso es... dijo Quevedo que no queria que don Juan supiese que el tio Manolillo conocia aquel secreto.

—Mi padre ha hecho mal... dijo don Juan.

—¡Jóven! exclamó severamente Quevedo: secretos hay entre vuestro padre y yo que importan tanto, como que él es el duque de Osuna, el grande Osuna, y yo soy don Francisco de Quevedo, su secretario: y si yo no fuera secretario de secretos, no secretaría, y si el duque no tuviera secretos, no me tendria por secretario, y por último, tan duque soy yo, como el duque es Quevedo, y Dios dirá y ya veremos, y pasemos á otra cosa. ¿Cómo está su magestad la reina?

—Buena y contenta, contestó doña Clara.

—¿Y no está pálida?

—Nunca ha tenido mas hermosos colores.

—Pues que paren la litera.

—¿Pero yo no os entiendo? dijo don Juan.

—Entiéndome yo: vóime donde me iba, y adios.

Y abrió la portezuela.

—Para, dijo al lacayo.

La litera paró, salió Quevedo, se embozó en su capa y echó á andar. Cerró don Juan la portezuela, y la litera siguió.

Quevedo pisando lodos, atravesó con pena algunas calles, se detuvo en una, en la de Fuencarral, delante de una gran casa y se entró.

Poco despues, una doncella decia á la condesa de Lemos:

—¡Don Francisco de Quevedo!

—Haced, señora, que me den tintero y papel, dijo Quevedo entrando.

—Os lo daré yo, dijo la condesa. ¿Pero que es esto, amigo mio? dijo cuando quedaron solos.

—Esto es, que como no tengo mas casa que la vuestra, ni mas alma que vuestra alma, aquí me vengo á hacer mis cosas; por delante, es decir, por el zaguan cuando es de dia: por detrás cuando es de noche. Vos me fortificais y me consolais... y yo me convierto en niño para vos: pero dejadme que sea por algun tiempo hombre y cumpla con mi obligacion; que escribir tengo al duque... y largo... y de tal modo que le digo que me espere.

—¡Cómo! ¿os vais, don Francisco?

—Y me alegro.

—No digais eso, porque creeré...

—Debeis creer que os amo mucho.

—Tenéisme vuestra...

—Por lo mismo; porque vos no sois vuestra siendo mia, os lo digo: que si yo no os amara... Oid: el alma... lo que se llama alma, tiene mas de una corcoba.

—No os entiendo.

—Quiero decir... que lo mejor que puede hacer una criatura, es enderezar su alma.

—¡Ah!

—Si vos no fuérais quién sois...

—Don Francisco, dijo la condesa: mirarlo debisteis antes: vos me caisteis como llovido.

—En esta aventura de aventuras, ha llovido de todo. Asi estoy yo de calado; el agua me llega ya á las narices, y á poco mas me ahogo. Pero dadme licencia para que escriba, que os lo afirmo, importa. No tiene trazas de dejar de llover, y como no quiero morir ahogado de este diluvio, dejadme que fabrique mi barca.

—Y esa barca...

—Ha de serlo una carta. Y en ella heme de salvar yo huyendo de vos: y habeos de salvar, por mi huida, y á mas han de salvarse ciertos reciencaados que no andan muy seguros...

—¿Conque es cosa decidida?... dijo de mal talante la condesa.

—Bien veo que os enoja: pero en este pueblo de orates algun loco ha de haber con barruntos de juicio. Si solo se tratara del conde mi señor... merecido lo tiene, pero vos... vos sois distinta cosa... y creedme, doña Catalina... cuando dos almas se casan no hay nada que las divorcie: bús-

canse, se juntan, se acarician, por mas que los cuerpos que las aprisionan anden lejos... y la memoria... ¡ bendiga Dios la memoria, consuelo de desterrados !..

—Tormento de malnacidos...

—¿ Por malnacida os teneis?

—Mal nace quien nace para penar.

—Penárais mas á mi lado: escorpion nació.... ortiga crezco... hiel lloro... ponzoña respiro. Maldicion debo de tener encima, que si escribo muelo, si obro rajo... donde piso no nace yerba. Pidiera á Dios razones, si Dios con su lengua muda no me las diera, y paciencia si ya no tuviera callos en el alma. Cansado estoy de vivir, y tengo para mí que de cansado, sin haberme muerto, hiedo, y que se me puede sacar por el olor á poco que se me trate. Tomad á sueño lo que ha pasado, señora, como yo lo tomo á locura y maldicion mia, y entendedme, y no me digais que no os amo, que al revés de otros, mi amor os pruebo cuando de vos me aparto, y con esto, dejadme que mi barca fabrique, que la tormenta arrecia y el puerto está lejos, y no por mí sino por otros, á piloto me meto. Dadme, pues, papel, no lloreis, que tragos de hiel son para mí vuestras lágrimas, y si me provocais á beberlas, mataranme, porque olvidaré mi propósito, y todo se lo llevará el diablo, y no hay para qué tanto.

—¡ Pluguiera á Dios que nunca hubiérais venido! dijo la de Lemos levantándose y sacando papel de un cajon.

—Pecados agenos me trajeron, y pecados agenos me llevan, como sino bastaran y aun sobrarian para llevarme y traerme mis pecados propios. Y Dios os lo pague por el papel, y dadme licencia para que escriba.

La condesa no contestó: fuése al hueco de un balcon, y se puso á llorar de espaldas á Quevedo.

Quevedo escribia entre tanto al duque de Osuna lo siguiente:

« Señor:

» Con ansias os escribo, y bien podeis creerlo cuando yo lo afirmo, que ya sabeis que en lo de *garlar* soy duro, y no se me pone tan fácilmente en el *ansia*. Pero tal se ensaña conmigo mi suerte pecadora, que tengo para mí que tendré que irme á un desierto, y aun allí, ya que no haga daño á las gentes, se lo haré á las piedras. Vineme á Madrid desde san Marcos, no sin algun escrúpulo é inapetencia, porque no ha habido vez en que yo haya vuelto á Madrid desde que salí de él á aventuras, que no me haya sucedido una desventura. Apenas llegado, topéme con vuestro hijo, y halléle ya tan enredado y tan en palacio metido y á tanto puesto,

que me entró miedo de si podria desatollarlo, y esta es la hora, en que no solo desatollarlo no he podido, sino que con él atollado me veo, y eso que aun no hace tres dias cabales que entrambos estamos en la corte: tal turbión de enredos ha caido sobre nosotros, que yo estoy enredado y aun con telarañas en los ojos, y tan pegajosas y tales, que por mas que res-trego no aprovecha. Punzó el mozo, y de tal manera, que de la punza-dura anda Calderon en un grito, boca arriba en el lecho, con un ojal en el costado que por poco es de pasion, lo que dudo mucho que llegue á ser de escarmiento. Salvóse por la cala la reina, que no menos que la reina anda en el lance, pero fue salvacion de comedia de sustos, que no se sale de un peligro sino para caer en otro. El mal aventurado cocinero del rey, hermano del fingido padre de nuestro mozo, se ha encontrado co-gido por los enredos, y como es de pasta quebradiza y cicatera, ha can-tado de plano, y vuestro hijo sabe quien es su padre, y sábelo la corte, y sábelo todo el mundo, y lo único que ha sucedido á derechas y de lo que me alegro, porque el mancebo parece nacido con buena ventura, anoche le casó la reina con la hija del coronel Ignacio Soldevilla, que por ahí anda á las órdenes de vuecencia en los tercios de Nápoles. Y lo que mas de espantar es, que siendo ella una dama de acero, donde se han mellado hasta ahora los dardos de Cupido (quiero decir: del diablo), es vera para su esposo, y le ama como si de encargo hubiera nacido para amarle, y está loca y encariñada con él, y él no acertando á mirar ni á ver mas que á su doña Clara. ¡Vive Dios que los chicos me dan envidia, y que será gran lástima que tanta miel se acibare! Gran parte para evi-tar esta desdicha, será el apartar de la corte al recién casado, y que vue-cencia le ponga bajo su mano, y nos marchemos de aquí todos; que vos señor, lo conseguireis con escribirle, y él se apresurará á obedeceros, que en cuanto á mí, he hecho cuanto he podido, metiéndome por sacarle donde yo por mi voluntad no me hubiera metido. Pero me descuaderno y me voy de un lado para otro, y no puedo mas, y á vuecencia recurro. Venga la orden por la posta, y cuanto antes logre yo poder decir á vue-cencia lo que no es para escrito, sino para relatado y aun así en voz baja y á puerta cerrada. Réstame por deciros, que el mozo es un oro, que si su sangre pudiese honrarse, la honraria, y que es gran pena, que en vez de ser hijo á trasmano, no lo fuese de mi señora la duquesa doña Catalina. Y como me tarda qué esta llegue á manos de vuecencia, abre-vio el tiempo poniendo punto final.—Guarde Dios á vuecencia.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO.

Plegó esta carta, la cerró, y se fué hácia doña Catalina.

—¿Llorais? la dijo.

—¿No os basta que os esconda mis lágrimas, dijo la condesa, sino que venis á buscarlas?

—Ellas me ahogan, y ellas me dan vida. Llorado me vea por vos, yo, á quién no llorará nadie, y quiera Dios que por vuestro recuerdo, salgan de mi pecho las lágrimas que me hinchan.

—¿Pero no volveréis?

—No.

—Pues... adios...

—Adios...

La condesa se quedó llorando; Quevedo salió atusándose el bigote distraído.

—Si me ama, dijo, es feliz y no hay porque dolerse... si no me ama, si no me ama, otro vendrá y la enjugará los ojos.

Y haciendo un nuevo ademan que podía traducirse por la frase: *adelante*, enérgicamente pronunciada, salió á paso lento de la casa.

Quevedo había tomado su resolución y dejaba abandonado á tiempo, un instrumento que ya no le servía.

CAPITULO L.

En que encontramos de nuevo al héroe de nuestro cuento.

El padre Aliaga salió del alcázar inmediatamente despues de haberse turbado de una manera tan estraña, por el tio Manolillo, el almuerzo de la reina.

El confesor del rey estaba aturdido con lo que le acontecia.

El bufon habia llegado á hacerse para él un gigante.

Aquel hombre habia leído en su alma.

Aquel hombre habia visto su fondo tenebroso.

Ademas, el hombre que se habia creído amado por la reina, don Juan Tellez Giron, el hombre por quien acaso la reina se interesaba, el que se habia casado con doña Clara Soldevilla para cubrir acaso á Margarita de Austria, el recuerdo de aquel hombre, roía el alma del padre Aliaga.

Porque el padre Aliaga, desesperado y loco estaba celoso.

Y los celosos desconfían de todo, y aun en el mismo sol ven sombras.

El padre Aliaga hizo por lo mismo prender al cocinero mayor.

Porque tenia celos.

De modo que, el misero de Francisco Martinez Montiño, estaba constantemente pagando pecados de otros.

El alguacil del Santo Oficio le habia llevado en derecha al convento

de Atocha, le habia metido en la celda, y se habia quedado guardándole por fuera.

Cuando se vió allí Montño, respiró un tanto.

—Vamos, dijo, estos son asuntos del inquisidor general. ¿Pero y mis asuntos? aquel Cosme Aldaba metido en las cocinas... y habia en mi casa un no sé qué... yo estoy en ascuas... ¡y cuánto tarda el padre Aliaga! ¡Dios mio!

Y el pobre Montño tuvo que esperar mas de tres horas, esto es, desde las ocho hasta las once, sin atreverse á moverse del rincon de una de las vidrieras de los balcones de la celda donde se habia pegado, viendo como caia el agua continua sobre la tierra de la huerta.

El ver llover da tristeza.

El cocinero mayor que tenia mas de un motivo para estar triste, se puso mas triste aun.

Sus monólogos fueron tomando un no sé qué de insensato.

Sus ojos miraban de una manera singular la compacta cerrazon del cielo, como si ella hubiera tenido una relacion directa con el nublado que envolvía su alma.

Acabó por adormilarse, que no eran para menos la inaccion en que se encontraba, la insistencia de un mismo pensamiento: esto és: su casa y su cocina, y el lento, continuo, incesante rumor de la lluvia.

De repente le hizo volverse despavorido una mano que se apoyó fuertemente en su hombro.

Encontró delante de sí al padre Aliaga.

Pero no al padre Aliaga humilde, impenetrable, sencillo, sino á un varon pálido, ceñudo, cuyos ojos brillaban de una manera terrible, y tenían allá en su fondo algo que hizo temblar á Montño.

—¿Por qué no me tragisteis anoche el cofre de que hablamos? le dijo:

—¡Porque me lo robaron! exclamó todo lagrimoso, asustado y empequeñecido el cocinero mayor.

—¡Qué os lo robaron!

—Si señor: en la Caba-baja de San Miguel. Pero miento: no me lo robaron... es decir, si me lo robaron...

—Tranquilizaos; Montño, porque estais diciendo disparates.

—Es que vuestra señoría me está mirando con unos ojos...

El padre Aliaga comprendió que el cocinero mayor estaba bastante asustado para que fuese necesario asustarle mas, y que seguir asustándole seria dar motivo á que no dijese una palabra con concierto.

—Vamos, vamos : no os he hecho venir...

—Perdone vuestra señoría : me han traído preso.

—Pues bien, no os he mandado prender para manteneros preso, sino para que viniérais. No pretendo haceros mal alguno.

—Asi fueran todos como vos, padre, porque desde hace tres dias, todos me están haciendo daño.

—Tranquilizaos, que yo os protegeré contra todos.

—¿Y mi mujer y mi hija ? ¿y el galopin Cosme Aldaba ? ¿y don Juan de Guzman ? dijo el cocinero recayendo en su pensamiento fijo.

—Ya hablaremos de eso. Sentaos aquí, junto al fuego, que hace frio, y si teneis apetito pediré de almorzar.

—No, no señor, he almorzado ya... y por cierto con buen apetito... y sino me encuentro al tio Manolillo que me animó...

—¡ Ah ! ¿ habeis almorzado con el tio Manolillo ?

—Si, si señor... el tio Manolillo iba que centellaba, tras la comedianta, tras la Dorotea... que iba con el sargento mayor don Juan de Guzman y se metió con ella en casa de doña Ana de Acuña

El cocinero mayor, fuese por temperamento, fuese por debilidad, fuese por cálculo vomitaba todo lo que sabia.

—¡ Ah ! dijo el padre Aliaga cuya fisonomía habia vuelto á ser impenetrable y benévola : ¿ conque esa comedianta entró con el sargento mayor en casa de doña Ana ?

—Si, señor.

—¿ Y el tio Manolillo ?

—Se entró conmigo en una taberna de enfrente donde almorzamos.

—¿ Y luego ?

—Luego el tio Manolillo se fué á la casa de doña Ana, llamó...

—¿ Luego conoce... ?

—Debe conocer, porque le abrieron.

—¿ Y vos... ?

—Yo me fui al alcázar : y llegaba á él, cuando me prendieron.

—Os trajeron... Montño.

—Yo digo que me prendieron, y aunque alegué que tenia que estar á la mira del almuerzo de sus magestades, y evacuar otros negocios, el alguacil que me prendió, solo me dejó dar una vuelta por las cocinas, y llevar á mi casa el cofre, el famoso cofre, que habia dejado en una porteria por irme con el tio Manolillo.

—¿ Pues no deciais que os habian robado el tal cofre ?

—Si, si señor: me le robaron.

—¿Y cómo le recobrasteis?

—No le recobré yo.

—¿Pues quién fue?

—Ese caballero, que no sé porqué razon acertó á venir con dos amigos por la Caba-baja, cuando ya se llevaban el cofre.

—¡Don Juan Téllez Giron!

—¡Ah! ¿sabeis ya como se llama?

—Anoche le casé.

—¡Qué le casásteis!

—Si; con doña Clara Soldevilla.

—Pero señor, ese mancebo ha caído de piés en la corte: todas le aman.

—Sigamos, sigamos, dijo el confesor del rey con voz ronca. Le casé, y al pedirle su nombre, me dijo: don Juan Tellez Giron.

—Como que lo sabia... como que abrió el cofre y dentro encontró papeles, y una carta del duque de Osuna en la que le llamaba su hijo, y un tesoro en joyas y en buenos doblones de oro, que es lo que queda únicamente en el cofre, porque los papeles y las joyas se las llevó.

—¿Y por qué no vinisteis?

—Tenia miedo.

—¿Qué hicisteis pues?

—Me volví á palacio, pero estaban las puertas cerradas, y me vi obligado á meterme con el cofre y con mis gentes en donde mis gentes me entraron, en una muy mala casa, señor, donde me dieron un jergon muy malo, y pasé una muy mala noche y luego me hicieron pagar un muy buen precio... desdichas y mas desdichas... y cuando creia que iba á descansar, hé aquí que me prenden en nombre del Santo Oficio, y me asusté, señor, porque, sin que os ofendais, el nombre del Santo Oficio mete miedo, y me entran, y me encierran en vuestra celda.

—De aquí saldreis libre y favorecido, pero me habeis de hablar con verdad.

—Os diré cuanto sepa y mas que supiere á trueque de que me ampareis, que bien he menester de amparo.

—¿Antes de ir por el cofre consabido, para traerle, dónde estuvisteis?

—En el convento por la carta de la madre Misericordia.

—¿Y luego?

—Fui á casa del duque de Lerma, pero su esclencia no estaba en casa.

—¿De modo que...?

—Tengo todavía en el bolsillo la carta de la madre Misericordia para el duque, y otra carta de la misma madre, para vos.

—Dadme, dadme.

—Tomad, señor.

El padre Aliaga abrió la carta dirigida á él, y encontró todo el farrago que nuestros lectores conocen.

—¡Ah! ¡ah! dijo el padre Aliaga para sí: ¿con qué la de Lemos y Quevedo mancillan los nombres de dos familias ilustres? ¡se aman! ¡Quevedo es amigo de ese don Juan, y la condesa de Lemos es camarera de la reina!

El padre Aliaga se quedó profundamente pensativo y guardó la carta de la abadesa.

—Llevareis esta otra al duque de Lerma, dijo el padre Aliaga devolviendo á Montino la carta que la noche antes habia escrito la madre Misericordia para su tio, bajo la presion del temor causado en ella, por el Santo Oficio.

El cocinero se levantó súbitamente porque le tardaba en verse en libertad.

—Esperad, esperad todavía.

Montino volvió á sentarse con pena.

—Cualquier cosa que os suceda, la remediare yo, y sino puedo remediarlo, procuraré satisfaceros lo mejor posible.

—¡Ah! ¡señor! ¡Dios se lo pague á vuestra señoría!

—¿Para cuando ha citado doña Ana de Acuña al duque de Lerma?

—Al duque de Lerma, no; dijo en una suave advertencia el cocinero.

—Al rey... eso es... es lo mismo... ¿cuando debe ir el duque de Lerma á hacer el papel del rey en casa de esa mujer?

—Tengo que avisarla.

—Id á llevar esta carta al duque.

Montino se levantó de nuevo.

—Si el duque os envia á casa de doña Ana, avisadme.

—Avisaré á vuestra señoría de todo.

—Y como vivís en palacio, procurad no perder nada en cuanto os fuese posible de cuanto haga ese don Juan.

—Serviré fielmente á vuestra señoría.

—Y como os quejais de haber hecho gastos...

—Yo no me he quejado aunque los he hecho...

—Tomad.

El padre Aliaga abrió un cajon y sacó un centenar de escudos que dió al cocinero.

—¡Ah! ¡señor! dijo Montño : yo no tomaria esto, sino fuera porque estoy pobre.

Y en aquellos momentos el cocinero mayor decia la verdad sin saberlo.

—Id, id, que el dia avanza, y tal vez os busquen.

—No lo quiera Dios : y puesto que vuestra señoría no me necesita, voy... voy á dar una vuelta por mi casa...

—Id con Dios.

Montño salió desalado.

A pesar de que estaba asendereado y molido, de que llovía, de que el terreno estaba resbaladizo, de que hay una gran distancia desde el convento de Atocha á palacio, Montño recorrió aquella distancia en pocos minutos.

Cuando estuvo en la puerta de las Meninas, se abalanzó por las escaleras mas próximas y subió á saltos los peldaños.

Cuando llegó á su puerta, llamó.

Nadie le contestó.

—Volvió á llamar y sucedió el mismo silencio.

Entonces vió lo que en su apresuramiento en la turbacion no habia visto.

Un papel pegado sobre la cerradura en que se leía en letras gordas, lo siguiente :

NADIE ABRA ESTA PUERTA, DE ÓRDEN DEL REY NUESTRO SEÑOR.

Si hubiera visto la cabeza de Medusa, no hubiera causado en él tan terrible efecto como le causó la vista de aquel papel.

Pero de repente se serenó y soltó una carcajada insensata.

—¡Vamos, señor! dijo : he perdido el tino ; en vez de venirme á mi casa me he venido á otra puerta.

Y siguió el corredor adelante.

Pero á medida que adelantaba se convencia de que estaba en el corredor de su vivienda.

Entonces volvió á sobrecogerle el terror, y se volvió atrás, y volvió á llamar, pero de una manera desesperada.

—¡ Si, si! exclamó : esta es la puerta de mi aposento, y no hay nadie en él, y luego este papel sellado : ¡ Dios mio !

El cocinero mayor se agarró con entrambas manos la cabeza, como pretendiendo que no se le escapara, y de repente dió á correr y se entró en las cocinas.

Oficiales, galopines y pícaros, hablaban en corros.

De repente, una voz desesperada, horrible, llamó la atención de todos.

Aquella voz habia gritado con una entonación que partía el alma :

—¿ Dónde está mi mujer ? ¿ dónde está mi hija ?

Por el momento nadie le contestó.

Al fin, uno de los oficiales de mas edad adelantó, y le dijo :

—Señor Francisco, es menester que vuesa merced, tenga mucho valor.

—¿ Pero que ha pasado ? gritó con mas desesperación, con mas miedo, con mas horror Montaña.

—Hace una hora se ha encontrado abierto el cuarto de vuesa merced y robado.

—¡ Robado !

Y aquel robado, no fue un grito, sino un ahullido, ni un ahullido tampoco, porque no hay en ninguno de los sonidos que representan el dolor, el terror, la muerte, el fin de todo, la agonía, cuanto puede sentir y sufrir un ser humano, nada comparable al grito del cocinero mayor.

—Luego, dejó caer los brazos y la cabeza y repitió aquel *¡ robado !* pero de una manera ronca, grave, semejante á la preparación del rugido del león.

Y luego llorando como un muchacho á quien han roto su botijo, y teme la cólera de su madre, repitió la frase *¡ robado !* y dió á correr sin saber á donde, como un gato espantado, tropezando en todo, dándose en las paredes.

De repente se sintió asido como por unas tenazas de hierro, y lanzado dentro de un aposento.

Luego se oyó la llave de una puerta, y le arrastraron á otro aposento.

Y al fin Montaña se vió delante del tío Manolillo que con los ojos como brasas, amenazador, terrible, le mostraba una escudilla de madera en la

cual habia algunos berros y los muslos, las patas, los alones y el caparazon de una perdiz, todo verde, como los berros sobre que estaba.

—¡Rezad á Dios por el alma de un difunto! exclamó con voz concentrada el bufon ¡rogad á Dios! cocinero de su magestad.

—¡Cosme Aldaba! exclamó Montañó, y cayó de rodillas y con las manos juntas á los piés del bufon.

CAPITULO LI.

De cómo empezó á ser otro el cocinero mayor.

«Un clavo saca otro clavo» se dice vulgarmente.

Un nuevo terror disipó el anterior terror de Montño.

Aquella perdiz verde que le presentaba la inflexible mano del tio Manolillo, le devoraba, le mordía, le magullaba el alma por decirlo así.

Pálido, contraído, yerto, con la boca dilatada, los ojos fijos, descajados, espantosos; los brazos estendidos, crispados los dedos, herizados los cabellos, temblando todo, estaba horrible por el terror que sentía; detrás de aquella perdiz verde veía un cadáver... el cadáver de la reina, y detrás del cadáver de la reina los dos palos escuetos y rojos de la horca.

—¡Infame Cosme Aldaba! exclamaba con un acento indefinible. ¡Infame Cosme Aldaba...! ¡él ha sido...! ¡yo no...! ¡yo no...! ¡no he parecido por las cocinas en dos días!

—¡Pero habeis sido ciego... miserablemente ciego...! exclamó con acento de desprecio y de cólera el bufon: habeis sido ciego y por vuestra ceguera ese infame Guzman ha podido volver loca á vuestra esposa... ha podido hacerla un instrumento de muerte... y todo por vos... por haber sido tonto.

—¡Oh Dios mio! pero su magestad...

—Esa perdiz se ha servido en el almuerzo de la reina.

—¿Pero ese difunto... ese difunto de que hablabais...? dijo el bufon levantándose.

—Ha sido un paje.

—¡Ah! exclamó el cocinero... ¡un paje...!

—Si, un paje que se ha comido las pechugas que habian quedado en los platos de la reina y del padre Aliaga.

—El padre Aliaga está perfectamente bueno, exclamó con alegría el cocinero mayor.

—¿Qué está bueno el padre Aliaga...?

—¡Si acabo de hablar con él!

—¿Y la reina...? yo no me he atrevido á preguntar... no me he atrevido á hablar... pero el alcázar está tranquilo... ¡oh! ¡si hubiese querido Dios que el golpe se hubiese frustrado...!

—¡Si, si, Dios lo habrá querido...! exclamó el cocinero... ¡porque Dios no querrá que nos ahorquen inocentes!

La horca era el pensamiento fijo de Montño.

—¡Qué nos ahorquen! ¡no! ¡no puede ser! se ha perdido el rastro.

—¡Qué se ha perdido el rastro, y teneis ahí en esa escudilla los restos envenenados de la perdiz!

—Teneis razon, teneis razon, Montño, dijo el bufon : pero esto desaparecerá, desaparecerá, yo os lo juro.

Y yendo á un negro fogon que le servia para condimentar su pobre comida, el tio Manolillo hizo fuego, y puso sobre él la escudilla de madera con los restos de la perdiz.

—¿Y no queda mas señal que esa? dijo el cocinero viendo arder con ansiedad la escudilla.

—No... el veneno solo queda ahí... y en las entrañas del paje muerto... Pero segun he oido se han llevado el paje á la parroquia sin que nadie sospeche : cuando le hayan enterrado...

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡pero mi mujer! ¡mi hija!

—¿Aun amais á vuestra mujer...?

—No la amo... no... pero siento una horrible sed de venganza... la miserable... la desagradecida... yo que la habia sacado de la miseria... y luego el hijo que lleva en el seno...

—Vos nunca habeis tenido hijos.

—¿Cómo? ¿y no es hija mia Inés?

—Vuestra primera mujer os engañó, como os ha engañado la segunda.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—De modo que debeis alegraros de que se os haya escapado.

—¡Pero se ha escapado robándome...! exclamó en una de sus acostumbradas salidas de tono el cocinero mayor.

—¡Bah! consolaos : ya tendreis algun dinero empleado por ahí.

—No tengo ni un solo maravedís... habia pensado retirarme.

—Segun me han dicho, ha quedado un cofre muy pesado, que se encontró en vuestro aposento, que los ladrones no pudieron abrir porque es de hierro, y que no se atrevieron á llevarse por su tamaño, en poder del mayordomo mayor.

—¡ En todo tiene suerte ese mancebo... mi sobrino postizo! exclamó con una rabia angustiosa el cocinero mayor; me roban á mí, encuentran su dinero en mi aposento cuando me roban y no pueden robarle á él. ¡Dios mio, Dios mio! me quedo solo en el mundo y pobre y viejo.

—En primer lugar, don Juan Tellez Giron, vuestro sobrino postizo, os debe todo lo que es. Vos habeis sido la causa de las casualidades que le han hecho esposo de doña Clara Soldevilla y favorito de la reina, y que sé yo que mas cosas... pero ya se ha quemado la escudilla con lo que contenia, ya no queda rastro por aquí del veneno... el alcázar se me cae encima : salgamos... salgamos de aquí Montño.

—Llueve que es una maldicion. Llovia cuando llegó á Madrid mi sobrino... quiero decir, don Juan Giron; y yo tengo para mí que mientras llueva no cesarán las desdichas.

—Ya veremos dónde nos metemos. Arreglaos los cabellos y el vestido que los teneis desordenados, poneos la capa y el sombrero y vamos.

Púsose el bufon una caperuza, envolvióse en una capilla, salió de su aposento con Montño y cerró la puerta con llave, murmurando:

—Ahí te quedas terrible secreto: tú, aposento miserable del bufon, no hablarás, como tampoco hablará la tumba del paje. Vamos, Montño, vamos: ¿pero á dónde vais?

—A las cocinas. ¿Quereis que cuando me veo arruinado, abandone el único recurso que me queda?

—¡Dios ayude al bolsillo de su magestad!

—¡Otros diez años de cocinero, solo, triste, viejo...! otros diez años para reunir la décima parte de lo que me han robado! exclamó Montño con desesperacion.

Y no habló una palabra mas hasta llegar á las cocinas.

Ni allí habló otras palabras, que las referentes al servicio.

Lo miró todo, lo inspeccionó todo, dió órdenes, y todos le escucharon con un silencio terrible, con un silencio de espanto, porque á pesar de que el desdichado no decia una sola palabra de su desgracia, ni nadie se atrevia á recordarsela, su rostro estaba espantoso.

Se pintaba en él no solo una desesperacion profunda, sino el principio de una insensatez horrible.

Sus miradas vagaban inciertas sobre los objetos, sus mejillas habian como enflaquecido, sus cabellos como blanqueado, habiase afilado su nariz, temblaba de tiempo en tiempo el mezquino, y repetia una misma órden, é iba de acá para allá, volviendo siempre á un mismo punto.

Hasta su voz se habia alterado.

Cuando salió, el oficial mayor dijo en medio del silencio general.

—¡Pobre señor Francisco! ¡está loco!

Y aquella palabra *loco* retumbó fatídicamente en las cocinas, repitida por todos.

Entre tanto Montiño decia asiéndose al brazo del bufon:

—Vamos á donde vos querais, le dijo: afortunadamente entre tanta desgracia la vianda del rey está lista, no falta nada y... no me despedirán... tendrán lástima de mí...

—¡Infeliz! murmuró enteramente desarmado el tio Manolillo.

Y entrambos en silencio se encaminaron á la salida del alcázar.

CAPITULO LII.

En que se deja ver de claro en claro el bufon del rey.

El tio Manolillo habia aceptado la situacion.

Habia comprendido que para dominar los sucesos necesitaba dominarse á sí mismo, y se habia dominado.

Para dominarse habia hecho el siguiente raciocinio :

—Segun todas las apariencias, el plan de los asesinatos ha fracasado : la reina ha comido muy poco, y es ya viejo aquello de que : poco veneno ni mata ni daña... podrá suceder que á la reina... pero en fin... ¿y qué me importa á mí la reina? ¿qué favores la debo? he cumplido con lo que Dios me manda, procurando evitar el crimen. Sino lo he denunciado con tiempo, ha sido por escusarme de un proceso... de una prision... de un tiempo perdido, durante el cual no podria velar por Dorotea... por ella que es todo lo que me interesa en el mundo... por ella que es... mi vida, mi pensamiento único... á la que me he sacrificado, que es desgraciada... no, no : yo he debido conservar mi libertad á todo trance... he hecho bien en callar... el crimen ha pasado sin que nadie le conozca... Guzman, el incitador de este crimen está muerto... no puede traslucirse... puedo, pues, consagrarme entero á Dorotea. Francisco Montiño podrá darme luz acerca de ciertas cosas que yo no comprendo... es necesario que yo utilice á este hombre... que le ayude... para todo esto debo estar muy sobre mí... pues sobrepongámonos á todo.

Despues de este razonamiento consigo mismo, el semblante del bufon tomó su aspecto vulgar, su aspecto de todos los dias como podríamos decir.

Pero no aconteció lo mismo á Montño.

Continuaba desencajado, contraído, fuera de sí.

Bastaba ver su semblante para comprender su situacion.

—¡Mi dinero! ¡mi mujer!

Esta era la exclamacion que de tiempo en tiempo se escapaba de sus labios.

Hécuba, la desventurada esposa de Priamo, la madre sin hijos, la reina esclava, no tuvo nunca el corazon tan desgarrado como lo tenia en aquellos momentos el infeliz cocinero de su magestad el rey don Felipe III.

Cuando salieron del alcázar, continuaba lloviendo ni mas ni menos que como tres dias antes al entrar don Juan Giron en Madrid.

Montño no sintió la lluvia.

Pero el bufon que tenia sobre sí un dominio inmenso, apresuró el paso para ponerse cuanto antes á cubierto de ella.

El cocinero mayor se quedó atrás.

—¡Eh! ¡señor Francisco! dijo el bufon : ¿en qué pensais? andad de prisa amigo mio, andad de prisa, que necesitamos aprovechar el tiempo... y sobre todo... si quereis que se os haga justicia...

—¡Qué si quiero que se me haga justicia! pues ya lo creo : ¡á Dios la pido! ¡á Dios clamo por ella...! y estaré clamando hasta que la consiga...

—Pues aligerad.

—¿A dónde me llevais?

—A casa de otra alma desconsolada.

—No hay alma mas desconsolada que la mia.

—¡Quién sabe, Montño! ¡quién sabe! pero andad, andad.

—¿Y quién es esa otra alma desconsolada?

—Una muger que está enamorada de vuestro sobrino.

—¡Ah! ¿y quién es?

—La Dorotea.

—¡La querida del duque de Lerma!

—Eso es.

—¡Y esa mujer...!

—Esta loca por don Juan.

—¿Y esa mujer puede...?

—Ya lo creo... pero si os ayuda, será necesario que vos la ayudeis.

Y el rostro del bufon, al decir estas palabras tenia algo de terrible.

—Vamos pues, vamos, dijo Montño alentando una esperanza; ¿y está muy lejos la casa de esa comedianta?

—No, no por cierto: en la calle ancha de San Bernardo.

—Pues he aquí que estamos de la plazuela de Santo Domingo.

—Y dentro de poco estaremos á su puerta.

En efecto poco despues el bufon llamaba á la puerta de la Dorotea.

Salió á abrir Casilda.

—¡ Oh ! ¡ bien venido seais, tio Manolillo ! dijo la jóven : no sabiamos que hacer con la señora : está terrible. Entrad, entrad. ¿ Pero quién es ese que viene con vos ?

—Es un amigo.

—No creo que esté la señora en disposicion de que nadie estraño la vea.

—¡ No importa ! ¡ no importa ! entrad, señor Francisco, entrad, dijo el bufon viendo que Montño se habia detenido al escuchar la observacion de la criada.

—Vamos á juntarnos dos locos, por lo que veo, dijo entrando Montño.

Cuando entraron en la sala la encontraron revuelta; estaba llena de cofres abiertos, de trajes sobre los sillones, de objetos sobre las mesas.

Todo aquello era rico, relumbraba, punzaba la vista con los vivos colores y lo brillante de las telas : era, en fin, un magnífico equipaje de comedianta pagado por un gran señor.

—¡ Ah ! dijo Montño : bien se conoce que aquí no ha habido ladrones.

La Dorotea, destrenzados los cabellos, desarreglado el traje, iba de acá para allá pálida, sombría, llorosa, sin acuerdo de lo que hacia, obrando maquinalmente, irritada, poseida por una pasión tremenda.

No vió ni al tio Manolillo ni á Montño.

El bufon adelantó, y en un momento en que la Dorotea estaba de pié, inmóvil, con la cabeza inclinada, sostenida sobre una de sus manos, con el otro brazo abandonado á lo largo del cuerpo, era un vivo trasunto de una estatua pagana, representando á una mujer maldecida por los dioses y meditando de una manera terrible, blasfema é impía, sobre la causa de su desgracia.

El bufon se acercó á ella.

—¿En qué piensas, hija mia? la dijo.

—¡Yo no sé! contestó con acento de desesperacion Dorotea.

—¡Pero estos cofres, estas ropas!

—Es necesario huir de aquí...

—¡Huir! ¿y á donde...?

—¿A donde? ¡no lo sé! ¡no he pensado en ello!

Guardó un momento silencio, y luego dijo con un arranque de resolucion terrible.

—¡Sí, sí, sé á donde! ¡á un lugar donde pueda ocultarme...! ¡donde nadie sepa, que estoy...! ¡pero cerca de él! ¡cerca de ella! ¡á un lugar desconocido para todos, del cual pueda salir de noche, silenciosa, envuelta en mi manto... sola con mi venganza! ¡No sé donde! ¡pero no importa! ¡cuando haya vendido todo esto...! ¡lo estoy sacando de los cofres para venderlo...! ¡cuando mis ricos trajes, mis perlas, mis diamantes, estén reducidos á dinero...! ¡porque para vengarme es menester dinero...! ¡entonces...! ¡entonces... saldré de esta casa... y encontraré donde ocultarme! ¡oh! ¡sí! ¡villano! ¡infame! ¡hacerme conocer el amor y abandonarme!

—¡Pero no os ha robado! dijo el cocinero mayor que tenia el amor propio de creer que era la suya la desgracia mayor que podia acontecer á un mortal.

—¿Qué no me ha robado? gritó Dorotea clavando en Montiño una mirada resplandeciente de fiereza que hizo temblar al cocinero mayor... ¿qué no me ha robado? ¿y mi alma? ¿y mi corazon?

—Os queda á lo menos dinero para vengaros.

—Vamos, vamos, dijo el bufon: esto es una locura, Dorotea... tú no has pensado, tú no has meditado.

—Yo no puedo meditar: yo no quiero meditar: me basta saber que se ha casado con otra...

—Debes, pues, despreciarle.

—No se desprecia lo que se ama.

—Lo mismo digo yo, exclamó Montiño.

—Vos estais sentenciado á no decir nunca mas que necedades. ¿Qué tiene que ver lo que á vos os sucede...?

—¡Pues podia sucederme mas!.. mi mujer, mi hija...

—¡Cómo! exclamó Dorotea: ¿vos tambien, pobre señor, habeis sido ultrajado... abandonado... insultado...?

—¡Oh! si, si señora, dijo plañideramente Montño: abandonado.... ultrajado y robado.

—¡Vengaos! exclamó roncamente Dorotea, saliendo de su inercia y continuando en su exhibicion de trajes de los cofres á las sillas.

—No, yo no quiero vengarme... si yo recuperara mi dinero...

—¿Quién es ese? dijo la Dorotea escandalizándose de que un hombre en tales circunstancias se acordase de otra cosa que de vengarse, y perdiendo de todo punto el miramiento al cocinero mayor.

—Es Francisco Martinez Montño, dijo el bufon.

—¡Cómo! ¡su tio!

—¿Tio de quién? exclamó el cocinero...

—De Juan Montño...

—De don Juan Tellez Giron, querreis decir, señora, dijo el cocinero mayor.

—De Juan Montño digo, repitió con impaciencia la Dorotea.

—Juan Montño, hija mia, dijo dolorosamente el tio Monolillo, es don Juan Tellez Giron.

Una palidez biliosa, líbida, terrible, cubrió las megillas de la comediante; sus ojos irradiaron una mirada desesperada, tembló toda, y exclamó con acento opaco:

—¡Con que me ha engañado!.. ¡con que me ha mentido!.. ¡ya lo sospeché yo!... Quevedo le trajo ayer á mi casa... si, si, veo claro... muy claro... ¡ya se ve...! ¡como yo soy... ó era la querida del duque de Lerma...! ¡oh! ¡han querido tener en mí un instrumento..! ¡ese maldito don Francisco, que lee en el alma... que adivinó que yo me enamoraria de él... que me volveria loca por él!... ¡oh! ¿y quién habia de creer que Quevedo fuese tan villano? ¡oh! ¿quién habia de pensar que un jóven de mirada tan franca y tan noble, sucumbiria á tal bajeza... á tal crimen..! ¡enamorar á una pobre mujer que vive tranquila, resignada con su fortuna... hacerla odioso su pasado y desesperado su presente... matarla el alma...! ¡oh! ¡que crimen! ¡que crimen... y que infamia! ¡Es necesario que aunque yo me pierda se acuerde de mí! ¡Es necesario que yo me vengue...!

—Si, es necesario que te vengues, dijo el bufon que enloquecia por Dorotea... sino es necesario que me vengue yo...

—¡Vos! exclamó la jóven: ¡os ha hecho tambien desgraciado ese hombre!

—¡Oh! ¡si, muy desgraciado!

—Vuestra desgracia, sea cual fuere, no puede compararse con la mia, dijo Dorotea que tenia el doloroso egoismo de creer que su desgracia era la mayor de las desgracias posibles.

—¡Oye! exclamó el bufon, asiendo de una mano á Dorotea: oye... y oye tu sola, añadió llevándosela al hueco de un balcon mientras Montño desvanecido por lo que le sucedia, se dejaba caer sin fuerzas sobre un cofre cerrado aun: oye Dorotea, y sabe que tus desgracias son humo, viento, nada, comparadas con las mias.

Y la mano del bufon estrechaba ardiente y calenturienta la mano de Dorotea, y sus ojos cruzados, encendidos, estraviados, se fijaban en ella con una ansia dolorosa, y en su boca entreabierta, por la que salia una respiracion ronca, asomaba una ligera espuma blanca.

La jóven se aterroró al ver el aspecto del bufon, y quiso desasirse.

—No, no; escucha dijo el bufon: es necesario que escuches: es necesario que conozcas el infierno que arde en mi alma... es necesario que lo conozcas para que comprendas que á pesar de lo que te acontece, de lo que te desespera, de lo que te hace creerte la mas desventurada de las criaturas, tu infierno comparado con el mio, es la gloria; tu amargura comparada con la mia, es miel; tu desgracia comparada con la mia, es una ventura envidiable.

Y la voz del bufon al pronunciar estas palabras, era ronca, opaca, casi imperceptible, y á pesar de esto, era poderosa y marcaba todas las entonaciones, todas las gradaciones de la pasion.

Dorotea le escuchaba muda, aterrada, dominada por aquella pasion viva.

—Oye, la dijo el bufon: yo amo.

Y pronunció de tal manera estas palabras, miró de tal manera al pronunciar estas palabras á la jóven, que esta no pudo dudar que era ella á quien de una manera tan terrible amaba el bufon.

Y ahogó un grito de espanto, y quiso desasirse.

Pero el tio Manolillo la retuvo.

—Yo amo, repitió con acento mas concentrado: amo con toda la desesperacion de Satanás: mi amor es mas ardiente, mas terrible, mas atormentador que el fuego del infierno: me consume, me abrasa las entrañas, es un tósigo de muerte que llevo conmigo; un dardo envenenado que no puedo arrancarme.

El bufon se detuvo para tomar aliento, porque de todo punto habia enronquecido.

—Oye, oye; yo he visto crecer una mujer, crecer desde la cuna: la arrebaté de los brazos de su infame padre...

—¡Mi padre! exclamó Dorotea.

—El padre de aquella niña era un monstruo: la llevaba consigo para abandonarla: aquella niña sin mi hubiera ido al hospicio...

—¡Ah!

—Yo fui para la desdichada madre de aquella niña un hermano: comí pan seco y duro, dormí sobre el suelo, anduve sin capa en el invierno, viví en una calorosa buarda en el verano, llevé mi ración entera, y mi soldada entera de bufon, á aquella pobre madre abandonada, y cuando poco despues murió, empené mi soldada por muchos meses para comprarla un nicho en el panteon de la parroquia, donde durmiese tranquila.

—¡Ah! exclamó Dorotea.

—La misma noche en que enterraron á Margarita... oye... oye bien Dorotea, oye con toda tu alma porque... vas á oír una cosa horrible— y el rostro del bufon tomó toda la terrible espresion de un condenado— cuando tu madre...

—¡Oh! ¡no me habia engañado! exclamó la jóven.

—Si... si... tu madre... pero mas bajo, mas bajo... ¿no ves que yo devoro mi voz, cuando si estuviese solo rugiría?... cuando tu madre estuvo sepultada... es el nicho de la segunda hilera junto al rincon, en la pared derecha de la puerta, conforme se entra.... nunca olvido aquel nicho... cuando estuvo sepultada... parecióme que me quedaba solo en el mundo... no habia amado nunca...

—¡Amásteis á mi madre!

—La amé... ¡oh! si, como yo podia amar á una mujer que habia conocido amando á otro, con toda mi caridad... y cuando digo con toda mi caridad, digo con todo mi corazon... la amé... ¡oh! si mucho, mucho... pero era un amor que no me inquietaba... porque nada queria... mas que proteger á tu madre... consolarla, y protegiéndola y consolándola, y viéndola vuelta hácia mí como su único consuelo... mi amor recibia toda la recompensa que podia recibir... y al mismo tiempo... aquel amor puro, tranquilo... aquel cuidado de una pobre enferma, me alentaba... me reconciliaba con la vida... cuando perdí á tu madre me encontré solo... sali del panteon con el corazon oprimido... por el momento no pensé en nada... pero luego... el frío de las noches de invierno, la lluvia, refrescan la sangre, y cuando la sangre que arde se refresca, el pensamiento

se calma y la razon sobreviene... pensé y ví que no estaba solo en el mundo... que vivías tú... que te habias quedado sola en tu cuna... tenia una hija... una hija de quien Dios me encargaba... y yo no tenia dinero... no esperaba tenerlo en mucho tiempo, porque habia empeñado mi soldada por mucho tiempo... para enterrar á tu madre.

—¡ Oh Dios mio! exclamó Dorotea.

—¡ Qué debia yo hacer! exclamó con acento ronco el bufon : ampararte, criarte, velar por tí... y no tenia dinero... ¡ el diablo á veces acude al auxilio de los desesperados y acudió al mio !

Y el bufon soltó una carcajada opaca, silenciosa, horrible.

Dorotea se sentia estremecida por un terror inesplicable.

—Si, si ; añadió el bufon : el diablo acudió en mi socorro : al pasar por delante de una tienda cerrada... en Santa Cruz... sentí contar dinero... mucho dinero...

—¡ Ah ! exclamó Dorotea que empezó á adivinar la horrible verdad.

—Escucha, escucha, prosiguió el bufon : no es eso solo... no es solamente lo que tu has sospechado... es mas horrible... y todo por tí... por tí...

—¡ Oh ! ¡ mas horrible aun ! exclamó Dorotea...

—Oye... oye... el ruido tentador del oro me detuvo, me trastornó, me atrajo... y... me quedé inmóvil, pegado á la pared... cerca de aquella puerta... yo no sentia, no oia otra cosa que el ruido del dinero... y tras él me parecia escuchar tu llanto desconsolado... me parecia verte estendiendo tus bracitos... llamando á tu madre... ¡ oh ! ¡ Dios mio... ! yo no sé cuanto tiempo pasé de aquel modo... al fin aquella puerta... la puerta de la tienda se abrió y salió un hombre... la puerta se cerró y el hombre que habia salido se alejó solo : yo le seguí... le seguí recatadamente... eran mis pasos tan silenciosos que no podia oirme... era la noche tan oscura que aunque hubiera vuelto la cabeza no hubiera podido verme... y una fascinacion terrible, involuntaria me acercaba mas á aquel hombre... de repente aquel hombre dió un grito y cayó de boca contra el suelo... al caer se oyó un ruido metálico... el de un saco de dinero... luego se oyó crugir de nuevo aquel saco, y otro hombre dió á correr... el que habia caido no volvió á levantarse... el otro no volvió á pasar jamás por aquella calle... tres dias despues estabas tú en las Descalzas reales... porque yo... yo tenia oro... mucho oro... yo era rico... y podia criar bien á mi hija.

—¡Matásteis por mí un hombre...! esclamo Dorotea : ¡algun desdichado padre de familia !

—No sé quién era... ni aun oí hablar á nadie de aquella muerte... el tiempo ha pasado... pero aquella sangre... aquella sangre está cada dia mas negra é indeleble en mi conciencia. ¡ Dicen que estoy loco ! es verdad... ¡ loco ! y es muy razonable que yo esté loco... porque he sufrido mucho... mucho...

El bufon se detuvo fatigado.

Dorotea temblaba.

—Oye... oye aun... continuó el bufon. Durante los primeros años de tu vida, te amé como á mí propio... mas que como á mí propio... yo lo empleaba todo en tí... el oro que habia robado... mi soldada... tú eras una pequeña dama... estabas mejor vestida, tenias mas juguetes y mas ricos que las hijas de gente noble y poderosa que se criaban en el convento... yo enloquecia por tí... porque tú eras para mí mas que mi amor : eras el recuerdo de un horrible crimen... yo veia sobre tu pura y hermosa frente de ángel una mancha roja...

—¡ Dios mio ! exclamó Dorotea exalando un grito de espanto, mirando con terror al bufon ; ¡ vos me habeis criado á precio de sangre humana, y vuestra maldicion ha caido sobre mí !

Y como Dorotea quisiese huir, el bufon la retuvo.

—Espera, espera, la dijo : aun no he concluido : llegó un dia en que ya no fuiste una niña, sino una mujer, y una mujer hermosísima... entonces sin poderlo evitar te amé...

La Dorotea miró con espanto al bufon.

—Te amé, continuó el tio Manolillo, como nunca he amado : ninguna mujer me parecia ni me parece tan hermosa como tú... y te he amado con ese terrible amor que no espera satisfacerse ; con ese amor resignado al silencio, resignado al martirio : te amé y te amo de ese modo : he trasmitido mi vida á tí y gozo cuando gozas, sufro cuando sufres. Tú sufres ahora y yo sufro tambien. Tú estás celosa de esa mujer, de esa doña Clara Soldevilla : yo tambien estoy celoso : tú amas á ese don Juan y ese don Juan no te ama... es necesario que ese don Juan sufra las mismas penas que nosotros sufrimos ; es necesario que ese don Juan se desespere.

—¡ Ah ! exclamó Dorotea estremeciéndose, ¡ y qué terrible situacion la nuestra !

—¡ Si ! ¡ terrible, muy terrible ! pero del mismo modo que nosotros

la sufrimos, es necesario que otros la sufran. Es necesario que nos vendemos.

— ¡Y cómo! ¡cómo! exclamó Dorotea.

— Primero : oye... don Juan vendrá á verte.

— ¡A verme! exclamó la jóven poniéndose densamente pálida.

— ¿Ha obtenido algo de tí?

— No.

— Don Juan vendrá á verte : eres demasiado hermosa para que no vuelva : don Juan sabe que le amas... y querrá hacerte su querida.

— ¡Oh! exclamó Dorotea.

— A nadie le desagrada el que le amen dos hermostsimas mujeres. Don Juan vendrá, pretenderá engañarte...

— Le despreciaré.

— No : no le desprecies : desespérale.

— Desesperarle ¿y cómo?

— ¿De que te servirá ser cómica, sino sabes ser cómica mas que en el teatro? Cuando venga recíbele bien.

— ¿Recibir yo bien á ese traidor...?

— La sonrisa en los labios y el odio en el corazon; porque tú debes odiarle, como odiarias á un ladron, á un asesino, porque él te ha robado tu paz, él te ha matado el alma.

— Yo no puedo aborrecerle : ¡yo le amo, yo le amaré siempre! exclamó llorando Dorotea.

— Mas bajo, mas bajo que no nos oigan.

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¿y qué me importa todo?

— Ese hombre que está ahí doblegado bajo su rabia, bajo su desconuelo, como lo estamos nosotros, ese hombre, Dorotea, puede ser tu puñal.

— ¡Mi puñal!

— ¿No aborreces á doña Clara?

— ¡Oh! ¡si!

— ¿No deseas que don Juan sufra como tú?

— Si, si.

— Pues bien, ese hombre que está ahí reducido á la nada, aniquitado, ese hombre es el cocinero de su magestad.

— No os comprendo.

— Doña Clara vive en palacio.

— ¿Y qué...?

—Un plato de las cocinas del rey, puede bajar al aposento de doña Clara.

—¡Oh! ¡si! ¡es verdad! ¡yo me vengaré del desamor de don Juan!

Y en los ojos de la Dorotea, apareció una mirada valiente, enérgica, en la cual, cosa estraña en aquella situacion, habia mucho de generoso y de sublime.

—¡Oh! ¡y que grato será hacerle llorar! dijo el bufon.

—¡Oh! si, si; es el último recurso, el último consuelo que queda á mi alma : hacer llorar á don Juan.

—Pero para eso es necesario que le engañes.

—Le engañaré.

—Que le desesperes.

—Le desesperaré.

—Y para ello, que recojas esas ropas, que vuelva el color á tus mejillas, la risa á tus labios : que continúes siendo la querida de Lerma y la amante de Calderon : que representes como siempre... que vuelvas á ser la cómica.

—Lo haré, lo haré, descuidad.

—Empieza, pues, por secarte las lágrimas, como yo, mira : yo me las trago... yo me rio... ¡ah! ¡ah! ¡qué buen chasco les vamos á dar! dijo el tio Manolillo, saliendo del hueco del balcon y dirigiéndose al cocinero mayor.

—¡Chasco! ¡chasco! ¿qué mas chasco que lo que á mí me sucede? exclamó Montño llorando.

—Pues de eso hemos estado tratando la Dorotea y yo : del chasco que vamos á dar á vuestra mujer, á vuestra hija... á los que os han robado.

—¡De veras!

—Dorotea... ya lo sabeis... es mucha cosa del duque de Lerma.

—Y tanto, dijo la Dorotea que empezaba á representar su papel, que el duque hace cuanto yo quiero.

—¿Y vos os interesareis por mí?

—Ya me intereso.

—¿Y lograreis que mi mujer y mi hija sean castigadas, y que yo recobre mi dinero?

—Haré cuanto pueda : tened por cierto, que antes de mucho, una nube de ministros de justicia, estarán buscando á los criminales.

—¡Ah! ¡señora!

—Debes escribir al duque, dijo el bufon.

—En efecto, hace tres dias que no le veo, dijo la Dorotea : esperad, esperad un momento, voy á escribirle.

Y se sentó junto á una mesa, tomó papel y pluma y escribió lo siguiente :

—«Señor mio : hace tres dias que no me honrais : ¿habré caído en vuestra desgracia ? no lo creo : al menos no he dado motivo para ello. No me quejo como me quejaria en otra ocasion , porque sé que andais muy sériamente ocupado, y mas de un tanto cuidadoso por la vida de nuestro buen amigo don Rodrigo Calderon. Pero segun entiendo, habeis salido bien de vuestros negocios y la vida de nuestro amigo no corre peligro. Debeis, pues, venir : dedicar algun tiempo á la que os ama tanto, señor, que no es dichosa sin veros.—Vuestra Dorotea.»

Plegó y cerró esta carta la jóven, y la dió á Montño.

—Llevadla ahora mismo, le dijo, al duque de Lerma : le digo en ella que quiero verle, y cuanto mas pronto le vea mas pronto podré hablarle de vuestros negocios.

—¡ Oh señora ! ¡ cuánto os deberé si consigo recobrar mi dinero ! exclamó Francisco Montño.

—Pues id, id, amigo mio.

—De todos modos, yo tenia tambien que ir á ver á su esclencia.

—Pues adios.

—Adios. Adios vos tambien, tio Manolillo.

—¡ Ah ! id, id con Dios, señor Francisco : id con Dios, y hasta mas ver.

El cocinero mayor salió tambaleándose como un ebrio.

Dorotea empezó á recoger en silencio sus joyas y sus trajes, y á guardarlos en los cofres.

Durante esta operacion no habló una sola palabra.

El tio Manolillo sentado en un sillon la miraba con ansiedad.

Dorotea estaba serena, sus lágrimas se habian secado, solo quedaba en su semblante como vestigio de la pasada tormenta una profunda gravedad.

El bufon guardaba tambien silencio.

Casilda y Pedro llevaron los cofres á su lugar, y pusieron en órden el mueblaje.

Dorotea entre tanto habia cambiado de vestido y se habia puesto en el hueco de un balcon á estudiar su papel en la comedia antigua titulada : *Reina Moraima*.

—¡Oh! tu calma me espanta, hija mía, dijo el bufon.

—¿No me habeis dicho que debo ocultar el estado de mi alma, para vengarme mejor? dijo la Dorotea : yo he creído bueno vuestro consejo y empiezo á representar mi papel : estoy tranquila ya lo veis : y estoy tranquila porque estoy resuelta. Ya sé lo que puedo esperar , y para representar mi papel es necesario que continúe en mi vida de costumbre. Esta tarde tenemos un primer ensayo, y es necesario que la dama sepa su papel. Estudio, ya lo veis : no podeis pedirme mas.

El bufon miró dolorosamente á la jóven.

En aquel momento entró Casilda.

—Señora, dijo, aquel caballero jóven que estuvo aquí ayer, acaba de bajar de una carroza y pide veros.

—¡Ah! ya sabia yo que vendria, dijo el bufon : adios Dorotea, adios, y mira lo que haces.

—Id sin cuidado, ya os lo he dicho, estoy resuelta.

—¡Adios! repitió el tio Manolillo, y salió por la puerta de la alcoba.

—Que entre ese caballero, dijo Dorotea.

Y puso de nuevo los ojos en su papel, tranquila, serena, como si nada la hubiera acontecido.

Solo la quedaban como vestigio de la tormenta, dos círculos ligeramente morados alrededor de los ojos.

Toda su fuerza de voluntad no habia podido borrar aquellas dos señales de las lágrimas y del insomnio.

Pero Dorotea sabia que tenia aquellas señales, y estaba tranquila.

CAPITULO LIII.

Como saben mentir las mujeres.

Don Juan entró con recelo: esperaba un recibimiento terrible.

Pero se sorprendió al ver que Dorotea se levantaba solícita, salía á su encuentro y le abrazaba.

—¡ Oh! ¡ y cuánto me habeis hecho padecer! ¡ cuánto me habeis hecho llorar, señor mío! le dijo con toda la ardiente espresion de su alma: venid, venid que yo os vea: ya sé, ya sé que no os han herido... pero vuestro lance con don Bernardino... ¡ no haber vos venido anoche! ¡ y luego como yo no sé dónde vivís...!

—Vivo en palacio... dijo con turbacion don Juan.

—¡ Ah! ¿vivís en palacio... con vuestro tío...? me alegro... y por lo visto vuestro tío es un buen tío: me ha dicho Casilda que habeis venido en carroza... y vuestro traje, vuestras alhajas ¡ oh! ¡ y qué hermoso y que gentil y que galán venís!... cada día os amo mas... y me alegro, me alegro de que vuestro riquísimo tío emplee sus doblones en vos con tanta magnificencia... prefiero que no me debais nada... porque así sabré que me amais por mí misma... no podré ofenderos en nada ni aun desconfiar de vos.

Miró don Juan de una manera franca y valiente á Dorotea.

Aquella mirada estuvo á punto de hacer llorar á la jóven.

—¡ Ah ! no, vos no podeis enganarme, dijo esta, ya lo sé y por eso confío en vos.

—Escuchadme, señora, y suceda lo que quiera, sabed todo lo que debéis saber, yo no soy sobrino de Francisco Martínez Montaña.

—¡ Ah ! ¿ no sois sobrino... del cocinero mayor de su magestad?

—No ; soy hijo bastardo del duque de Osuna.

—¡ Oh ! ¡ me alegro , me alegro ! exclamó fingiendo la alegría mas verdadera la Dorotea : vos no debíais ser hijo mas que de un gran señor.

—Pues me pesa, señora, de no ser verdaderamente hijo del honrado hidalgo á quien he tenido por padre hasta anoche.

—¡ Ah ! exclamó la comedianta : ¿ con que es decir que cuando me dijisteis que erais sobrino del cocinero mayor del rey me dijisteis la verdad?

—Nunca he pretendido enganaros : anoche por un acaso, el mismo Francisco Montaña me dió ocasion de conocer mi nacimiento.

—¿ Y dónde pasásteis la noche señor mio ? yo os estaba esperando.

—Es necesario que yo os lo diga todo.

—¿ Teneis mas que decirme?

—Ciertamente : vuestra hermosura , y un no sé qué inesplicable que existe en vos, que me obligó á amaros desde el momento en que os vi tuvo la culpa de que yo, no conociendoos bien os haya engañado.

—¡ Ah ! ¡ me habeis engañado !...

—Y de una manera grave.

—¿ Pero en qué ? ¿ cómo ?

—Soy casado.

—¿ Y eso qué importa ? dijo la Dorotea cuyo semblante no se alteró.

—¡ Cómo ! ¿ no os importa nada que yo sea casado ? dijo don Juan que sintió un vivo impulso de despecho.

—No, porque no habia de haberme casado con vos.

—Sin embargo...

—Porque nunca hubiera sido vuestra querida.

—¡ Ah ! ¿ es eso cierto ?

—Ciertísimo.

—¿ Es decir que os soy indiferente ?

Y el jóven pronunció estas palabras con un acento tal y tan doloroso, que Dorotea sintió que su amor crecia ; se sintió amada : sin embargo conservó su severidad.

—No ; vos no me sois indiferente : no ¡ Dios mio ! ¡ por el contrario ! sois el único hombre á quien he amado, el que ha encontrado mi corazón





DON JUAN CIRÓN.

virgen... pero por lo mismo, porque solo mi corazon estaba puro, os amo con pureza... por eso yo querida del duque de Lerma, querida de don Rodrigo Calderon, mujer perdida, no quiero arrastraros hasta el fango donde está mi cuerpo: os doy mi alma, mi alma entera y nada mas: ¿que me importa que seais casado? ¿que me importa que no me ameis si yo os amo?

—¡Dorotea!

—¿Os ama tanto como yo vuestra mujer?

—¡Oh! ¡qué pregunta!

—Es que yo quiero, es que yo deseo que os ame, no mas que yo, porque eso es imposible: sino tanto: yo bien sé que siendo vuestra esposa será digna de serlo....

—¡Oh! ¡si!

—¿Y quién es? ¿la conozco yo? Decidme su nombre.

Fue la primera situacion dificil en que se encontró despues de casado don Juan: creia profanar el nombre de su esposa y tartamudeó algunas palabras en una torpe escusa: Dorotea vió lo que pasaba en el alma de don Juan.

—Pronunciad, pronunciad, sin temor el nombre de esa señora, dijo la Dorotea: no es la comedianta, no es la mujer perdida quien os lo pregunta, no es tampoco la mujer celosa: es vuestra hermana, vuestra buena hermana, que porque os ama, ama á la mujer que os ama y es tambien hermana suya: decidme su nombre.

—Doña Clara Soldevilla, contestó don Juan con acento opaco.

—¡Ah! ¡la famosa menina de la reina! famosa por su virtud y por su hermosura... pero no se decia que esa señora fuese casada... no os estrañe que yo la conozca: yo trato á la gente mas principal de España: mi retrete en el teatro y mi casa, están frecuentados por lo mas rico, por lo mas noble: como delante de mí se habla sin empacho, he oido hablar mucho de doña Clara, ponderan su hermosura, y al mismo tiempo su desden para con todo el mundo. Dicen que el rey —Dorotea bajó la voz— dicen que el rey ha amado á doña Clara; que ha tenido empeño, que ha enviado á Nápoles al coronel Ignacio Soldevilla, para dejarla mas aislada; pero que á pesar de esto el rey se ha llevado chasco. A tal altura ha llegado la virtud de vuestra esposa que la llamaron la *menina de nieve*; ¡oh! me alegro mucho... cuando esa señora se ha casado con vos debe amaros mucho, muchísimo, con toda su alma, con todo su corazon, con todo su deseo. Debeis haberla vuelto loca, don Juan; es la única mujer

que conozco digna de vos, y me alegro, ¡oh! ¡sí! me alegro... y la amo porque os ama y me alegraré de tener una ocasión en que demostrarla dignamente mi amor.

—¡Oh! no os comprendo Dorotea... yo creía...

—Habeis creído mal... yo no podía casarme con vos: yo no podía daros esa suma de encantos de nobleza, de dignidad que os ha dado vuestra esposa; yo era, yo soy una mujer perdida para el amor; lo he conocido al conocerle... al amaros he comprendido que no debía ser para vos lo que he sido para otros... quería ser mas... quería ser... vuestra hermana... vuestra hermana del corazón... oid... no vendreis á mi casa... no... eso se sabría... creerian que yo era vuestra querida... lo sabría vuestra esposa, porque conoce á muchas gentes, y entre esas gentes, que son como todas, las hay sin duda, que se gozan en la desgracia ajena... esto es odioso pero es verdad: por recatadamente que viniérais á verme, alguien os vería... ya lo creo... os sentirian mis criados... y mis criados... lo dirian, porque los criados lo dicen todo... no, no debeis, no podeis venir á mi casa porque no podeis, no debeis herir el corazón de vuestra esposa.

—¿Qué hay en vuestras palabras, Dorotea, que las hace para mí agudas y afiladas como un puñal?

—Hay, que no me conoceis bien: hay vuestro recelo... ¡creeis que yo estoy ofendida de vos!

—Debeis estarlo.

—Lo estaría si os hubiéseis casado con otra mujer.

—Una mujer que ama no cede á ninguna su amor.

—No, su amor no: pero si ama de veras, si ella no puede hacer la felicidad del hombre amado, se alegra de que otra mujer la haga; la ama porque ella es la paz del corazón del hombre á quien ama.

—Teneis mucho ingenio.

—Si le tengo está en mi corazón.

—Entre tanto me prohibis que venga á vuestra casa.

—¿Y para qué quereis venir?

—¡Dorotea! yo no sé lo que pasa por mí: yo estoy loco.

—¡Loco! si... debeis estarlo... loco de felicidad.

—No, no: loco de desesperacion.

—¿Y por qué? ¿no sois afortunado? la mujer mas pura y mas hermosa y mas codiciada de la corte os ama. La comedianta que á todos enamora, que á todos desespera, y que tiene buen corazón, es... vuestra hermana. Ella os da en su hermosura, mas de lo que puede soñar el enamo-

rado mas loco: en su amor un cielo: yo os doy mi alma dolorida y triste, mi pobre alma desterrada y sedienta; os amo, con toda esa alma desventurada, y solo tengo ojos y corazon y oidos para vos. ¿Qué mas quereis?

—¡Yo no os conocia! vos habeis amargado mi felicidad.

—¡Que he amargado yo...! ¡que puedo yo amargar vuestra vida! ¡oh! ¡no me lo digais, no! ¡eso me desesperaria! ¡eso no puede ser! ¡eso no es!

—Yo no podia comprender... no, no podia comprender, que de repente, á primera vista pudiese el corazon interesarse de tal modo...

—¡Ah! decidme... me interesa conocer vuestro corazon. ¿Vais á ser franco y leal conmigo?

—Os lo prometo.

—Decidme: ¿qué efecto os causó doña Clara Soldevilla la primera vez que la visteis?

—No lo sé.

—¡Pero experimentariais algo al verla!

—Un deslumbramiento, una ofuscacion, un no sé qué... luego... luego la casualidad me puso junto á ella... y mi alma entera fue suya... no, mi alma entera, no... ha quedado en ella lugar para vos...

—No, no sois franco... ¿os inspiró deseo doña Clara?

—No.

—¡Ah! no os inspiró deseo; ¿y deseásteis volver á verla?

—Deseo... desee tenerla siempre á mi lado, vivir en su vida.

—Y no sobrevino el deseo...

—No.

—¿Y os habeis casado...?

—Con el alma llena de felicidad.

—¿Y la habeis hecho vuestra, con trasporte, enloquecido?

—No: con miedo...

—¡Con miedo!

—Sí, con miedo por vos,

—¡Ah! ¡yo! ¡siempre yo!

—La posesion de doña Clara no podia hacer que yo olvidara, que yo arrojara de mí esta fascinacion poderosa que me causais...

—Ya que hemos llegado á mí, decidme, decidme, ¿que impresion causé en vos?

—La impresion ardiente de una hermosura divina: yo no habia visto unos ojos que tuviesen la hermosura, el poder, el dulce fuego que hay en vuestros ojos... y luego vuestros ojos al arrojar sobre mí su primera

mirada, exhaláron instantáneamente una mirada de sorpresa, y luego una mirada de atencion, y luego una mirada que me dijo claro, claro, como me lo podrian decir vuestros labios: soy tuya, tuya, cuando quieras: tuya toda, cuerpo y alma, corazon y vida... pude engañarme, pero yo leí eso sin quererlo en vuestros ojos, lo leyó mi alma: y mis ojos debieron deciros lo mismo...

—Si, si; ¿y no os han dicho lo mismo los ojos de doña Clara?

—¡Ah! ¡si! ¡si! pero al decirme sus ojos soy tuya, habia en ellos alegría, confianza.

—¡Pureza! ¡decidlo de una vez! ¡y en los míos debió de haber dolor, vergüenza!

—¡Dorotea! ¿por qué os he visto?

—¡Por qué! porque Dios es bondadoso y justo, porque Dios sabia que mi alma estaba sedienta de amor y en vos me lo ha dado.

—Y á mí me ha dado en vos un remordimiento.

—No, no lo creais: escuchad: doña Clara me hace un gran bien: doña Clara hace imposible el que yo me arroje en vuestros brazos: de la única manera que puedo ser feliz, es sufriendo por vos, teniendo celos... viendo que vos los teneis.

—¿Qué decís...?

—Oid... mi primera mirada de amor hácia vos, fue una mirada impura, ¿sabeis por qué...? porque ví en vuestros ojos el alma que yo anhelaba encontrar; porque ví en vos una hermosura que me enlanguecía, que absorbía mis sentidos, que llenaba mi corazon: sentí un dolor agudo, porque como doña Clara no podia deciros: eres mi primero y mi último amante... ya lo sabeis... yo, que hubiera sido vuestra cuando vos hubiérais querido, no lo seré nunca...

—¿Y sino me hubiese casado...?

—Sino os hubiérais casado... si: vuestra... vuestra: por lo mismo me alegro de vuestro casamiento... me alegro de ese imposible puesto entre los dos.

—Pero sois desgraciada... ó no me amais como decís...

—Os amo mas... mucho mas... ¿no notais que cuando estoy á vuestro lado soy feliz?

—¡Asoman las lágrimas á vuestros ojos!

—Puede ser... puede ser... si, es verdad: que quereis... ¡soy tan infeliz! Y la pobre Dorotea se desplomó, lloró y se cubrió el rostro con las manos.

—¿Y quereis que no tenga remordimientos?

—No los tengais.

—¡Os he hecho desgraciada, sin poderlo evitar...!

—¿La amábais..?

—Debeis aborrecerla... y ella...

—¡Ella! ¿sabeis lo que ella haria conmigo? si os ama como yo creo, como indudablemente os ama, me mataria...

—Como vos la matariais á ella...

—Yo... yo... ¡Dios mio! yo no... no... porque seria mataros á vos... si, mataros... estais loco por ella... y yo no quiero mataros... no... de ningun modo... no quiero que sufrais...

—Nos encontramos en una situacion muy dificil... muy grave.

—No... suframos cada cual... pero no sufrais mas que lo que inevitablemente debais sufrir, porque ya no tiene remedio... no agraveis el mal, llevándole á vuestra casa... no vengais á la mia.

—No habeis podido sostener vuestra serenidad: habeis llorado: el castillo de vuestra firmeza se ha venido á tierra... al verme unido á otra os mata... y eso... eso me rompe el corazon.

—Eso ya no tiene remedio: doña Clara os ha inspirado ese amor puro, noble, intenso, ese amor del alma del que yo hubiera querido ser digna; doña Clara es para vos vuestra hermana, mas que vuestra hermana, porque es vuestra amante. Yo soy para vos ese demonio tentador que embriaga, que no se puede apartar de la memoria, que no merece ser amado y que no se ama pero que se desea, que se desea con una sed insoportable, que hace arder nuestra cabeza en una fiebre dolorosa, y gemir nuestro pecho que respira mal, que está dolorido... y al mismo tiempo soy para vos la pobre mujer que ningun mal os ha hecho, á quien veis sufrir de una manera desesperada, cuyas lágrimas no podeis secar, cuyo corazon no podeis dilatar, cuya agonía no podeis curar: un deseo vehemente.. una compasion profunda... eso es lo que yo inspiro... ¡amor! ¡amor! ¡oh!

—¡Me estais desgarrando el alma, Dorotea! exclamó dolorosamente don Juan.

—Lo siento, y esto me hace mas desgraciada: daria yo porque me olvidárais mi eternidad.

—Escuchadme, dijo don Juan tomando á Dorotea una mano que ardia y que al sentir la mano del jóven tembló.

—Decid.

—Cerremos los ojos á todo. Lo sucedido no tiene remedio. Olvidaos de que me he unido á doña Clara.

—No puedo olvidarme... por ella misma... por vos.

—No os entiendo.

—No debes venir á mi casa, os lo repito.

—¡Ah! ¡vos os vengais!

—Justo seria; pero no me vengo, no me puedo vengar. Me dominais no me pertenezco, porque os pertenezco entera, porque soy lo que vos quereis que sea.

—¡Dorotea! ¿con qué pretendiais engañarme?

—Mentia al hablaros de... de qué sé yo... porque no me acuerdo de lo que os he dicho que no sea mi amor, y mi humildad á vos, que sois dueño de mi alma y de mi voluntad... pero esto no impide el que comprenda que vos olvidais arrastrado por mí... lo que no debeis olvidar... yo no puedo olvidarme de vuestra felicidad... yo que os amo, no puedo esponderla... por eso os digo que no vengais á mi casa... es necesario que vuestra esposa no lo sepa... no por mí... sino por ella misma... por vos... si viniérais... lo sabria... si lo supiera... ¡oh! ¡si se viese engañada...! ¡si los celos la estraviaran... si en un momento de despecho quiere vengarse dándoos celos por celos... infamia por infamia...!

Don Juan se levantó como herido por una punta envenenada.

—Es necesario evitar que eso suceda: pero nos volveremos á ver... si, nos volveremos á ver... siempre que podamos, sin causar sospechas: en un lugar retirado, donde nadie nos vea, donde nadie nos conozca; yo... guardaré vuestro secreto... no os hablaré jamás de ella... no me hablaréis de ella vos... nos veremos mientras vos querais que nos veamos... despues... despues... si me abandonais... yo os veré... iré cubierta con mi manto á la iglesia donde vos vayais... cuando represente, si estais en el teatro yo os haré conocer sin que nadie lo conozca, que represento para vos: mi pensamiento será siempre vuestro... os lo juro... pero ahora idos. Habeis estado demasiado tiempo. Una recien casada, encuentra siempre largas las horas que está separada de su marido.

—¡Ah!

—¿Quereis que sea menos desgraciada don Juan?

—¡Que si quiero...! ¿y me lo preguntais...?

—Pues bien sed feliz...

—No os comprendo.

—En doña Clara teneis el alma, teneis esa dulce y casta compañera,

el ángel del hogar: no lleveis á vuestra casa la tristeza: en mí teneis la mujer que enloquece, la mujer que embriaga: no traigais á mis brazos el remordimiento: resignémonos á nuestra suerte. No sufrais por mí porque cuando yo conozca que no sufris, que sois completamente feliz, yo seré menos desgraciada.

—No sé qué contestaros, no sé qué deciros...

—Yo sí, yo sé lo que os tengo que decir... ¡os amo! ¡os amo! mas que ayer, mas á cada momento: ¡os amo! ¡muero por vos! ¡pero idos! volved tranquilo á vuestra casa... yo os avisaré... y nos veremos.

Don Juan hizo un esfuerzo y salió.

Dorotea se quedó mirando de una manera imposible de hacer apreciar, á la puerta por donde habia salido el jóven, y no reparó, en que apenas aquel habia desaparecido, el bufon habia abierto las vidrieras de la alcoba, habia adelantado en silencio, y se habia sentado en la alfombra á los piés de Dorotea.

No habia querido salir por la puerta de escape, y lo habia oido todo.

—¡Eres una mujer perdida! dijo con voz ronca.

Al sonido de la voz del tio Manolillo, Dorotea dejó de mirar á la puerta, y miró al bufon.

La ansiosa, la profunda mirada de este, la estremeció.

—Sí, soy una mujer despreciable, dijo contestando á las palabras del bufon.

—No, no he querido decir eso, dijo el tio Manolillo. Quiero decir que te has perdido. No has sabido empezar á vengarte... á vengarte de una manera horrible.

—¿Qué hubierais hecho vos en mi lugar?

—¿Qué hubiera yo hecho? exclamó el bufon sonriendo de una manera espantosa, y dejando ver su blanca dentadura que se entrechocaba. ¿Qué hubiera hecho yo?

Y se encogió, se dilató su pecho, y lanzó un aliento que rugía, poderoso, ardiente, indicio de la horrible lucha que conmovia su alma destrozada.

—Sí, sí, dijo impaciente Dorotea.

—¿Yo? ¿qué hubiera hecho yo? ¡dar mal por mal y con creces, con horribles creces! primero..... en el primer momento se me ocurrió matar... cuando me hieren, lo primero que se me ocurre es matar: pero despues... la reflexion, la calma... ¡matar! ¡hacer morir! ¡es decir, es-terminar! ¡no! ¡no! ¡es poco! yo creia que tenias mas alma... y tienes

el alma débil... no has sabido sacrificarle para sacrificarle... para sacrificarla á ella...

—¡ Oh ! ¡ ella ! ¡ ella ! pensar que ella le posee completo, delante del mundo, con la frente alta, siendo su orgullo...

—Tienes que contentarte con matarla... y esto es poco, muy poco.

—¿ Pero qué hubiérais vos hecho ?

—Le he estado observando desde allí ; temblaba, temblaba estremecido de deseo... sus ojos devoraban tus ojos, se fijaban en tu cuello, en tu seno... sufría... está loco por tí... no te ama... tiene hambre de tí y nada mas.

—¡ Eso es mentira !

—¡ Pobre loca ! porque ella le ama, porque le ama con toda su alma, cree que él... ¡ él ! lo mas puro que él siente por tí, es lástima... y eso es humillante...

—¿ Pero qué queriais que hubiera hecho ?

—¡ Qué ! mantenerte firme, hacerle comprender, aunque fuera mentira, que te importaba poco que se hubiera casado... empezáste muy bien... yo estaba diciendo allí, detrás de los cristales... ¡ qué buena cómica es mi hija... ! ¡ qué pobre hombre es ese don Juan ! pero luego lo has echado todo á perder, le has dejado ver tu desesperacion: y se gozaba en ella sin saberlo ! ¡ oh ! ¡ qué felicidad tan incomprendida es para algunos hombres, magullar á una pobre mujer, como el gato que magulla á un raton ! ¡ Oh ! ¡ cuán felices, cuán felices son algunos hombres, y que poco merecen su felicidad !

La escitacion febril del tio Manolillo asustó á Dorotea, la asustó por don Juan ; comprendió que debía engañar al bufon.

—Veamos que hubiérais vos hecho ; mejor : que he debido yo hacer.

—Oye : el hambre pasa cuando se satisface : pero cuando no, se irrita : el que muere de hambre... el que muere de hambre, no niega nada al que le ofrece un pedazo de pan.

—Seguid, seguid, me parece adivinaros : veamos si me he engañado.

—Tu irás misteriosamente á ver á ese hombre. Debes ir. Yo te buscaré el lugar.

—¡ Ah ! no, no : dijo Dorotea.

—Bien, no insisto... no quieres ser espiada... no quieres sermones... bien, mejor... buscarás un lugar retirado : lo embellecerás, lo perfumarás, enloquecerás en él con tú don Juan : te resignarás á todo, lo olvidarás todo : porque le amas con el amor mas humilde del mundo : tu don

Juan, esperará impaciente los primeros dias la hora de verte: le será muy cómodo lograr tus amores sin que lo sienta la tierra, sin que pueda tener celos su doña Clara: despues, á medida que vaya pasando el tiempo, le parecerás menos hermosa, y esperará con menos impaciencia la hora de verte: luego irá por ir, por lástima: te hará esperar: despues le esperarás envano algunos dias, y te volverás á tu casa, humillada desesperada, celosa, al fin y al cabo te abandonará, hastiado de tí...

—¡ Oh !

—Matarás á doña Clara; puedes matarla..... pero esa no es la venganza que tu necesitas...

—Seguid, dijo Dorotea, con el alma helada, por decirlo asi: decidme, ¿de qué otro modo mas horrible me puedo vengar?

—¿De qué otro modo? Oye: procura buscar un retiro á propósito: el lujo, las pinturas, los perfumes, todo esto favorece á una mujer, y la hace mas hermosa, cuando es tan hermosa como tú: viste ademas, como te vistes cuando quieres que el público te aplauda solo al verte: los hombres desnudos, los brazos desnudos; perlas en el cuello, diamantes en los brazos, y en la cabeza flores: una corona de flores es lo mejor que puede llevar una mujer hermosa: allí, en aquel hermoso gabinete, mas hermosa tú por tu atavío, una cena exquisita; vinos... pero tu no bebas... no bebas... conténtate con arrojar sobre él la doble embriaguez de tu hermosura y de los licores... y enmedio de todo esto... desespérale, irritale, háblale continuamente de su mujer... llámale tu hermano... llegará un dia en que no podrá sufrir mas: un dia, en que loco, no podrá negarte nada... en que podrás dictarle condiciones...

—¡ Y esas condiciones!

—¡ Esas condiciones! ser suya cuando sea tuyo.

—¿Y cómo?

—¡ Cómo! abandonando á su mujer... siendo tu amante delante de todo el mundo... llevándote á todas partes...

—¡ Oh !

—Entonces habrás matado su felicidad: doña Clara Soldevilla, la conozco bien... te obligará á huir... pero él... él... te seguirá... ella... ella... puede ser que no sea tan honrada..... si llegas á herirlos en el alma..... porque se aman.... ¡se aman! no necesitas mas venganza..... te habrás vengado horriblemente.

—¡ Pero si el queria seguir viniendo á mi casa! exclamó la Dorotea.

—Y tú has cometido la imprudencia de decirle, que el venir á tu casa podía robarle la paz de la suya... tú no quieres vengarte.

—Os juro que me vengaré, que me vengaré de una manera cruel.

El bufon movió la cabeza en un ademan de duda, de incredulidad.

—Si, me vengaré, insistió ella.

—¿Y cómo?

—Ya lo vereis.

—No... adivino.

—Yo haré de modo que en su vida me olvidará.

—¡Don Francisco de Quevedo! dijo á la puerta anunciando Casilda.

—¡Ah! ¡ese hombre! ¡ese hombre! exclamó el bufon.

—Dejadme sola con él, dijo Dorotea.

El bufon salió por la alcoba.

Dorotea le siguió.

—¡Ah! no quieres que te escuche, dijo dolorosamente el bufon: pues bien, adios.

Y salió por la puerta de escape de la alcoba.

Despues volvió á la sala.

Ya estaba en ella Quevedo.

CAPITULO LIV.

Quevedo visto por uno de sus lados.

El buen *ingenio* llevaba sobre sí las señales de la ruda actividad á que se habia visto sentenciado desde su llegada á Madrid.

Sus ojos estaban un tanto hundidos, su nariz parecia mas afilada; la blanca golilla de su cuello estaba mas de un tanto ajada, su traje descuidado y todo él descuadernado y lánguido que no habia mas que pedir.

Habia movido el brasero y se calentaba y se restregaba las manos.

Cuando apareció Dorotea, don Francisco la miró con suma gravedad.

La comedianta adelantó, se detuvo junto á Quevedo y le miró intensamente.

— *Mea culpa*, dijo don Francisco.

— Lo que quiere decir en castellano, que vos teneis la culpa de todo lo que me sucede.

— Trasladais el latin al romance con grande licencia. Yo no tengo la culpa de lo que os pasa.

— ¿Pues quién trajo aquí á ese hombre?

— ¿Y tengo yo la culpa de que os hayais derretido como cera? Allá os las compongais.

— ¿Os acordais de lo que me digisteis ayer en aquella taberna?

— Os confieso que estoy tan manoseado, tan traído, tan cansado, tan sin sueño y tan con hambre, tan calado y tan frío, tan asendereado

y lastimoso, que no tengo memoria, ni siento mas que los huesos que me duelen, las ropas que me mojan, los ojos que se me cierran, el estómago que pide mas que cien frailes, y los piés que me chillan. Esto sin contar la cabeza que se me anda. Si mi amigo Miguel de Cervantes viviese, juro á Dios, que al ver lo que me pasa habia de escribir un libro intitulado: Trabajos de don Francisco, que le habia de dar mas fama que el *Ingenioso hidalgo*.

—Sin embargo, noto que no se os ha cansado la lengua.

—¡Ah lengua mia! quemárala yo, sino me doliera, para que no tuviese que hacerme arrepentir.

—¡Ah! conoceis que habeis hablado mal, dijo la Dorotea sentándose, y que vuestras malas palabras han hecho mucho daño.

—¿Y quién habia de creer que ese don Juan era un milagro y una fortuna insolente? ¿quién habia de esperar lo que ha sucedido? Cuando os digo que estoy atónito, y espantado y medroso, y que de mí mismo recelo, y que no sé ya que decir, ni que pensar, ni por dónde salir...

—Menos lo sé yo.

—¿Sabeis las novedades que han ocurrido?

—Sé que es hijo del duque de Osuna y que se ha casado.

—¿Quién os lo ha dicho?

—¡El mismo!

—¡Ha estado aquí! No me espanta, esperado me lo habia... ¡horror! recién casado y...

—¿No es verdad que eso es terrible..?

—Lo peor será que vos seais tan loca como él.

—No puedo remediarlo. La última desgracia que podria sucederme seria no verle.

—¡Pobre Dorotea! debeis haber pecado mucho.

—¡Yo! ¡bah! yo no he hecho tanto como deberia haber hecho: yo no he hecho mal á nadie.

—¿Amais mucho á don Juan?

—No debia amarle.

—No acabaremos nunca. Os pregunto...

—Y bien, le amo.

—¿Y pensais disputársele á su mujer?

—No.

—Haceis bien: lo demás seria indigno de vos.

—Vos habeis venido para algo, don Francisco.

—Ciertamente, he venido á que me deis de almorzar.

—¡Casilda! un almuerzo abundante, dijo Dorotea en el momento en que se presentó la doncella.

—Sois un ángel, á quien es lástima hayan cortado las alas: pero me teneis cuidadoso.

—¡Cuidadoso!

—Estais demasiado tranquila despues de lo que os ha sucedido.

—¿Y qué quereis que haga?

—Que no hagais nada.

—¿Y qué hago con esta afliccion que se me ha metido en el alma?

—Gozarla.

—¡Gozarla! decís: ¡gozar los celos, la desesperacion, la rabia!

—¡Ah! ¡todavía no sois bastante desdichada!

—¿No?

—No, porque no gozais en la desdicha.

—¡Decís unas cosas don Francisco!

—La desgracia es no sentir, tener el corazon de corcho y la cabeza de hielo: vivir por necesidad: por aquello de que por cien mil y mas razones, es necesario vivir. ¡Ah! cuando nada os interese en el mundo, cuando nada ostigue vuestro pensamiento, cuando todo os importe nada, cuando no penseis en nada, cuando comais por no morir y durmais por que se cierren vuestros ojos; cuando os hayais convertido en un pedazo de carne insensible á todo, que obra como una máquina: cuando el amor y las locuras de los otros os den hastío, cuando no os encontreis bien en ninguna parte, cuando vuestra alma haya muerto, entonces, entonces si que podreis llamaros desgraciada. No sentir es no ver, no ver es no vivir, no vivir es el sufrimiento mayor. Pero ahora que os abrasa la vida, ahora que soñais, que luchais, que esperais, que llorais, que os agitaís, ahora mas que nunca vivís: hay algo en el mundo que os deslumbra, que os atrae, que os hace gozar el gran placer del sufrimiento. ¡Vos sois muy feliz!

—¡Oh! ¡y qué felicidad tan horrible!

—Pero siempre es una felicidad. Yo quisiera padecer.

—¿Cómo, no padeceis?

—Padezco, el que no padezco: pero dadme licencia: veo á vuestros criados que adelantan con la mesa. Y traen dos servicios. ¿No habeis almorzado vos?

—No por cierto.

—Habeis hecho mal ; con el estómago frío, la cabeza está débil y vaga y se pierde. Almorzad, almorzad conmigo, y despues de almorzar ya vereis como pensais de otro modo.

—Si, si, es preciso, dijo Dorotea : y aunque solo fuera por probar...

—Observo que en el estado en que nos vemos necesitamos mas vino : una botella es poco.

—Traed, traed mas vino : cuatro botellas... dijo Dorotea.

—¿De qué? repuso Casilda.

—Puesto que teneis bodega, que venga, si hay Jerez, dijo Quevedo.

—Hailo y muy rico, dijo Casilda.

—Pues cuatro botellas, virtud sirviente : búscalas de las que estén mas empolvadas y si tienen telarañas mejor. ¿Y qué haces tú ahí? añadió don Francisco dirigiéndose á Pedro que estaba detrás de la mesa con una servilleta en el brazo. La señora y yo necesitamos estar solos.

Pedro salió.

—Os voy á hacer el plato : dijo Quevedo dirigiéndose á Dorotea : este jamon de Granada es sumamente confortante : se ceba con vívoras : es un plato que yo, que solo gozo cuando como, le prefiero á todos : voy á haceros la copa : este tintilló de Pinto es un gran vino de pasto : refrigera y no predica. Vamos : arriba con esa copa y no lloreis ¡vive Dios! que me lastimais.

—Os hago feliz puesto que os hago sentir, dijo Dorotea enjugándose los ojos y apurando de un trago la copa, despues de lo cual tomó un pedazo de jamon y se lo llevó á la boca.

Quevedo la miraba profundamente.

Dorotea arrojó el bocado sobre el plato.

—¡Oh ! no puedo, no puedo ; me mataria como si fuera un veneno.

—Tan llena está de despecho que no la cabe ni un bocado : es necesario andar con cuidado con esta loca. Bebed mas, añadió alto, el beber os dará apetito.

Y la llenó de nuevo la copa.

Dorotea apuró la mitad y luego puso los codos sobre la mesa, apoyó la cabeza entre sus manos, y quedó profundamente pensativa.

Quevedo entre tanto devoraba la enorme cantidad de jamon que se habia servido y mientras comia, pensaba.

Casilda trajo cuatro botellas, las puso sobre la mesa y se retiró.

—¿Sabeis Dorotea, dijo de repente Quevedo, que es necesario que tomeis una determinacion ? estais muy enferma hija.

- Tengo ya mi determinacion tomada, dijo Dorotea.
- ¡Veamos si en medio de vuestra locura teneis juicio!
- Pienso... sufrir y callar y no vengarme de nadie... ni aun de vos.
- ¡De mí! ¿y qué culpa tengo yo?
- Porque lo tragisteis á mi casa...
- ¿Quién habia de pensar...?
- Vos adivinásteis que me habia yo de enamorar de él... y no os engañásteis, porque no os engañais nunca.
- Eso, no es verdad porque me he engañado con vos.
- ¿Me creiais mas perdida de lo que estoy?
- No os creia tan corazon, y tan alma y tan voluntad...
- ¿De modo que vos creisteis que mis amoríos con don Juan...
- Serian sol que sale y sol que se pone... yo os necesitaba por un solo dia y creí que con teneros asida de cualquier modo de sol á sol...
- ¡Ah! ¿hicisteis venir á propósito, con mala intencion, á don Juan á mi casa?
- Vamos claros: ¿os pesa de amar á don Juan?
- Por muy desgraciada que su amor me haga, no quiero verme curada de él.
- Bien, muy bien: respondeis á mis preguntas como un instrumento perfectamente templado á la mano que sabe tocarle. Sigamos hablando, y acabaremos por ser los dos mas grandes amigos del mundo. Pero bebed, hija, bebed: vuestro Jerez es un verdadero néctar de los dioses, se conoce que se lo han regalado al duque de Lerma.
- ¿A que pronunciar ahora su nombre?
- Es que como todo tiene una causa en este mundo, el estado en que os encontrais la tiene, y esta causa es el duque de Lerma.
- ¿El duque de Lerma tiene la culpa de que yo me haya enamorado de él?
- Si por cierto, porque yo... que he tenido gran parte en el estado en que se encuentra don Rodrigo Calderon, yo que he venido á la corte para mucho, necesitaba tener asido á su esclencia: ningun asidero mejor que vos...
- Muchas gracias... dijo dolorosamente Dorotea.
- Perdonad, que si yo hubiera sabido lo que iba á resultar... hubiera hecho mas para que os hubiérais empeñado mas por mi amigo.
- Gracias otra vez, don Francisco.
- Ya me habeis dicho que por nada del mundo os pesará el haberle

conocido: cuando no os pesa, es que os alegra; cuando os alegra es que os hace bien; cuando os hace bien... debéis estar agradecida á quien ese bien os ha hecho: he sido yo... recibo vuestras gracias y me saboreo con ellas... y tengo razon.

—Indudablemente, dijo la Dorotea, mirando con una espresion de doloroso candor á Quevedo, creo que en parte teneis razon cuando decís que vale mas sufrir que haziarse.

—¡A! ¿y quién duda acerca de eso? para dudar de ello, es necesario ser tonto y vos no lo sois: todo hasta la salud cansa: vos viviais sin rivales en la escena, sin rivales en la hermosura: poseiais una hermosa casa, una buena mesa: os galanteaba en vano toda la córte: el duque de Lerma es un amante muy cómodo, que se contenta conque todo el mundo sepa que paga á la mujer codiciada por todos, que os visita poco, y cuando os visita os habla de la última comedia de Lope, ó del tiempo y se vá saludándoos gravemente, sin haber mortificado mas que al sillón donde su hinchada vanidad se ha sentado. Don Francisco de Rojas y Sandoval, no os desea, ni os ha deseado nunca, ni nunca ha pasado de vuestro recibimiento, ni se ha acercado á vos, ni conmoviéndose delante de vos: os tiene como á su papagayo y á su negro y á otras muchas cosas que el buen señor tiene solo por tener lo que cuesta caro.

—¿Pero quién os ha dicho eso?

—Conozco demasiado á su esclencia.

—Aunque no hayais acertado por completo, aunque siempre no haya sido tan feliz como suponeis con la indiferencia del duque, es cierto que para mí es mas bien un gran señor que compra el derecho de entrar en mi casa cuando quiere, que un amante. Vuestros ojos penetran en lo mas escondido.

—Y mis narices, que por algo son largas, huelen donde no huele. Resulta pues, que vos para don Francisco sois mas la vanidad que el deseo.

—Es verdad.

—Si vos dijerais al duque de Lerma: no volvais á poner mas los piés en mi casa, el duque, herido en su vanidad, seria capaz de hacer cualquier desatino.

—¡Oh! el duque haria cuanto yo quisiera, solo porque no pudiera nadie decir: la Dorotea le ha despedido.

—Pues bien: ved ahí porque he venido yo á veros.

—¿Para utilizarme?

—Para valerme de vos.

—¡ Ah ! ¿ me necesitais ?

—Dios me perdone sino me han seguido hasta vuestra casa cuatro corchetes.

—¡ Ah ! ¿ os quieren prender !

—Mucho me lo temo, y aunque estoy ya muy acostumbrado á encierros, os afirmo que ahora sentárame muy mal el ser guardado.

—Pues yo me alegraría... me alegro... os tendré preso algun tiempo solo por haceros rabiár, en cambio de lo que vos me haceis sufrir.

—¡ Ingratitud inaudita ! os saco de vuestra cansada vida, os hago mujer, os desentierro, os hago probar el divino fuego del amor y me aborreceis. No os creia yo mala.

—No os aborrezco, dijo sériamente la jóven, porque yo no he nacido para aborrecer : no os estremeceis vos del daño que me habeis causado por vuestro interés propio, porque... no veis mi alma ; porque no sabeis que horribles pensamientos pasan por ella, ó porque, si lo comprendeis, no teneis corazon. ¿ Qué os importa á vos, poeta que de lo mas santo se burla, que lo mas respetable zahiere, que arroja su chiste mordaz sobre todo y todo lo calumnia ; cortesano enredador que sobre todo pasa, cuando encuentra un obstáculo en el tenebroso camino que sigue ; sabio que no ha sabido conservar la ternura, la caridad de su alma si alguna vez la ha tenido ; que os importa, digo, que una pobre mujer que sino era feliz no era desgraciada, se rétuérza como una sabandija en el fuego por vuestra causa, porque la habeis necesitado para vuestros proyectos, y que caiga ante vos ensangrentada, palpitante, aniquilida ? ¿ qué importa ? ¿ qué importa ? adelante don Francisco, adelante : vuestros semejantes son para vos figuras que se mueven, que andan : despreciables criaturas sobre las cuales, por que os humilla el estar confundido con ellas, necesitais levantar la frente maldita, pisarlas, destrozarlas bajo el lento y pesado paso de vuestros pies ; ¿ que os importa á vos alma fria, que yo sufra, que yo grite, que yo blasfeme, si os he servido para algo ? Yo no os aborrezco, no, porque os desprecio, porque lo que habeis hecho conmigo os hace despreciable : yo no os temo porque no podeis hacerme mas daño que el que ya me habeis hecho ; yo no me vengaré de vos porque quiero ser mas grande que vos ; quiero heriros en vuestro orgullo, quiero que tengais el recuerdo de una víctima que ha caído mirándoos frente á frente á vos, hombre funesto, mientras sus ojos han podido mirar.

—¡ Pobre loca ! exclamó profundamente Quevedo, separando de sus labios una copa que llevaba á ellos : ¡ pobre niña, digna de cuanto una

mujer puede alcanzar de menos malo en este mundo, donde todo es locura ó lodo! ¡pobre ciega, que deslumbrada por su desgracia no ve, no sabe distinguir el oro del barro!

Y Quevedo se levantó y cerro las puertas.

Luego vino, se sentó frente á Dorotea que estaba doblegada.

—He cerrado las puertas porque vais á oír lo que nadie ha oído : porque vais á ver lo que nadie ha visto; vais á oír al hombre, vais á ver al hombre en este pobre Quevedo, en quien todos ven lo que el quiere que vean. Os confieso que solo conozco cuatro personas dignas de que yo les tienda la mano, de que yo las hable palabras de verdad, de que yo las ame, de que yo me sacrifique por ellas. Teneis razon : yo no veo en el mundo, alrededor mio, aturdiéndome siempre con su charla insoporable, dándome nauseas con su vanidad estúpida, repugnándome con sus vergonzosos vicios, mas que miserables divididos en dos mitades ; los comidos y los que comen; teneis razon, yo no tengo alma ni corazon ni mas que indiferencia, ó hastío ó mala intencion, para el mundo : pero yo en medio de ese mundo, tengo un pequeño mundo mio, que me consuela del otro, por el que lucho, por el que vivo, para el que tengo alma, corazon, amor, lágrimas; el uno, el primero de esos cuatro seres es el duque de Osuna, alma grande, noble y generosa, cuyo pensamiento comprende el mio, cuyo corazon no late sino por lo grande por lo verdaderamente grande, y que tan grande es, que los que no le comprenden le llaman extravagante : el duque y yo nos fuimos aproximando el uno al otro insensiblemente, porque debíamos estrechar la distancia que nos separaba ; nos unimos al fin, porque era necesario que nos uniéramos, y al cabo nos confundimos de tal modo, que el duque se reflejó en mí, y yo me reflejo en el duque; que yo sin Osuna sería un filósofo arrinconado, y Osuna sin mí un águila sin alas. No somos dos sino uno : la desgracia que suceda al duque debe necesariamente hacerse sentir en mí, como en el duque la desgracia que á mí me suceda. Sabe Dios adonde iremos á parar don Pedro Tellez Giron y yo, pero nuestra suerte será igual : él me comprende y yo le comprendo, él me ama como amaria á su cabeza, y yo le amo á él como á mi brazo. Dióle Dios riqueza y poder, y cuna ilustre, y á mí me dió ingenio y dominio sobre los demás, y ojos que saben mirar, y oídos que sin escuchar oyen; somos, pues, uno solo.

—¿Y qué me importa á mí de todo eso? dijo la Dorotea.

—Oid, oid, y esperad al fin. Como el duque no tiene para mí secretos, sabia yo que tenia un hijo bastardo : llegó el tiempo de que su hijo

cumpliese sus veinticuatro años, y como quiera que por uno y otro informe se sabia que era digno de su padre, cuando salí de mi última prision, recientemente, me encargó don Pedro que buscase á su hijo, que le revelase el secreto de su nacimiento, y que me le llevase á Nápoles. Sin el señor Juan Montño, que así se llamaba falsamente el hijo de don Pedro, yo no hubiera venido á Madrid. Hubiera tomado postas para Barcelona, y allí un barco para Nápoles. Pero vine, y encontreme á nuestro hombre metido en enredos que me dieron susto. Estos enredos produjeron las heridas de don Rodrigo Calderon, y los amores de don Juan con su esposa.

—¡ Ah! exclamó Dorotea.

—De todo ello han tenido la culpa dos animales.

—¡ Dos animales!

—Si por cierto: un caballo viejo y cojo, á quien juro á Dios se ha de cuidar como á un rey, hasta que se muera de viejo, y el cocinero de su magestad.

—No os comprendo.

—El caballo que debía haber llegado á Madrid con su ginete, es decir, con el venturoso que de tal modo os hace desventurada, antes del medio dia, llegó á la noche: Francisco Martinez Montño, que debió haber estado en su casa, y recibido á su sobrino postizo á la hora de la cena del rey, estaba dando un banquete de Estado al duque de Lerma. Las circunstancias eran ademas gravísimas. La reina se encontraba grandemente comprometida por una endiablada intriga de don Rodrigo, y doña Clara Soldevilla habia salido sola á la calle por el compromiso de la reina, y seguida por don Rodrigo Calderon, al primero á quien encontró, de quien se amparó, como se hubiera amparado de otro cualquiera, fue don Juan. Solos de noche por esas calles de Dios, generoso y valiente él, generosa y ansiosa de amor ella, protegida por don Juan, puesta en contacto íntimo con él, que es impetuoso, y noble, y valiente como su padre, apasionado como vos, y como vos hermoso, aconteció lo que no podia menos de suceder, se enamoró ella de él con tanta mas fuerza y mas pronto, cuanto ella estaba ansiosa de un amor que no habia podido encontrar en la corte, de un amor digno de ella. El enredo se habia hecho terrible cuando yo encontré en el zaguan de la casa del duque de Lerma á don Juan, que como yo habia ido allí en busca del cocinero de su magestad, y se agravó hasta hacerse negro, lúgubre, al caer don Rodrigo bajo la espada de don Juan. Entonces lo temí todo, todo: empecé á buscar una ayuda para salir

del atolladero, y en cierta casa donde me refugié por el momento, supe que vos erais la mujer codiciada, la mujer envidiada por todos al duque de Lerma, á quien engañais siendo amante de Calderon. Entonces dije: de seguro, la Dorotea, aquella hermosa niña á quien yo conocí en el convento de las Descalzas, tiene gran poder ó puede tenerle para con don Francisco de Rojas; y en cuanto á Calderon, yo que le conozco, mucho me engaño sino es para Dorotea uno de esos hombres á quienes una mujer ama mientras no se le presenta otro mejor. Nuestro don Juan está terriblemente atollado: pues bien, procuremos que él mismo se desatolle enamorando á la Dorotea: y entonces me vine aquí y llamé á don Juan, y sucedió mas de lo que yo creia: que vos os enamorásteis de él, y él se deslumbró al veros. Los sucesos han hecho que don Juan sea esposo de doña Clara, y que vos os encontréis con el alma negra, deshecha, desesperada. Yo no creí que ninguno de los tres valieseis lo que valeis: mi mundo, el mundo de mi corazon y de mi amor, que se reducía á una persona, se ha aumentado con otras tres: y la que mas amo, porque es la mas débil, sois vos hija mia, vos que me habeis sorprendido, que me habeis enamorado con el corazon que me habeis dejado ver. De modo que no me pesa de lo que ha sucedido, no; pero estoy aterrado, aterrado por vos.

—¡Aterrado por mí!

—¡Ah! si vos creéis que yo tengo el alma helada, os engañais: que la tengo muerta, que solo ha sobrevivido en mí lo malo, os engañais Dorotea, os engañais: mi vida es una vida poderosa, insoportable, insaciable, una calentura continua: mi vida necesita espacio donde estenderse, y no le halla: mi vida está comprimida, encerrada como en una caja de hierro: cada corazon digno de mí que encuentre, es un poco de espacio que se dilata en esa caja terrible, en esa prision que no puedo romper por mas que hago: y al mismo tiempo es una amargura mas, una amargura infinita: habeis dicho que yo os sacrifico á sangre fria, y al veros sufrir, al veros de tal modo desesperada, tengo el corazon apretado, siento ansias, y me pregunto qué razon desconocida hay para que el hombre se alimente del hombre, el alma del alma, la alegría del dolor, la vida de la muerte: me digo y me espanto al decirlo ¿por qué Dios no nos ha dado otros sentimientos mas fáciles de satisfacer? ¿por qué esta continua carnicería? ¿por qué esta durísima é interminable batalla? Os habeis engañado respecto á mí: insensible, duro, cruel, si se quiere, para todos, pero no para vos, no para vos que, como os he dicho, sois mi aire de

vida. Yo haré con vos todo lo que pueda hacer: os haré menos infeliz.

—Menos infeliz ¡y cómo!

—Procuraré prestaros parte de mi fortaleza: emplearé con vos todo el tesoro de consuelos de que mi alma está llena: os enseñaré á encontrar la alegría en la tristeza, el placer en el dolor: haré que reconcentrada vuestra alma busqueis la vida en vos misma; os daré el filtro que hace soñar, levantando vuestra alma: sereis mi hija, y yo seré vuestro padre: os retirareis del teatro, y no entrareis en un convento: vivireis en el mundo, dominándole, despreciándole, engrandeciéndoos á vuestros propios ojos, con la comparacion interna de lo que vos valeis, y lo que el mundo vale. Llegará un dia, en que no sereis la amante de don Juan, sino su hermana, en que pondreis á sus hijos sobre vuestras rodillas, y los amareis como si fueran vuestros; en que purificada por el martirio, levantaréis á Dios la frente lavada, blanca y resplandeciente por el Jordan del sufrimiento. ¡Oh! ¡Dorotea! ¡Dorotea! ¡hija mia! si vierais mi corazon, si apreciárais su amargura y su despecho, si supiérais cuánto esta insoporable amargura y este despecho frio están dominados, puestos en silencio... si vierais cuántas terribles ambiciones, cuántos proyectos inconcebibles se agitan, rugen en mi cabeza, y al mismo tiempo me vierais estudiar, buscar ansioso la ciencia, que siempre me parece poca, reir, y hacer reir á los demás, convertir las lágrimas en burlas... ¡oh! yo os aseguro que os compadeceriais de mí, que encontrariais injusta la maldicion que sobre mí pesa, y poco toco el aire de la creacion para dar á mi pecho el aliento que necesita.

—Conque, ¿solo me hicisteis conocer á don Juan para salvarle? dijo Dorotea, que no podia apartarse de su pensamiento dominante, de su pensamiento desesperado.

—Si, ¡por Dios vivo! contestó Quevedo.

—Pues habeis hecho bien, muy bien, y os pido perdon por el odio que os he tenido, por las injurias que me habeis escuchado.

—¡Bah! no podeis injuriarme.

—Y decidme: ¿habeis venido tambien, á que yo siga salvando á don Juan?

—Si.

—¿Y de qué modo puede ser eso?

—Impidiendo que me prendan. Porque preso yo, don Juan queda sin consejo, sin ayuda.

—No os prenderán ó he de poder poco.

—Se necesita ademas...

—¡Qué..!

—Que engañeis á vuestro... ¿qué sé yo lo que es vuestro el tio Manolillo?

—¡Ah! ¡infeliz!

—Es necesario que le digais, que le hagaís creer que nada os importa ya don Juan.

—Os comprendo, os comprendo, descuidad.

En aquel momento sonó el ruido de una carroza y Casilda entró azorada.

—¡El duque de Lerma! exclamó.

—El duque... llevaos al momento esta mesa... y vos... vos don Francisco, escondeos aquí.

—¡Cómo! ¿en vuestro dormitorio?

—Si, si, desde ahí podreis oir y ver. Desde ahí podreis juzgar si soy digna de que me aprecieis.

Don Francisco entró.

Poco despues, quitada ya de en medio la mesa, sentada en el hueco de un balcon Dorotea estudiando su papel de reina Moraima, entró el duque de Lerma.

CAPITULO LV.

En que el autor retrocede para contar lo que no ha contado antes.

Cuando entró en su casa doña Juana de Velasco, duquesa de Gandia de vuelta de palacio, se encerró diciendo, á su dama de confianza:

—Cuando vengan don Juan Tellez Giron y su esposa doña Clara Soldevilla, introducidlos y avisadme.

A seguida se sentó en un sillón, y quedó inmóvil, pálida, aterrada, muda como una estatua.

Nada tenia esto de extraño: la caía de repente encima el hijo involuntario que le habia procurado una fatal casualidad, una fatal sorpresa, un sobrecogimiento funesto, una inaudita audacia de las mocedades del duque de Osuna.

Nunca una mujer se habia visto en tales y tan originalísimas circunstancias.

Es el caso que la duquesa, si tenia mucho porque desesperarse, no tenia nada porque acusarse, porque avergonzarse.

Ella no tenia la culpa absolutamente de aquello; ella no lo habia autorizado, es mas; ella, hasta que vió el aderezo funesto sobre doña Clara y supo que el esposo de doña Clara era un Giron, no sabia, no podia imaginarse, quien era el padre de aquel hijo completamente fortuito.

Entonces comprendió doña Juana, la razon de ciertas sonrisas intencionadas que el duque de Osuna se habia permitido hablando en la corte con ella, despues de la aventura de que habia sido oculto testigo en el Es-

corial el tío Manolillo. Ella irritada por el recuerdo de aquella enormidad, sin atreverse á mirar á nadie frente á frente, temerosa de que el hombre á quién mirase fuese el autor de su vergüenza, con el duque de Osuna habia sido con el único que habia hablado sin empacho.

En verdad que el duque de Osuna se habia permitido enamorarla aun antes de ser viuda del duque de Gandia, pero el noble don Pedro á pesar de que era jóven é impetuoso, sabia enamorar á doña Juana, sin que esta se ofendiese, de la manera mas delicada, mas discreta, mas respetuosa, mas peligrosa, sin embargo, para la mujer objeto de aquellos amores que nadie conocia, mas que el duque que los alentaba, y doña Juana causa de ellos.

Y luego estos amores tenian disculpa.

El duque de Osuna no habia conocido á doña Juana hasta que despues de casada la presentó en la córte su marido, y á parte de esto, doña Juana era una mujer sumamente peligrosa.

A una hermosura delicada, espiritual, resultado de una maravillosa combinacion de encantos, unia un candor y una pureza de ángel: se habia casado crecida, mas que crecida, á los treinta años, veinticuatro de los cuales los habia pasado en un convento, y era sin embargo una niña y tenia en su mirada, en su sonrisa, en su espresion una fuerza imponderable de sentimiento: dormia bajo su inespriencia, bajo su timidez, una alma vivamente impresionable, ardiente, apasionada, por lo dulce y por lo bello, pero sin aspiraciones, sin comprender su deseo, sin irritarle.

El duque de Gandia, su esposo, era un señor antiguo, provecto, que se acordaba del emperador continuamente, que no sabia hablar mas que del emperador, y que miraba con desprecio á los que no habian nacido en aquella generacion de gigantes, en aquella época de gloria, en aquel periodo de embriaguez de las Españas.

Soltero siempre, porque no habia sentido nunca el amor, porque su alma de plomo, por decirlo asi, no podia sentirle, se casó cuando era viejo con el único objeto de tener un hijo á quien transmitir su nombre, un hijo que impidiese que sus estados pasaran á sus parientes bilaterales, á quienes aborrecia lo mas cordialmente posible: entonces se encaminó á la casa del conde de Haro, condestable de Castilla, hombre viejo, tan duro y tan escéntrico como él, y que por una casualidad se habia casado jóven y le dijo:

—Amigo don Iñigo: los medicos me dicen que cuando mas, cuando mas puedo prometerme cuatro años de vida.

—Los médicos quieren robaros, amigo don Francisco, contestó el conde.

—Podrá ser; pero sucede endiabladamente que yo pienso lo mismo que ellos: me siento mal, muy mal: me pesa cada pié un quintal, y cuando quiero andar derecho como *in illo tempore*, me da un crugido el espinazo y el dolor me hace volver á encorbarme un tanto: el peso del arnés y del yelmo son malos, muy malos, amigo mio, bien lo sabeis, porque vos como yo los habeis llevado mucho tiempo: ademas, este respirar dificultoso, este hervor en el pecho: yo estoy muy malo y voy á hacer cuanto antes testamento.

—¿Y venís á preguntarme sin duda, á cuál de vuestros parientes...?

—¿Qué? ni por pienso: si me heredan será porque yo no pueda hacer otra cosa.

—Pues no veo el medio de evitar... ¿teneis algun hijo incógnito...?

—¡Quiá! no: yo no he amado nunca: no comprendo para que se quiere una mujer, como no sea para hacerla mujer madre; como una cosa; para un objeto de utilidad; por eso nunca me he acercado á una mujer, como no haya sido á las reinas que he conocido, y eso en los dias de córte para besarlas la mano.

—Pues por mas que hago, no adivino la razon de que hayais venido á hablarme de vuestro testamento.

—Para hacer testamento á mi gusto, necesito tener un hijo, y vengo á que vos me deis ese hijo.

Púsose en pié de un salto el conde de Haro.

El duque de Gandia no se movió del sillón en que estaba sentado.

—Si, si señor, vengo á que me deis un hijo por medio de una de vuestras hijas.

—¡Ah! exclamó sentándose de nuevo el conde de Haro; eso es distinto: ahora lo comprendo: pero decidme, amigo don Francisco ¿estais seguro, es decir, teneis probabilidades de obtener hijos?

—Al menos los médicos me lo han asegurado.

—Bien: ¿y cuál de mis hijas quereis?

—La mas hermosa.

—La destino para monja, y sino ha profesado ya, es porque todavía no ha salido de ella: no quiero violentarla.

—¿Pero tiene hecho algun voto?

—No.

—¿Sabe ella vuestra voluntad?

—No, porque yo quiero que haga la suya.

—¿Habeis hecho alguna promesa á Dios?

—Tampoco, porque no puedo prometer lo que otro ha de cumplir, y mucho mas cuando ese otro es hija mia.

—¿De suerte, que solo teneis un ligero deseo de que sea monja?

—Es tan candorosa, tan sencilla mi hija doña Juana...

—Pues mejor, mucho mejor: yo solo sabia, porque lo habia oido á muchas personas tratándose de vuestra familia, que teniais una hija que era un portento... como para mí la mujer es completamente inútil, sino para madrear, ni reparé en ello, ni sentí absolutamente deseo por conocer á ese portento de vuestra hija: pero cuando empecé á pensar en que yo debia tener un heredero, y para ello me era forzoso casarme, sin saber cómo se me vinieron á la memoria los elogios que á cerca de una de vuestras hijas habia oido.

—Pero si la mujer es para vos completamente indiferente, si solo os casais mecánicamente, dijo el conde de Haro que era un tanto socarron: casaos con la menor de mis hijas: tiene veinte años, es fea, fuertemente fea de cara, pero robusta, llena de vida, y á propósito, decididamente á propósito para la maternidad. Me quitariais de encima un cuidado, porque aunque la he dotado mejorándola, para contrapesar con dinero lo que la falta de hermosura, no hay un cristiano que cargue con ella: vos es distinto; á vos para quién no existen los encantos de la mujer ¿qué mas os dá?

—Amigo don Iñigo, yo he sido muy buen mozo.

—Ya lo sé.

—Y quiero que mi hijo ó mi hija lo sean.

—Es muy justo.

—Porque á mas de la nobleza de la sangre, es conveniente tener la nobleza natural de la hermosura.

—Sin duda.

—Ahora bien: un chiquillo se parece á su padre ó á su madre ó á los dos: si se parece el que yo tenga de una hija vuestra á mí cuando tenia treinta años, estoy satisfecho, pero si le da la gana de parecerse á su madre... es necesario que sea hermosa.

—Esto se parece á la manera como se hacen los caballos de la carruja de Jerez, dijo el conde de Haro, á quien convenia una alianza con el duque de Gandia, y á quien la tiesa estravagancia de este hacia feliz.

—En efecto quiero un heredero robusto y hermoso: por lo mismo

os pido esa hermosísima hija que teneis... que se quedará viuda pronto, con un título ilustre y con cien mil ducados de renta.

—No hablemos de eso, dijo poniéndose sério el conde de Haro: mi hija llevará á vuestra casa en dote, las buenas tierras de un mayorazgo de hembra que posee, cuya renta sube á trescientos mil ducados.

—No hablemos de eso, dijo el duque de Gandia: yo no necesito mas que la hermosura y la nobleza de vuestra hija.

—Tiene treinta años.

—Mejor.

—Pues entonces... ¡Sanjurjo! ¡Sanjurjo!

El llamado era el secretario del conde de Haro.

—Poned una carta para la abadesa de las Descalzas reales, en que la direis, que entregue mi hija la señora doña Juana, al aya doña Guio-mar: al momento, al momento, y que me perdone sino voy yo en persona porque el catarro no me deja.

Escribió Sanjurjo, firmó el conde y partió la carta, y los dos grandes quedaron departiendo y arreglando aquella alianza improvisada.

Porque es de advertir que los dos eran hombres de fibra y aficionados á ver realizados cuanto antes sus deseos.

Dos horas despues, entró de repente en la cámara, una jóven, una divinidad, vestida con un hábito, un velo y una toquilla de educanda y se detuvo al ir á arrojarle en los brazos del conde de Haro, al ver que habia con él otro respetable señor, que la miraba ni mas ni menos que como hubiese podido mirar á una yegua de raza, sin mover una pestaña.

Doña Juana se puso encarnada, hizo una profunda reverencia al duque de Gandia, y adelantó con menos apresuramiento hasta su padre, y se arrodilló y le besó la mano.

—¿Te han dicho que no volverás al convento, hija? la preguntó el conde.

—Si señor.

—¿Y te pesa?

—No señor.

—Dilo sin reserva, sin temor.

—Yo no tengo mas voluntad que la de mi buen padre.

—Se trata de que cambies de estado.

—Muy bien, señor.

El conde besó á su hija en la frente, la levantó y la sentó junto á sí.

Doña Juana permaneció con los ojos bajos.

—Este caballero, es mi antiguo amigo, mi hermano de armas don Francisco de Borja, duque de Gandia de quien me has oído hablar tantas veces con nuestra parienta la abadesa de las Descalzas.

Doña Juana levantó la cabeza, miró de una manera serena á don Francisco, que no había cesado de examinarla, y le saludó de nuevo.

—Este caballero, añadió el conde, te pide por esposa.

Pasó por los ojos de doña Juana algo doloroso, pero tan recatado, tan fugitivo, que ni su padre ni el duque lo notaron.

Pero no pudieron dejar de notar el vivísimo color que cubrió las hermosas mejillas de la jóven.

—¿Qué respondeis á eso? dijo el conde.

—Que vuestra voluntad es la mia, padre y señor, contestó doña Juana.

No se habló mas del asunto, porque no era necesario hablar mas.

Dióse parte á deudos y amigos de estas bodas, encargáronse galas á Venecia, se renovaron muebles, y se aumentó la servidumbre de la casa del duque de Gandia, con lo que hacia muchísimos años desde la muerte de su madre no había tenido, esto es: con dueñas y doncellas, y dos meses despues de la peticion, doña Juana de Velasco fue duquesa de Gandia.

Entonces y solo entonces la conoció don Pedro Giron.

Conocerla y codiciarla, fue cosa de un momento.

Codiciarla y poner los medios para obtenerla, fue subsiguiente.

Pero el terrible duque de Osuna encontró una barrera insuperable á sus deseos, en las costumbres, en el candor, en la pureza de doña Juana.

Cuando el duque aprovechando una ocasion, la decia amores, doña Juana se callaba, se ponía encendida y buscaba en la conversacion general una defensa contra las solicitudes del duque.

Si este la encontraba sola en su casa, doña Juana llamaba inmediatamente á sus doncellas.

Si el duque la seguía á la iglesia, la duquesa no levantaba la vista de su libro de devociones.

Llegó á contraer un empeño formidable el duque de Osuna.

Y lo que era peor, un amor intenso.

Porque doña Juana de Velasco lo merecia todo.

Irritábale aquella resistencia, porque él estaba acostumbrado á llegar, ver y vencer como César.

La conducta fria, tiesa, sostenida de doña Juana, le sacaba de quicio.

Y sin embargo, doña Juana le amaba con toda su alma ; desde el momento en que le vió guardó su recuerdo, reposó en él, acabó en fin por enamorarse, pero pura, y digna, y acostumbrada á las rígidas prácticas del convento, guardó su amor dentro de su alma, le combatió, le dominó sino le venció, y ni el mismo hombre amado pudo apercibirse de él, ni aun el confesor tuvo noticia alguna.

Porque decia doña Juana :

—La honra de un esposo es un depósito tan sagrado, que no debe menoscabarse, ni aun delante del confesor.

La duquesa se confesaba directamente con Dios, y le pedia fuerzas para resistir al duque que no cesaba en su porfía.

Y Dios se las daba.

Y cuenta que junto á doña Juana no habia nada extraño que concurriese á defenderla.

El duque de Gandia, rara vez, y aun asi por pocos momentos, y tratándola ceremoniosamente entraba en sus habitaciones.

No era un marido, ni mucho menos un amante, ni siquiera un amigo.

Doña Juana para el duque de Gandia, no era mas que un medio.

Y como aquel medio habia respondido admirablemente á su intento puesto que al poco tiempo de casada, los médicos declararon que la duquesa se encontraba en cinta, el duque logrado su deseo, se fué á sus posesiones de Andalucía á pasar el invierno, y dejó en completa libertad y en absoluta posesion de su casa á su esposa.

Esto tenia sus peligros que no se ocultaban á la duquesa.

Don Pedro Tellez Giron no era un amante vulgar.

Irritado como se encontraba por la resistencia de doña Juana, debia poner en juego todos sus recursos.

Doña Juana, que era sencilla, pero no simple; modesta y dulce, pero no cobarde; callada y circunspecta, pero no torpe, se entró un dia sola en el aposento del duque su esposo, tomó un pistolete y le llevó á su aposento, despues de cerciorarse de que estaba cargado.

Doña Juana se habia puesto en lo peor.

Y como todo el que se pone en lo peor, habia acertado.

El duque, no encontrando ya persuacion ni insistencia que bastasen para ablandar á aquella roca, apeló al oro, y corrompió, enriqueciéndola, á la servidumbre particular de la duquesa.

Esta oyó una noche rechinar levemente una puerta.

Cuando el duque, que era el que habia hecho rechinar aquella puer-

ta, entró en el aposento de doña Juana, se encontró á esta vestida de blanco de los piés á la cabeza, mas hermosa que nunca, pero terrible.

Doña Juana tenia un pistolete amartillado en la mano, y apuntaba con él al pecho del duque, á dos pasos de distancia.

—¡Bravo recibimiento me haceis! dijo el duque, á quien de antiguo no imponia espanto el peligro: contaba con resistencia, porque os conozco bien, pero no creia que me presentaseis batalla.

—Sino os vais, os mato, dijo la duquesa con la voz mas serena y mas sonora del mundo.

—Habeis de ser mia, dijo el duque, y se fué.

La duquesa desarmó el pistolete, y se acostó como si tal cosa.

Al dia siguiente, las dueñas y las doncellas del cuarto de la duquesa, fueron despedidas por el mayordomo.

—¿Pero por qué se nos despide? dijo una doncella que habia sido envuelta sin culpa en el naufragio universal.

—No lo sé señoras, mías: dijo el mayordomo: no sé mas, sino que su esclencia acaba de decirme que despida á sus dueñas y á sus doncellas.

Y el mayordomo decia la verdad.

No sabia absolutamente nada.

El duque se dió á los diablos, y tomó el prudente partido de esperar. Mientras esperaba, la duquesa dió á luz un hijo varon.

El duque de Gandia no pudo saber si su heredero, para el cual habia escogido con tanto cuidado una hermosa madre, era feo ó hermoso.

Con tanta precipitacion quiso hacer su viaje el duque de Gandia, que le dió un causon en el camino, y se murió en una venta sin otro consuelo, sino que tambien en un meson se murió el gran rey don Fernando el Católico.

Tragéronle difunto á su panteon de Madrid, y doña Juana se puso el luto sin alegría, pero sin sentimiento.

El que se alegró poco cristianamente, fue el duque de Osuna.

Muerto el obstáculo mas grave, el duque creyó que los demás obstáculos serian fáciles de vencer.

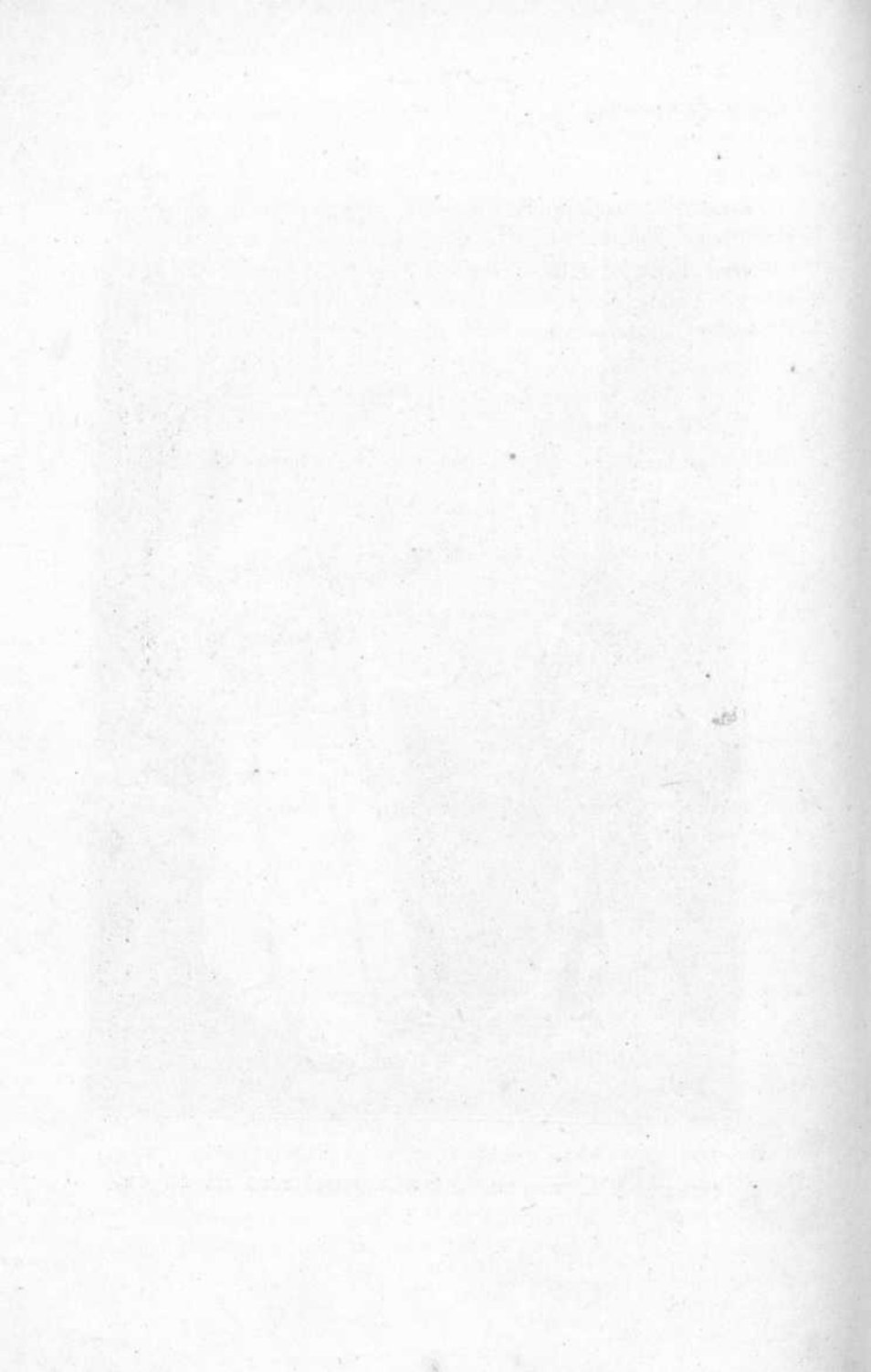
Dejó pasar algun tiempo, y un dia, al fin, completamente vestido de negro, y de la manera mas sencilla, se hizo anunciar á la duquesa.

Doña Juana le recibió en audiencia particular: solo que tenia vestido de negro tambien, sobre sus rodillas á su hijo.

Con el luto estaba la duquesa encantadora.



¡ERABO RECIBIMIENTO ME HACER! Dijo EL DUQUE.



Don Pedro Giron que era violento, se sentó temblando de pasión y de deseo junto á ella.

—Os amo, dijo el duque de Osuna, y os declaro que soy tan vuestro que no soy mio. Acoged propicia mi amor, que os juro que es tal, que si se ve despreciado, dará lugar á alguna desgracia.

—Señor duque, dijo tranquilamente doña Juana: mirad que os oye el duque de Gandia.

Y señaló á su pequeño hijo.

—Pero sois libre...

—No por cierto, porque aun vive mi honor.

—¿Y no confiais en el mio?

—El vuestro está tan enfermo, que dudo mucho que no muera sino le curais á tiempo.

—¿Qué decís, señora?

—Que si yo soy libre, vos no lo sois.

—¡Ah!

—Si: doña Catalina, vuestra esposa, tiene en mí una buena guardadora por lo que toca de sus derechos.

—¿De modo que si yo fuera libre...?

—Me esclavizaria con vos.

—¿Me amais...?

—Me casé sin amor, y con vos, si ser pudiera, me casaria por tener un noble apoyo. Pero como esto no puede ser, adios señor duque, y perdonadme sino estoy mas tiempo aquí.

Y la duquesa se levantó, saludó profundamente á don Pedro, y salió con su hijo en los brazos.

El duque estuvo á punto de hacer un desacierto, pero, como un desacierto hubiera producido un escándalo, y el duque de Osuna era demasiado principal caballero para atreverse á un escándalo, se contuvo, salió de la casa, y despues de haber dado vueltas á cien proyectos, y de haberlos abandonado por inaceptables, se redujo al último recurso de todo el que desea un casi imposible: á esperar.

Y no sabemos cuanto tiempo hubiera esperado, si el mar, los vientos y los ingleses, no hubieran vencido á la *Invencible*; si por esto, doña Juana que era del cuarto de la infanta doña Catalina no hubiera ido á dar á su señora la nueva del fracaso, y no se hubiera encontrado sola en una galeria oscura, con un hombre que tuvo buen cuidado de matar la luz antes de que pudiera reconocerle.

Puede fácilmente suponerse el terrible efecto, la honda impresion, la desesperacion que causaria en la duquesa aquel lance tan serio, tan grave, de tan terrible trascendencia.

¡Y luego no saber el autor de aquel desacato!

Doña Juana, estuvo como ya hemos dicho, muchos dias avergonzada, sin atreverse á mirar frente á frente á ningun hombre de los de la servidumbre interior que habian estado de servicio la noche de su mala aventura : doña Juana se habia informado de quiénes eran aquellos hombres, con gran reserva se entiende; pero el duque de Osuna no habia estado aquella noche de servicio, ni en el Escorial por aquel tiempo.

Esto consistia en que el duque acababa de llegar á la ligera desde Madrid al Escorial, cuando se tropezó en la galería oscura con la duquesa, y despues de su crimen, para no dar sospechas, se habia vuelto á Madrid sin ver al rey.

De modo que la duquesa no podia sospechar siquiera que el duque de Osuna hubiese sido el reo de aquella enormidad.

Por lo tanto, era el único delante el cual se presentaba serena, y el duque era el único que se sonreia dolorosamente delante de la duquesa.

Pasó algun tiempo y la duquesa se heló de espanto : conoció que era madre. ¡Madre de un bastardo, sin culpa, sin mas culpa que la de un aturdimiento hijo de su misma pureza! ¡madre y viuda!

¡Y sin conocer al padre de su hijo!

Confesamos que la situacion de doña Juana era escéntrica, escepcional, terrible.

Llegó un momento en que la duquesa tuvo miedo de que conociesen su estado, y se retiró de la córte, se encerró en su casa.

El duque de Osuna al no ver en la córte á la luz de los ojos, quiso verla en el hogar doméstico.

Pero encontró cerrada la puerta del hogar de doña Juana.

Esperó, pero pasó algun tiempo, y doña Juana no se dió á luz.

Entonces el duque tuvo una sospecha : la de si el retiro de doña Juana tendria por objeto ocultar un estado embarazoso.

Bajo la influencia de este pensamiento, don Pedro se encerró en su camarín mas reservado, tomó unas tijeras y en un libro, y provisto de una escudilla de plata con engrudo, se puso á cortar, á aislar á descomponer una por una las letras de imprenta, y luego pegándolas con el engrudo sobre un papel, compuso la siguiente carta :

«Juana de mi alma : corazon mio : yo soy el dichoso y el desdichado

que te encontró en una galería del Escorial, una noche de que es imposible que te olvides. Como has desaparecido de la córte, como te has encerrado, temo que sea una verdad dolorosa lo que sospecho. Si la deshonra te amenaza confía en mí; yo te salvaré. Pero contestame. Mañana á la noche estaré despues de las doce á los piés de tus ventanas que dan á la calle escusada.»

Tanto tardó el duque en componer esta carta que ya era de noche cuando concluyó.

Vistióse de negro, envolvióse en una capa parda, cubrióse con un ancho sombrero, y se fué en derechura con su carta cerrada, á casa de la duquesa de Gandia, ó mas bien á la calle donde la casa estaba situada.

Esperó en un zaguan y cuando salió un lacayo, le siguió y le dijo, fingiendo la voz de tal modo que no podia ser reconocido :

—Yo soy tal persona, que puedo hacerte mucho daño si te niegas á servirme, y rico si me sirves bien.

Y diciendo esto, puso en las manos del lacayo algunos doblones de á ocho.

—¿Y que puedo hacer, señor? dijo el lacayo vencido completamente.

—Dime : ¿Esperanza la doncella de la duquesa, tiene amante?

—Si señor, dijo el lacayo, y está para casarse.

—¡Malo! dijo para sí el duque : ¿y con quién se casa Esperanza?

—¿Con quién ha de ser sino con el señor Cosme Prieto...?

—¿Quién es ese Prieto?

—El ayuda de cámara del duque difunto.

—¡Ah! ¿un vejete...?

—Si señor.

—¿Y con ese se casa doña Esperanza?

—¿Qué quereis? tanto robó á su escelencia que es muy rico.

—¡Ya! pues mira : vas á buscar ahora mismo á Esperanza.

—Muy bien.

—La darás esta sortija y la dirás : el caballero que os envia como señal esta sortija, espera hablaros un momento por una de las ventanas que dan á la callejuela escusada.

—Muy bien, señor.

—Pero al instante, al instante.

—En el momento en que vuelva de avisar al médico de la señora duquesa.

Dióle un vuelco el corazon al duque, pero temeroso de comprometer

á doña Juana, no preguntó ni una sola palabra mas al lacayo, y recomendándole que concluyera pronto, se fué á esperar á la calleja.

Pasó mas de una hora.

Al fin el duque sintió abrir una de las maderas de una reja y luego un ligero *siseo* de mujer.

El duque se acercó á la reja, y con la voz siempre fingida dijo :

—¿ Sois vos, Esperanza ?

—Yo soy, caballero, contestó de adentro una voz de mujer que, aunque fresca y sonora, no tenia nada de tímida ; ¿ y vos sois quién me ha enviado un recado con el lacayo Rodriguez ?

—Si, si señora.

—¿ Y qué me habeis enviado ?

—Un diamante que vale cien doblones.

—¿ Eso habrá sido por algo ?

—Indudablemente.

—¿ Me conocéis ?

—Si, sé que sois muy hermosa. La hembra mejor que ha venido de Asturias.

—Muchas gracias caballero : ¿ y vos quién sois ?

—¡ Yo...! ¿ qué os importa ?

—¡ Vaya !

—Soy jóven ; no tengo ninguna enfermedad contagiosa, ni me huele el aliento.

—¿ Y por qué fingís la voz ?

—Porque no quiero que me conozcais.

—¿ Os conozco yo ?

—No : pero no quiero que me podais conocer mañana.

—¿ Pero... ?

—Os amo.

—¿ Qué me amais ? Si sois un caballero principal, no querreis mas que burlaros de mí.

—Vamos claros. Tú te casas con repugnancia con el viejo Cosme Prieto.

—¡ Ah ! si señor : con mucha repugnancia.

—Tú eres muy jóven y puedes esperar.

—Como que no tengo mas que diez y ocho años.

—Pero apuesto cualquier cosa á que si Prieto se casa contigo, es porque no ha podido ser tu amante.

—¡Bah! bien lo ha querido y me ha ofrecido dinero.

—Pero poco; ¿no es verdad?

—Es muy misero.

—Vamos, yo soy muy rico y muy generoso: ¿quieres ser mi querida?

—¡Señor!

—No tendrás que casarte contra tu voluntad: y mucho menos con ese escuerzo de Cosme Prieto.

—¿Pero qué dirán mis padres...?

—Vamos, toma esta buena bolsa de doblones de oro.

—¡Señor!

—¿No la quieres?

—Sí, si señor.

—Pues entonces tómala.

Salió una mano por la reja, y tomó la bolsa.

—Ahora abreme, dijo don Pedro.

—¡Ah! ¡no! ¡no señor! exclamó vivamente Esperanza.

—¡Ya! ¡ya te entiendo! ¿te parecen poco el diamante y el bolso, ó temes que pueden ser falsos?

—No, no señor: es que soy una doncella honrada.

—Oye, acaban de dar las ánimas, desde aquí á las doce de la noche van cuatro horas: ¿puedes tú bajar á las doce á esta reja?

—¡Por esta reja! ahora su escelencia está en el oratorio, y he podido bajar; pero á las doce su escelencia estará en su dormitorio, y el dormitorio de su escelencia da á un corredor, y este corredor á unas escaleras que están aquí orilla.

—¡Ah! ¿con qué tu señora se ha venido á lo último de su casa?

—Vive muy retirada.

—¿Y no te atreves á venir por esta reja?

—No señor.

—¿Pues por cuál?

—Por la última, seis rejas mas allá.

—Pues vendré á las doce.

—Venid: pero no os abriré el postigo: bajaré á hablar.

—Bien, muy bien: me basta.

—Pues quedaos con Dios, que temo que mi señora me llame.

—Ve con Dios y no te olvides de mi cita.

—No lo olvidaré: á las doce: por la última reja del lado de allá: esta es la primera.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

La reja se cerró.

—¡Con qué, junto á esta reja, hay una escalera que da á un corredor al que sale una puerta del aposento de mi ingrata amante! es necesario pensar en ello... es necesario que ya que por una locura, por una pasión violenta la he comprometido, la salve : y que la salve sin que nadie medie : con mi ingenio, con mi dinero, y con la ayuda de Dios... si, si : la honra de doña Juana ha de quedar intacta. Pero observemos bien esta reja que no se me despinte : encima hay otra reja con celosías. Otra reja volada : no se me confundirá. Además es la primera.

Y el duque se separó de la reja, tomó el camino de su casa y se entró en ella por un postigo sin ser sentido de nadie.

Abrió un pequeño guardajoyas que tenía en su aposento para su uso diario, y tomó una rica cadena de diamantes y la guardó en su escarcela.

Entonces se puso á trabajar de nuevo : esto es, á componer con letras pegadas bajo lo que había compuesto antes en la carta que había llevado consigo lo siguiente :

« Me he procurado un medio de penetrar hasta la puerta de vuestro dormitorio, sin que nadie sepa que por vos he entrado en la casa : mañana habrá desaparecido de vuestra servidumbre la doncella Esperanza : no la busqueis porque no la encontrareis : no temais nada por vuestra honra porque esa Esperanza cree que estoy enamorado de ella y que solo por ella voy. Sed prudente por vos misma, que ya podremos comunicarnos, sin que os comprometáis.»

Eran cerca de las doce, cuando el duque de Osuna acabó de componer las anteriores líneas. Volvió á salir secretamente por el postigo, llegó á la calle adonde daban las rejas posteriores de la casa de la duquesa, reconoció aquella por donde había hablado con Esperanza cuatro horas antes, la dejó atrás y se detuvo junto á la última y esperó.

Al dar las doce, el duque sintió pasos indecisos de una mujer en el interior ; acercarse aquella mujer á la reja, detenerse un momento como irresoluta, y abrir por fin las maderas.

—¿ Sois vos? dijo con voz trémula Esperanza.

—Yo soy, contestó con la voz siempre desfigurada el duque.

—Pero ¿por qué si me quereis os ocultais?

—Ya me conocerás. Entre tanto toma esta cadena.

—¡Una cadena!

—Que vale trescientos doblones.

—¡Ah! ¡trescientos doblones! dijo Esperanza tomando con ansia la cadena.

—Ya conocerás que quién tanto te da, debe amarte mucho.

—¡Oh! ¡y qué buena suerte la mía, señor!

—No es la mía tan buena.

—¿Por qué? yo... os quiero ya... os quiero bien.

—No lo dudo. Pero me parece que no me querrás tanto que me recibas esta noche.

—¡Ah señor! no he tenido tiempo de buscar la llave del postigo.

—¿Pero la tendrás mañana?

—Sí, si señor.

—Y dime ¿nos podrán sorprender por esta parte?

—No, no señor: por aquí no viene nadie: ese postigo no se abre nunca: por lo mismo es necesario buscar la llave.

—Cuento conque mañana...

—¡Oh! sí, si señor.

—Pues entonces hasta mañana despues de las doce.

—Hasta mañana.

El duque se fué y la doncella se subió á su aposento, con el corazón latíendola de impaciencia por ver el regalo que la habia dado su extraño amante.

Cuando tuvo luz, cuando estuvo sola, miró estremecida la cadena y ahogó un grito de asombro.

—¡Dice que vale trescientos doblones! exclamó: y bien lo creo, esto es muy bueno, muy hermoso: ¿pero por qué me da tanto ese caballero? ¿si serán falsas estas piedras? yo soy bonita es verdad, (y la muchacha no menta) pero nadie me ha ofrecido tanto: cuando á una le dan para vivir toda su vida, cuando puede ser rica... y luego... debe ser hermoso... yo le veia los ojos en la sombra y me abrasaban... como que creo que le quiero... pero si fueran falsas estas piedras...

Esperanza no durmió en toda la noche: al día siguiente se levantó muy temprano, y se fué á una platería.

—Un caballero que me solicita, dijo al platero, me ha dado estas joyas: yo he temido que sean falsas.

—¿Falsas ¡eh! señora? si quereis ahora mismo por ellas docientos doblones...

—¿De verás?

—Tan de veras como que os los doy.

—No, no las vendo; quedaos con Dios.

Y Esperanza volvió loca de alegría á su casa.

Entre tanto el duque de Osuna decia á su mayordomo:

—Oye: ¿no tengo yo ninguna casa en Madrid desalquilada?

—Sí, si señor: en la calle de la Palma alta tiene vucencia una.

—Hazla amueblar, y luego tráeme la llave y las señas de la casa.

—Muy bien, señor.

A la noche á las doce en punto, el duque de Osuna llegó á la calleja adonde daba la parte posterior de la casa de la duquesa de Gandia.

Reconoció la primera reja por donde habia hablado la noche anterior con Esperanza; vió sobre ella el mirador con celosías, y arrancándose una cinta del traje, la ató en un hierro; despues llegó á la última reja y esperó.

Pero tuvo que esperar muy poco, porque Esperanza que ya le esperaba, abrió al momento el postigo de la reja.

—¡Ah! ¡buenas noches! dijo la jóven; os esperaba con impaciencia.

—¿Y me esperabas decidida á todo, luz de mi vida? dijo el duque fingiendo siempre la voz y haciendo una violencia para enamorar á la doncella.

—Si, si señor: pero vos no pensareis mal de mí, dijo con cierto embaraço Esperanza.

—No, de ningun modo, dijo con impaciencia el duque: ¿tienes la llave?

—Si señor: trabajo me ha costado quitarla del manajo del conserje... pero ya está aquí.

—Concluyamos entonces...

—¡Ah señor!... si os sintiesen...

—¿Decididamente, consientes ó no en abrirme?

—¡Ah! ¡si señor...! pero si me engañáseis...

—Mejor suerte has de tener que la que esperas...

—Pues bien... si... si señor... id por el postigo ¡Dios mio!

El duque de Osuna se acercó al postigo latiéndole el corazon.

Esperanza abrió.

Cuando hubo abierto, el duque la asió una mano y tiró de ella.

—¿Qué haceis? dijo asustada Esperanza.

—Yo no me atrevo á entrar, dijo el duque.

—¿Y entonces para que queriais que abriese?

—Para que salieras tú...

—¡Pero Dios mio...! yo no os conozco.

—¿Y qué te importa...?

—Si, si, dijo con energía Esperanza : venis encubierto, podeis ser un ladron, haberme dado esas joyas y ese dinero para engañarme.

—Y tiene razon la muchacha , dijo para sí el duque de Osuna, pero sin soltarla.

Esperanza estaba fuertemente asida al marco de la puerta y pugnaba por desasirse del duque.

—Sino me soltais, grito.

El duque se decidió á darse á conocer.

—Y si gritas y vienen y yo no te suelto te encontrarán con el duque de Osuna.

—¡El duque de Osuna ! ¡Dios mio ! ¡pero esto no puede ser ! ¡no, no señor , vos me engañais ! ¡el duque de Osuna como habia de reparar en mí !

—¿Conoces tú al duque de Osuna ?

—Le he visto entrar muchas en casa.

—Y yo te he visto á tí muchas veces, y me he enamorado de tí.

—¡ Oh Dios mio !

—Entra un tanto, que me voy á dar á conocer de tí.

Entró Esperanza, el duque con ella, cerró el postigo, hizo luz con la linterna que llevaba bajo la capa, se quitó el antifaz y dijo ver su semblante á Esperanza.

La muchacha se estremeció, palideció y cayó de rodillas.

—¡ Ah señor ! ¡ perdonadme, perdonadme por haber dudado de vuestro señalamiento ! esclámó.

—No me conocias, dijo el duque, y nada tiene de extraño. Pero abreviemos, estoy en ascuas... quiero verme fuera de aquí cuanto antes. ¿Te negarás ahora á seguirme ?

—No, no señor... pero no tengo manto... me he dejado arriba en mi aposento, en mi cofre las joyas que vuestro señalamiento me dió...

—Nos espera una silla de manos muy cerca... en cuanto á las joyas no importa... vamos.

—¡ Ah señor... ! ¡ voy á seguiros... ! ¡ no sé lo que me sucede ! ¡ pero no me perdais... !

El duque tiró de ella, llegó al postigo, tomó la llave de la parte de

adentro, la puso por la parte de afuera, cerró, guardó la llave y se alejó con Esperanza.

A la revuelta de la primera calle, el duque dió una palmada.

Acercaron una ancha silla de manos, y Esperanza y el duque entraron en ella.

La silla se puso inmediatamente en movimiento.

Esperanza guardaba silencio : el duque meditaba.

—Es necesario, necesario de todo punto, pensaba el duque, que yo sea por algun tiempo amante de esta muchacha, para que no pueda sospechar nada, para que crea que todo esto lo hago por ella.

Y acercándose á Esperanza la abrazó.

Esperanza en el primer movimiento instintivo luchó por desasirse del duque ; pero luego se estuvo quieta.

—¡ Diablo ! dijo don Pedro : del mal el menos : es buena moza cuanto puede pedirse, y parece honrada y buena... ¿ qué diablos de complicaciones...? una querida mas, y una pension mas... porque sino es mi querida, sospechará... podrá presumir, y es necesario que no presuma.

Y tras este pensamiento, el duque enamoró de tal modo á Esperanza, que esta dijo al fin para sus adentros :

—Le parezco hermosa, y como estos señores son tan ricos y tan orgullosos, ha querido tenerme sin que nadie lo sepa... pero esto durará poco... y me dejará enamorada. ¡ Dios mio ! ¡ y qué hermoso, y qué galan es !

Y la muchacha suspiró.

—¿ Por qué suspiras ? la dijo el duque.

—Porque os amo, dijo Esperanza dejando caer la cabeza sobre el hombro del duque.

—Ya no me llamas esclencia, ni señor, dijo don Pedro, y esto me agrada.

—Por lo mismo lo hago, porque creo que estais anamorado de mí.

—Pero aun queda ese enojoso vos.

—¡ Hablaros yo de tú, como á Cosme Prieto ! es verdad que yo no soy como otras que vienen á servir de mi tierra. Yo soy noble.

—¡ Ola !

—Mi padre tiene una torre con almenas en la Montaña, nuestro solar es muy antiguo : me llamo Esperanza de Figueroa.

—¡ Ah ! ¿ Es eso cierto ?

—Ya lo sabreis...

—¿Y servías?...

—Como doncella, á una grande de España: hay muchas damas sirviendo en la córte, hijas de nobles pobres; no se nos trata como se debia... ¡la necesidad!... somos siete hermanos... mi padre enfermo... mi madre anciana...

—¡Ah! ¡ah! pues mejor, mejor... yo enriqueceré á tus padres... yo no te abandonaré.

—¡Una sola palabra!

—¡Qué!

—¡Me amais de veras!

—Sí, dijo el duque.

—Pues bien: el amor iguala... yo no sé por qué te amo tambien, duque mio.

—¡Diablo! exclamó para sí el duque, esta muchacha es mas hechicera, y tiene mas talento de lo que yo creia. Me va interesando ya... como puede interesarme una mujer que no es la duquesa de Gandia.

Abrióse en aquel momento la puerta de una casa, y entró la silla de manos.

Se detuvo, y los hombres que la conducian se alejaron, y volvió á cerrarse la puerta.

El duque abrió entonces la portezuela, salió, hizo luz con la linterna, y dió la mano á Esperanza.

—Estamos enteramente solos, dijo el duque: los que nos han traído no saben quién eres, ni de dónde sales.

Y esta era la verdad.

—¡Oh Dios mio y qué locura! dijo Esperanza, asiéndose encendida y trémula, al brazo que el duque la ofrecia.

Subieron unas escaleras.

Dos horas despues, el duque bajó por aquellas mismas escaleras, pálido y pensativo.

—Una mujer da otra mujer: el corazon por lleno que esté, siempre tiene un hueco para la hermosura, y para el corazon de otra mujer..... ¡diablo! ¡diablo! me parece que me hace pensar demasiado seriamente esta muchacha... será necesario enviarla cuanto antes y bien dotada á sus nobles padres, antes de que tengamos una historia, y acaso un remordimiento.

Y el noble don Pedro, abrió la puerta y salió.

Eran las tres de la mañana.

Dirigióse precipitadamente á la callejuela adonde le llamaba su amor, su verdadero amor, la pasión de su alma, que no podían apagar las pasajeras lluvias de amorcillos que caían á cada paso, á causa de su carácter y de sus riquezas, sobre el duque.

Llegó, y antes de poner aquella llave que tan cara, y al mismo tiempo tan dulcemente habia comprado, se estremeció, dudó, retrocedió: temía que un accidente cualquiera, denunciase, descubriese, aquella su entrada surrepticia casa de la duquesa: pero el duque de Osuna, don Pedro, no retrocedía tan fácilmente: antes que dejar abandonada á sí misma á la duquesa, arrojó por todo: confiaba en su nombre, en su fama: ya en su juventud, don Pedro Tellez Giron, era un magnífico grande, á quien se respetaba poco menos que al rey.

Una vez dentro, recorrió algunas habitaciones desamuebladas, húmedas, á lo largo del muro de la calle, y fué reconociendo las rejas, ocultando la luz de la linterna cada vez que abría una.

Al fin, dió con aquella, en uno de cuyos hierros habia puesto como seña una cinta: quitóla, cerró, dió luz de nuevo, y buscó la subida de la escalera, por la cual, segun le habia dicho Esperanza, se subía al corredor donde correspondía una puerta de escape del dormitorio de la duquesa.

Aquel corredor tenia dos puertas: una á cada extremo.

El duque en esta perplejidad se dirigió á la de la derecha, con paso silencioso como el de un ladrón, oculta la luz de la linterna, con las manos por delante.

En un ancho y magnífico dormitorio, en un no menos ancho y magnífico lecho dormía, mejor dicho, estaba acostada la hermosa duquesa de Gandia.

Desvelábala el cuidado.

La espantaba el día en que no pudiendo ocultar mas su estado, la fuese de todo punto indispensable confiar á alguien su secreto.

¿Y cómo hacer creer á nadie la singular manera como habia acontecido aquel terrible compromiso?

Doña Juana que era virtuosa y honrada, no podía menos de afligirse amargamente, y de llorar al verse sometida á aquella inaudita desgracia.

Pidió á Dios que hiciese un milagro para librarla de la deshonra, de una deshonra á que ella no habia dado lugar, sino siendo mujer; cuando

oyó dos golpes recatados, en la puerta de escape de la habitacion inmediata.

Doña Juana detuvo el aliento y escuchó de nuevo.

Pasó algun tiempo y los dos golpes se repitieron.

Pero á aquella puerta, condenada hacia mucho tiempo, y demasiado fuerte y bien cerrada para que pudiese libertarla de tener miedo, no podia llegar nadie como no fuese alguno de su servidumbre íntima, que tuviese interés en decirle algo secretamente, sin pasar por las habitaciones donde dormian la dueña y las doncellas de servicio.

Doña Juana se levantó, se echó por sí misma un traje y se acercó á la puerta, á la que llamaban por tercera vez.

—¿Quién llama? dijo en voz baja.

—Tomad lo que os doy por bajo de la puerta, y con ello mi corazon y mi alma hermosa señora, dijo una voz tan desfigurada, que la duquesa no pudo reconocer.

Al mismo tiempo sintió el roce de un papel por debajo de la puerta.

Bajóse la duquesa y tomó el papel.

Era la carta que habia compuesto para ella el duque de Osuna.

Se fué, latiéndola el corazon, á la luz, y leyó el doble contenido que ya conocen nuestros lectores.

Apenas le leyó rápidamente, cuando corrió á la puerta.

Necesitaba conocer al hombre audaz, causa del compromiso horrible en que se encontraba.

Pero aquella puerta estaba condenada, no tenia la llave, y la duquesa se vió reducida á tocar á ella, á llamar levemente la atencion de la persona que suponía al otro lado.

Pero nadie la contestó.

Volvió á llamar, y obtuvo por respuesta el mismo silencio.

Poco despues oyó allá desde el fondo de la calle, una voz intensa, dolorosa, que exclamó:

—¡Adios!

Doña Juana se precipitó á la reja, la abrió, miró á la calle, y vió á lo lejos en uno de sus extremos entre lo oscuro, un bulto que desaparecia.

Doña Juana permaneció un momento en la reja mirando de una manera ansiosa al lugar por donde el bulto habia desaparecido, como si hubiera querido atraerle, y luego se retiró, cerró lentamente las maderas, y se fué á la mesa, tomó su libro de devociones, cortó algunas hojas, y luego buscó unas tijeras y se puso á cortar letra por letra.

Cuando tuvo una gran cantidad, las fue clasificando en montoncitos por orden alfabético: como podría decir un cajista: distribuyéndolas, y cuando las tuvo distribuidas, reparó en que no tenía con que pegarlas sobre el papel.

—No importa, dijo: aprovecharé el tiempo: escribiré lo que he de copiar con esas letras.

La duquesa de Gandia se puso á escribir su original, es decir, lo que debia despues componer.

Y al escribirlo la infeliz lloraba.

Cuando estuvo concluida la carta, que no fue sino mucho despues del amanecer, porque la duquesa habia pensado mucho, habia rayado muchas palabras, que por la delicadísima índole del asunto, la habian parecido inconvenientes, resultó lo que sigue:

«Señor, que no puedo llamar de otro modo al que tiene por una casualidad desdichada mi honra y mi vida, que todo es uno, en sus manos; yo quiero creer que sois noble y generoso, y que será verdad que no me habreis comprometido valiéndoos para hacer llegar á mis manos la carta vuestra á que contesto, de la liviandad de una de mis doncellas, á quien yo creia por cierto mas honrada. Quiero creer, que ni me culpais por lo sucedido, ni habreis revelado ni revelareis á nadie, ni aun á vuestro confesor, lo que sin conocernos ha pasado entre nosotros. En efecto, señor: lo que temeis es una horrible realidad, soy madre: por el amor de Dios, señor, ya que lo sucedido no tiene remedio, á vuestro honor me entrego, de vos, que sois la causa de mis desdichas, espero la salvacion, y si me salvais, si nadie en el mundo mas que vos puede saber lo que me sucede, si queda secreto, yo os perdonaré. Entre tanto, señor, seais quien fuereis, noble ó plebeyo, necesito saber vuestro nombre, necesito conoceros, para no dudar, para no creer que todos los que me hablan conocen mi desdicha. Cuando recibais esta noche á las doce mi carta, entrad, entrad como habeis entrado hace poco, y hablaremos con la puerta de por medio, hablaremos y convendremos en lo que hayamos de convenir.—Adios, señor, la desdichada á quien conoceis, y que no os maldice, porque no sabe maldecir; que no os odia, porque no sabe odiar.»

Despues de escrita esta carta la duquesa, la guardó cuidadosamente, envolvió cada suerte de letras de las que habia cortado en su papel correspondiente y las guardó, cerró asimismo el libro de devociones, y se acostó.

Algunas horas despues, ya muy entrado el dia, quando la despertaron, la dueña mas antigua la dijo toda azorada :

—¡ Señora ! ¡ Esperanza de Figueroa ha desaparecido !

—¡ Qué ha desaparecido Esperanza ! exclamó la duquesa con tal asombro, tan ingénuo y tan natural, como si aquella hubiera sido la primera noticia.

—Si, si señora : desaparecido completamente.

—Habrá salido...

—Si señora : pero es el caso que se ha dejado su manto.

—Esperad, que ya volverá : cuando vuelva, la decis que la despido, y que Bustillos corra con lo necesario para enviársela á su padre, con una carta en que se diga por qué la vuelvo.

—Muy bien, señora.

—Haced que me traigan algo que sirva para pegar papel.

Trajeron á la duquesa almidon cocido.

—Retiraos, dijo la duquesa, cerrad la puerta, y que nadie entre bajo ningun pretexto sin que yo le llame.

—¿ No almuerza la señora ?

—No.

La dueña salió admirada.

La pobre duquesa, empleó todo el dia en componer su carta con las letras cortadas, pegándolas como habia hecho el duque de Osuna sobre un papel.

Guardó cuidadosamente lo que podia indicar su trabajo, quemó la carta del duque de Osuna, y el original de la suya, llamó y comió algo.

—¿ Ha venido Esperanza, doña Agueda ? dijo mientras comia la duquesa á la dueña que la habia dado la primera noticia de la desaparicion de la jóven.

—No, no señora, dijo la dueña, ni parece á pesar de que se han enviado algunos lacayos á buscarla. Parece que se la ha tragado la tierra. Será necesario dar parte á la justicia.

—No, no : respetemos á su pobre padre... ocultémosle su desgracia, dijo la duquesa : que nadie hable de ello... ya veremos lo que tenemos que hacer.

—Muy bien, señora.

—¿ Ha dejado su cofre ?

—Lo ha dejado todo.

—Pues bien : sacad ese cofre , que lo descerragen delante de vos , y que me lo traigan. Yo sola he de verlo.

—Muy bien, señora.

Poco despues la duquesa tenia en su habitacion el pequeño cofre de Esperanza , descerrajado.

Quedóse sola , y fue sacando la pequeña hacienda de la jóven.

Consistia en escasa ropa blanca , algunos abanicos , y otras joyuelas.

Pero en un rincon del cofre , la duquesa encontró un pequeño envoltorio : un envoltorio pesado.

Le abrió , y encontró quince doblones de oro de la cruz , una rica sortija , y una cadena de diamantes.

La duquesa lo adivinó todo.

—¡Oh ! dijo profundamente : la ha deslumbrado , la ha engañado , se la ha llevado consigo para que no hable : ¿quién será este hombre que tan villanamente obró conmigo aquella noche funesta , y que con tanta hidalguia cuida de que nadie , ni el aire pueda sospechar de mí ? ¡Oh Dios mio ! ¡Dios mio ! ¡si fuera el rey..! dicen que el rey es muy dado á las mujeres , muy enamorado... pero el rey no se recataria tanto... no , no... ¿quién será , Dios mio ? ¿quién será ?

Y ni por sueños pasó por la imaginacion de la duquesa , que aquel hombre pudiera ser don Pedro Tellez Giron.

Tan imprudente le creia doña Juana , que á habérsela ocurrido aquel pensamiento , le hubiera desechado como absurdo.

Y eso que siempre tenia en la memoria al duque de Osuna porque le amaba.

Pero para ella sola , con un amor encerrado en el fondo de su alma.

La duquesa guardó el dinero y las dos alhajas , puso de nuevo en el cofre lo que de él habia sacado , y mandó que lo pusiesen entre sus cofres de uso diario.

Luego esperó con impaciencia á que diesen las doce de la noche.

Poco antes , ocultó la luz , se asomó á la reja y esperó.

Al dar las doce , se oyeron pasos en la calleja , apareció un bulto , y se detuvo debajo de la reja donde estaba asomada la duquesa.

Esta , temblando dejó caer la carta.

El bulto la recogió , y la dijo con la voz desfigurada :

—Mañana te contestaré , adorada mia : á las doce echa un cordón donde yo pueda poner mi carta.

Y cuando la duquesa, atropellando por todo iba á contestar, el bulto desapareció.

Doña Juana se entró despechada en su dormitorio, se acostó, pero no durmió.

A la noche siguiente, en punto de las doce, al entrar el duque de Osuna en la calle, al pararse bajo la reja, sintió abrir la del piso bajo.

—Caballero, quien quiera que seais, exclamó la duquesa de Gandia, que ella era : escuchadme en nombre de vuestro honor.

El duque sobresaltado guardó silencio por algunos segundos.

Luego desfigurando completamente la voz, contestó :

—¡ Oh ! ¡ y qué imprudente eres, y á qué terrible prueba me sujetas !

—Habladme como querais, dijo la duquesa, yo no puedo evitarlo : soy vuestra esclava.

—Perdonad, ¡ ah ! perdonad, señora, dijo el duque... pero os amo tanto....

—¿ Y por qué siendo yo viuda, antes de llegar al punto á que habeis llegado?...

—¿ No os he dicho mi amor... no es verdad ? sois tan virtuosa, señora, tan insensible....

—Soy lo que debo ser ; pero no se trata de eso : ¿ quién sois vos ?

—Un hombre que os ama.

—¿ Os conozco yo ?

—No.

—¿ Ni acudís á lugares donde yo pueda hablaros ?

—No.

—¿ Sois sin embargo rico ?...

—Y noble : pero el ser rico y noble no supone que haya uno de entrar en los salones del rey.

— ¡ Ah ! ¿ si sois rico y noble, por qué no os casais conmigo ?

—Porque no puedo.

—¿ Sois casado ?

—No.

—¿ Pues si no sois casado... ?

—Mi cabeza está sentenciada...

—¡ Sentenciada ! ¿ por qué delito... ?

—Por haber puesto mano á la espada contra el rey.

—¡ Ah ! ¿ y sois noble ?

—Porque soy noble : la misma noche en que fuisteis mia...

- ¡Callad...! pero si es cierto... yo preguntaré...
- Nada sabreis, porque el rey y yo estábamos solos.
- ¿Y no puede el rey perdonaros...?
- El rey me hará ahorcar el día en que me coja...
- Sois cruel; sois miserable... habeis cometido conmigo un crimen inaudito y no lo quereis reparar.
- No puedo... pero nadie conocerá...
- Eso es imposible.
- Os juro que el secreto quedará únicamente entre los dos.
- ¿Por qué no me hablais con vuestro acento natural?
- Si os hablo sin desfigurar la voz soy perdido.
- ¿No cedereis?
- No.
- ¡Que os castigue Dios!
- Bastante castigado estoy señora.
- ¡Oh! ¡qué situacion tan horrible la mia! exclamó la duquesa.
- Horrible, si, muy horrible, exclamó el duque: horrible para los dos.
- Porque... porque vos habeis sido un infame, dijo la duquesa, que no pudo contenerse mas, llorando.
- Culpad á Dios que os ha hecho tan hermosa.
- Concluyamos, caballero, concluyamos, dijo la duquesa: os habeis burlado de mí... ya no tiene remedio: yo no me vengaré, yo no os maldeciré... pero Dios os castigará.
- Ya os he dicho que estoy harto castigado.
- ¿Pero no os dais á conocer? os juro que no me quejaré, que me resignaré... pero vuestro nombre...
- No puedo... no debo... no lo diré...
- Yo debo conoceros puesto que con tal cuidado fingis la voz.
- No, no me conoceis. Pero veamos, señora, lo que hemos de hacer: lo que importa es salvar vuestro honor.
- ¡Ah Dios mio! ¿y cómo?
- Nadie sabe por mi parte que yo os he escrito: para que mi carta llegue á vuestras manos ha sido preciso que yo engañe á una de vuestras doncellas.
- ¡Esperanza! la habeis seducido, la habeis comprado...
- ¡Cómo sabeis...!
- Sí, si por cierto... y os entrego el dinero y las alhajas que la disteis.

—Yo guardaré como preciosísimas estas alhajas y estas monedas que han estado en vuestro seno y que guardan su dulce calor, dijo don Pedro, tomando aquellos objetos que le daba la duquesa, y estrechando de paso una de sus manos que la duquesa retiró vivamente.

—¡Ah! exclamó con indignación: ¡no os basta el haberme perdido sino que aun me seguís insultando!

—¡Perdonad, señora, pero os amo tanto!

—¿Y desde cuando me amáis...?

—Desde la noche en que...

—De modo que cuando me encontrasteis, por mi mala ventura...

—Me deslumbrásteis, señora; yo no os conocía, os vi... y...

—Fuísteis un infame.

—Teneis razon; pero no fui yo... fue un impulso superior á mis fuerzas... no hablemos mas de eso...

—Pero en la situacion en que me encuentro...

—Os salvaré de ella...

—Alguien habrá de saber...

—Dios que lo sabe todo, vos y yo.

—¿Y qué pensáis hacer? decidme.

—Por el momento alejar á Esperanza de Madrid. Para eso necesito irme con ella, estar á su lado algun tiempo.

—¡Ah!

—Un mes á lo menos. Hoy estamos á primero de abril; el primero de marzo á las doce de la noche en punto, estaré en esta reja. Adios.

—¿Os vais?

—Sí...

—Y si yo os dijese que... que os amo... dijo con gran dificultad la duquesa.

—Yo sé que no me amáis; yo sé que mentís... perdonadme, pero esta es la verdad; que mentís para arrancarme mi nombre; vos no me amáis.

—No... no miento, exclamó toda turbada la duquesa.

—Pues bien, señora, yo tengo la llave de ese postigo: si es cierto que me amáis permitidme que llegue hasta vos.

—¡Ah! ¡no! ¡no! ¡imposible! si queréis que yo sea vuestra, hablad, descubrios el rostro que yo os juro ser vuestra esposa.

—¡Ah! ¡si eso pudiera ser! Pero adios, señora, adios.

—¡Volvereis!

—Volveré... dentro de un mes: el primero de marzo á esta misma hora, por esta misma reja. Adios.

—Adios.

El duque de Osuna notó que doña Juana se quedaba en la reja.

Tuvo intenciones de volver.

De decirla: soy yo: yo el hombre que os ama: el hombre á quién amais.

Porque el duque de Osuna habia llegado á comprender que doña Juana le amaba.

Pero habia comprendido también que doña Juana tenia fuerza sobrada para contener su amor.

Que era capaz de morir antes que deshonorarse.

El duque, pues, no se habia atrevido á darse á conocer.

El amor tranquilo de la duquesa, espresado por una tierna amistad, se hubiera convertido en odio al saber esta que él era el causador de su situacion horrible: doña Juana se hubiera negado á verle y don Pedro no se atrevió á romper el incognito.

Trasladóse á la calle de la Palma alta á la casa donde tenia á Esperanza.

La jóven dormia profundamente, y en su boca entreabierta por el sueño lucia una sonrisa de deleite.

—Dejémosla dormir, dijo el duque de Osuna, y entre tanto dispongamoslo todo para apartarla de aquí.

Y bajó, abrió una reja y dió una palmada.

Acudió un hombre.

—Éres tu, Diaz, dijo el duque.

—Si, escelentísimo señor.

—Sabe alguien quién es la dama que está conmigo en esta casa.

—Yo mismo no lo sé: vucencia tenia la silla de manos dispuesta en una encrucijada; la noche en que vine era tan oscura que aunque hubiéramos querido...

—Bien, bien: ahora mismo buscarás un coche de camino.

—Muy bien, señor.

—Que el mayoral y los mozos sean estraños, que no me conozcan.

—Muy bien, señor.

—Necesito ese coche dentro de una hora.

—¿Y el equipaje del señor?

—No necesito equipaje. Toma esta llave, entra en mi recámara y

abre el armario: en uno de sus tableros hay un cofre pequeño muy pesado: tráetelo.

—¡ Oh ! y sin perder un minuto, traeré tambien á vuecencia equipaje.

—Bien: escucha: pon algunos trajes de corte, es posible que sin descansar me plante en París.

—¿Y va ir vuecencia solo?

—Enteramente solo, pero ve, mi buen Diaz, ve que estamos perdiendo el tiempo.

El criado del duque partió á la carrera.

Don Pedro volvió á subir al aposento donde dormia Esperanza, se acercó á la luz y miró la muestra de un enorme reloj de oro.

—Las tres y media, dijo: á las cuatro y media está aquí el coche: aun no es de dia ni con mucho. Hay el tiempo preciso para que esa muchacha se vista.

Y entrando en la alcoba la despertó.

—¡ Ah ! sois vos, señor, dijo Esperanza, apenas puedo ver claro.

—Si, yo soy: levántate y vistete: nos marchamos.

—¿ Qué, nos marchamos? ¿ y adonde?

—Donde pueda vivir libremente á tu lado, Esperanza mia, contestó con ternura el duque.

—¡ Oh ! cuánto te amo, dijo Esperanza colgándose del cuello del duque.

—Si, si, pero aprovechemos el tiempo.

—¿ Y adonde vamos, señor? dijo Esperanza saltando casi vestida de la cama.

—A París.

—¡ A París !

—Si, á una hermosa ciudad... muy noble y muy populosa... que vale algo mas que Madrid.

—¿ Y allí no os conocen?

—Si por cierto; pero en París es difícil encontrarse con los conocidos.

—¿ Pero vos no podeis estar siempre en París?

—No; pero iré á verte largas temporadas. Tú puedes llevar á tu familia, vivir en un palacio.

—¡ Oh Dios mio !

—Quiero que pases por una dama principal.

—¡Oh! ¡descuidad! ¡no os avergonzaré! no diré á nadie que he estado sirviendo.

—Lo quiero... no por mí, que eres tú harto hermosa para que pueda disculparme, sino por ti.

—Sí; por ti y por mí. ¡Oh Dios mio y que feliz soy! ¡Cuando pienso que he estado á punto de casarme con Cosme Prieto!

—Eso hubiera sido una atrocidad.

—Bendita sea la hora en que el gran duque de Osuna me vió.

—El amor iguala á los bajos con los altos, y sino fuera yo casado...

—¿Te casarías conmigo?

—No, pero no me casaría con otra.

—Yo os quiero así mi señor... yo me muero por vos, y aunque no fueseis rico ni duque os amaría del mismo modo

—Oye: es el ruido de un coche. Mientras concluyes de vestirme voy á ver si falta aun algo.

El duque bajó á oscuras y abrió la puerta.

Entre la sombra vió un enorme coche de camino, y detrás un carro.

La zaga del coche era un promontorio.

—Que es esto, Diaz, dijo.

—He concluido en menos de una hora. Como las ventas de España son tan malas he cargado un carro de comestibles y vinos; ademas he buscado un cocinero, y cuatro lacayos.

—¿Y todo eso en media hora?

—Como que hemos sido diez trabajando á un tiempo.

—¿Y sabe esa gente que me acompañará quien soy yo?

—No señor.

—¿Y qué es eso que abulta en la zaga?

—Es un equipaje completo: el cofre pesado que estaba en el armario está en el cajon del coche, y esta es la llave; he puesto ademas un talego lleno de ducados y otro de doblones de á ocho en el mismo cajon.

—Bien, bien Diaz, que esté todo dispuesto para marchar. Cuando salga yo con esa dama, cierra esta casa y veté: si pregunta alguien dónde estoy responded que me he ido á caza.

—Muy bien señor: ¿y si la señora duquesa...?

—Di á Alvarado mi secretario, que la diga que no he podido despedirme de ella porque he partido en posta con un encargo secreto del rey para la corte de Francia. Adios.

—Que vucencia lleve buen viaje.

Poco despues salió Esperanza cubierta con la capa del duque, y asida á su brazo entró en el coche.

Las mulas se pusieron en movimiento, sonaron las campanillas, rechinaron las ruedas y el pequeño convoy compuesto del coche y del carro salió de Madrid.

Quince dias despues entraba en París.

El duque tomó una hermosa casa en la calle de san Dionisio.

Es decir, la compró.

La hizo amueblar magníficamente en dos horas.

Llamó modistas y vistió á Esperanza de una manera régia.

Despues la mostró un cofre lleno de alhajas y de doblones de oro.

—Esto la dijo, es para tí: llama á tus padres y vive con ellos; no digas á nadie que el duque de Osuna te ha traído, ni que has sido doncella de servir; no te conviene. Yo adeinas te enviaré, ó hare que te envíen todos los meses, mientras vivas, trecientos ducados.

—¿Cómo señor, os vais?

—Necesito estar en Madrid á fin de mes.

—¿Y no volveréis?

—No lo sé.

El duque se puso aquel mismo dia en camino.

Como no hemos de volver á encontrar á Esperanza diremos, cual fue su suerte.

Esperó durante algun tiempo al duque de Osuna siéndole fiel.

Pero como el duque no fué, acogió los amores de un par de Francia, no tan rico ni tan jóven ni tan hermoso como su primer amante grande de España.

Arruinó al par, y despues á un consejero del Parlamento, y luego á un caballero de san Luis, y despues á un tendero de la calle de san Honorato: esplotó cuanto pudo su hermosura hasta los venticinco años, en que rica y célebre, se casó con un hermoso oficial de mosqueteros que encontró inoportuno pedir honra á una dama tan hermosa, tan rica, y tan pretendida.

El duque habia logrado su objeto.

Esperanza se guardó muy bien de decir á nadie que habia servido á la duquesa de Gandia, ni que habia salido de su casa con el duque de Osuna.

El guardar el decoro de la duquesa habia costado á don Pedro un tesoro.

Este volvió á Madrid de su expedicion á París el mismo dia en que lo habia prometido á la duquesa.

A las doce de la noche estaba en la reja.

Al llegar, la madera de la reja se abrió.

La duquesa de Gandia estaba esperando al duque.

—¡ Oh vos, quien quiera que seais! exclamó la duquesa... es necesario que me salveis... vos que me habeis perdido... temo la mirada de todos... mis megillas empalidecen ¡ oh Dios mio! creo que todos conocen mi deshonra.

—¡ Oh! descuidad, señora, exclamó conmovido el duque, aunque siempre desfigurando la voz... pero es necesario que pongais de vuestra parte.

—¿ Y cómo?

—He encontrado un medio...

—¡ Cuál!

—Decid á vuestro confesor que habeis tenido una revelacion.

—No os comprendo.

—Si, he pensado mucho en vos... en vuestro compromiso.

—¡ Oh! ¡ Dios mio!

—Decid, pues, á vuestro confesor que el santo de vuestra devocion se os ha aparecido...

—¡ Una mentira sacrilega!

—¡ Para salvar el honor de una ilustre familia! ¡ para salvar vuestro perdido honor!

—Seguid, seguid.

—Direis que el santo os ha revelado que vuestro esposo está en el purgatorio.

—¡ Ah!

—Que para salir de él, necesita que vos hagais un año de penitencia...

—No os comprendo aun.

—Un año privada de la vista de todo el mundo.

—¡ Dios mio!

—Os juro señora, que no me perdonaré nunca el sacrificio á que os obliga mi locura...

—No, no: merezco bien esa penitencia.

—¡ Vos!

—Si: yo: yo al sentirme deshonorada debí darme la muerte... y sino fuera por el hijo que siento en mis entrañas...

—Pues bien, señora : yo os juro hacer tan grande y tan poderoso á ese hijo...

—¡Ah señor ! ¿sereis acaso el rey?

—¡El rey ! guardaos muy bien señora de indicar nada á su magestad : os juro por la salvacion de mi alma, que no soy el rey, ni mucho menos ; que el rey ninguna parte tiene en vuestra desdicha, que yo soy... yo solo... el causador de ella.

—¡Sin embargo, podeis hacer grande al desdichado fruto de vuestro delito!

—Si, si señora ; grande entre los grandes.

—Pero continuad, continuad : como he de hacer yo para que nadie me vea.

—Oid : tendreis dos habitaciones enteramente provistas de cuanto necesiteis : cuando querais algo, lo pedireis por escrito, llamareis y os ocultareis antes que puedan llegar.

—Y... os comprendo... no sospecharán...

—Vos sois piadosa, os habeis criado en un convento de monjas...

—¿Y si sobreviene alguna enfermedad?

—Dios no querrá y si eso sucede ya encontraré otro medio.

El duque y la duquesa acabaron de madurar su plan.

Al día siguiente doña Juana llamó á su confesor, y le dió parte de que habia tenido una revelacion, que para salvar del purgatorio á su esposo, se la habia mandado recluirse durante un año de tal manera que no la viese persona viviente ; que habia prometido hacerlo y que estaba resuelta á cumplir su promesa.

El confesor que era un reverendo fraile francisco, bueno y crédulo, aprobó la conducta de la duquesa, y no solo la aprobó sino que la escitó á que la cumpliese cuanto antes.

Preparáronse dos habitaciones, y empezó el encierro.

Cuando la duquesa se levantaba, llamaba.

Entonces la preparaban el almuerzo, y la ropa blanca, y lo que habia menester, en otra habitacion, y cuando todo el mundo habia desaparecido, hacian señal con una campanilla.

La duquesa pasaba á la otra habitacion, que estaba completamente á oscuras, para evitar cualquier curiosidad reprehensible : la duquesa cerraba por una parte y otra dos puertas, y solo cuando era imposible que nadie la viese, abria las ventanas que estaban cubiertas por cortinas.

El paso de una á otra habitacion, se hacia siempre asi.

Era imposible que nadie comprendiese su estado.

Todo estaba previsto; hasta los menores detalles se llenaban.

Súpelo el rey, y no lo estrañó: porque conocia la piedad de la duquesa; celebrólo mas bien.

Súpelo la corte, y nadie sospechó, porque no podia sospecharse nada de doña Juana.

Todos, en aquellos tiempos en que la religion estaba sostenida por una fé ardiente, encontraron muy natural el sacrificio de la duquesa, y la tuvieron por una santa.

¡Y cuánto luchó la desgraciada en aquel largo encierro! ¡cuánto sufrió! ¡cuánto gozó en su sufrimiento!

Habia perdonado al causador de sus males, porque al fin se mostraba generoso, y sentia una viva ansia por conocerle.

Pero el duque de Osuna que iba recatadísimamente á verla por la reja algunas veces en la semana, y en las altas horas de la noche, conservaba rigurosísimamente su incógnito.

En vano doña Juana pretendia desvanecer la sombra de aquel bulto negro que se acercaba á la reja.

En vano pretendia recordar una voz conocida en aquella voz afectada.

El causador de su desdicha seguia siendo para ella un misterio un imposible, un pensamiento fijo.

Y por intuición, como por instinto, al sentir á su hijo en su seno, la pobre madre pensaba involuntariamente con el corazon abrasado de amor, en el duque de Osuna, en aquel hombre á quien no podia pertenecer, que no debía conocer jamás su amor.

Y nunca sospechó que aquel encubierto de la reja fuese el duque de Osuna.

Pasáronse al fin seis meses desde el encierro de la duquesa.

Hacia ya algunos dias que el duque ocupaba una casa frente por frente de las rejas de la duquesa, desde donde á una señal debía acudir á todo trance.

El duque conservaba aun la llave del postigo.

Desde hacia algunos dias, el duque lo tenia preparado todo: la casa de Gerónimo Martinez Montiño, en Navalecarnero, una litera y mozos en la casa vecina á la de la duquesa; cuanto era necesario.

Una noche del mes de setiembre, que Dios quiso fuese oscura y lóbrega, el duque acudió á la reja.

Abrióse esta al momento, y la dolorida voz de la duquesa exclamó:

—Salvadme, caballero, salvadme: abrid el postigo, entrad: yo muero.

El duque entró, y encontró á doña Juana desmayada.

Entonces hizo salir la litera de la casa de en frente, sacó á doña Juana en sus brazos, la metió en la litera, cerró el postigo, y partió hácia Navalcarnero.

Hizo el diablo, que en aquellos momentos pasase por la calle el tío Manolillo, y lo viese todo, y siguiese á la litera.

Antes del amanecer, doña Juana volvió á su casa.

Habia dejado á su hijo en Navalcarnero.

Doña Juana, esponiéndose á morir, no alteró la costumbre que desde el primer día de su encierro habia establecido.

Nadie pudo saber nada.

El tío Manolillo que habia cogido el secreto dos veces, su principio en el Escorial, su fin en Navalcarnero, calló, porque el tío Manolillo sabia que ciertos secretos valen tanto, que no deben malgastarse.

Durante algunas noches, el duque de Osuna entró por el postigo.

Cuando la duquesa estuvo restablecida, cuando pudo bajar las escaleras, le habló por la reja.

—Os doy las gracias, le dijo, por lo honrado que habeis sido: me habeis salvado, despues de haberme perdido, y os perdono enteramente. Existiendo lo que entre los dos existe, ¿no podré saber quién sois?

—No, contestó con voz ronca el duque.

—No insisto: pero juradme que nada tengo que temer por mi hijo.

—El será grande y noble.

—Oid: yo quiero alguna vez conocerle.

—No es prudente.

—Cuando ya sea hombre á lo menos.

—Hablád, señora.

—¿Cuando sea hombre, ocupará un lugar distinguido en la corte?

—Si señora.

—Se casará, le casareis con una dama.

—Si, si señora.

—Pues bien, esperad.

La duquesa subió, y bajó á poco.

—Tomad.

—¿Y qué es esto, señora?

—La herencia que doy á mi hijo: el aderezo que llevé puesto el día en que me velaron con el duque de Gandía.

—¿Y bien..?

—Si se casa mi hijo... nuestro hijo, con una dama, y esa dama concurre á la corte, que lleve algunos días puesto este aderezo, y un medallón en que hay un rizo de mis cabellos.

—Bien, muy bien, señora.

—Ahora caballero, ahora que todo ha concluido entre nosotros, no volvais á verme, sino para algo demasiado grave, para decirme, por ejemplo, si soy tan desgraciada... nuestro hijo ha muerto.

—¡Ah! ¡no quiera Dios, señora, que muera el hijo de nuestro amor!

Después de algunos momentos de conversacion, duque y duquesa, se separaron.

Y no volvieron á verse por la reja.

Pero cuando doña Juana acabó de cumplir su voto aparente, y se presentó en la corte, el duque de Osuna se presentó á ella, galán y hermoso.

La duquesa palideció.

—¡Oh! ¡cuánto os amo! dijo el duque con un acento salido del corazón: yo sabía que erais hermosa y pura; pero no sabía que erais una santa.... ¡y un año mortal sin veros!... y á fé, á fé que me pareceis mas hermosa.

La duquesa se vió obligada á imponer silencio al duque, pero no sospechó que él fuese el encubierto de la reja: nunca lo sospechó.

El duque creyó por su parte que nadie sabía el secreto de la duquesa.

Ignoraba que el bufon del rey lo sabía por completo, por dos estrañas casualidades.

Ignoraba tambien, que cuando dejó de socorrer á su hijo con la intencion de que se acostumbrase á la lucha y á la pobreza, Gerónimo Martinez Montaña que amaba al bastardo como si fuera su propio hijo, fue traidor al secreto por amor á don Juan.

Un día llamó al escribano Gabriel Perez que ya estaba viejo y le sedujo para abrir el cofre que le habia dejado en depósito el duque.

El escribano, como que podia poner un nuevo testimonio, cedió por curiosidad y por algunos ducados.

Abrióse el cofre, y encontraron la carta en que don Pedro revelaba á su hijo que conoceria á su madre por medio del aderezo de brillantes.

Pero como no constaba el nombre de la madre y solo el amor que decia haberla tenido el duque, Gerónimo Martinez Montiño, empeñado en saber quién era la madre de don Juan, se trasladó á Madrid, y tanto preguntó á amigos, á conocidos, acerca de una dama á quien hubiese amado mucho el duque de Osuna en cierta época, que hubo de saber que el duque habia andado enamorado de la duquesa viuda de Gandia, pero sin obtener nada.

Entonces Gerónimo quiso conocer á la duquesa y la conoció.

Vió que los cabellos de la duquesa eran rubios del mismo color que el rizo que estaba encerrado en el medallon.

Despues preguntó quién era ó habia sido el joyero del duque de Gandia.

Dijéronselo, y le buscó, y en secreto le preguntó presentándole un brazalete, si lo habia él fabricado.

—En efecto, dijo el platero, este brazalete es una de las alhajas del aderezo completo que hice para el casamiento de la señora duquesa de Gandia.

—Pues devolved estos dos brazaletes á la duquesa, dijo Gerónimo, que comprendió que era el mejor medio de escapar, y dejando las dos joyas, salió de la tienda y se perdió.

El platero llevó al momento las joyas á la duquesa.

Al verlas doña Juana, tembló, palideció.

—¿Quién os ha dado esto? le dijo.

—Un hombre á quien no conozco, que me ha encargado de hacer devolucion de ello á vuecencia.

—Pero su nombre...

—No le conozco señora.

—Os haré prender.

—¡Ah señora! eso seria muy injusto.

—Id, id con Dios: dijo la duquesa meditando que si se empeñaba en averiguar por dónde habian venido aquellas joyas podia descubrir su secreto.

Pero doña Juana quedó en una ansiedad mortal.

¿Habria muerto su hijo, aquel hijo á quien amaba tanto?

Doña Juana, pues, no era feliz.

Y de repente se le habian revelado dos grandes misterios, por medio del aderezo usado por doña Clara Soldevilla.

Habia conocido á su hijo.

Era un mancebo hermosísimo, capaz de enloquecer á una madre; noble, generoso, honrado por el rey, casado con una dama sin tacha, por mas que no fuese muy de la devocion de la duquesa, por ser amiga doña Clara de la reina y conspirar contra el duque de Lerma.

¿Y aquel mancebo era hijo del duque de Osuna?

Nada tiene de extraño, pues, que doña Juana de Velasco, se sintiese mala al ver su aderezo sobre doña Clara; nada, pues, que esperase con tanta impaciencia á los dos jóvenes.

Tenia, á pesar de su prevencion hacía ella como conspirador, gran confianza en doña Clara: sabia cuánto era noble y pura y en cuanto á hermosa...

Como madre tenia lleno el corazon doña Juana con la esposa de su hijo.

Pero... se veia obligada á defenderse delante de ellos, habia llegado el momento de la defensa y temblaba.

Al fin se abrió una puerta, y un maestre-sala, dijo:

—El señor don Juan Tellez Giron, y su señora esposa están en la cámara de vucencia.

CAPITULO LVI.

Amor de madre.

Doña Juana fué allá desalada.

Sin embargo se detuvo cobarde antes de levantar el tapiz de la puerta exterior.

Vió á don Juan que miraba los retratos de familia de sus abuelos, y á doña Clara que los miraba tambien hechiceramente apoyada en el hombro de su marido con el mas delicioso abandono.

—¡ Oh Dios mio ! dijo la duquesa, ¡ y es preciso, preciso de todo punto ! Y adelantó.

—Los dos jóvenes se volvieron.

La duquesa miró á don Juan, hizo un ademan de arrojarle en sus brazos ; pero se arrojó de repente en los de doña Clara.

La joven la estrechó entre ellos, la besó en la frente con ternura y la dijo exhalando su alma en su acento y en su voz que solo la duquesa pudo oir :

—¡ Oh ! ¡ madre mia !

La duquesa se levantó de entre los brazos de doña Clara, y la miró al través de sus lágrimas.

La joven habia tenido la delicadeza de no llevar el aderezo de bodas, aquel terrible aderezo.

Pero en cambio llevaba uno no menos rico de su madre.

—Si, si; ¡mis hijos! exclamó la duquesa: pero hablad bajo... muy bajo... vos... añadió dirigiéndose á don Juan, hacedme el favor de cerrar por dentro aquella puerta.—Ahora venid, venid conmigo á mi recámara donde nadie pueda escucharnos.

Los dos jóvenes siguieron á la duquesa.

Esta llevaba asida de la mano á doña Clara.

Cuando estuvieron solos, en un reducido y bellissimo gabinete, la duquesa no pudo contenerse; se arrojó entre los brazos de don Juan, le besó, lloró, rió y por último cayó desvanecida sobre el estrado.

—¡Agua! ¡agua! ¡Clara mia! exclamó don Juan!.. ¡mi pobre madre...!

Doña Clara buscó agua y no encontrándola sacó de su seno un pomito de agua de olor y la esparció sobre el rostro de la duquesa.

Al poco tiempo, como el desvanecimiento habia sido ligero, doña Juana volvió en sí.

Vió á los jóvenes y se ruborizó.

Ellos conocian su secreto.

La duquesa se habia visto obligada á llamarlos.

Su honor exigia una esplicacion, una revelacion.

Y en medio de la situacion difícil en que se encontraba, gozaba un placer infinito, una alegría inmensa, inefable como nunca habia experimentado.

Al fin era madre y tenia delante á su hijo.

Y su hijo era hermoso.

En su ancha y noble frente se reflejaba la grandeza de su raza: en sus ojos brillaban la generosidad, el valor, cien nobles pasiones.

Y aquellos ojos, fijos dulcemente en ella, inundaban de un placer desconocido el alma de la duquesa, la inflamaban en un amor infinito.

Era el purísimo amor de una buena madre, que habia llorado veinte y cuatro años por su hijo á quien no conocia, y que le era tanto mas querido cuántos mas sacrificios de todo género la habia costado.

Junto á sí y esposa de su hijo, tenia á aquella admirable mujer, modelo de la dama española, tipo por desgracia perdido, con su belleza espiritual, con su noble aspecto, con la delicada atmósfera de distincion que vemos aun en los retratos contemporáneos de Pantoja, de Velazquez y de otros tantos.

Doña Juana pues sufria y gozaba: lloraba y sonreía, se avergonzaba y sin embargo su alma se dilataba, repósaba en una dulce confianza.

Doña Juana entonces estaba en el cielo, sin haber desaparecido de la tierra.

Asió las manos de los dos jóvenes, los atrajo á sí, los estrechó á un tiempo contra su pecho, y partió con los dos sus besos y sus lágrimas.

Despues separándolos dulcemente de sí, les dijo:

—Necesito justificarne ante vosotros.

—¡Madre y señora! exclamó don Juan.

—¡Justificaros vos! ¿y de qué? dijo doña Clara.

—Vos don Juan, sois noble y á mas de noble hombre de honor: no desmentís la ilustre sangre que por vuestro padre y por mí corre en vuestras venas. Estoy segura, no tengo duda de ello, que os pesa de ser mi hijo.

—¡Ah! ¡no! ¡no! exclamó don Juan.

—Y vos doña Clara: vos cuya fama brilla pura y resplandeciente como el sol: vos hija mia, vos tan hermosa que no hay hermosura que os iguale en la corte; vos tan noble como yo y como su padre; vos pretendida por tantos ilustres caballeros, y tan insensible con todos, vos casada con don Juan, enamorada... porque no teneis que decírmelo... la felicidad brilla en vuestros ojos... enamorada con toda vuestra alma de vuestro esposo, sin duda seriais mas feliz si vuestro esposo no fuera mi hijo.

—Os juro mi buena, mi amada madre, que no.

—Y sin embargo, hemos sido enemigas.

—¡Enemigas! dijo don Juan.

—Sino enemigas, yo no la he querido bien, y ella me ha querido mal.

—No, no señora: todo consiste en que vos sois amiga de Lerma, y yo amiga de la reina... pero eso nada importa: vos habeis querido separarme de la reina... esto era natural. La reina tenia y tiene en mí un apoyo muy fuerte: porque es fuerte todo aquel que lleva su amistad, su amor hasta el punto de sacrificarlo todo por la persona á quien ama, y una prueba de ello ha sido mi casamiento.

—¡Ah! exclamó la duquesa.

Don Juan se sonrió, y miró de una manera elocuentísima á su mujer.

—Digo, señora, que una prueba de mi amor á su magestad, ha sido la causa de mi casamiento con mi don Juan: yo me hubiera casado con cualquiera en las circunstancias en que su magestad se encontraba...

—No os comprendo...

—Tiempo tendré de explicarme. Digo, que en las circunstancias en

que se encontraba la reina, con cualquiera me hubiera casado: pero al casarme por obligacion con don Juan...

—¡ Por obligacion !...

—Antes he sido su esposa ante Dios y los hombres, que su mujer.

—¡ Ah! perdonad: pero suceden, aun á la mujer mas pura cosas tan extraordinarias... y él, un Giron... audaz y apasionado como su padre... os repito que no os comprendo.

—Sin tener comprometido mi honor, me he visto obligada, por salvar á su magestad, á casarme con vuestro hijo. Pero he sido tan afortunada, que ansiaba ese casamiento, que ardía en amores por él... que al darle mi voluntad, mi libertad, mi vida, delante de Dios, no era yo quien daba, sino quien tomaba, no era yo quien hacia feliz, sino quien se hacia á sí misma dichosa.

—¡ Cómo ! exclamó don Juan.

—Hace ya algunas horas, que somos uno en dos: marido y mujer, don Juan: estoy delante de vuestra madre, que siéndolo vuestra lo es mia: nadie nos oye mas que nuestros corazones. Ya os lo puedo decir, os lo debo decir: cuando os ví por primera vez... cuando vuestra torpeza os hizo perderos hace tres noches en palacio...

—¡ Cómo ! ¿ no os conocíais hasta hace tres noches..? exclamó la duquesa.

—No, madre mia, no, dijo don Juan.

—Sino hubiera sido torpe... no nos hubiéramos visto.

—Si mi tio fingido hubiera estado en palacio, no nos hubiéramos conocido.

—Y sino nos hubiéramos conocido, no seríamos tan dichosos, tan completa, tan inmensamente dichosos. Perdonad, señora, añadió doña Clara; pero yo no le debo ocultar nada: me parece ahora, ahora que le veo delante de mí, que es mio... mirad, madre, me parece que estoy entregada á un sueño dulce, y mi vida se llena de no sé qué delicia, que me embriaga, ¡ y soy tan feliz! ¡ Dios mio! ¡ tan feliz! ¡ tan feliz!

Doña Clara se puso vivamente encendida, y ocultó su rostro embellecido por la felicidad y por el pudor, en el seno de la duquesa.

—Sois un tesoro, doña Clara, dijo la duquesa, levantando entre sus manos la hermosa cabeza de doña Clara, y besándola en la boca.

Don Juan, dominado por su amor, por sus sentidos, apoyó un brazo en el sillón, y en su mano la cabeza.

—Como debo decírselo todo, es necesario que sepa, delante de vos que

sois su madre, como quisiera que viera mi alma entera.. ¿por qué no he de decirlo...? que al abrir la mampara de la cámara de la reina, al verle delante de mí, me sentí herida, no sé cómo, de una manera dolorosa, y al mismo tiempo dulce: que le amé... que le amé cuanto se puede amar... y despues... despues... cuando amparada de él recorrí á oscuras las calles de Madrid apoyada en su brazo... yo... le amo desde que le ví... y sino hubiera sido su esposa, me hubiera metido monja... ¿cómo quereis que me pese que sea hijo de vos, de la madre que le ha dado el ser para que haga mi ventura?

—Y aunque no os pese, hijos mios... ¿qué pensareis de vuestra madre?

Los jóvenes bajaron la cabeza.

—Vuestra madre, don Juan, es digna de vuestro respeto: la madre de vuestro esposo, doña Clara, es tan pura como vos... una violencia... una locura... un mal pensamiento de vuestro padre, tienen la culpa de todo. Yo no sabia, yo no he sabido hasta que he visto el aderezo con que os presentásteis á la corte, hija mia, que era el duque de Osuna el que tan cruelmente abusó del terror, de la debilidad, del aturdimiento de una mujer en una ocasion funesta. Yo no he sido amante de vuestro padre, don Juan, yo no tengo de comun con él, nada mas que vos que sois nuestro hijo, y os he reconocido... porque mi corazon de madre no ha podido contenerse... os he llamado despues para abrazaros, para veros junto á mí á solas: para deciros: yo os amo, os amo con mis entrañas, con mi alma, con mi vida... os amo desde el momento en que os sentí alentar en mi seno, os amo mas que á mi hijo don Carlos, mas, mucho mas, porque me habeis sido mas costoso, y al conoceros, don Juan, estoy orgullosa de ser vuestra madre... y yo os veré, os veré todos los dias... ¿no es verdad que os veré?

—¡Oh! ¡si!

—Y oid... cuando vos os aparteis de vuestra esposa...

—¡Apartarse...! exclamó con profunda energia doña Clara.

—Todos sus abuelos han servido al rey.

—¡Ah! ¡no! ¡no! bastantes aventureros tiene España que vayan á matarse en la guerra, en Flandes, en Italia y en Francia; don Juan es valiente... don Juan es capitan de la guardia española junto al rey y no saldrá de Madrid: no saldrá de la corte: vos sois camarera mayor de la reina y yo dama de honor: los tres unidos viviremos muy felices, y luego... lo dominaremos todo... ganará la reina y perderá Lerma.

Frunció el bello y pálido entrecejo doña Juana.

—Lerma abusa de vos, madre mia, de vuestra buena fé, dijo don Juan. Lerma es un ladron duque, un miserable. Yo os convenceré, vos no debéis servir á Lerma... y ademas sino os conociesen tanto en la corte, como aun sois hermosa y jóven...

—Cincuenta y seis años, dijo la duquesa.

—Sin embargo : podrian creer...

—¡ Qué!

—Podrian creer que amábais...

—No... no pueden creer eso... eso no es verdad... yo no he amado á nadie... mas que á vuestro padre... y nunca lo ha sabido... no lo sabrá jamás... porque vosotros á quienes debe interesar el honor mio, no se lo direis... ¿no es verdad..?

—No... no señora.

—No le digais nunca... os lo pido con el corazon abierto, por Jesús sacramentado, no le digais nunca, que doña Clara se ha puesto aquel aderezo, que yo os he reconocido, don Juan... no le digais nunca lo que está sucediendo entre nosotros... lo que sucederá... jurádmelo, hijos mios, jurádmelo.

—Señora, exclamó don Juan, os lo juro por el nombre de mi padre, que conservaré sin mancha ; por vuestro amor que guardaré en lo mas profundo de mi alma.

—Y yo os lo juro por mi honra y por la suya, madre mia.

—¡ Oh ! ¡ pues entonces soy la mujer mas feliz del mundo! exclamó dando un grito ahogado por las lágrimas la duquesa.

Pero de repente palideció y tembló.

—¿Qué teneis madre mia? exclamó don Juan.

—¡ Oh ! hay alguien que conoce no sé cómo este secreto, dijo la duquesa.

—¡ Alguien ! ¿y quién es? dijo don Juan.

—No lo sé... no lo sé... antes de anoche... antes de anoche no encontraba yo á su magestad en su cámara... la buscaba... de repente me dejan caer el candelero de la mano, y oí una voz ronca, una voz que no pude reconocer y que me dijo, no he olvidado una de sus palabras, no he podido olvidarlas : *Si quereis que nadie sepa vuestros secretos, noble duquesa, guardad vos un profundo secreto acerca de lo que habeis visto y oido esta noche.*

—¿Y no habeis podido averiguar quién era ese hombre?

—No.

—Sin duda se referian á vuestras inteligencias con el duque de Lerma, dijo doña Clara.

—¿Creeis vos, que fuese eso?

—¿Y cómo podria ser otra cosa? dijo don Juan. Mi padre ha guardado un profundo secreto: solamente yo he sabido por esta carta...

Y dió á la duquesa la carta del duque de Osuna que habia encontrado en el cofre.

—Pero aquí vuestro padre no me nombra: os dice solo que por medio de un aderezo, podreis reconocerme si yo quiero darme á conocer de vos.

—Ya veis madre mia, que mi padre no ha podido ser mas hidalgo.

—Si, pero...

—No es posible que ese secreto...

—Sin embargo... ¿quién os ha dado esta carta?

—El cocinero mayor del rey.

—¡El cocinero mayor!

—Si, Francisco Martinez Montiño.

—¡De modo que ese hombre, dijo doña Clara, os ha dado padres y esposa!

—Sin quererlo y sin saberlo.

—¡Cómo! dijo la duquesa: ¿Montiño no conoce esta carta?

—No señora.

—¿Pues no os la dió?

—Si, si señora, pero dentro de un cofre cerrado.

—¿Y no pudo haber abierto ese cofre?

—No, madre mia, porque la cerradura estaba cubierta con un papel sellado, y en aquel pápel habia un testimonio de escribano con la fecha de veinticuatro años ha.

—Es necesario, necesario que me expliqueis todo eso... pero otro dia... hoy estoy muy conmovida.

—Y yo... yo necesito ir á palacio, mi buena madre, dijo doña Clara.

—¡Esperad! ¡esperad un momento!

La duquesa se levantó y salió.

—¡Juan! ¡Juan de mi alma! el secreto de tu madre está vendido... dijo doña Clara.

—¡Vendido..!

—Sí... vendido... el hombre que dijo aquellas palabras á tu madre

á oscuras, en la cámara de la reina, era... ¡el tío Manolillo! ¡el bufon del rey!

—¿Y qué interés tiene el tío Manolillo..?

—El tío Manolillo... perdóname Juan de mi alma, perdóname... no creas que tengo celos al decirte... al nombrarte á esa comedianta.

—¡Dorotea! dijo don Juan y se puso pálido.

Helósele el alma á doña Clara al notar la palidez de don Juan, pero no dió indicio alguno de ello.

—Sí, Dorotea; esa mujer te ama.

—¡Oh! ¿y qué importa? dijo don Juan ya completamente rehecho de su turbacion.

—Importa mucho, muchísimo, dijo gravemente doña Clara.

—¿Crees que yo..?

—¡Oh! ¡no! ¡no! yo sé que tu corazon, tu alma, tu pensamiento, todo tú eres mio: pero el bufon del rey es padre ó pariente ó amante, de esa perdida..... el tío Manolillo es terrible... ella te ama... tú te has casado conmigo... si por vengarse ese hombre...

—¡Oh! te juro... te juro que el bufon no hablará: pero para eso es necesario...

—¡Qué!

—Que don Francisco de Quevedo, mi amigo... mi buen amigo, pueda estar seguro en la corte.

—¡Cómo!

—El duque de Lerma...

—¡Oh! descuida... pero tu madre se acerca.

En efecto, la duquesa venia cargada con una multitud de estuches.

—¿Qué es eso, señora? dijo don Juan.

—Este es el dote de tu esposa que yo la doy.

—¡Ah! ¡no! ¡no! señora: yo estoy convenientemente dotada por mi padre.

—Tu padre... es rico... lo que se llama rico entre simples caballeros, que no se ven obligados á sostener gran casa, gran servidumbre; pero tú eres esposa de mi hijo...

—Me basta con eso.

—Y mi hijo mañana será muy alto, muy grande...

—Mi padre, madre mia, me ha dado ya una renta, dijo don Juan.

—Si has recibido de tu padre, ¿por qué no recibes de tu madre?

—¡Ah!

—Mira : son mis mejores joyas : valen cientos de miles de ducados... yo no las necesito ya... tengo las bastantes para presentarme de una manera riquísima en los días de corte... tomá, toma, llévatelas, hijo mio... redúcelas á dinero.. compra haciendas, y dalas en dote á mi buena, á mi hermosa hija... á mi pequeña enemiga.

—Meditad...

—¡ Oh ! ¡ no me amas !... ¡ me engañas !.

— Ya tenemos el magnífico aderezo... dijo doña Clara.

—Y aquí van otros diez... mas ricos que aquel.

—¿ No creereis que nuestro amor es interesado si aceptamos ?

— Creeré que no me amais sino recibís lo que os doy... lo que es tuyo porque eres mi hijo... lo que te doy secretamente porque no puedo dárte-lo de otro modo.

— Acepto , pues , madre mia.

— Además , dijo doña Juana acercándose á la jóven , tomándola una mano , y poniendo en uno de sus dedos una sortija , quiero que tengas esto mio.

— ¡ Ah ! ¿ una sortija ?

— Mi anillo nupcial.

— ¿ Y este blason ?

El blason de los Velascos , condes de Haro.

— ¿ Pero por este blason ?..

— Sabrán que la duquesa de Gandia ha hecho un regalo á su buena amiga doña Clara Soldevilla : solo vosotros sabreis , que ese anillo dado por mí , mi anillo nupcial , representa la bendicion de vuestra madre. Ahora , hijos mios... idos... estoy muy conmovida , necesito llorar á solas... llorar de alegría.

— Una palabra , una sola palabra madre mia , dijo don Juan.

— ¿Cuál ?

— Tengo que haceros un encargo muy importante.

— Un encargo importante...

— Don Francisco de Quevedo...

— ¡ Don Francisco !... ¡ ese hombre !... ¡ enemigo del rey !..

— Os engañais , madre mia.

— Secretario del duque de Osuna...

— Secretario de mi padre.

— ¡ Ah ! aun me parece un sueño que el duque de Osuna... pero y bien ¿ qué hay que hacer por don Francisco ?

—Antes de anoche... madre mia... herí malamente á don Rodrigo Calderon.

—¡Tú!

—Y me ayudó don Francisco.

—¡Cómo! ¡dos hombres contra uno!

—No, no señora; dos contra dos.

—¡Ah!

—No podía ser de otro modo... la verdad del caso es que don Francisco y yo estamos amenazados.

—¡Amenazado tú!

—Sabe Dios de qué, porque sabe Dios si morirá don Rodrigo.

—¿Pero por qué le heriste?

—Por miserable.

—¡Por miserable!

—Había comprometido la honra de...

—Mi honra... dijo doña Clara.

—No, tu honra no; exclamó con estremada energía don Juan: la honra de la reina.

—¡Cómo!

—Siendo traidor á Lerma, fue traidor á la reina... tenia en su poder unas cartas de su magestad...

—Hiciste bien en matarle...

—No lo he conseguido por desgracia.

—Tú no tienes nada que temer.

—Para salvarme á mí, es necesario salvar á don Francisco.

—Le salvaré. ¡Ola! ¡doña Violante! ¡doña Violante!

Acudió una doncella.

—Mi manto, al momento; que pongan una carroza.

La doncella salió.

—¡Cómo, madre mia! ¡vos...! ¿vais á ir...?

—Sí, si; yo en persona casa del duque de Lerma.

—¿Pero no seria mejor que él viniese...?

—No, no... quiero verle al momento... ire. Pero, toma esas joyas... y la carroza tarda...

—La nuestra...

—¡Ah! ¿teneis carroza...?

—Y muy bella.

—¡Oh! bien, muy bien... haz poner en esa carroza el escudo de los

Girones, hijo mio: es un noble escudo: ¡ay! ¡si pudiera ser unir á sus cuarteles los del escudo de Velasco!

La última esclamacion de la duquesa representaba para los jóvenes el corazon de una madre.

Para nosotros y para nuestros lectores y para la duquesa, aquella esclamacion salia del corazon de la madre y de la amante.

Porque doña Juana enemiga política del duque de Osuna, le amaba; continuaba amándole de secreto: el duque de Osuna era la pasion de toda su vida.

Los recién casados dejaron á la duquesa de Gandia casa del duque de Lerma, despues don Juan dejó en palacio á doña Clara, y con el pretesto de ir á esperar á su madre para llevarla á su casa, fué á casa de Dorotea y marchó la carroza á las órdenes de la duquesa de Gandia á la puerta del duque de Lerma.

CAPITULO LVII.

Las audiencias particulares del duque de Lerma.

Acababa el duque de Lerma de apurar un almuerzo succulento, y se ocupaba de hacer la digestion comodamente arrellenado en su ancha y magnifica poltrona, cuando entró su secretario Santos.

—¿Qué ocurre amigo Pelegrin? le dijo el duque, que vienes tan serio y cuando acabo de almorzar. ¿Tendremos algo extraordinario?

—Lo ignoro, señor: pero su esclencia la señora condesa de Lemos vuestra hija, pregunta por vucencia y viene tras de mí y vestida de casa.

—¡Vestida de casa!

—Si señor, y siento ya las fuertes pisadas que bastan para adivinar que se acerca su esclencia.

—¡Oh! si; mi hija es muy buena moza, ¿no es verdad?

—¡Señor! ¡yo no he querido decir...!

—Demasiado buena moza, demasiado hermosa, por desgracia... pero ya está ahí... vete... por ahí...

Y le señaló á Santos una puerta de escape.

La condesa entró en el despacho del duque, cerró la puerta y asiendo un sillón, le acercó al del duque y se echó el manto atrás.

—¿Qué es esto Catalina? ¿qué es esto? ¡pálida, llorosa, con los ojos encendidos! ¿qué tienes condesa....?

—No me llameis condesa, padre, malhaya la hora en que me casásteis con el conde de Lemos.

—¡ Ah!...

—Soy la mujer mas desdichada de la tierra.

—¿ Y por qué?

—Porque amo á un hombre.

—¡ Catalina!

—Será todo lo escandaloso que querais el que yo os diga esto... pero vos, padre y señor, me habeis sacrificado.

—El hombre á quien amas, me dijo antes de anoche con la mayor desvergüenza, que no se hubiera casado contigo por nada del mundo.

—¿ Pero quién es el hombre á quien yo amo?

—Yo no estraño que le ames: porque yo tambien le amo, es decir, le amo porque para el rey, para España y por consecuencia, para mí, sería precioso si fuese mi amigo, en vez de serlo del duque de Osuna.

—¡ Ah! ¡ creéis que...!

—Si... me consta que le amas, mancillando mi nombre, ultrajando á tu esposo, confundiéndote con esas despreciables mujeres...

—¡ El nombre, el nombre de quien amo!

—Don Francisco de Quevedo.

—Pues bien, si es verdad: le amo... mas que eso: soy su amante.

—Irás de aquí á un convento, exclamó irritado el duque.

—No iré.

—¿ Qué no irás..?

—No, porque me necesitais... no... porque sin mí no sabiais muchas cosas que pasan en palacio.... no.... porque vos no teneis derecho para reprenderme... me habeis perdido.

—¡ Estás loca! exclamó el duque levantándose irritado.

—Loca, si, fuera de mí... desesperada... ¿qué me importa todo..? se va... me deja... me abandona... y no ha de irse.

Volvióse á sentar el duque.

—Afortunadamente, están cerradas todas las puertas.... pero eres demasiado violenta, Catalina, y gritas... no grites... ya que te has atrevido, ya que te atreves á presentarte sin pudor á tu padre...

—¡ Sin pudor! ¿ creéis que por que yo amo á Quevedo he perdido el pudor? ¿ y me decís eso cuando me habeis casado con don Fernando de Castro?

—Es un igual tuyo...

—Ni igual mio, ni igual vuestro, padre: el conde de Lemos ha llegado á ser mi esposo, sirviéndoos de una manera harto miserable: os convenian sus servicios, y me casásteis... cuando yo era una inocente... cuando no sabia quién era el marido que me dábais... despues él mismo se ha encargado de que yo conozca el mundo al conocerle á él: me encontré viuda, viuda del corazon, y Quevedo... el gran Quevedo...

—Nadie niega su grandeza: tu pasion es disculpable; pero no lo es el que me la vengas á arrojar á la cara.

—¿Y qué os importa á vos que se deshonne vuestra hija, cuando vos mismo habeis deshonrado á su esposo?

—¡Yo!

—¿Por qué llevó el conde, desempeñando un ruin oficio, al niño príncipe de Asturias á donde no debia llevarle..?

—Vamos, vamos, Catalina, tú estás loca.

—Pues bien, en mi locura seré capaz de todo. Vos no me habeis de matar, y sino me matais, ya tendré medios para haceros entender que os conviene el que yo sea vuestra amiga.

—Indudablemente.... indudablemente deben de haberte dado algun bebedizo.

—¿Qué mas bebedizo que el amor?

—Pero... prescindiendo de todo: ese amor debe humillarte.

—Lo que me humilla es, que don Francisco no me ame.

—¡Hum! exclamó el duque de Lerma: nunca hubiera creido posible que este caso llegase para mí.

—Vos teneis la culpa.

—¡Yo!

—Vos me habeis dejado conocer tales cosas, que me habeis curado de espanto.

—¿Y qué cosas son esas?

—¿No se ponen en práctica los medios mas repugnantes por todos, para conservar el favor del rey..? ¿Vos mismo no habeis ennoblecido á ese don Rodrigo Calderon, que al cabo se ha vuelto contra vos.... como que no puede obrar sino miserablemente, el que por miserables medios se ha engrandecido? ¿no lo he visto yo aprovechado todo? ¿qué hay que estrañar en que yo cansada de sufrir, haya querido ser feliz de la única manera que podia serlo, y haya abierto mi alma á Quevedo?

—Es necesario que olvides eso, Catalina: don Francisco es un hombre funesto: lleva consigo la desgracia.

—¡ Ah ! harto lo sé ; pero no lo puedo olvidar : figuraos, padre , que le amaba, sin saberlo, antes de casarme, y que me hubiera casado con él con toda mi voluntad , con todo mi afecto. Pero estamos perdiendo el tiempo : decid de mi lo que querais... pero es necesario que don Francisco no salga de Madrid.

—¡ Cómo ! ¿ quiere irse ?

—A Nápoles.

—¡ A Nápoles !

—En Nápoles , al lado del duque de Osuna puede haceros mucho daño.

—Pues no sé...

—Prendedle.

—¡ Qué le prenda !

—Si por cierto.

—¿ Para que tú... esto es... para que tú tengas ocasion de obligarle á ser agradecido ?

—Sea para lo que fuere... ¿ creéis que yo puedo servirlos de mucho, padre y señor ?

—Indudablemente.

—¿ Sabeis padre y señor , que vuestra privanza está muy en peligro ?

—¡ Bah ! eso dicen siempre , hace mucho tiempo que lo dicen , y sin embargo...

—Si os vais privando de la ayuda de todos los que os sirven, acabareis por no ver nada... yo os he servido bien.

—Esto en resúmen es dictarme condiciones, y de una manera indigna.

—Estoy desesperada.

—¿ Y si prendo á don Francisco ?

—Sabreis todo lo que suceda en el cuarto de la reina.

Meditó un momento el duque.

—Le prenderé , dijo al fin.

—¿ Al momento ?

—Al momento.

—Y yo, señor, os serviré con el alma. Empiezo á servirlos : guardaos de mi hermano.

—¡ Ah ! ¡ esto es terrible !

—El duque de Uceda tiene el pecado de la soberbia y de la ambicion.

—Y vos mi hija manchando asi un nombre...

—No lo sabe nadie...

—Lo sabe el que lo mancha.

—No lo puedo remediar... y vos, padre, debeis comprender cuán resuelta á todo estaré cuando me he atrevido á dar este paso.

—Y ademas mi hijo... pero ¿con qué pretesto...?

—Las ciudades se quejan de los tributos, del abuso de los empleos; piensan acusarnos de inteligencias con los ingleses... y la reina...

—¡La reina!

—Se ha propuesto dar con vos en tierra.

—Sin embargo yo... he cedido.

—Habeis cedido tarde... despues de haberla insultado.

—Yo volveré á reducir á su magestad al estado á que estaba reducida.

—Y yo os ayudaré... yo diré al rey...

—¿Qué puedes tú decir al rey...?

—Mucho.

—Y... ¿qué le puedes decir...?

—Despacio... quiero tener armas reservadas.

—¿Tú tambien te vuelves contra mí?

—¿Porque procuro ser fuerte? No, no señor. Yo os he dicho... como sino fuera vuestra hija: amo á un hombre, tengo empeño por él, ese hombre huye... detenedle, servidme... en cambio yo os serviré.

—Pues bien: detendré á ese hombre... detened vos, evitad, avisadme de lo que pueda hacerme daño.

—¿Cuándo prendeis á Quevedo?

—Al momento.

—Pues desde el momento empiezo yo á servirlos. Adios señor.

—Id, id en paz, doña Catalina y que Dios os perdone.

La condesa salió.

La escena que acababa de tener lugar entre el padre y la hija no podia ser mas repugnante.

El duque de Lerma lo posponia todo á su ambicion, hasta su dignidad de padre.

Llamó á su secretario Santos, y le mandó estender y llevar para su cumplimiento á un alcalde, una órden de prision contra Quevedo.

No se sabia por qué se prendia á Quevedo.

Pero era necesario prenderle y se le mandaba prender.

El duque quedó profundamente agitado.

Habia pasado poco tiempo desde que doña Catalina habia salido de la

casa de su padre, hasta que un criado anunció á su esclencia la duquesa de Gandia.

Maravilló esto al duque, porque doña Juana jamás habia ido á su casa.

Cambió precipitadamente de traje y fué á su cámara á recibir á la duquesa.

Doña Juana estaba conmovida, pálida, ojerosa.

—¿Que sucede, mi buena amiga, la dijo el duque despues de los saludos, que así me alegráis y asustáis al mismo tiempo, viniendo á mi casa?

—Sucede... sucede mucho... dijo la duquesa... muchísimo.

—Adverso debe ser, porque teneis señales de haber sufrido.

—Me he reconciliado con doña Clara Soldevilla.

—¡Cómo! ¿con nuestra eterna enemiga?

—Desde hoy, duque, doña Clara es mi mejor amiga: es mi hija.

—¡Duquesa!

—No os quiero engañar... desde hoy...

—¿Qué...?

—Dejo de ser camarera mayor.

—Meditad lo que haceis, dijo el duque alarmado... fuera vos de palacio no podeis ayudarme á hacer el bien del reino.

—Estoy cansada don Francisco... sufro mucho... lo que pasó anoche en palacio...

—¿Pero que pasó anoche?

—Anoche... ¡pasaron tantas cosas...! el padre Aliaga estuvo en audiencia particular con sus magestades... don Francisco de Quevedo anduvo enredando por el alcázar...

—¡Ah! no enredará mas. He dado órden de prenderle y en cuanto me avisen de haberle preso, le envio bien asegurado al alcázar de Segovia.

—Hareis muy mal, dijo alarmada la duquesa, que no se olvidaba un momento de que importaba á su hijo la libertad de Quevedo.

—¿Que haré mal, en prender á un tan encarnizado enemigo mio? ¿Ignorais lo que ha hecho don Francisco?

—De ningun modo.

—Nos ha hecho mucho daño.

—No importa, es preciso que don Francisco esté seguro en Madrid.

—¡Para que nos haga libremente la guerra...!

—Os lo pido yo.

— Pues os digo que no os entiendo.

— Ni yo me entiendo tampoco.

— Os quejais de lo que ha pasado anoche en palacio, y entre las cosas de que os quejais es una de ellas el que Quevedo ha andado enredando.

— Es que ha sucedido mucho mas.

— ¿Mucho mas?

— Don Juan Tellez Giron, se ha casado con doña Clara Soldevilla.

— ¿Don Juan Tellez Giron? ¿pariente del duque de Osuna?

— Su hijo...

— ¿Hijo suyo..?

— Bastardo, pero reconocido...

— ¿Y qué tiene que ver con nosotros..?

— Y tanto como tiene que ver. ¿Ignorais que ese don Juan Tellez Giron, es el que ha herido á vuestro secretario don Rodrigo?

— ¡Cómo! ¡si quien hirió á don Rodrigo ayudado por Quevedo, fue un tal Juan Montiño, sobrino del cocinero mayor de su magestad!

— Es que ese Juan Montiño, es don Juan Giron.

— Me estais maravillando.

— Lo que debe maravillaros, es que siendo vos secretario de Estado universal, no sepais cosas que han pasado en palacio delante de todo el mundo. No teneis un solo amigo junto al rey: entre tanto yo me he visto obligada á ser madrina en nombre de su magestad la reina de los recién casados, cuando era padrino á nombre de su magestad el rey, el conde de Olivares.

— ¿Y este matrimonio lo ha hecho don Francisco de Quevedo?

— Sin él no se hubiera efectuado.

— ¿Y quereis que á un hombre que asi me sorprende y que asi de mí se burla, no le prenda y le sujete? Preso he de tenerle todos los dias de su vida.

— ¿Aunque yo os ruegue que no le prendais?

— Vos no debeis rogármelo.

— Os lo suplico.

— Pero yo no entiendo ni una palabra de esto. Creo que todo se vuelve en contra mia: mis hijos, mis amigos... vos... en quien yo confiaba ciegamente.

— ¡Yo..!

— Si, vos: me habeis dicho que os retirais de la servidumbre de la rei-

na... y vos me haceis mucha falta al lado de la reina... no contenta aun os haceis amiga de nuestra enemiga doña Clara, y amparais á mi enemigo don Francisco.

—¿Quereis que yo continúe desempeñando el cargo de camarera mayor?

—¿Que si quiero? os lo suplicaría de rodillas.

—Pues bien, continuaré siéndolo.

—¡Ah! ya sabía yo que no me abandonaríais.

—Pero con una condicion.

—Hablad.

—Don Juan Tellez Giron no será molestado, por la estocada que tiene en el lecho á don Rodrigo.

—Os lo juro.

—Don Francisco de Quevedo no será preso.

—¿Pero qué causa hay que os obligue á proteger á esas gentes?

—No me pregunteis la causa porque no os la diré.

—¿Y estais empeñada?

—Empeñada de todo punto.

—¿Y si prenden á don Francisco?....

—No solo dejo de ser camarera mayor, sino que ofendida de vos...

—¿Ofendida de mí?...

—Si por cierto, porque habreis desatendido mi recomendacion... ofendida por vos, dejaré de ser vuestra amiga.

—No se prenderá á don Francisco, dijo trassudando Lerma, porque al decirlo, recordó el irritado empeño con que su hija pretendia que se le prendiese.

—Gracias, muchas gracias, dijo la duquesa levantándose: no esperaba menos de vos. Y ya que me habeis complacido, me vuelvo á mi casa.

—¿Pero seguireis en palacio?

—Sí.

—¿Y me ayudareis?

—Os ayudaré... y en prueba de ello, desconfiad del duque de Uceda y de la condesa de Lemos. Vuestros hijos son vuestros mayores enemigos.

—Será necesario destruirlos.

—Obrad con energia.

—Obraré. Pero decidme, ¿qué os ha dado don Francisco de Quevedo que asi os ha vuelto en su favor?

—Nada, no me preguntéis nada. Pero tened en cuenta que amo mucho á doña Clara Soldevilla, y que llevo vuestra palabra de que Quevedo no será preso.

Y saludando al duque salió.

El duque salió acompañándola y murmurando:

—Ese Quevedo debe de ser brujo.

Apenas el duque se volvió de haber acompañado á la duquesa hasta las escaleras, cuando un criado le dijo:

—Señor: Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor de su magestad, solicita hablar á vuecencia.

Jerma mandó que le introdujesen, y le recibió en su despacho.

Volvemos á tener en escena al misero cocinero mayor.

Parecia haber enflaquecido desde la vispera, y sus cabellos antes entre canos, estaban completamente blancos.

Alrededor de sus ojos hundidos y escitados por una fiebre ardiente, habia un circulo rojo.

Francisco Martinez Montiño, habia llorado mucho.

Primero por su dinero: despues por su mujer y por su hija.

—Os he esperado con impaciencia, Montiño, le dijo con severidad el duque.

—Señor, esclentísimo señor, poderoso señor... dijo todo compungido y trémulo el cocinero mayor.

—¿Qué os mandé ayer? ¿qué me prometisteis ayer?

—¿Qué me mandó vuecencia? dijo espantado Montiño ¿qué prometi á vuecencia?

Se detuvo asustado, como quien no encuentra una contestacion satisfactoria á una pregunta importante.

Y luego rompió á llorar, y dijo en una de sus tremendas salidas de tono.

—Haga vuecencia de mí lo que quiera; pero yo no me acuerdo de nada.

—¿Que no os acordais? ¿habeis perdido la memoria?

—Lo he perdido todo, señor: mi dinero.... mi mujer.... mi hija....

Y en otra nueva y mas violenta salida de tono, añadió:

—¡Me han robado! ¡me han perdido!

—¡Que os han perdido...!

—¡Qué, señor! ¿quién ha dicho que me han perdido..? ¡mienten! ¡mienten! ¡bah! ¡la reina está sana y buena!

—¡Montiño! ¡qué decís de la reina!

—¡Yo! ¡bah! ¡yo no digo nada de la reina!

—Si, si... hay algo en vos que me aterra, no sé por qué... vuestros ojos... vuestra voz...

Y el duque se levantó, salió, cerró todas las puertas de modo que de nadie pudiesen ser oídos, y se volvió al lado del cocinero mayor, á quien asió violentamente de un brazo.

Habia recordado aquellas palabras que le habia dicho poco antes la duquesa de Gandia: «*sucede... sucede mucho... lo que pasó anoche en palacio...*» y una relacion misteriosa, terrible, se habia establecido en la imaginacion del duque, entre aquellas palabras de la duquesa, y las que acababa de oir, vagas, reticentes, respecto á la reina, al cocinero de su magestad.

—Oye.... le dijo el duque.... estamos solos: yo soy omnipotente en España.

—Lo sé, señor, lo sé... dijo Montiño.

—Puedo... ¿qué sé yo lo que puedo hacer contigo..? puedo, por un lado destruirte... por otro, enriquecerte.

—¡Señor..! ¡señor..! ¡que me lastimais!

—Y si no me respondes á lo que te pregunto, claro, muy claro..... mira: mando que traigan aqui mismo una silla de manos, que te metan en ella, y que te lleven á la Inquisicion...

—¡A la Inquisicion!.. exclamó trémulo, acongojado el cocinero mayor.

—Y allí, encerrado yo contigo, á quien mandaré poner en el potro, te haré pedazos si no me contestas...

—¡Ah, señor! ¡señor! exclamó Montiño, cayendo de rodillas á los piés del duque... ¡esto solo me faltaba!

—Y, oye... añadió el duque, soltando á Montiño, y yendo á la mesa y escribiendo y trayendo despues el papel escrito á Montiño: si me respondes con verdad, y lo que me dices vale la pena, te doy este vale para que, al presentárselo, te pague mi tesorero mil ducados.

—¡Mil ducados, ó la Inquisicion y el tormento!

—Elige.

—Si... si... señor... pues... elijo... ¡los mil ducados!

Y tendió las manos al vale.

—Despacio, despacio, señor Francisco Montiño, dijo el duque sentándose en el sillón: antes es necesario que me respondais á lo que voy á preguntaros.

—Si puedo responderos, señor, lo haré con toda mi alma.

—Decidme: ¿por qué habeis dicho con terror que la reina, que su magestad está sana y buena?

—¡Yo...! ¿he dicho yo eso?... si, si señor... la reina está muy buena... su magestad goza de muy excelente salud.

—Montiño, estais pálido, aterrado cuando me decís eso: hablad, hablad por Dios: os lo mando, os lo suplico. Tengo antecedentes...

—¡Cómo! ¡sabeis, señor...!

—Si... si... sé que en palacio han mediado cosas graves.

—Pero sabreis tambien, señor, y si no lo sabe vucencia yo lo puedo probar, que en tres dias no he parecido por las cocinas, y que soy inocente.

—¡Inocente! ¿luego era verdad? ¿luego se ha cometido un crimen?

—Señor... ¡yo no he dicho eso!

—Será preciso para que hableis, que yo me encierre con vos en la Inquisicion.

Y el duque se levantó.

—¡Ah! ¡no! ¡no señor! exclamó el cocinero agonizando de terror, sudando, estremeciéndose: yo lo diré todo.

—Hablad, pues.

—Habeis de saber, señor, que mi mujer...

—Pero si no se trata de vuestra mujer... exclamó con impaciencia el duque.

—Si, si, ya sé, señor, que no se trata de mi mujer; pero es necesario empezar por mi mujer.

—Veamos, veamos... seguid.

—Pues... mi mujer ha sido seducida por el sargento mayor don Juan de Guzman.

—¡Oh! ¿don Juan de Guzman enamora á vuestra mujer?... seguid, seguid.

—Y mi mujer se ha dejado enamorar de don Juan de Guzman.

—¿Y qué tiene que ver eso...?

—Tiene que ver mucho. Don Juan de Guzman, es ó era servidor de don Rodrigo Calderon.

—¡Ah!

—Y como don Rodrigo Calderon, ayudaba á los unos y á los otros, á vucencia contra la reina...

—¡Montiño!...

—Vuecencia me ha mandado decir la verdad.

—Seguid.

—Pues... ayudaba á vuecencia contra la reina, y al conde de Olivares contra el duque de Uceda y contra vos, y al duque de Uceda contra vos y contra el conde de Olivares, y traia enredado á todo el mundo, de cuyo enredo ha resultado el lance que le tiene en el lecho malherido, y un delito horrible...

—¡Un delito...!

—Oigame vuecencia, y llegaremos á ese delito.

—Seguid, seguid.

—Seducida mi mujer por don Juan de Guzman, ella sedujo á uno de los galopines de cocina... estoy seguro de ello... á Cosme Aldaba... y á un page de la reina... amante de mi hija, como don Juan de Guzman era amante de mi mujer.

—Acabad de una vez.

—Llegamos al crimen. Hoy por la mañana, apenas me ví libre de negocios, me fui á las cocinas... á cumplir con mi obligacion... y me encontré en ellas á ese infame Cosme Aldaba...

—No os entiendo bien... al resultado... al resultado.

—El resultado ha sido, que se ha servido en el almuerzo de su magestad la reina, una perdiz envenenada.

El tio Manolillo, revelando aquel crimen al cocinero mayor, habia cometido una imprudencia gravísima: Francisco Montiño que en otra ocasion, por interés propio, hubiera guardado la mas profunda reserva, enloquecido, aterrado, fuera de sí, habia roto el secreto.

El duque de Lerma, pálido y desencajado, estuvo algunos momentos sin hablar despues de haber oido la frase: una perdiz envenenada.

Se levantó, y se puso á pasear á lo largo del despacho.

Temblaba: estaba aterrado.

—Pero no, no es esto lo que me indicó la duquesa de Gandia, no, no puede ser, decia paseándose... y luego... no me han llamado á palacio... este hombre está fuera de sí.... se engaña sin duda.... veamos.... dominémonos.

Y se detuvo delante de Montiño.

El cocinero mayor le miró de una manera que queria decir:

—Yo no he tenido parte en ese crimen.

—¿Y decís... que su magestad está buena? preguntó al cocinero mayor.

—Si, si señor, contestó Montño : y el padre Aliaga tambien... acabo de hablar con él... y está bueno, y tiene buen color... y eso que el padre Aliaga almorzaba con su magestad la reina...

—¿Es decir, que no han comido de la perdiz...?

—No, no señor... yo creo que no... pero quien puede deciros eso... es... el tio Manolillo... el bufon del rey, que fue quien me lo dijo á mi.

—¿Pero cómo se sabe que esa perdiz estaba envenenada?

—Porque ha muerto un page que se comió lo que habia quedado en los platos de la reina y del padre Aliaga.

—Pero si quedó en los platos, debieron comer...

—No, porque el tio Manolillo, asustó á la reina...

—Yo creo que estais loco, Montño : que lo que os sucede os ha trastornado el seso.

—Puede ser, puede ser, señor.

—No hableis de eso á nadie, porque si de eso hablais con otras personas, podeis dar en la horca... yo me informaré... aunque de seguro estais equivocado.

—¿Y por qué ha huido mi mujer, con mi hija y con el sargento mayor don Juan de Guzman, y con Cosme Aldaba, pinche de la cocina, y con Cristóval page de la reina... robándome...?

—Yo me informaré, me informaré... y veremos. Si se ha intentado el crimen, por lo que sucede... es decir... por lo que no sucede, es casi seguro que ese crimen se ha frustrado... si ha habido crimen, estoy seguro que estais inocente de él... se os conoce... y á mas... yo os conozco hace mucho tiempo : por dinero sois capaz de engañarme y de engañar á todos los que os paguen ; de servir á personas enemigas, las unas contra las otras, á un mismo tiempo... pero no cometeriais un asesinato por dinero... estoy seguro de ello... callad, pues, acerca de ese atentado que yo lo averiguaré todo, sabré lo que hay de cierto y castigaré á quien deba castigar.

—¿Y no correré yo ningun riesgo?

—No, si sois inocente como creo.

—¿Y mandareis buscar, señor, á mi mujer, y á mi hija, y al dinero que me han robado?

—Si, si... pero volvamos al principio. ¿Recordais lo que os mandé? dijo el duque cambiando la conversacion.

—Me han sucedido tantas desdichas, señor... que estoy aturdido.

—Pues yo recuerdo perfectamente lo que os mandé. En primer lugar

os dije que fuéseis á visitar á cierta dama de quien se vale el duque de Uceda para pervertir á pesar de sus pocos años al principe don Felipe.

—Si, si señor, doña Ana de Acuña.

—Os di una gargantilla de perlas para ella.

—Si señor; y la gargantilla está en poder de esa dama.

—¡Ah! ¿la habeis visto?

—Si señor.

—¿Y cuándo la visteis?

—Con gran trabajo, porque se negaba á recibirme, anoche, ya tarde.

—¿Y que pasó en vuestra visita?

—Dijela que un altísimo personaje me enviaba á ella, y en prueba de su estimacion me mandaba entregarla una alhaja de gran precio. Entonces la di la gargantilla. Alegráronse los ojos; pero puso dificultades... me dijo que no conociendo á quien aquel regalo la hacia, no debía recibirle...

—Pero al fin...

—Dijela yo, que quién la deseaba era tan alto personaje, que seria necesario para que no le conociese, que le recibiese sin luz.

—¿Y qué dijo á eso?

—Quiso echarme rudamente de su casa... hizo como que se irritaba... pero no me echó... al fin de muchas réplicas me dijo: no hay persona que no pudiera ofenderme con una solicitud tan estraña sino el rey.

—¿Eso dijo? exclamó el duque.

—Eso dijo.

—¿Y vos?...

—La dejé en su creencia.

—Habeis hecho bien: ¿y en qué habeis quedado?

—Doña Ana aceptó.... y cuando vuestro señoría quiera, yo la avisaré que... el rey... irá á verla, y la hora en que irá.

—Pues bien: avisadla que irá á verla esta noche. Despues vendreis y me direis á qué hora y qué seña... y me acompañareis...

—Muy bien, señor.

—Estoy satisfecho de vos por lo tocante á esa dama: pero os mandé ademas que diéseis una encomienda de Santiago á vuestro sobrino...

—Es que mi sobrino, no es mi sobrino...

—Si, si, ya sé que es hijo bastardo del duque de Osuna: pero esto no impide que le hayais dado de mi parte la encomienda que os di para él.

—Os diré, señor: estaba tan turbado con lo que me sucedía, que se me olvidó: aquí está la encomienda, (y sacó del bolsillo el estuche que le habia dado el duque de Lerma, conteniendo una placa con la cruz de Santiago), y además, señor, hubiera sido inútil.

—¡Inútil! ¿por qué? ¿hubiera despreciado don Juan un favor del rey hecho por mi medio?

—No digo yo eso... pero don Juan es caballero del hábito de Santiago desde que nació, por merced del señor rey don Felipe II.

—¡Ah! dijo el duque con asombro; sin embargo, no hubiera estado de mas que don Juan hubiera sabido que tenia en mí un amigo.

—Perdonad mi olvido, señor; ¡pero me sucedian cosas tan terribles!..

—Guardad... guardad de nuevo esa cruz; llevadla de mi parte á don Juan, y decidle que venga á verme para recibir la cédula real. En este negocio habeis andado torpe...

—¡Señor! ¡me sucedian tales cosas!

—Veamos si habeis hecho otro encargo mio. Os di una carta para la madre Misericordia...

—Y la contestacion está aquí... dijo con suma viveza Montaña: la tengo en el bolsillo desde ayer.

El duque leyó aquella carta.

En ella, por instigacion del padre Aliaga, como dijimos en su lugar, la madre Misericordia desvanecia todas las sospechas del duque acerca del género del conocimiento que podia existir entre su hija y Quevedo.

Pero como el duque sabía ya por su misma hija que era amante del tremendo poeta, no pudo menos de fruncir el gesto.

—¡Con que es decir que tambien mi sobrina la abadesa de las Descalzas reales me engaña! dijo para sí; ¡con qué es decir que todos me abandonan, y que ahora sé menos que nunca en dónde estoy! Es necesario atraernos decididamente á Quevedo, y si nos pone por condicion perder á don Rodrigo, hacer una de *pópulo bárbaro*, la haremos... aprovecharemos despues la primera ocasion para dar al traste con Quevedo... ó cuando menos... sirviéndole, conservaremos nuestra dignidad esterior... Esto es preciso, preciso de todo punto.

Y luego añadió alto, tomando el vale de los mil ducados, y dándose-lo al cocinero:

—Hasta cierto punto me habeis servido bien: seguidme sirviendo, y os haré rico.

—¡Ah! bastante falta me hace, señor, porque la infame de mi mujer me ha dejado arruinado, exclamó Montño volviendo de una manera tremenda á su pensamiento dominante.

—Yo haré que preñan á vuestra mujer. Dejarme su nombre, sus señas, las de vuestra hija, y las de esos otros.

El cocinero escribió con cierto sabroso placer, y entregó el papel que habia escrito al duque.

—En cuanto á lo que sospechais respecto á ese crimen que decis intentado contra su magestad, guardad por vos mismo el mas profundo secreto.

—¡Oh! no temais señor: yo no sé cómo lo he dicho á vuestrencia: ¡estaba loco!.. pero ahora con el amparo de vuestrencia es distinto... distinto de todo punto... empiezo á vivir de nuevo.

—Id, pues, á ver á doña Ana, y convenid con ella, á qué hora podré verla esta noche.

—Iré señor.

—Y volved á avisarme.

—Volveré.

—Buscad á don Juan Tellez Giron, y dadle de mi parte esa cruz.

—Le buscaré.

—Podeis iros Montño, confiando en mí.

—Perdonad, señor, pero antes tengo que deciros algo.

—¡Qué!

—¡La Dorotea..!

—¡Dorotea!

—Si, si señor: Dorotea la comedianta, me ha dado para vuestrencia esta carta.

El duque la leyó.

—¡Dorotea! exclamó para sí el duque: Dorotea es... yo no sé lo que Dorotea es del bufon del rey... esta muchacha me ama... la deslumbro... pues bien... me conviene ir á verla... Tranquilizaos é id en paz, dijo en voz alta dirigiéndose á Montño.

—Beso las manos á vuestrencia, y le doy gracias por tanto bien como me hace.

—Id, id con Dios buen Montño, dijo el duque abriendo una puerta para que el cocinero saliera, y confiad en mí.

Montño salió haciendo reverencias al duque.

Cuando el duque quedó solo, mandó poner una litera, y cuando esta

estuvo corriente, salió de su casa, sin acordarse de revocar la orden de prision que á instancias de su hija habia dado contra Quevedo.

Lerma estaba tan trastornado con lo que le acontecia, como con sus asuntos el cocinero mayor.

La duquesa de Gandía, por el momento habia interpuesto en balde, respecto á Quevedo, su influencia para con el duque.

Este se hizo conducir en derecha á casa de la Dorotea.

CAPITULO LVIII.

De cómo Dorotea era mas para con el duque, que el duque para con el rey.

Dijimos al final del capítulo LIV, que cuando Casilda, la doncella de Dorotea, anunció á su señora la llegada del duque de Lerma, la Dorotea escondió á Quevedo en su dormitorio, á fin de que pudiese oir su conversacion con el duque de Lerma, y que luego, quitado de en medio cuanto podia parecer extraño al duque, se sentó en el hueco de un balcon, y se puso á estudiar su papel de reina Moraima.

El duque entró al fin, grave, espetado y con el sombrero puesto como tenia de costumbre.

Al verle la Dorotea se levantó, arrojó el papel sobre una silla, y se inclinó ceremoniosamente en una cumplida reverencia ante su hinchado amante.

—Mil gracias, señor, le dijo, pues al fin os dejais ver de esta pobre mártir.

Y puso un sillón al duque.

—¿Cómo os va, Dorotea? dijo este sentándose y estendiendo hácia la jóven una mano, que esta estrechó con respeto.

—Me va muy mal, dijo la Dorotea sentándose bruscamente en un taburete á los piés del duque, y esto no puede continuar asi.

—¿Qué decís, señora?

—No me llameis señora, dijo la Dorotea : yo no soy señora , soy una comedianta ; una mujer que ha nacido para vivir libre como los pájaros, cantando siempre de rama en rama... para estar alegre, para gozar.... para tener un amante... un verdadero amante que la ame, y no la trate con esos insoportables miramientos con que vos me tratais... que no se pase los dias sin verla... que no la olvide por nada... que no se vea obligada á llamarle señor, mas que de su alma... y esto dulcemente... en fin, que no la aburra, que no la entristezca, que no la fastidie.

—Indudablemente estais de muy mal humor, Dorotea.

—Teneis razon, estoy de un humor endiablado.

—¿Y qué quereis..?

—Que acabemos de una vez : yo no sé aun lo que soy para vos.

—¿Que no lo sabeis?

—Quiero no saberlo, aunque vos me lo decis claramente con vuestra conducta.

—Pero en fin... ¿qué creeis vos?

—Creo que yo para... vucencia... soy... asi, como una cosa que se tiene por vanidad... porque cuesta muy cara.

—¡Oh! ¡oh!

—Ni mas ni menos: vos supisteis que habia en la córte una mujer que habia despreciado las ofertas, los regalos, las súplicas de los señores mas principales y os digisteis... por vanidad, por pura vanidad : es necesario que esa mujer sea mia, cueste lo que cueste, valga lo que valga : es necesario que como soy el dueño de la primera persona del reino, lo sea tambien de esa dificultad viviente. Es necesario que yo humille la vanidad de los demás.

—¿Y me habeis llamado para esto?

—Cierto que si : para deciros que de vanidad á vanidad, la mia es mayor que la vuestra.

—¡Ah! ¡vuestra vanidad!

—Ciertamente : ¿habiais creido que yo os amaba?

A esta inesperada pregunta de la Dorotea, el duque puso un gesto imposible de describir, en que lo que mas se determinaba era una contradicción terrible.

La Dorotea soltó una larga carcajada.

—Pues no os amo, ni os he amado nunca, ni os puedo amar, dijo inmediatamente despues de la carcajada.

—¡Señora! dijo el duque pálido de cólera.

—No me llameis señora, ya os lo he dicho: llamadme Dorotea: no os irriteis tampoco: debéis apreciar el que yo os diga la verdad. Y además si no os amo, no es porque no quiera amaros, sino porque no lo mereceis.

—¡Que no lo merezco!

—No, porque no me amais. El corazón se rinde al amor, y el amor es tan libre, que todos los tesoros del mundo no bastan para comprarle: ¿cómo he de amaros yo, si, desde que os conocí, estoy quejosa de vos?

—¡Quejosa! ¿Qué habeis querido que no lo hayais tenido?

—¡Bah! si yo he aceptado vuestros regalos, no ha sido porque me hagan falta, sino porque mi vanidad se halaga con los sacrificios que vuestra vanidad hace por mí.

—¡Sacrificios! ¿creeis que me he visto obligado á hacer sacrificios para complaceros?

—Si.

—Os equivocais.

—Cuando se me ocurrió tener una casa mia, amueblada á mi gusto ostentosamente, como la de un grande de España, con bodega, y despensa provista de los mejores vinos y de los mejores manjares del mundo, os visteis apurado.

—Os juro que no.

—No me dijisteis ni una palabra en contra, ni hicisteis nada, ni siquiera un gesto que pudiera indicar que mi peticion os disgustaba: por nada del mundo hubiérais pronunciado la palabra *no quiero*. Yo lo sabía, pero queria que la vanidad de decir, de que supiese todo el mundo que yo era vuestra querida, os costara muy caro: y no me contenté con la casa, y con los muebles, y con la cocina, y con los criados, y con la carroza, y con el camarín forrado de raso en el Coliseo: no, no señor: os pedí diamantes, y perlas, y brocados, y sedas, y plumas, y encajes.... habeis gastado conmigo un tesoro, solo por hacer rabiar á los otros grandes y decirles: yo soy mas que vosotros, mucho mas que vosotros: yo tengo todo lo que vosotros no podeis tener, desde el rey hasta la cómica... y ellos rabian... y como lo que me habeis dado es el precio de la rabia que haceis tener por mí á mas de tres, no os agradezco lo que me habeis dado, y lo doy á mi vez á quien quiero.

—Si sé para lo que me llamabais, no vengo.

—Y yo creo que vos no habeis venido porque os he llamado, que os he llamado otras veces y no os ha faltado pretexto para no venir: creo

que habeis venido para algo que os conviene... sobre todo de día y viéndoo las gentes...

—Dejemos esta conversacion, Dorotea.

—Por el contrario, sigámosla para que lleguemos adonde debemos llegar.

—¿Pues qué, tenemos que llegar aun á alguna parte?

—¡Vaya!.. pero continuemos. A mí no me hacia falta, absolutamente falta nada de lo que me habeis dado: me trataba muy bien antes de conoceros, y tan cierto es esto que os he llamado para devolveros todo eso, y salir antes que vos de esta casa, si no quedamos en lo que hemos de quedar.

—¡Qué decís!

—Digo... que... sino sois enteramente mio, como el rey lo es vuestro, tomo ahora mismo por amante... ¿á quién diré yo?... á un aposentador muy rico, que anda enamorado de mí, y á quien puedo arruinar en tres días.

—¿Pero estais loca?

—Y todo el mundo dirá, conociéndoo, al ver que os dejo: mal debe de andar el duque de Lerma; su querida, que es una cómica interesada donde las hay, le ha dejado por un aposentador... luego el duque puede menos; ved de qué modo una cómica puede poner á vucencia, secretario de Estado universal del rey, por debajo de un cualquiera, de un hombre burdo, de un aposentador.

—¿Y seriais capaz?... ¿hablais sériamente?

—Tan sériamente, que voy á empezar á deciros lo que quiero.

—Veamos, veamos lo que quereis.

—Quiero, en primer lugar, ocupar el lugar que me corresponde.

—¿Pues qué no le ocupais?

—No por cierto. Las queridas de los grandes hombres, son ó deben ser mas que sus queridos. Deben partir con ellos el poder, la autoridad, deben ser omnipotentes. ¿Qué importa que la querida sea una cómica? al elegirla, el grande hombre la ha igualado á sí: esto no admite réplica porque la querida de un grande hombre, debe ser una gran mujer, y sino lo es, algo hay de vano en el hombre á quien todos tienen por grande.

—Esa mujer puede tener como vos una gran hermosura...

—No me estraveis; no me respondais. No será muy grande su hermosura, sino enloquecen al grande hombre.

—Los negocios no son para las mujeres: para las mujeres las delicadezas de la vida, la buena casa, la buena mesa, las joyas, las galas, las sedas, las pieles... y el amor. Los cuidados graves, deben quedar para los hombres.

—Decís bien, cuando los hombres no son torpes.

—¡Cuando los hombres no son torpes! esplicaos mejor; ¿me teneis por torpe, Dorotea?

—Por torpísimo; y como yo soy orgullosa, sumamente orgullosa, me mortifica que mi poderoso amante sea burlado.

—¡Burlado!

—Como que no sabeis donde estais de pié.

—¡Vos tambien! ¡vos tambien os habeis convertido en esa voz que por todas partes me avisa!

—Si... si por cierto: yo os aviso con mas interés que nadie.

—¿Pero de qué me avisais?

—Os aviso de que... debeis mudar de amigos.

—¡De amigos!

—Porque los que os fingen amistad, os venden.

—Hablad mas claro.

—Don Rodrigo...

—¡Herido!... ¡medio muerto!...

—A causa de sus traidores enredos.

—Creo que erais muy amiga suya, Dorotea, y aun algo mas que amiga.

—Pues ahí vereis: cuando yo de repente me vuelvo en contra de don Rodrigo, algo debe de haber. Don Rodrigo, como pretendió robaros la querida, ha pretendido y pretende robaros de una manera villana el favor de su magestad.

—Hablad, hablad Dorotea: decidme todo lo que sepais.

—Para abreviar, solo os diré que desconfieis de todos los que hasta ahora se han llamado vuestros amigos, y que busqueis para ayudaros, porque no hay hombre sin hombre, á alguno que os haya dicho frente á frente que es vuestro enemigo.

—¿Habeis querido que os pregunte quién es ese hombre?

—Puede ser.

—Pues bien, ¿decidme cómo se llama?

—¿No conoceis entre vuestros enemigos alguno tan noble y tan grande que no pueda confundirse con ninguno otro?

—¿El duque de Osuna?

—Sí: pero no os hablo de él; aunque el que yo digo anda cerca de él.

—¡Quevedo! ¡pero si Quevedo no quiere ser mi amigo!

—Mereced su amistad.

—¡Merecer su amistad! dijo con orgullo el duque.

—Si por cierto: bien merece Quevedo, por sabio y por ingenioso, que se merezca su ayuda.

—¿Conoceis tambien á ese hombre?

—Si por cierto, y porque le debo muy buenos consejos, creo que vos podreis debérselos tambien, si conseguís que os trate con la buena amistad que á mí me trata.

—Ese hombre es tenebroso.

—Para los que no tienen ojos para mirarle.

—Le temo.

—Haceis mal en temerle, porque es el único hombre que os puede salvar.

—Pero, señor, ¿qué ha dado don Francisco á todo el mundo, que así todo el mundo me habla de él, y las personas que mas estimo, que mas quiero, se ponen de su parte?

—Eso consiste en que teneis personas que os aman, que saben que vuestro favor con el rey está amenazado, que quieren salvaros y que no encuentran otro mejor medio de salvacion que don Francisco de Quevedo.

—¿Donde vive don Francisco? dijo Lerma profundamente pensativo.

—En mi casa.

—¡En vuestra casa!

—Si por cierto: aquí le doy mesa y lecho; pero no para un momento: anda en ciertas diligencias del duque de Osuna, y concluidas que sean se marcha á Nápoles. Por lo mismo, es necesario que os apresureis á atraérselo.

—¿Y está por acaso en casa?

—No por cierto.

—¿Pero vendrá?

—Vendrá indudablemente á la tarde.

—A la tarde vendré yo. Entre tanto y ya que en tal asunto nos hemos entrometido, Dorotea, voy á deciros francamente la razon de haber yo venido á veros.

—¡Ah! ¡ya sabia yo que no veniais porque yo os habia llamado!

—Hubiera venido mas tarde, á la noche.

—Veamos á que habeis venido.

—¿Qué es vuestro, el bufon del rey?

—¿El tio Manolillo? es mi padre.

—¡Vuestro padre!

—Es decir, padre en toda la estension de la palabra no: ¿pero qué nombre quereis que dé al que me ha criado á costa de privaciones de todo género, al que vela por mí, al que me ama como ninguno es capaz de amarme?

—Teneis razon: y decidme: ¿cómo haré yo para atraerme á ese hombre?

—Siendo desde ahora todo mio: haciéndole creer que me haceis feliz.

—Lo creerá. Decidle que vaya esta noche á verme encubierto á mi casa al oscurecer.

—No le dejarán entrar.

—Que presente esta sortija en mi casa, dijo el duque quitándose una del dedo y entregándola á Dorotea.

La jóven conoció á primera vista que aquella sortija era de gran valor.

—Procuraré dejaros tan satisfecho de mí, dijo el duque levantándose, que no querais poner en mi lugar á ese aposentador.

—Lo veremos... ¿pero os vais?

—Si, es ya tarde y voy á palacio.

—No quiero deteneros, señor: ¿pero volveréis?

—Si, esta tarde: si para cuando yo llegue ha venido don Francisco, cuento conque me le tendreis entretenido.

—Se me ocurre una idea; comed hoy conmigo: os trataré bien y sobre todo Quevedo comerá con nosotros.

—Vengo en ello: comeremos juntos los tres: pero por ahora adios.

—Id con Dios, señor duque.

Jerma salió y Dorotea le acompañó hasta la puerta. Cuando oyó el ruido del carruaje del duque volvió á la sala.

En ella estaba ya Quevedo.

—Confieso que mereceis mucho, hija Dorotea, exclamó; habeis evitado que me prendan del modo que mas me convenia á mí, y que menos os compromete á vos. En cambio yo prometo curaros de ese amor homi-cida que se os ha metido por el alma, que es lo que mas necesitais y lo mejor que se puede hacer por vos.

—¡Ay, don Francisco, que creo que este amor me va á costar la vida!

—El amor no mata mas que en las comedias de autor tonto : no se despega á tres tirones el alma de la carne, y el tiempo... vamos, vamos, no hay que pensar mucho en ello ; y como tengo hartó que andar y estoy seguro de que no me han de prender, quedad con Dios, hasta la tarde, en que hemos de comer juntos, el duque, vos y yo.

Y Quevedo salió.

—Casilda, dijo la Dorotea cuando se quedó sola : que vaya Pedro al coliseo, y que avise de que esta tarde no puedo representar. Estoy muy enferma.

CAPITULO LIX.

Lo que hace por su amor una mujer.

Con tanto accidente habíasele olvidado al duque de Lerma revocar la orden que habia dado á Santos, su secretario, para que prendiesen á Quevedo.

Y esto no tenia nada de extraño.

El pobre duque estaba tan acosado por todas partes de recelos, tan asustado por avisos, y era tan grave lo que acerca de la reina le habia dicho Francisco Martinez Montino, que su cabeza se habia convertido, como decimos los españoles, en una olla de grillos.

El único, el esclusivo pensamiento de Lerma cuando salió de casa de la Dorotea, fue encaminarse á palacio en busca de algo exacto, de algo que ver por sí mismo.

El duque de Lerma no habia visto nunca nada, por mas que habia procurado ver y sin embargo reincidia en poner á prueba su mala vista.

Pero si el duque de Lerma se habia embrollado, no aconteció lo mismo á su hija doña Catalina.

Ella tenia muy buena vista y ademas tenia concentrada toda su atencion, todo su cuidado en un objeto: en que no se la escapára Quevedo.

Y como no confiaba demasiado en su padre, no dejó abandonado á su padre el negocio, ni se fió de otra persona que de sí misma.

Doña Catalina estaba enamorada, y á mas de enamorada, irritada,

Temia haber sido burlada por Quevedo, y esto la hacia temblar de indignacion.

Le habia abierto su alma y sus brazos, y la condesa de Lemos era demasiado altiva, demasiado honrada, demasiado pura, para permitir que el único hombre por quien se habia olvidado de todo, se desprendiese de sus brazos riendo.

Asi, pues, cuando salió de casa de su padre y se metió en su silla de manos, se hizo llevar á una tienda inmediata, donde tomó una silla y se ocultó tras de la puerta.

—Rivera, dijo á un hombre embozado que acompañaba á la silla de manos; id, entrad casa del duque, buscad á su secretario Santos, y decidle de mi parte que venga.

Rivera, criado de confianza de la condesa, fué á cumplir las órdenes de su señora; y poco despues entró en la tienda con Santos.

La condesa se dirigió entonces á la tendera que estaba admirada y aun enorgullecida, por tener á una tan gran señora y tan hermosa en su casa.

—Necesito, la dijo, un lugar donde hablar á solas con este hidalgo.

La tendera abrió la compuerta del mostrador, y manifestando servicialmente á la condesa, que su casa, ella y su familia estaban á su disposicion, la llevó á la trastienda.

Siguió Santos á la condesa, y cuando quedaron solos entre sacos de garbanzos, castañas y judías, la condesa dijo al secretario del duque:

—¿Os ha dado mi padre alguna orden?

—Su esclencia me da muchas todos los dias, señora, contestó respetuosamente Santos.

—Una orden de... prision.

—Efectivamente, señora: su esclencia me ha dado orden de que mande en su nombre á un alcalde de casa y córte, que prenda á...

—¿Don Francisco de Quevedo?

—Si señora.

—Don Francisco es caballero del hábito de Santiago y no puede ir á la cárcel, dijo doña Catalina.

—Se le prenderá en su casa.

—Don Francisco no tiene casa en Madrid... por ahora.

—Se le llevará á una torre del alcázar.

—Estaria demasiado cerca del rey.

—La torre de los Lujanes...

—Es demasiado honor para un simple caballero, que le encierren donde ha estado encerrado un rey de Francia.

—Le llevaremos á un convento.

—Quevedo se serviría de los frailes.

—Consultaré, pues, á su excelencia.

—¿El duque no os ha indicado el lugar de la prision de Quevedo?

—No señora.

—Ha sido un olvido. Mandad al alcalde que le envíe resguardado por una guardia de cuatro hombres al alcázar de Segovia.

—Su excelencia no me ha dicho eso.

—Mejor... mucho mejor.

—No comprendo á vuecencia.

—¿Creeis que merece la pena el servirme á mí?

—¡Oh, señora! vuecencia puede disponer de mí como de un esclavo.

—Gracias, Santos, gracias: de mi cuenta corren vuestros adelantamientos: por lo pronto guardad esto en memoria mia.

La condesa se sacó del seno un relicario de oro guarnecido de perlas y diamantes y del hermoso cuello la cadena de que pendia.

Habia algo de tentacion en dar á un hombre una prenda tan íntima, cuando podia haberle dado una de las ricas sortijas que llevaba en las manos.

Aquello podia tomarse por un favor.

Santos era jóven, buen mozo é hidalgo, y las mujeres, aun las de mas alto coturno, han dado en todos tiempos tales ejemplos...

Santos á quien doña Catalina parecia deliciosa, como lo parecia á todo el mundo, porque en efecto lo era, y mucho mas cuando ella tenia interés en parecerlo de una manera enérgica, se turbó, se puso pálido, guardó el relicario en lo interior de su justillo por la parte del corazon, y tartamudeó algunas palabras.

Doña Catalina le habia dado un golpe rudo.

Y para hacer mas terrible aquel golpe, los ojos poderosos de doña Catalina, medio velados por sus sedosas pestañas negras, arrojaban sobre él fuego; le miraban de una manera tal que... Santos hubiera dado su alma al diablo porque aquellos ojos le hubiesen mirado de una manera mas clara, porque le hubiesen prometido, aunque remotísimamente, algo.

Pero la intensa y ardiente mirada de la condesa era incomprensible.

—¿Estais enterado de lo que debeis hacer? dijo doña Catalina cuando vió que tenia á Santos rendido á discrecion.

—Sí, si señora, contestó Santos reponiéndose: pero suplicaria á vuecencia me dijese claramente punto por punto...

—Oid: ireis á buscar al alcalde de casa y córte mas duro, mas valiente, mas á propósito para no dejarse engañar por Quevedo.

—Ruy Perez Sarmiento, es que ni pintado.

—Bien: direis á ese señor... le mandareis que, sin perder un momento, suelte por Madrid cuantas rondas de alguaciles pueda en busca de don Francisco. Todos le conocen. Encargadle que los alguaciles sean bravos por si Quevedo arrastra de espadas.

—Es decir: que le prendan muerto ó vivo.

—¿Quién ha dicho eso? exclamó la condesa con impaciencia y cólera: que le prendan vivo y sin tocarle con las espadas: seis hombres bien pueden apoderarse de uno solo por valiente que sea, sin herirle.

—¡Ah! muy bien, señora.

—En seguida... si es de dia, que le metan en una litera y le lleven á una de mis casas desalquiladas... mi criado Rivera os llevará á ella...

—Muy bien, señora.

—Luego... cuando sea de noche y en la misma litera, que le saquen, resguardado por cuatro alguaciles á caballo, para Segovia.

—¿Cuatro alguaciles no mas? ¿y si se escapa?

—Que sean buenos los cuatro.

—Ahora bien: vuecencia comprenderá que sobre mi carga la responsabilidad del envio á Segovia de don Francisco.

—No importa: si el duque de Lerma os hace cargo, decidle que habiais entendido la órden de llevarle á Segovia.

—Su esclencia tiene muy buena memoria.

—Y bien: todo puede reducirse á que os despida, y á que si ahora sois secretario de mi padre, lo seais despues mio.

—¡Oh, noble condesa!

—Con qué, ¿habeis comprendido bien lo que os he dicho?

—Si si, señora: prender á don Francisco sin herirle ni maltratarle, aunque resista: llevarle adonde Rivera me diga, y á la noche, enviarle en una litera, cerrada, con una guarda de cuatro alguaciles á caballo, al alcázar de Segovia.

—Al punto de oscurecer.

—Muy bien, señora.

—Recordad que esto es lo primero que os mando.

—Soy enteramente vuestro, señora.

—Pues no perdais tiempo.

—Guarde Dios á vuecencia.

—Adios.

Santos salió, embriagado, fascinado, loco, porque la condesa, sin concederle nada, sin dar lugar á ninguna suposicion de parte de Santos, habia sido con él una gran coqueta.

Despues salió de la trastienda doña Catalina, dió algunas monedas de plata á la tendera, se metió en la silla de manos, y mandó que la llevasen á su casa.

Cuando entró en ella, se encerró en su recámara con Rivera.

—Voy á encargaros, le dijo, de una comision muy reservada, y tanto, que si cumplis bien, os sako una bandera para Flandes, y antes de dos años, os hago capitan de infanteria.

—Sin eso, señora, podeis mandar.

—¿Qué casa tengo yo desalquilada en un lugar retirado de Madrid?

—Vuecencia tiene una á la malicia en la calle de la Redondilla.

—Pedid las llaves de esa casa, y, con ellas, idos á acompañar encubierto á Pelegrin Santos, secretario del duque de Lerma, y haced lo que él os mande.

—Muy bien, señora.

—En seguida, buscad un hombre bravo y de puños, que tenga conocimiento con algunos como él, y avisadme cuando le tuviéreis.

—Muy bien, señora.

—Idos; pedid las llaves de esa casa, y buscad en seguida, con ellas, á Pelegrin Santos.

Rivera se inclinó y salió.

La condesa de Lemos, sobreescitada, trémula, enamorada, se quedó profundamente pensativa, y devorada por la impaciencia, paseándose á lo largo de su recámara.

CAPITULO LX.

De cómo le salió á Quevedo al revés de lo que pensaba.

Entre tanto el buen ingenio habia salido de la casa de la Dorotea pensando para sus adentros, mientras atravesaba las calles en derechura del alcázar, bajo la tenaz lluvia que no habia cesado hacia tres dias:

—Esa pobre chica, me dá compasion, y me siento ademas agradecido: confiésola una gran mujer: deberémosla por los buenos oficios que nos hace, el salir de este atolladero, sin sacar del mas que el lodo; pero con arrojar en Nápoles las botas hemos concluido: paréceme que resurrezco, que por envuelto me he dado y á pique de desconfiar de mí mismo; el médico de su magestad dice que no hay que tener cuidado alguno; que Margarita se encuentra en muy cabal salud... por aquí la divina providencia ha evitado un crimen... un crimen horrible: Lerma está confiado y sigue durmiendo; Dorotea aleccionada por mí le engañará de tal modo que tendré tiempo para llevarme á los recién casados: despues... si mi doña Catalina me ama... vamos no hay que pensar en ello... llevármela seria tocar á badajo perdido la campana del escándalo... será necesario que se cure y yo tambien necesito curarme... el tiempo y la paciencia y la conformidad... bendito sea Dios que nos ha criado para pelota en manos de chicos... vamos adelante, vamos... yo haré que la Dorotea se cure... y olvide... doña Catalina olvidará... y yo... yo... ¡bah! ¿qué importo yo? Seguiré vengándome de lo que el mundo me hace sufrir, obligando al mundo á que se ria, como un necio, de sí mismo.

Llegaba entonces al alcázar y entróse resueltamente en él, con la frente descubierta y alta: como quien no tiene por qué temer.

Sin embargo, reparó en que en el zaguan de la puerta de las Meninas, por donde se habia metido en el alcázar, habia dos alguaciles de córte.

—¿Cuervos tenemos? exclamó: cerca anda carne muerta... tormenta está aparejada para alguno. Dios le ayude.

Y se encaminó con su forzada lentitud á la primera escalerilla.

No sabia Quevedo, no podia pensarlo, despues de lo que habia oido en la casa de la comedianta entre esta y el duque de Lerma, que la tormenta se preparaba para él; que él era la carne muerta, esto es, el hombre preso, á cuyo olor iban aquellas aves de rapiña.

Apenas se perdió Quevedo por las escalerillas, cuando uno de los alguaciles se echó fuera del alcázar, mas ligero que un rehilete.

Entre tanto Quevedo, atravesando callejones y galerías, se entró en el aposento de doña Clara Soldevilla.

Don Juan se calentaba al brasero y doña Clara escribia.

—Consuela este olor, dijo Quevedo entrando.

—¡Ah, mi buen amigo! dijo don Juan.

—¡Ah, don Francisco! exclamó doña Clara: ¿de qué olor hablais?

—Huele aquí á contento, á paz, á alegría, á amor... Dios os bendiga, mis amigos, que teneis sol claro en dia de lluvia, y que vivís mientras otros se aperrean. ¿Y qué bueno haceis, diosa?

—Escribo á mi padre largamente: antes habíale escrito una brevisima carta, pero no me basta. Estoy impaciente porque mi padre sepa punto por punto...

—¿Es decir que os habeis metido á letrado...?

—No os entiendo.

—Esplicáreme: la historia de vuestro casamiento, mis buenos amigos, es un proceso. Largo habreis de escribir si de todo habeis de dar cuenta, y es grande lástima que la tinta ponga negros unos dedos tan rosados. Dejadlo eso para mí, señora, que todo lo tengo negro, hasta la esperanza, y veníos aquí al amor de la lumbre y escuchadme, que tenemos harto que hablar.

Dejó doña Clara la pluma y luego la mesa, y fué á sentarse junto al brasero entre su marido y Quevedo.

—¡Vive Dios! exclamó Quevedo, que estoy viendo en vos una experiencia, doña Clara.

—¡Una experiencia!

—¡Si pardiez! los ojos y la razon engañan.

—Esplicaos.

—¡Si sois mas doncella hoy que ayer! dijo Quevedo mirando de una manera profunda á doña Clara.

Púsose la jóven vivisimamente encendida.

—Con las mujeres me reconciliais, señora; yo las tendria á todas por partículas del diablo, y conllesome engañado: si quereis ser mas feliz, don Juan, sois usurero, y no mereceis respeto, que en vuestra mujer tenéis un cielo.

—¿Sabeis que venís muy adulator, don Francisco?

—Adulador me vea yo, que es el mayor desabrimiento que puede probar el que no ha nacido tonto, sino son borbotones del corazon mis palabras, y faltéme aire sino es verdad que el corazon no me cabe en el pecho. ¡Ah, manos de marfil vivo, exclamó tomando entre las dos suyas una de las hermosas manos de doña Clara, y qué corona de gloria habeis puesto sobre la frente de mi amigo!

—Pues no soy completamente feliz, dijo don Juan.

—Alumbradme ese concepto á fin de que yo le vea, que tenebroso es y encrucijado y capaz de hacer perderse en un laberinto al mas diestro. ¿Mayor felicidad pedís que una mujer toda alma, tan delicada como el alma el cuerpo y tan hermosa como el cuerpo el alma? ¿qué mas blancura que la de la nieve que nadie ha pisado? ¿qué calor mas dulce que el de este sol de primavera al que no empañan nubes...?

—Muy poeta andais, don Francisco, amigo mio, dijo doña Clara: ¿me haceis la merced de que hablemos de otra cosa?

—Poeta de verdades soy cuando os admiro, hija mia, y digoos hija, porque aunque casi soy mozo en años, y negros tengo los cabellos, peínome hace mucho tiempo canas en el alma, y desengaños padezco y experiencias lloro. Ni he tenido yo como don Juan la fortuna de encontrarme dentro de un jardin tal como vos, que si encontrádome hubiera, echado me habria á su sombra sin que cosa en el mundo fuera bastante á despertarme del sueño. Espántame, pues, y razon tengo, de que don Juan pida mas felicidad teniéndooos á vos, y conjúrole á que su concepto me explique, porque tanto le quiero que me doleria haberle de tener de aqui en adelante por tonto ó por malo.

—No soy completamente feliz, dijo don Juan, porque me creo de poco valor, comparado con mi doña Clara.

—¡Ah! dijo la jóven.

Y aquella exclamacion era una protesta dolorosa.

—Perdonarse deben las necesidades á los que aman, porque el amor ciega : escrupuloso andais mas que monja , y os meteis á apreciar lo que á vos no toca. Bien me sé yo, que doña Clara no piensa otro tanto.

—¡ Oh ! ¡ no !... pero os ruego don Francisco...

—Si, si por cierto... vamos á lo que importa : es el caso que yo tengo mucho sueño.

—¡ Oh ! ¡ teneis sueño amigo mio !... pues bien , en vuestra casa estais : voy...

—Estaos queda... tengo mucho, muchísimo sueño : necesito urgentemente dormir, y en Madrid no duermo... es decir, no paso en Madrid esta noche, á lo menos por voluntad mia.

—¡ Cómo ! ¿ nos dejais ?

—¡ Dejaros ! dejárame yo primero las antiparras , sin las cuales soy hombre muerto ! ¡ buena cuenta daria yo al duque de Osuna ! llévoos conmigo , y por lo tanto , os dije que cartas eran vanas : que la mejor carta para el duque, lo serán sus hijos : asunto es no mas que de algunos cientos de ducados y de camisas limpias. Dejemos á Madrid á oscuras, amanezcamos muy lejos , y veamos á Neptuno dentro de ocho días , embarcados con rumbo á Nápoles : que os afirmo que mientras aquí estemos, ni duermo , ni descanso , ni vivo : cerrado está el cielo, de llover no cesa , y temo que esto pare en diluvio que nos ahogue. Conque sus , y en vez de hacer procesos , señora , haced cofres , y mientras se pide licencia á sus magestades , el coche se apareje y huyamos , antes de que llegue el caso de que cuando queramos huir, no sea tiempo, y creedme y no disputemos, que allí teneis entrambos los padres , y si vos dejais de ser dama de la reina , doña Clara , sereis señora en vuestra casa : y á falta de la tercera compañía de la guarda española, tendreis vos allí, don Juan, los no menos bravos alabarderos de la guarda del virey.

Quedáronse atónitos los dos jóvenes á estas palabras de Quevedo y guardaron por algun tiempo silencio.

—¡ Tan pronto ! ¡ tan de repente ! dijo al fin doña Clara. ¿ Qué motivo puede haber?...

—Motivo y aun motivos. Es el primero, que yo no estoy muy seguro, y tanto, que sino estoy preso , en engaños consiste que no pueden durar mucho tiempo.

—¿ Pero esos motivos ?

—¿ Olvidais que don Rodrigo Calderon está malamente herido, y que

es vuestro esposo quien así le ha maltratado? dijo Quevedo de una manera profunda.

—Pero hasta ahora... dijo don Juan.

—Si, hasta ahora... y gracias á que el duque de Lerma está mareado, nadie nos ha dicho una palabra; pero en la corte, los mareos salen por donde entran; se amaña en minutos lo que parecia imposible, y el viento cambia de tal modo, que el que era céfiro blando para alguno, se le convierte de repente en huracan que le echa por tierra: particularmente yo, si paro algunas horas mas en Madrid, doyme por embargado, y por algun tiempo, porque yo no he de hacer ni puedo hacer lo que seria necesario hacer para no ser encerrado. Y si me encierran, yo no respondo de nada; porque enemigos crueles teneis vos, doña Clara, y vos, don Juan, aunque solo hace tres dias que estais en la corte, no los teneis menos. Creedme, que yo nunca hablo en balde, y pienso mucho lo que digo antes de decirlo, y cuando pienso mucho, no me engaño. No disputemos, por Dios uno y trino, improvisemos nuestro viaje salvador, y no nos chanceemos con la fortuna, que como mujer es mudable, y suele dar sinsabores tales como ha dado dulzuras.

—¡Pero dejar abandonada á su magestad!... dijo doña Clara.

—Dios vela por los reyes... ¿creis vos que la reina tiene en vos un escudo?

—Tengo valor y mi vida es de su magestad.

—Pues bien: mientras vos estábais entregada á vuestra felicidad, Dios ha salvado de una manera extraordinaria á Margarita de Austria.

—¡Salvado!

—Sin la misericordia de Dios, su magestad hubiera sido villanamente asesinada.

—¡Asesinada!

Quevedo contó punto por punto á los dos esposos la tentativa de asesinato contra la reina, y el modo extraño y providencial de su salvacion.

—¡Oh! exclamó doña Clara: ahora menos que nunca me separo de su magestad.

—Dejad, dejad á Dios que la proteja: tened fe en la misericordia divina, y ademas, por salvar á la reina, no espongaís á perecer á vuestro esposo, al padre del hijo que acaso empieza ya á ser de vuestras entrañas; que sin duda vive ya, porque os amais demasiado, y sois harto buenos para que Dios no haya bendecido vuestro amor.

—¡Ah! ¡me haceis temblar, don Francisco! dijo doña Clara.

—Procurad que vuestro hijo, si vive, no sea huérfano.

—¡Dios mío!

—Hombres como don Juan, que son caballeros desde el seno de su madre, están siempre espuestos á morir sin gloria y sin combate, asesinados entre el cieno de esta infame corte. Creedme, y no vacileis mas.

—Partiremos, dijo doña Clara.

—Pues bien; mandad preparar lo necesario, pedid entre tanto la licencia á sus magestades, y adios, que yo voy á otro lugar que me interesa.

Y Quevedo, seguro de que habia asustado lo bastante á doña Clara, para que se dilatase por su parte el viaje, salió.

Iba contento atravesando las calles.

—¿Qué puede suceder, decia, en tan poco tiempo? iré á comer esta tarde casa de la Dorotea, y de tal manera me mostraré amigo del duque, que acabará de creermelo y me dará tiempo suficiente para dejarle burlado. Ahora volvamos junto á la pobre loca Dorotea, y concluyamos por aquel lado con lo que debemos á nuestro corazon.

Pero al entrar en la calle Ancha de San Bernardo, Quevedo vió venir hácia él un alcalde de casa y corte con sus alguaciles.

—¡Otra bandada de grajos! exclamó: está de Dios que nunca hayan de dejarme los tales. Y es el bueno de Ruy Perez Sarmiento, asno ingerto en lobo, y alcalde de casa y corte por la gracia de Lerma: ¿y qué me querrá este? paréceme que se arroja á hablarme.

En afecto, un alcalde de casa y corte avanzaba, bara enhiesta, hácia Quevedo. A poca distancia le seguian sus alguaciles, y venia detrás una silla de manos.

—Guárdeos Dios, dijo el alcalde á Quevedo parándose delante de él, ¿me conocéis?

—Hace mucho tiempo, por el servidor mas ciego de la justicia.

—¿Creeis que un alcalde de casa y corte puede prender á toda persona viviente en los reinos de su magestad, y por su real mandato?

—Artículo de fe es ese de que no he dudado nunca, dijo Quevedo, al que pasó por los ojos tal cosa, que dió ocasion á que le rodeasen y asiesen de él de improviso los alguaciles.

—¡Eh! ¿qué es esto? ¿habréme convertido en doblon cuando con tal ansia me echais mano? dijo Quevedo.

—Os habeis convertido en hombre preso por el rey.

—Su magestad viva, y pues su magestad lo quiere, preso me reconozco.

—Metedle en la silla de manos.

—Meteréme yo que aun no estoy impedido: que si yo al rey no respetara...

—¿Qué decís...?

—Digo que nada digo, y concluyan y vamos y demos todos gusto al rey, que no hay para qué menos.

Y Quevedo se entró en la silla de manos.

Inmediatamente cerraron la portezuela, y como no tenia celosias ni vidrieras, Quevedo se quedó á oscuras.

—Al menos es blanda, dijo, sintiendo el almohadon mullido de la silla, y puesto que no podemos hacer otra cosa, y la alcoba nos cierran y á oscuras nos dejan, durmamos.

La litera echó andar en aquellos momentos.

Poco despues Quevedo, consecuente á su propósito y cansado y trasnochado, roncaba.

CAPITULO LXI.

De cómo el duque de Lerma se encontró mas desorientado que nunca.

Don Francisco de Sandoval y Rojas, atravesó las antecámaras de palacio en medio de los mas profundos saludos y de las reverencias mas profundas de los cortesanos.

Hasta alli todo iba bien: se le consideraba por los pretendientes, que son un barómetro, como señor omnipotente, en el pleno goce del favor del rey.

Los ugieres se mostraron con él, y del mismo modo, profundamente respetuosos.

Los gentiles-hombres le saludaron con sumo respeto.

Pero cuando entró en la cámara real, la encontró desierta.

El rey acostumbraba á estar siempre en la cámara cuando llegaba Lerma.

Lerma se alarmó al no encontrar al rey en su cámara.

Porque en las raras ocasiones en que se habia entibiado para él el favor de su magestad, si bien es cierto, que nunca el rey le habia hecho hacer antesala ó antecámara, le habia hecho hacer cámara.

Tomólo primero su orgullo á casualidad: pero pasó un cuarto de hora, y esto era ya mucho; pasó media hora, y esto era ya demasiado.

Lerma, á quien la cólera hacia audaz, se acercó á la mesa real, tomó la campanilla de oro, y la agitó como si hubiera estado en su casa.

Se presentó un gentil-hombre.

—¿Qué manda vuestra magestad? dijo sin reparar en su servil apresuramiento que el rey no estaba en la cámara.

—No, no es su magestad quien llama, dijo Lerma mordiendo los labios. Soy yo.

—¡Ah! ¡perdone vucencia! ¿qué desea vucencia?

—¿Habeis avisado al rey de mi llegada?

—Si, si señor: en el momento en que llegó vucencia.

—¿Dónde está el rey?

—En su recámara.

—¿Con quién?

—Con el duque de Uceda.

—¡Con mi hijo!

—Si señor.

—Gracias, caballero, gracias.

El gentil-hombre salió.

—¿Con qué se me hace esperar en la cámara por Uceda, que está en la recámara? dijo el duque: ¿con qué el rey se olvida al fin de lo mucho que me debe? y... mi hijo... ¿qué hubiera sido de mi hijo sin mí? ¡Esto es infame! Vendido ó abandonado por todos... ¿y qué hacer? ¿qué hacer? Esto de que me lancen del favor del rey, que me reduzcan á una vida oscura... esto no puede ser, y no será... Quevedo... Quevedo tiene ingenio bastante para dar al traste con toda esta falange de cortesanos hambrientos y miserables... Quevedo me impondrá duras durísimas condiciones... pero no importa... mas vale ceder en secreto ante un solo hombre, que no caer en público combatido por tantos. ¡Oh! creo que debo dar una lección al rey, que debo retirarme... mostrarme enojado; si yo hubiera hablado ya con Quevedo, veria si podia atreverme á presentar al rey mi renuncia del empleo de secretario de Estado universal; pero sin contar con don Francisco, seria una locura. Lo que debo hacer indudablemente es irme de aquí. Esto será decir sin palabras al rey que no debe hacer esperar hasta tal punto al duque de Lerma.

Iba Lerma á poner en práctica su propósito, esto es, á irse, cuando se levantó un tapiz, asomó trás él una persona, y sonó una voz que dijo:

—¿A dónde vais, mi buen duque?

Lerma se volvió, adelantó rápidamente, dobló una rodilla ante el hombre que le habia hablado, y le besó una mano.

Aquel hombre era su magestad católica, don Felipe III de Austria.

Habia cierta quijotesca tiesura en el semblante del rey.

—¿A dónde ibais, pues, duque? repuso Felipe III.

—Iba... como vuestra magestad estaba tan ocupado...

—¿Y tardaba, eh?

—¡Señor!

—Hace un siglo que yo estoy esperando, dijo el rey, y no me impaciento; y vos, porque graves negocios me impiden venir cuando me avisan que estais aquí, ¿os impacientais?

—¿Y por qué teneis vos que impacientaros, señor? dijo Lerma levantándose, y permaneciendo de pié junto el rey que se habia sentado en su sillón: ¿no es ley vuestra voluntad? ¿No os obedecen todos vuestros vasallos?

—No, duque, no: y esa es mi paciencia: en vano pido á mis vasallos que se avengan, que no luchen, que no se despedacen, porque yo deseo la paz, la concordia: en vano: los ódios crecen, las enemistades se aumentan, las quejas zumban alrededor mio, y me trastornan. ¿Sabeis que he estado hablando con vuestro hijo el duque de Uceda mas de una hora?

—Me lo han dicho, señor.

—Es verdad: vos lo sabeis todo.

—Señor...

—¿Pero á que no aciertais cuál era la estraña pretension del duque? Tembló interiormente Lerma, porque el rey usaba cierto tonillo acre que no acostumbraba mucho á usar.

—Lo ignoro, señor.

—Ya sabia yo que lo ignoraríais. Vuestro hijo se me quejaba de injusticias.

—¿Y por qué el señor duque de Uceda no ha venido á mí, secretario universal del despacho? dijo ya con alguna irritacion Lerma.

—Vuestro hijo sabe que yo no hago nada sin consultarlo con vos, y encaminarse á mí, es punto menos que si á vos se hubiera encaminado.

—¿Pero de que se queja el duque de Uceda?

—De que se le haya separado del cuarto del príncipe don Felipe.

—¡Ya! su esclencia quiere sin duda privar desde temprano con su alteza, y esto es ya un principio de rebeldía.

—Pues ved ahí lo que dice el duque de Uceda: que al separarle del príncipe, se ha dudado de sus intenciones, que se ha supuesto lo que él en su lealtad no ha pensado; que las gentes creen ver en su separacion

motivos ocultos y por lo tanto pretende... lo mas extraño que puede decirse, duque; es casi una rebeldía lo que vuestro hijo pretende.

—¿Y qué pretende, señor? dijo Lerma á quien pinchaban las palabras del rey.

—Pretende que se le haga proceso: que en el tal proceso, se demuestren las causas porque se le ha quitado su oficio de ayuda de cámara del príncipe... en fin, el duque dice que se vá á presentar preso y á pedir el proceso, sino se lo concedemos, al consejo de Castilla.

—El duque está loco, señor, dijo Lerma, y como á tal no podeis tenerle al lado del príncipe. Su peticion demuestra su locura. ¿Pues qué vuestra magestad tiene necesidad de decir á un vasallo, por muy alto que este sea, ni debe decirle las razones que ha tenido para quitarle un oficio que le habia dado? Este es un crimen de lesa magestad, señor, que debeis castigar con energía.

—Es que el duque de Uceda, protesta hácia mí el mas profundo respeto, y dice... dice que sois vos su enemigo.

—Es decir, que el que comete un delito de lesa magestad contra su rey, suponiéndole injusto, comete y debe necesariamente cometer otro no menor delito: el de lesa naturaleza revelándose contra su padre.

—Pues ved ahí: Uceda dice que no le mirais como hijo.

—Desgracia y grande ha sido para mí, que tal hombre sea hijo mio.

—Y añade, que quiere ese proceso para demostrar las razones que vos habeis tenido para proponerme su separacion del cuarto del príncipe.

—¡Razones contra mí!

—Sí; habla de pruebas...

—¿De pruebas de qué?

—Lo mismo pregunté á Uceda, pero pidiéndome perdon por no revelarme lo que yo queria saber, me dijo que solo presentaria las tales pruebas al juez ó á los jueces que le hiciesen el proceso.

—¿Es decir, que el duque de Uceda supone..?

—Que no me servís bien.

—Que presente, pues, las pruebas; que las presente, dijo, conteniendo mal su cólera por respeto al rey, Lerma: entre tanto, señor, yo me retiro á mi hogar, y dejo el honroso puesto que vuestra magestad me ha dado.

—Ved, ved ahí por qué digo yo que hace un siglo estoy teniendo paciencia: en vano me esfuerzo porque haya paz entre los míos: yo bien sé que vos y vuestro hijo y todos los que me rodean, me quieren, son

leales, capaces de perder por mí la vida : pero todos reñís, todos os mordeís, todos procuráis parecer los mas leales, á costa de los otros : y esto es un zumbir eterno que ya me atolondra, que me cansa, que me hace infeliz.

—Por lo mismo, señor, admita vuestra magestad mi renuncia.

—No hay necesidad : yo no he desconfiado de vos.

—Sin embargo, señor... esas graves acusaciones exigen : ó que yo sea juzgado, ó que lo sea mi hijo.

—¿Qué estais diciendo, duque? ¿qué estais diciendo...? ¿meterme quereis en esos cuidados? yo os mando que sigais ayudándome en el gobierno de mis reinos.

—Y yo, señor, obedezco á vuestra magestad. Pero...

—¿Pero qué?

—Es necesario para que tengamos paz apartar de la corte á muchas personas.

—La primera á don Francisco de Quevedo.

—¡Cómo, señor!

—Es muy aficionado á contar cuentos que nadie entiende.

—Don Francisco de Quevedo, es uno de los vasallos mas leales de vuestra magestad.

—Paréceme, sin embargo, que le hemos tenido preso.

—Dos años. Es un tanto turbulento...

—Por lo mismo, dejémosle que se vaya con su duque de Osuna.

—Por el contrario, yo le guardaria...

—Pues prendedle otra vez, que no ha de faltar motivo. No sé qué he oido de unas estocadas... ¡ah! ¡si! don Rodrigo Calderon...

—En efecto, mi secretario Calderon, hace tres noches fue muy mal herido y está en mi casa.

—Hirióle... ese bastardo de Osuna, ese don Juan, á quien yo no sé quien ha hecho capitán de la tercera compañía de mi guarda española.

—Lo ha hecho, señor, la reina, por amor á su favorita doña Clara Soldevilla.

—Esposa recientemente de ese don Juan... y á quien creo que ama mucho... pues bien, prendamos á ese don Juan para poder prender á Quevedo.

—¡Cómo!

—Como que dicen que Quevedo ayudó á don Juan á herir á don Rodrigo.

—Es necesario andarse muy despacio en eso, señor: tales negocios pueden salir al aire si se prende á don Francisco...

—¡Cómo! ¿tambien por ahí?

—Sí, si señor: don Juan hiriendo á don Rodrigo ha obrado como bueno y leal, y como buen amigo suyo Quevedo, ayudándole... esto es... midiéndose con otro hombre que favorecia á don Rodrigo.

—Pues mirad, podré engañarme, pero ese don Juan no me gusta.

—¡Y yo que traía á vuestra magestad para que la firmase una real cédula de merced, para ese don Juan, del hábito de Santiago!

—Pues no: no hay que pensar en ello: ¿con que es decir, que se nos lleva la dama mas hermosa de palacio, que se nos pone á la cabeza de la compañía mas brava de nuestros ejércitos, que nos hacemos los ciegos ante un homicidio intentado por él y todavía quereis que le demos el hábito de Santiago?

—No haríais mas que doblárselo señor, pues le tiene ya.

—¡Cómo! ¿pues quién se lo ha dado?

—El gran don Felipe II, padre de vuestra magestad, lo concedió al duque de Osuna para su hijo bastardo cuando aun no le habia dado su madre á luz.

—¿Y para qué dos mantos á un mismo hombre? eso es decirle que tiene mucho frio y que queremos abrigarle.

—Eso quiere decir que vuestra magestad, le cree digno del hábito por sus hechos, como el gran don Felipe II le creyó digno de él por ser hijo de quien era.

—Pero esto no estorba para que le prendamos.

—No; pero vuestra magestad no le debe prender.

—Dad, dad acá esa cédula, dijo el rey.

Lerma sacó un papel arrollado y le estendió delante del rey.

—Ahora, dijo Felipe III, necesito firmar otros dos papeles.

—¿Cuáles, señor?

—Dos órdenes de prision.

—Creo que sean necesarias mas.

—Pues bien Lerma: decidme vos los que quereis que sean presos, y yo os diré los que quiero tener encerrados y no disputemos mas.

—Señor, yo no disputo con vuestra magestad.

—¿Pues qué estamos haciendo hace ya mas de media hora? Disputar y no mas que disputar. Conque sepamos: ¿á quiénes quereis vos prender?

—Al duque de Uceda.

—Bien, prendámosle en el cuarto del príncipe.

—¡ Señor ! exclamó completamente desconcertado por aquella salida del rey, Lerma.

—Si, si, volvámosle su oficio al ayuda de cámara del príncipe don Felipe.

—Pues cabalmente eso es lo que el duque desea.

—Pues porque lo desea, y para que nos deje en paz, concedámosselo: mandad estender la provision y traédmela al momento al despacho.

Lerma desconocia al rey.

El rey mandaba.

Lerma no estaba acostumbrado á aquello.

—Señor, dijo, yo no puedo seguir siendo secretario de vuestra magestad.

—Os lo mando yo, dijo el rey.

—Obedezco, señor.

—A fray Luis de Aliaga, le nombramos confesor de la reina: dijo el rey.

Estremeciése Lerma.

—Traednos el nombramiento. Al conde de Olivares le reponemos en su oficio de caballero mayor.

—¡ Ah señor ! ¡ Dios quiera que no os pese !

—Al conde de Lemos vuestro sobrino, levantamos su destierro.

—Todos son enemigos míos, señor.

—¿ Y qué os importa si es vuestro amigo el rey ?

—Sea lo que vuestra magestad quiera.

—Enviéanse correos á don Baltasar de Zúñiga para que se vuelva á su oficio de ayo del príncipe don Felipe.

Lerma aterrado se resignó.

Aquel era un golpe mortal.

Sus enemigos triunfaban.

¿ Pero de qué medios se habian valido ?

Ignorábalo el duque y esta ignorancia le aterraba.

—Ademas, dijo el rey, orden de prision contra don Francisco de Quevedo y don Juan Tellez Giron. Los enviareis á Segovia.

Lerma no se atrevió á replicar.

—Id, id, estended todas esas órdenes y traédmelas al momento para que las firme.

Y el rey se levantó y escapó por una puerta de servicio.

El duque quedó aterrado en medio de la cámara.

—¿Qué tal? ¿eh? dijo una voz detrás de un tapiz.

Miró Lerma al lugar de donde salía la voz, y vió que el tapiz se levantaba y que de detrás de él salía un hombrecillo.

Aquel hombrecillo era el bufon del rey.

CAPITULO LXII.

De cómo el duque de Lerma, vió al bufon de su magestad estenderse, crear, tocar las nubes... etc.

Estuvieron mirándose durante algunos segundos el ministro y el bufon.

Los ojos del tio Manolillo relumbraban como brasas.

Sus megillas no estaban pálidas sino verdi-negras.

Miraba al duque con una fijeza y una insolencia tales, que el duque se irritó.

—¿Qué me quereis? dijo Lerma con acento duro.

—¡Eh! ¿qué os quiero yo? nada; vos sois quien me quereis á mí.

—¡Yo!

—Si, vos me necesitais.

—¿Qué, os necesito yo?

—Si por cierto. ¿No es verdad que nuestro buen rey tiene de vez en cuando ocurrencias insufribles?

—¡Cómo! ¿sabeis?...

—Vaya si lo sé: como que estaba allí, detrás de aquel tapiz, y no he perdido uno de los gestos, una sola de las convulsiones, que os ha causado el ver al rey hecho por un momento rey. Y el bueno de Felipe, traia su leccion bien aprendida; no ha olvidado nada: y es que los tontos tienen muy buena memoria.

—¡Ah! ¿han hecho aprender á su magestad una relacion de memoria?

—Si, escelentísimo señor.

—¿Y quién le ha enseñado esa leccion?

—Escelentísimo señor, yo.

—¡Vos! ¿pero á quién servís?

—Me sirvo á mí mismo.

—Pero, si el rey dice que ha hablado con el duque de Uceda...

—Y tiene razon; como que yo le he metido al duque de Uceda en su recámara.

—Venid, venid conmigo, bufon, y hablemos donde de nadie podamos ser escuchados.

—Eso quiero yo.

—Seguidme.

—No por cierto. No nos deben ver salir juntos de la cámara del rey. Sois muy torpe, escelentísimo señor. Nos veremos sin que nadie lo sepa ni lo entienda, en vuestro camarín de la secretaría de Estado. Hasta dentro de un momento. Adios.

Y el bufon levantó el mismo tapiz por el que habia aparecido, y desapareció trás él.

—¿Qué sucede en palacio, señor? ¿Qué hay aquí, exclamó el duque, que me veo obligado á tratar con ese miserable?

El duque hizo un violento esfuerzo, salió de la cámara real, bajó á la planta baja del alcázar, y se entró en la secretaría de Estado.

—¡Ledesma! dijo á uno de los oficiales que trabajaba en la primera sala; cuidad de que nadie vaya á interrumpirme, y estad dispuesto para cuando yo os llame.

Ledesma, que se habia levantado como todos á la presencia del duque, se inclinó profundamente.

Lerma atravesó otras dos salas, en las cuales los oficiales se levantaron con el mismo respeto que los de la primera, llegó á una puertecilla, sacó una llave, abrió la puerta, entró y cerró.

Atravesó despues un largo corredor, abrió otras dos puertas, y se encontró al fin en un pequeño aposento, en el cual habia únicamente, una gran mesa cubierta de papeles y legajos en el testero de la mesa, un sillón de terciopelo carmesí, con las armas del duque bordadas; detrás, en la pared, un retrato de cuerpo entero del rey; á los dos lados, contra la pared, dos secreteres de ébano incrustados de plata, nácar y concha, y delante de la mesa, un sillón mas modesto destinado sin duda á un secretario: una magnífica alfombra y algunos escelentes cuadros, completaban

el aspecto de aquel aposento, que era el camarín reservado de despacho del secretario universal del rey.

Al abrir el duque la puerta del camarín, retrocedió y tembló.

Sintió pavor á impulsos de una impresion supersticiosa.

Sentado en el sillón del duque, arreglando unos papeles, estaba el tío Manolillo.

El camarín no tenía mas entrada que aquella por donde había ido el duque: una reja le daba luz, y aquella reja tenía vidrieras de colores.

Los hierros de la reja eran demasiado espesos para que pudiese haber entrado por ella el bufón, y las vidrieras estaban cerradas.

—Cierra y siéntate, dijo el tío Manolillo al duque de Lerma. Aquí no puede oírnos ni vernos nadie. Eres mi secretario, duque.

—¿Qué significa esto? exclamó Lerma: ¿en qué poder confiais para atreveros á tanto?

—Es singular, singularísimo tu orgullo, duque. Cualquiera al escucharte, no viéndote, creería que no tenías miedo. Y estás temblando, Lerma. Temblando como un ratón delante del gato. Sin duda me crees brujo: ¿no es verdad? porque tú guardas como un tesoro las llaves de este camarín, donde escondes todos tus secretos, en los secretos de esos secretarios, y sabes que nadie puede entrar aquí sino le das tú las llaves de esas tres puertas: y esas tres llaves no se separan de tí desde hace trece años: desde que eres favorito del rey mas desfavorecido de ingenio que ha criado Dios para ejemplo de reyes imbéciles y torpes.

—No comprendo... no comprendo cómo...

—¿Cómo estoy aquí? Yo soy brujo, duque.

Desconcertóse de una manera tal Lerma, que el tío Manolillo soltó una carcajada hueca, larga, pero de un sonido, de una espresión tal, que se le crisparon los nervios al duque.

—Estoy aquí, dijo el bufón, porque estoy: te tengo en mis manos, porque eres un traidor, un villano.

El duque se creía delante de un poder sobrenatural y no pudo irritarse: le faltaba completamente el valor.

Adelantó vacilante, y se apoyó en el sillón destinado al secretario.

—Siéntate, siéntate y no tiembles, dijo el bufón dulcificando su voz, nada te sucederá si tú no quieres que te suceda.

El duque se sentó maquinalmente.

—Yo se todos los secretos de palacio, dijo el bufón: como que no ha-

go otra cosa que ver y escuchar. Del mismo modo que he hecho que el rey vuelva á llamar á su alrededor á tus enemigos, puedo hacer que el rey los mande encerrar; y del mismo modo, duque, si quiero, puedo llevarte al patíbulo.

—¡ Al patíbulo !

—Si, por traidor al rey y por ladron.

—¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ y qué pruebas ?...

—Oye, tengo preparadas las pruebas ; estan aquí. —Primera : carta de milord duque de Bukingam al escelentísimo señor duque de Lerma.

—¡ Ah ! esa carta...

—¡ La España vendida á los ingleses, duque !

—Pero esa no es una carta.

—Es una copia de la carta.

—Pero la carta...

—Está con otras tres de Bukingam y cuatro de milord conde de Seymour y otras varias, que prueban cumplidamente que tú mas que secretario del rey de España eres secretario del de Inglaterra ; estas cartas están tan bien guardadas que no las encontrarás á tres tirones. Se trata en esta que he traído de muestra, del casamiento de la infanta doña Ana, de ciertos tratos vergonzosos entre Bukingam y tú, de condiciones recíprocas, de infamias... ¿ quieres que te la lea don Francisco de Sandoval y Rojas ?

—No, no : pero eso es imposible, dijo el duque abalanzándose al secreter de la derecha y abriéndole.

—Si, busca, busca : encontrarás ahí alhajas que yo no he querido tomar á pesar de que soy muy pobre, porque no soy ladron : pero las cartas de que te hablo y otros importantísimos papeles, no están ahí ; los tengo yo : auténticos, con tu firma, porque en todos ellos, ó en todas ellas, porque son cartas, has cometido la torpeza de escribir : « *Contestada en tal fecha. —Lerma.* » El rey podrá encontrar en esos papeles el secreto de la espulsion de los moriscos, las causas de su desavenencia con Francia, el porqué de los reveses que sufre en todas partes donde hace la guerra España : el rey sabrá que de los tributos que saca á sus vasallos la tercera parte es para el rey, otra tercera parte para los corregidores, alcaldes mayores y demás exactores, y la otra tercera parte para el nobilísimo, el escelente señor don Francisco de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, duque de Lerma, del consejo de estado, su protonotario en Indias, su secretario universal, su favorito, su todo : sabrá el rey... aunque me mates, porque los papeles se presentarán solos al rey, que ha criado en ti

un cuervo, que ha levantado á su enemigo, y como el rey aunque es débil, no es malo y no le gustan los bribones; y como el rey aunque no es rey, tiene grandes humos de rey y de rey poderoso; y como el rey es del último que llega, nada tendrá de extraño que su magestad retire de tí su proteccion y te arroje al verdugo: porque tú has hecho lo bastante mi buen duque para ser primero degradado y despues ahorcado.

—Sin duda tienes algo muy grande que pedirme: sin duda me necesitas para mucho, cuando así me hablas; ¿qué quieres?

—Creo que nos entendemos. Ahora voy á decirte lo que quiero.

—Si puedo, si está en mi mano...

—Oye: tu conoces á una mujer á quien yo conozco tambien. Yo quiero que esa mujer sea feliz.

—¡La reina!

—¡Qué me importa la reina! ya la he salvado hoy.

—¿Con qué era verdad?

—Verdad, verdad: quisieron envenenarla.

—¡Envenenarla! ¿pero quien ha querido cometer ese atentado?

—Tu buen secretario don Rodrigo Calderon.

—¡Pero si ese atentado se ha intentado hoy y don Rodrigo está en el lecho mal herido!

—Pero no estaba mal herido el sargento mayor don Juan de Guzman, que ha estado yendo y viniendo al lecho de don Rodrigo: y como don Juan de Guzman era amante de Luisa, la mujer del imbécil cocinero de su magestad; y como de las cocinas baja la vianda para la reina, Luisa, pudo hacer que ciertos polvos entrasen en uno de los platos del almuerzo de su magestad. Quevedo y yo, que eramos muy amigos, nos hemos visto negros para salvar á Margarita de Austria, pero tales eran los polvos, que un pobre paje á quien se le apeteció lo que habia quedado sobrante en los platos de la reina y del padre Aliaga, ha muerto en momentos.

—¡Horrible! ¡horrible! exclamó el duque.

—Yo no sé si tú has tenido parte en esa infame tentativa de asesinato, ó si ha sido únicamente cosa de don Rodrigo Calderon.

—¡Yo! ¿me creéis capaz de esa infamia?

—Te creo por tu vanidad y por tu ambicion, capaz de todo.

—¡Oh! ¡oh! esto es demasiado, demasiado faltarme al respeto.

—La reina te estorba tanto como á don Rodrigo: la reina conspira contra ti, y la temes.

—Pero jamás llegaría á ese punto, jamás: me calumnias.

—Quiero creerte, porque hasta ahora, si has sido traidor y ladrón, no has sido asesino.

—En muestra de ello, quiero las pruebas, las pruebas del crimen de Calderon: las pruebas para enviarle al cadalso.

—No hay pruebas.

—Vive la mujer del cocinero mayor, y aunque prófuga, se la buscará, se la encontrará, se la sujetará á la prueba del tormento.

—Y declarará que don Juan de Guzman era su amante, que la dió unos polvos, que ella los dió al galopin Cosme Aldaba, que, en ausencia de su marido, le introdujo en la cocina. Siguiendo el hilo, prendiendo á Cosme Aldaba, atormentándole, se sabrá que el tal Cosme, envenenó en las cocinas una perdiz destinada al almuerzo de la reina, que la entregó para que la sirviera al paje Cristóbal Cuero, y el paje preso y sujeto al tormento, declarará que puso en la mesa de su magestad la perdiz envenenada: pero todas las pruebas recaerán en el sargento mayor don Juan de Guzman.

—Se le prenderá, se le hará pedazos para que declare.

—Eso es imposible.

—¡Imposible!

—Si; no has reparado en que cuando me he referido al sargento mayor, he dicho: *¿era, no es?* El sargento mayor ha muerto.

—¡Muerto!

—A mis manos, á puñaladas.

El bufon que habia crecido de una manera imponderable á los ojos del duque, aumentó otro tanto en tamaño.

Se habia convertido para Lerma en un gigante.

—Por lo que toca á la reina, continuó el bufon el negocio está perfectamente concluido; un paje ha muerto y se le ha enterrado... nadie ha sospechado... no asustemos á su magestad: sírvate esto para conocer á don Rodrigo Calderon y guardarte de él. La mujer, pues, á quien ambos conocemos y por la que he procurado tenerte en mis manos, por la que he penetrado aquí, en este lugar que tú creias tan seguro, y he abierto valiéndome de mis artes, artes acaso del diablo, esos secreteres, y me he apoderado de esas cartas, obteniendo con ellas armas bastantes fuertes para rendirte, para hacerte mi esclavo; la mujer, pues, que á tal punto nos ha traído á los dos, no es la reina, aunque muchas veces represente reinas.

—¡Dorotea!

—Cabalmente, Dorotea : esa pobre niña que es tu querida públicamente, y mi corazon, mi alma en secreto.

—¿Qué sois vos de esa mujer?

—¡Qué soy yo ! ¡ su padre ! ¡ su hermano ! ¡ su martir !

—¡ Ah !

—La amo... mas que á mí mismo : la deseo con todo mi deseo, con toda mi sed de gozar, y sin embargo devoro y comprimo mi deseo. Vivo de su felicidad, y sus lágrimas me despedazan el alma. Dorotea sufre : Dorotea es infeliz. Se han valido de ella como de un instrumento, la han despedazado el alma... ama á un hombre y le roban ese hombre.

—¿Y qué hombre es ese?

—Don Juan Tellez Giron.

—¡ Siempre ese hombre ! exclamó con desesperacion el duque.

—Sin embargo, dijo el tio Manolillo, á ese hombre debes el empezar á ser algo.

—¡ Cómo !

—Si ; si ciertamente. Si ese hombre no hubiera venido á Madrid, no hubiera conocido á doña Clara Soldevilla, y no hubiera podido ayudarla, cuando esa mujer servia á la reina con su vida, con su honra ; no hubiera encontrado á Quevedo, y sin Quevedo, no hubiera herido á tu buen secretario don Rodrigo Calderon : sino hubiera herido á don Rodrigo, sino le hubiera arrebatado las cartas que tenia de la reina...

—¡ Cómo ! ¿ ese caballero ha quitado á Calderon las cartas...?

—Si, las cartas que yo acaso no hubiera podido arrancarle. Y don Rodrigo armado con aquellas cartas, obrando por cuenta propia era omnipotente : hubiera dictado condiciones á Margarita de Austria, te hubiera vencido, hubiera ocupado acaso ya tu lugar, un lugar que, sino le pones fuera de combate, ocupará algun dia : ¿ comprendes ahora todo lo que debes á ese afortunado jóven?

— ¡ Oh ! ¡ oh ! ¡ y yo ciego !...

—Tú, torpe y confiado creyéndote en tu vanidad asegurado en el favor del rey y superior á todo... pero continuemos y te convencerás de cuanto es lo que debes al bastardo de Osuna sin que él, que porque es amigo de Quevedo te aborrece, sepa, ni por pienso, que te ha hecho el mas leve servicio. Por otra parte don Juan Tellez Giron, buriendo á don Rodrigo te ha hecho otro inmenso servicio : don Francisco de Quevedo, que conoce la corte, tuvó miedo al ver herido, sin saber si era muerto ó vivo, á don Rodrigo, y como solo habia venido á Madrid por encargo del duque de Osu-

na para buscar á ese don Juan y con el solo objeto de llevársele consigo á Nápoles, quiso ponerle á cubierto de toda eventualidad, y acordándose de Dorotea concibió un terrible pensamiento.

—¡Dorotea!

—Si por cierto. Como don Juan, es jóven y hermoso, con esa hermosura que deslumbra á las mujeres...

—No le conozco.

—¡Oh! pues es un mancebo hermosísimo: ya ves: cuando en tres días ha llegado á ser marido de doña Clara Soldevilla, á quien todos menos yo, creían de nieve, y ha enamorado á Dorotea, que no habia amado nunca...

—¡Pero Dorotea le ama! exclamó con cierta celosa impaciencia Lerma.

—Con toda su alma, con toda su vida, de tal modo que si le pierde muere.

—¿Pero qué se proponia Quevedo al hacer conocer á Dorotea ese hombre?

—Que se enamorase de él, y lo consiguió.

—Pero no entiendo el objeto de Quevedo al pretender que Dorotea se enamorase de ese hombre.

—Estás cada día mas torpe, duque.

—No teneis razon en llamarme torpe, porque es incomprendible el objeto de Quevedo.

—Lo que á tí te falta de ingenio, le sobra á Quevedo, Lerma.

—Pero en esta ocasion...

—Dime: ¿no es tu querida Dorotea?

—Si.

—Aun no me comprendes. Será necesario llegar al fin. Dime: ¿no harías tú cualquier locura por evitar que Dorotea te humillase despidiéndote?

—Segun, segun.

—No hay segun. Tú eres todo soberbia. Tú hubieras hécho lo que hubiera querido Dorotea, y como Dorotea una vez enamorada de don Juan, debia procurar que no le prendiesen por sus heridas á don Rodrigo...

—¡Ah!

—Has comprendido al fin, gracias á Dios y á mi paciencia. Pues bien, Quevedo ha tenido suerte; Dorotea ama como una loca á don Juan, le ama mas que á si misma, y es capaz de cometer cualquier terrible desacerto, porque tiene celos.

—¡ Celos!

—¡ Oh! ¡ si Dorotea no tuviese celos! ¡ si la amase don Juan, el primer hombre á quien ha amado, como ella le ama! Entonces yo le amaria tambien, porque haria feliz á mi Dorotea, y amaria á Quevedo que los habia puesto en el caso de amarse, y procuraria que como don Juan te ha robado el corazon de Dorotea, te robase el favor del rey. ¡ Pero ya se ve! don Juan habia visto antes que á Dorotea á doña Clara: habian andado de aventura por esas calles de Dios... y doña Clara es tan hermosa... no es mas hermosa que Dorotea, no; pero no es cómica, ni es tu querida, ni lo ha sido de nadie: doña Clara... yo he visto á todos, altos y bajos mirarla con codicia... y el mismo rey...

—¡ El rey!

—Si, el rey ama á doña Clara: tibiamente, eso si; pero la ama cuanto puede amar, como no ha amado á ninguna mujer... ya ves: cuando siendo tan devoto y tan temeroso de Dios se ha atrevido á arrojarle á pretensiones... la mujer que ha sido capaz de sacar de quicio á su magestad, tiene no sé qué poder, que Dorotea no tiene... Dorotea, pues, amando al marido de doña Clara es una mártir, y ya que no puedo evitar su martirio, quiero vengarla, y la vengaré.

—¿ Qué la vengarás? ¿ y cómo?

—Valiéndome de ti.

—¡ Ah! creo que tambien te vales de otra persona.

—¿ Del rey? cierto que si. Su magestad no puede ver á don Juan desde que sabe que le ama doña Clara. Y anoche que fueron las bodas no durmió. Sabe ademas su magestad que Quevedo ha tenido gran parte en ese casamiento, y no puede ver á Quevedo.

—¡ Por eso me ha mandado prenderlos!

—Ya lo creo, como que se lo he aconsejado yo.

—Y si teniais interesado al rey, ¿ á qué imponerme condiciones á mí?

—Esa es una pregunta de simple. El rey nuestro señor, no es mas firme que una caña: le mueve hácia un lado el mas ligero vientecillo, y otro vientecillo no mayor, le inclina al lado contrario. Hoy manda prender á don Juan y á Quevedo, porque yo he sabido irritarle. Presos serán, porque el rey, aunque no sea rey, se llama al fin rey, y es necesario obedecerle cuando manda. Pero hubiera sobrevenido doña Clara, sobrevenirá, se arrojará á los piés del rey, llorará, le besará las manos... y el rey se derretirá y revocará la orden de prision, y será capaz de honrar á

don Juan y á Quevedo por añadidura. Es necesario que el rey no pueda hacer nada.

—¿Y cómo?

—¿Cómo? poniendo entre la gracia del rey y don Juan, la justicia ofendida.

—¿Es decir : formando proceso á don Juan por la herida de Calderon?

—Y por añadidura , á don Francisco de Quevedo.

—¿Y si todo eso sucede, me devolvereis esas cartas que me habeis robado?

—Cuando Dorotea posea completamente á don Juan, ó cuando yo la haya vengado de él.

—¿Pero no considerais que si la Dorotea sabe que su amante está preso, interpondrá todo su influjo para salvarle?

—Eso quiero yo. Que Dorotea tenga ocasion de demostrar á don Juan hasta que punto le ama.

—¡De modo que me veo reducido á coligarme con vos!

—Si, si por cierto, noble y poderoso señor duque de Lerma ; conmigo el bufon, el loco, el miserable, el despreciable. Conmigo que he sabido levantarme á vuestros ojos fuerte como un leon. Conmigo, comadreja del alcázar, que puedo perderos.

El duque no estaba en estado de regatear ; ni aun podia defenderse : lo que le sucedia, le tenia aterrado : y lo que mas le humillaba , era verse obligado á ayudar los amores de su querida.

—Haré, haré lo que pueda, dijo al fin.

—Tú harás lo que yo quiera : prenderás á don Francisco de Quevedo.

—En verdad, en verdad que ya he dado la órden de prision, y á pesar de que una persona, á quien no puedo negar nada, me habia comprometido á que no le prendiese, me he olvidado de revocar la órden.

—Adivino cuales son las dos mujeres que te han pedido, la una la prision y la otra, la seguridad de don Francisco.

—Si sabeis eso, es necesario concederos mucho poder.

—Con saber á quien interesa que sea preso y que no sea preso don Francisco, se sabe quien es quien ha obrado en su favor, y quien en su contra. Voy á decirte los nombres. La condesa de Lemos, tu hija, te ha obligado sin duda á que prendas á Quevedo, y la duquesa de Gandia, la buena, la inocente doña Juana de Velasco, ha sido, sin duda, quien te ha exigido la promesa formal de no meterte en prenderle.

En vano el duque quiso ocultar su turbacion, producida por la sagacidad del tio Manolillo: sin embargo se dominó y dijo riendo:

—¡Bah! ¿y qué les importa ni á la condesa de Lemos, ni á la duquesa de Gandia que Quevedo sea preso ó no?

—¿Qué si les importa? Voy á revelarte dos secretos.

—¿Dos secretos mas?

—¿No te he dicho que soy la comadreja del alcázar, que velo mientras los otros duermen, que todo lo veo y lo oigo? Pues bien: por esa razon sé que tu hija es querida...

—¡Querida! exclamó el duque afectando una esplosion de dignidad ofendida.

—Querida, manceba, moza, entretenimiento, como quieras, de don Francisco de Quevedo.

—¡Mentira!

—Vamos: lo sabias, dijo el bufon: debe de habértelo dicho tu misma hija.

—¡Que yo sé esa deshonra!

—¡Si en ti todo es deshonra y fango y podre, cubierto por un manto ducal! La manera que tienes de negar esa deshonra, que, lo confieso, es grande, me prueba que la conocias.

—¡Oh! ¡oh! ¡yo te juro que esa es una calumnia!

—No disputemos. Debe herirte demasiado lo que hago contigo, y yo que adoro la venganza, reconozco el derecho y la necesidad que tienes de vengarte de mí. Cuando puedas, mátame, hazine pedazos, pero entre tanto síveme.

El duque no contestó: estaba lívido de cólera, se le saltaban los ojos de las órbitas.

El bufon continuó:

—Como doña Catalina es una dama muy discreta y tiene mucho ingenio, y es intrigante y enredadora y sagaz donde las hay, nada tiene de extraño que haya averiguado que Quevedo solo ha venido á Madrid á buscar al hijo del duque de Osuna para llevárselo á Nápoles. Y como doña Catalina ama mucho á Quevedo, con toda su alma ardiente, á la que tan mal dueño has dado en tu sobrino el conde de Lemos, naturalmente, para no perder sus amores, te ha obligado, Lerma, porque tu hija puede obligarte á que prendas á Quevedo.

El duque se movió violentamente en el sillón.

—Por lo que sufres conozco que he acertado en todo: voy ahora á

decirte las razones que tengo para creer que la duquesa de Gandia te ha obligado á que no prendas á Quevedo. La duquesa de Gandia es madre natural de don Juan Tellez Giron.

Dió un salto sobre el sillón Lerma y volvió á caer desplomado.

Aquella noticia le espantó.

Tal concepto tenia formado de la duquesa de Gandia, que le pareció un sacrilegio la revelacion del tio Manolillo.

—Eso es imposible; imposible de todo punto: tu lengua ponzoñosa nada respeta: esa es una calumnia infame. La duquesa de Gandia es una santa.

—Pero cuando una santa se encuentra á oscuras en una galería apartada con un hombre tal como el duque de Osuna, por lo mismo que es una santa, se encuentra sin saber cómo en la situacion en que se halla la duquesa de Gandia. Pregunta á tu hija, que sin ser una santa es y lo será siempre una mujer honrada, á pesar de ser querida de Quevedo, lo que son tales encuentros: ¡bah, Lerma! tú te estremeces porque estás en la misma situacion que un hombre atado por cada uno de sus remos á cuatro caballos. No te asustes: al pedirte yo lo que te pido, he pensado primero en procurarte los medios de hacerlo, porque yo no soy tan insensato que pida imposibles. Por eso he abierto camino al duque de Uceda hasta el rey. Por eso he procurado que tus enemigos sin vencerte se crean de nuevo en posicion de hacerte la guerra. Para que volviese á la corte el conde de Lemos, era necesario hacer todo eso. Y yo necesito que el conde de Lemos vuelva. Entonces doña Catalina estará mas contenida, porque un marido al fin es un marido y si pretende hacer algo, yo la haré callar. Del mismo modo haré que la duquesa de Gandia te sirva de cabeza. Conque ayudémonos resueltamente duque y no disputemos mas. A cambio de tu favor con el rey, la prision de don Francisco de Quevedo y de don Juan Tellez Giron ante la justicia, como homicidas de don Rodrigo Calderon.

—Lo haré, dijo el duque... ¿pero esas cartas, esos secretos?...

—Las unas y los otros los guardo yo como armas preciosas.

—Escucha, dijo el duque: yo puedo enriquecer á Dorotea, enriquezerte á tí...

—¿Y el oro da la felicidad? la da á los imbéciles que creen verdades las adulaciones de los miserables, pero la sed del corazón no la calma el oro. Ni un maravedí quiero tuyo. Y escucha; como dentro de un momento no esté preso don Juan Tellez Giron, que está en el alcázar y

en el cuarto de su esposa y ese Quevedo no duerme preso esta noche; obro duque, obro y ¡ay de tí en el momento que yo obre!

—¡Y no hay medio en lo humano!

—Ninguno.

—Bien: será lo que quieras.

—¡Presos don Francisco y don Juan!

—¡Presos!

—¡Al momento!

—¡Al momento!

—Pues vete y manda estender las órdenes.

—¿Y te quedas aquí?

—Si, no quiero asustarte desapareciendo delante de tí.

—Debe haber aquí alguna puerta secreta.

—Pues bien; ¿qué importa? bastante seguro te tengo. Mira.

El bufon se levantó, llegó al secreter de la derecha, oprimió un resorte y el secreter giró dejando descubierta una oscura entrada.

—Adios, duque, adios, dijo el bufon desapareciendo por ella, y no te atrevas á desobedecerme.

El secreter volvió á girar.

El duque quedó aterrado.

Parecíale, ó mejor dicho, queria que le pareciese aquello un sueño.

Pasóse la mano por la frente, hizo un violento esfuerzo, se resignó y salió y abrió la primera puerta.

—Que entre Ledesma, dijo á uno de los oficiales.

Y se volvió al camarín y se puso á papelear para disimular su turbacion.

Entró Ledesma.

—Sentaos, le dijo el duque, y tomad nota.

Ledesma se sentó.

—Levantamiento del destierro del conde de Lemos, dictó el duque: reposicion en su oficio de ayo del príncipe de Asturias á don Baltasar de Zúñiga: reposicion en su oficio de caballero mayor al conde de Olivares: nombramiento de confesor de su magestad la reina al reverendo padre fray Luis de Aliaga: y por último reposicion en su oficio de ayuda de cámara de su alteza el príncipe don Felipe al duque de Uceda.

—Ya está, señor, dijo Ledesma.

—Ahora aparte: comuníquese urgentemente orden al alcalde mayor para que luego haga prender donde los halle, á don Francisco de Queve-

do y Villegas y á don Juan Tellez Giron, como causantes de la herida de don Rodrigo Calderon, y pase de oficio para que sin levantar mano se emiece á formar el proceso; que cada oficial estienda una de esas minutas y traedmelas para el despacho de su magestad.

Ledesma salió asombrado, comprendiendo la razon de la malisima cara que tenia el duque.

Poco despues, en vista de las minutas que se estaban estendiendo, se daba por segura en las secretarias de Estado la caida del ministro universal duque de Lerma.

Lerma entre tanto encerrado de nuevo, buscaba en vano el resorte del secreter que cubria el pasadizo por donde habia desaparecido el bufon.

CAPITULO LXIII.

De cómo Quevedo buscó en vano la causa de su prision, y de cómo cuando se lo dijeron se creyó mas preso que nunca.

Antes de entrar en la materia de este capítulo, debemos dar algunas noticias á nuestros lectores á la manera de sueltos de periódico.

—Don Juan Tellez Giron, fue preso aquel mismo dia en el aposento de su esposa doña Clara Soldevilla, como causador del estado en que se encontraba don Rodrigo Calderon, y en el momento en que preparaba un viaje, circunstancia agravante que el alcalde encargado de su prision hizo constase en la diligencia del escribano que le acompañaba.

—Doña Clara Soldevilla, solicitó una audiencia del rey y no pudo conseguirla.

—Dorotea esperó en vano toda la tarde al duque de Lerma y á don Francisco de Quevedo, con la mesa puesta, y ya cerca de la noche, se puso verdaderamente mala y se metió en el lecho.

—El cocinero de su magestad fué á avisar al escelentísimo señor duque de Lerma, que doña Ana de Acuña recibiria á oscuras al rey á las doce de aquella noche.

—Al salir Francisco Martinez Montiño cocinero mayor de su magestad, de casa del escelentísimo señor duque de Lerma, se encontró manos á boca con el tio Manolillo bufon del rey, que le asió por un brazo y le metió en una taberna donde se encerró con él en un aposento.

—El tío Manolillo hizo vomitar al cocinero de su magestad cuanto sabía, acerca de la cita que el duque tenía aquella noche con doña Ana de Acuña.

—Al salir de la taberna, separáronse el cocinero mayor y el bufon, y este último se fué en busca de un alcalde de casa y corte.

Conocidas de nuestros lectores estas noticias, entraremos de lleno en el asunto del presente capítulo.

La silla de manos en que había sido metido Quevedo, y en que Quevedo se había dormido, anduvo hasta parar en un lugar de que no podía darse cuenta Quevedo, primero: porque con su cansancio, su largo desvelo y su admirable fuerza de ánimo, dormía profundamente, y segundo: porque aunque hubiera estado despierto, la silla de manos estaba herméticamente cerrada y á oscuras.

Pero de repente Quevedo hubo de despertar al contacto de una mano que le movía.

Abrió los ojos, se los restregó, se desperezó y... se encontró todavía á oscuras.

—Salid don Francisco, dijo la voz del alcalde Sarmiento.

—¡ Ah! ¡ con que hemos llegado! ¡ pues me alegro! quitaos de delante no tropiece con vos, licenciado Sarmiento, que lo sentiría por lo que de mí se os pudiese pegar, y dígame vuesamerce, sino le enoja: ¿ se han acordado de poner cama?

—Aquí os quedareis, dijo el alcalde.

—Sea por minutos, amigo. Y como no me contestais, y os despedís, id con Dios.

—Que Dios os guarde.

Sintió Quevedo el ruido de las pisadas de algunos hombres, y luego cerrarse una puerta.

—¿ De dónde vendrá este chubasco? dijo para sí, palpando en torno suyo: no lo sé... no adivino: una silla... pues señor estoy en mi casa... una cama mullida... afirmome en lo dicho... y á oscuras... me afirmo mas: calabozo tenemos, guardados estamos, y... sueño tengo, dejémonos de suposiciones inútiles, y acostémonos, y continuemos el sueño interrumpido.

Y Quevedo se acostó, no así como quiera, sino desnudándose como si hubiera estado en su casa.

Pero por esta vez no se durmió.

Había descabezado, como suele decirse, el sueño en la silla de ma-

nos, la situacion en que se encontraba, era grave por mas de un concepto, y su poderosa imaginacion empezó á dar vueltas.

Pero las vueltas de su imaginacion se agitaban en un laberinto oscuro, en el que se perdía mas y mas cuanto mas pugnaba por encontrar la salida.

Y como la imaginacion es tan libre que se agita mas cuanto mas pretendemos sujetarla, la cabeza de Quevedo llegó á convertirse en una devanadera.

Pasáronsele muy bien dos horas sin que pudiese atinar con la causa de su prision, porque para él era indudable que el prenderle no convenia al duque de Lerma, y que siendo el duque tan apegado á su conveniencia, no era ni aun razonable creer que su prision proviniera de él.

Ocurriósele, y acertó, que doña Catalina podia ser la causante, pero Quevedo tenia, como todos los hombres, dentro del cuerpo, el enemigo mayor del género humano: el amor propio.

Y su amor propio decia á Quevedo que doña Catalina estaba rendida á su voluntad, que lloraria mucho, que buscaria todos los medios imaginables para retenerle á su lado, pero que jamás obraria en contra suya.

Su amor propio, como ven nuestros lectores, engañaba á Quevedo, sobreponiéndose á su sagacidad y á su prudencia, que de una manera instintiva le decia, y le habia dicho, que todo debia temerlo de la rabia y el despecho de la condesa de Lemos.

Ni asaltó el pensamiento á don Francisco, que el bufon podria tener interés alguno en que le hiciesen preso, ni pudo, por consiguiente, encontrar una solucion satisfactoria que justificase su prendimiento.

—Hánme preso, decia, por recelos muchas veces; hánme traído de acá para allá; pero en esas ocasiones, sino he mordido, he conspirado, y sino he conspirado, he pensado en conspirar. Ahora no tengo contra mí nada, absolutamente nada, porque segun el viento que corre, lo de la herida de Calderon no hay que tomarlo en cuenta. Temi por don Juan, pero puse en planta lo que sobra para tener descuido, y, ó yo me he vuelto tonto, ó mi prision no entiendo, ó anda por la corte algo que yo no veo. Por fortuna, no hay bien ni mal que cien años dure; alguno ha de hablar conmigo, que no han de tenerme emparedado, y entonces ya sabré yo lo que me pasa, mas por lo que no me digan, que por lo que me quieran decir.

Interrumpió á Quevedo el ruido de una llave en una cerradura, sintió pasos, y una voz desconocida que le dijo:

—Sígame vuesamerced, señor don Francisco de Quevedo y Villegas.

—Del hábito de Santiago, señor de Juan Abad y poeta, contestó Quevedo.

—Espera á vuesamerced quien le ha de llevar á otra parte.

—Pues espérese el que ha de llevarme á que me vista, que yo me creia en mi casa y habíame desnudado; y si quieren que despache pronto, traíganme luz, que no se ponen bien las agujetas á oscuras.

—A oscuras habeis de vestiros como á oscuras os habeis desnudado, y á oscuras habeis de ir como habeis entrado á oscuras.

—Oscuridad cerrada tenemos, en el caos andamos: alguna creacion anda cerca: ¿y á dónde habeisme de llevar, señor mio?

—No lo sé yo eso; que no traigo órden mas que de sacaros de aquí, y hágame vuesamerced la gracia de no preguntarme mas, porque tendré el dolor de no poderle responder.

—¿Adolecedor sois? pues con alguacil no trato; hombre de bien tengo al canto; hidalgo barrunto; huélgome de ello, que siempre es bueno aun en lo mas malo, el dar con gente bien criada.

—Pero vuesamerced se vale de eso para vestirse con gran espacio y yo rogaria á vuesamerced que abreviara, que la jornada es larga, la noche mala, y los caminos con tanto llover, de los diablos.

—¿Es decir que Madrid se me escapa?

—Fuera de Madrid va vuesamerced.

—Pues quien de Madrid me saca debe de ser persona que puede.

—Gran secreto se tiene con vuestra prision, dijo el hombre misterioso acercándose mas á Quevedo: interés hay en que vuesamerced se pierda...

—Pues no es eso fácil que no nací yo para perdido.

—Traspapelar quieren á vuesamerced; pero yo que soy algo dado á papeles, y por algo letrado me tengo, y me he regocijado mucho con los versos de vuesamerced, y aprendido muy mucho mas con los discursos de vuesamerced, no soy mio, por mas que me hayan mandado que calle, y quiero advertir á vuesamerced.

Púsose en guardia Quevedo, á quien parecia un tanto sospechosa aquella facilidad en soltarse de lengua en quien tan severo habia empezado, y dijo:

—Páguele Dios, hermano, la buena voluntad que me tiene, si es que yo no puedo pagársela, que si podré, que estas son tormentas que pasan, y dígame lo que quiera, que aprovechará.

—Breve tiene que ser, porque esperan y pudieran sospechar.

—Con media palabra entiendo yo. ¿Por quién soy preso?

—Por el rey.

—Eso ya me lo sabia, que á nadie se prende sino á nombre de su magestad: que el nombre de su magestad hace ya mucho tiempo que sirve para embozar cosas malas.

—Os han preso con justicia.

—Cierto es que con alguaciles me prendieron.

—Con razon.

—Teneis razon, que razon es que los tales prendan, que sino prendieran no serian corchetes.

—Quiero decir, que vos teneis la culpa de haber sido preso.

—Tambien decís verdad, que por dejar yo la espada presa, he dado en prisiones.

—No es eso don Francisco: habeis cometido un delito.

—Estais echando un río de verdades. Gran delito es en efecto el venir en estos tiempos á la córte.

—Habeis malherido á don Rodrigo Calderon.

—No fui yo... pero quiero tomar mi parte en esa buena accion, porque al fin ayudé á ella. ¿Y por haber sangrado á un pícaro me prenden? ¿y á esto llaman delito?

—Las cosas han variado.

—¿Priva de nuevo Calderon?

—El alcázar se ha vuelto de arriba á abajo.

—Gran suceso y grande espectáculo. ¿Echádose ha el alcázar á volatinero?

—Mas de lo que pensais. En fin y para abreviar que ya nos detenemos demasiado, habeis sido acusado por el duque de Lerma, juntamente con don Juan Tellez Giron, de homicidio contra don Rodrigo; y como don Rodrigo se va por la posta...

—Pues si se va me alegro, que nosotros por aquí nos quedamos, y á fe mia, que no ha de faltar quien pague las costas. Gran servicio habremos hecho con la ida de tal, al rey y á la patria.

—Pues piden vuestra cabeza.

—Menores cosas he pedido yo, y heme quedado sin ellas; que si á todo el que pide le dieran, pronto se echarian todos á pedir y no quedaria quien pudiera dar. ¿Y á dónde me llevan?

—A Segovia.

—Honrosa cárcel me dan. Y con esto y con no tener ya nada que ponerme salvo la daga y la espada que me han quitado, recibid mi agradecimiento, alguacil desalguacilado, y vamos, que el moverme me hará provecho.

—Acercad y asios de mi capa.

—Tengoos ya

—Pues marchemos, y silencio.

—Silencio y marchemos.

Tiró para adelante el hombre, á cuya capa iba asido Quevedo, y siguió este pensando para sus adentros :

—Póneme mas en cuidado que nunca la amistad de este : paréceme que se han propuesto asustarme... ¡y vive Dios! que lo han conseguido... por mí, acostumbrado estoy á estas aventuras... pero don Juan... preso tambien... ¡pueden salir de aquí tantas cosas!...

—Señor alcalde, dijo en aquel punto el hombre que guiaba á Quevedo : aquí tiene vuesamerced al preso.

—¿Sois vos don Francisco? dijo la voz ronca y tiesa, por decirlo así, del licenciado Sarmiento.

—Yo soy, á menos que no me equivoque, amigo.

—Entrad en esta litera.

—Pónganme junto á ella : pero ya la topo : adentro voy : buenas noches y buen viaje.

—¡Si vos sois el que os vais!

—No, licenciado Sarmiento; vos sois el que os vais de mí... y me alegro. Guardeos Dios.

Estaba ya dentro Quevedo y se cerró la puerta de la litera.

Esta se puso en movimiento.

Durante algun espacio, Quevedo oyó el ruido de las gentes que pasaban, y el viento que zumbaba en los aleros de las calles.

Despues aquel ruido cesó : oíase el zumbir del viento, largo, estendido, como en el campo, y solo se oyeron los pasos de las mulas de la litera y los de algunas cabalgaduras que marchaban constantemente junto á ella.

CAPITULO LXIV.

De cómo el tío Manolillo no había dado su obra por concluida.

Apenas el licenciado Sarmiento había entregado á cuatro alguaciles de á caballo la guarda de Quevedo, con la órden verbal de que le recibiese preso el alcaide del alcázar de Segovia, y se había alejado de la casa, con su ronda de alguaciles, cuando se le plantó delante de la luz de la linterna (porque era ya de noche) un hombre pequeño, cubierto con un sombrero gacho, y envuelto en una capa negra.

—¿Qué me quereis? dijo secamente el licenciado.

—¿Es vuesamerced, como lo parece, alcalde de casa y corte? dijo aquel hombre cuyo acento era indudablemente afectado.

—Tal soy, dijo el licenciado.

—Pues tomad este pliego y enteraos de él, en servicio del rey y de la justicia.

Tomó el alcalde el pliego, y apenas le hubo tomado, cuando el desconocido, volviéndole rápidamente la espalda, dió á correr con una velocidad maravillosa.

—¡Siganle y agárrenle! gritó el alcalde.

Siguiéronle algunos alguaciles, pero volvieron á poco diciendo que aquel hombre se les había perdido.

Puso presos el alcalde á aquellos alguaciles, por el delito de no haber tenido tan buenas piernas como el huido, y despues de esto, fuese á su

casa, encerróse en su despacho, sentóse delante de una mesa cargada de procesos, y sacando el pliego que el hombre misterioso le habia dado, leyó en él lo siguiente:

— «Señor alcalde: un hombre ha sido asesinado...

Al leer esto el licenciado Sarmiento, se le bailaron los ojos de alegría.

Porque el licenciado Sarmiento era alcalde en cuerpo y en alma, y se alegraba de los delitos, como los médicos se alegran de las enfermedades, los clérigos de los entierros, y los sepultureros de los muertos.

La alegría le hizo detenerse un momento, y luego prosiguió:

— «Un hombre ha sido asesinado á traicion. Este hombre es el sargento mayor don Juan de Guzman. El causante de este asesinato, ó los causantes, han sido, don Francisco de Quevedo y Villegas...

La alegría nubló de nuevo los ojos del licenciado, porque, como todos los tontos á los hombres de ingénio, tenia suma ojeriza á Quevedo.

Despues prosiguió:

— «Los causantes han sido don Francisco de Quevedo y Villegas del hábito de Santiago, y don Juan Tellez Giron, homicidas, al menos por intento, de don Rodrigo Calderon. El medio del asesinato ha sido Francisco Martinez Montiño, cocinero mayor de su magestad, por instigacion de los tales don Francisco y don Juan, y el lugar del asesinato donde, si se busca bien, se encontrará el cadáver del dicho sargento mayor, la casa de doña Ana de Acuña, aventurera y manceba á un tiempo del duque de Uceda y del difunto, en la calle de Amaniel. Esté vuesamerced atento, y verá como á la media noche entran algunos en su casa por el postigo. Guarde Dios á vuesamerced.»

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! exclamó el alcalde: ¡asesinato de hombre casa de la querida del duque de Uceda, y á manos del cocinero mayor de su magestad! Este tal cocinero es muy rico, y el duque podrá ser que se interese harto por su manceba. ¡Oh! ¡oh! ¡oh!

Y el licenciado se quedó gratamente abismado en la contemplacion del resultado futuro de un negocio en que podrian cruzarse sendos dolones.

Pero como todo lo que tenia de salvaje en la acepcion completa de la frase el licenciado, lo tenia de activo, hizo llamar á aquella hora que ya era bien entrada la noche, á un escribano, empezó por encabezar el proceso con la declaracion testimoniada de lo que le habia acontecido con el hombre de la capa, sin olvidarse de unir la denuncia original, é *incontinenti* con el mismo escribano y diez alguaciles, fuese á la calle de Ama-

niel, y con las linternas cerradas y la mayor cautela, escondiéronse él y sus gentes de tal modo, que nadie, como no hubiera tenido la cualidad de oler á la justicia, hubiérala creído en aquellos lugares.

Entre tanto, la hermosa doña Ana, sola, porque siguiendo los consejos del bufon, habia despedido á sus criados: aterrada, porque la situacion en que se encontraba, teniendo en las habitaciones inferiores el cadáver cosido á puñalados del sargento mayor, no era para menos; hálagando la sola esperanza de que el rey, á quien esperaba por anuncio de Montño, enamorada de él, la salvaria, ocupábase en acabar de ataviarse de una manera magnífica, porque aunque, segun lo convenido, debía recibir al rey á oscuras, por el tacto, lo mismo que por la vista, se apreciaban las buenas telas y las ricas alhajas, y en echar esencias en sus cabellos y en procurarse por todos los medios parecer hermosa sin luz.

La situacion de aquella desdichada no podia ser mas espantosa, mas dramática: basta anunciarla para que se comprenda. Un terror profundo, y una ansiedad mortal.... y sin haber comido, privada de sus criados; y sin haber visto un solo resquicio de salvacion, entre las tinieblas de horrores que la rodeaba.

Cada vez que resonaba un reloj á lo lejos, el corazon de doña Ana cesaba de latir; cada vez que resonaban pasos en la calleja adonde daba el postigo de su casa, una ansiedad mortal la devoraba. Los pasos se acercaban, llegaban, se alejaban. No era el rey.

Al fin, dieron á lo lejos las doce de la noche.

La sangre de doña Ana circuló con fuerza, ardió, la dieron fuertes latidos las sienas y el corazon: se nublaron sus ojos... era la hora de la cita: resonaron inmediatamente pasos en la calleja: doña Ana escuchó con toda su vida apoyada en el alfeizar de la ventana que daba sobre el postigo: luego resonó una llave en aquel postigo: la alegría dió fuerzas á doña Ana: la esperanza valor: se retiró precipitadamente de la ventana: tomó la luz que habia en la habitacion, y entró en otra que era su dormitorio: de allí pasó á otra que era su cámara: allí encendió una linterna de resorte que tenia preparada, la cerró, la puso sobre una mesa, apagó la bujía, y se quedó á oscuras esperando impaciente en medio de la cámara.

Resonaron al fin pasos en el dormitorio, crugieron las vidrieras al tropezar en ellas una persona, y la voz cobarde, trémula del cocinero mayor, dijo desde en medio de la oscuridad:

—¿Estais ahí, señora?

Doña Ana hizo un violento esfuerzo sobre sí misma para que su voz no temblase y contestó con acento dulce:

—Si, si, señor Francisco Montño. ¿Viene con vos ese caballero?

—Teneisme aquí impaciente, hermosa señora, dijo el duque de Lerma.

Debemos advertir que doña Ana no había oído nunca hablar ni al rey ni al duque de Lerma; y que la voz del duque, por la soberbia de este y su gran aprecio de sí mismo, tenía un timbre particular, hueco, campanudo, grave, que daba á conocer al gran señor que habla siempre mandando, imponiendo, obteniendo inmediatamente una respetuosa obediencia.

—Retiraos abajo, Montño, añadió el duque.

Y luego dijo:

—¿Dónde estais, señora?

—Aquí, mi señor: venid, adelantad, tomad mi mano; yo os guiaré.

El duque guiado por el sonido, buscó entre la oscuridad y tropezo primero con un traje de brocado; luego con un hombro redondo que se retiró de una manera nerviosa y al fin con un brazo desnudo de una morvidez y una suavidad esquisitas, yendo á parar, por último, á una mano incomparable por su forma, pequeña, gruesecita, cuajada en los dedos de gruesos cintillos, que temblaba y estaba fria.

—¿Qué os espanta, señora? dijo el duque mientras doña Ana le conducía á tientas hácia un lado de la cámara.

—Me espanta, dijo doña Ana con su sonora y dulce voz de mujer hermosa, me espanta la situación en que me encuentro, que es horrible.

—¡Horrible! no alcanzo á comprenderos: ¿horrible porque yo estoy aquí?

—Si, si señor, porque si mi situación no fuese horrible no estariais vos aquí.

—¡Esplicadme, esplicadme, señora! dijo el duque con cierta magnífica magestad, porque suponía que todo aquello no era mas que un prefacio de costumbre.

—Si yo no hubiera necesitado de la protección de una alta persona, cuando Montño me trajo de vuestra parte el regalo que tengo al cuello...

—¡Ah! ¡señora!...

—Podeis creer que el haber yo consentido ha sido por ese regalo; pero os engañais si creéis eso, señor: lo he aceptado porque me encontréis humilde, porque queráis mejor ampararme.

—¿Pero qué os sucede?

—Estoy sola en el mundo: sola y amenazada de mil peligros. Cuando Montño me dijo que una altísima persona me amaba...

—Otros hay mas altos que yo, señora.

—¡Oh! ¡no! ¡solo Dios!

—¿Quién os ha dicho eso? dijo con una gravedad eminentemente cómica el duque que queria pasar por el rey...

—Nadie... pero... mi corazon...

—¡Vuestro corazon...!

—Yo habia ido muchas veces á la córte, señor: las mujeres somos locas, insensatas: nos gusta, nos enamora lo grande, lo que deslumbra...

—¡Y os he deslumbrado yo!

—¡Ah, señor! vos sois el sol de las Españas.

—¡El sol yo! ¡pero no veis que estamos á oscuras!

—Yo os veo claro, como si fuera de dia... como si... estuviérais...

—¿Cómo si estuviera dónde?

—No me atrevo señor, ¡habeis mostrado tal empeño en no ser conocido...!

—Sin embargo, vos lo mostrais tambien en hacerme entender que me conoceis.

—Porque en ello me va mi honra.

—¡Vuestra honra...!

—Si, si por cierto: yo no podia ser esclava de otro que de vos.

—¡Ah! ¿pero quién creéis que soy yo?

—No me atrevo á decíroslo.

—Hablad, hablad sin temor, señora.

—¿Me dais vuestra noble palabra de no enojaros?

—Os la doy.

—Pues bien, dijo doña Ana arrodillándose de repente á los piés del duque de Lerma: yo soy vuestra, señor, en cuerpo y en alma... porque hace mucho tiempo que loca, fuera de mí, amo á vuestra magestad.

—¡Mi magestad! dijo el duque fingiendo el mas profundo asombro: ¡cómo, señora! ¿habeis creído que yo soy el rey?

—¡Ah, señor! ¡señor! exclamó doña Ana cubriendo de trémulos besos las manos del duque, vuestra magestad me ha dado su real palabra de no ofenderse.

—Y no me ofende mas, que el dolor de no ser el rey, puesto que al rey amais vos; pero levantaos señora, no sois vos la que debeis estar á mis piés.

—¿Es decir que teneis empeño formal en que yo no os reconozca?

—Créed que hay en mí grandes razones para no querer ser conocido de vos.

—Respeto esas razones, señor, las respeto y me someto á vuestra voluntad.

—¿Quedamos, pues, en que yo no soy el rey?

—Sí, si señor.

—Gracias, señora, gracias. Ahora decidme: ¿cuál es la situacion horrible en que os encontrais? Hablad que aunque yo no sea el rey tengo poder bastante para salvaros.

—Juradme por vuestra alma que me salvareis y que no desconfiareis de mí.

—Os lo juro.

—Voy á ser muy franca con vos.

—Os lo agradeceré.

—Yo señor, no soy noble.

—Teneis la nobleza de la hermosura.

—Nací en las playas de Galicia, señor, y Dios sin duda para probar-me, me dió esta funesta hermosura.

—¡Vuestros padres fueron pobres!

—Pescadores, sin mas bienes que una barca y una cabaña en la playa; yo crecí allí libre, al sol y al aire, delante del mar, tan ancho, tan azul, tan hermoso, guardada por las espaldas por las verdes montañas de mi hermosa Galicia. ¿No es verdad, señor, que nadie al verme, al escucharme, puede creer que yo he sido una pobre muchacha que se llamaba Aniquilla, que corria descalza por las rocas buscando mariscos cuando era niña, y que mas tarde... ¡oh! ¡Dios mio!

—No, no, nadie lo creeria, porque Dios os ha dado la nobleza, como ya os lo he dicho de una grande hermosura, y con esa maravillosa hermosura, una discrecion adorable y un claro ingenio. Vos sois una dama completa.

—¡Pluguiera á Dios que no lo fuese!

—¿Pero qué misterio hay en vuestra vida..?

—Seria en mí un crimen el engañaros, señor.

—Os escucho con afan.

—Apenas dejé de ser niña, cuando dejé de ser pura.

—¡Ah! ¡la inocencia!

—La libertad... y luego mi anhelo de salir de aquella cabaña... las

solicitudes de los marineros .. todos me prometian sacarme de allí... yo ansiaba ser mas... los creia... y todos me dejaban.

—¡ Oh!

—Un dia, señor, fondeó en la caleta que estaba delante de la choza de mis padres, un barco de rey. Yo estaba sentada en la punta de una roca, triste y desesperada, porque mi último amante acababa de hacerse á la mar. La blanca vela de su bergantin, se veia allí á lo lejos, como una motita próxima á desaparecer en la inmensidad de los mares.— Sacóme de mi distraccion el ruido acompasado de muchos remos: miré y ví que era una barca que entraba en la caleta llena de hombres que llevaban plumas y corazas relucientes, y bandas sobre las corazas los unos, y los otros largas lanzas en las manos. Eran gente de guerra que habia venido en el barco del rey.— Yo era la persona primera que vieron.— Todos aquellos hombres, al saltar en tierra me miraron.— Particularmente uno, jóven y buen mozo, que llevaba banda de seda sobre la coraza, me miró con mas fijeza que los otros, y se detuvo.— Los restantes se encaminaron á la aldea, y los marineros se pusieron á llenar de agua unos barriles que traian en la lancha, en una fuente que habia en la playa.

—Rapaza, me dijo el hombre que se habia detenido junto á mí, ¿ cómo tan sola, siendo tan hermosa? ¿ Esperas á tu amante?

Yo no le contesté; pero mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿ Por qué lloras? me preguntó.

—Porque mi amante se ha ido para no volver. Le contesté, arrojando una mirada al mar, en cuyo horizonte se veia ya imperceptiblemente, como un punto blanco próximo á desaparecer, el bergantin que conducia á mi último amante, que acaso no se acordaba ya de mí.

—¡ Bah, muchacha! me dijo el soldado: á rey muerto, otro al puesto: por mucho que le quieras, pronto le olvidarás, si pones á otro en su lugar.

—El, como todos, me habia dicho que me llevaria consigo... y como los otros me ha dejado aquí.

Miróme profundamente el capitan, y dijo como hablando consigo mismo.

—Pedirla mas hermosa seria avaricia, y parece inocente. Muchacha, añadió dirigiéndose á mí: ¿ quíeres ser la prenda de un mozo de rumbo?

—No os entiendo, le contesté.

—¿ Quíeres ser mi moza, digo? Yo te pondré en el cuello corales y

encajes, y te meteré la cintura en sedas, y te calzaré los piés con chapines, y si ahora pareces un lucero, despues parecerás un sol.

—¿Es de veras? le pregunté olvidada ya del otro que iba en el bergantin, que habia desaparecido por completo en alta mar.

—Tan de veras, que si estás aquí en este mismo sitio á la noche, vendré por tí.

—Estaré.

—¿Palabra de buena muchacha?

—Os lo prometo.

—Pues veremos quien falta á lo prometido, dijo el capitan.

Y me estrechó la mano, y se fué á la aldea donde habian entrado los soldados.

—¿Y fuisteis? dijo el duque de Lerma.

—Si, si señor, fuí, puesto que estoy hablando con vos : fuí por mi desgracia : ó mejor dicho, no me moví de la roca.... no me despedí de mis padres, ni entré siquiera en la cabaña.

Cuando me habló el capitan, se ponía el sol.

La noche por lo tanto no tardó en llegar.

Pasó algun tiempo desde que cerró la noche, y por cierto bien oscura.

Yo esperaba con impaciencia.

Toda mi ambicion era salir de aquel estrecho valle, encerrado entre el mar y las montañas.

¡El mar sin límites, que recibió mis primeras miradas! ¡las verdes montañas de mi hermosa Galicia, de entre las cuales pluguiera á Dios no hubiera salido nunca!

Como os decia, la impaciencia me devoraba.

Solo veia delante de mí, porque la noche era muy oscura, una línea algo mas clara, una línea movable.

Era el mar, que venia á romper sus olas en las rocas.

Solo escuchaba su quegido incesante, y el ligero zumbir del viento.

—¡Bah! dije llorando : el hermoso soldado se ha olvidado como los otros de sus promesas : pero este al fin no ha sido infame, porque no ha sido mi amante.

Y me levanté de la roca, y con el corazon amargo me volví para encaminarme á la choza de mis padres, por cuya puerta se veia relucir á lo lejos la llama, la alegre y dichosa llama del hogar.

Pero de repente, un ruido que sentí á mis espaldas me detuvo.

Era ruido de remos.

Mi corazon se ensanchó y me volví de nuevo á la roca.

Abordó una barca, y de ella saltó un hombre.

—¿Estás ahí muchacha? dijo.

En aquella voz reconocí la del capitan.

—Si, aquí estoy esperándoos, le dije.

—Pues ven conmigo, y no te detengas, que el viento es favorable y vamos á zarpar.

Acerquéme á él, y él me asió de una mano y me llevó hasta la barca.

Su mano temblaba.

Luego me asió de la cintura para meterme en la barca.

Sus brazos temblaban tambien, y su corazon latia con fuerza.

Me dió un silencioso beso en el cuello, y sus lábios abrasaban.

Yo empecé á sentir no sé qué por aquel hombre.

Me parecia hermoso, y luego... me trataba como no me habia tratado ninguno.

Los otros me habian tratado con desprecio.

El me trataba como á una señora: se estremecia á mi lado, se ponía pálido.

Me retuvo en sus brazos en la barca; y luego, siempre en sus brazos me subió á la galera.

Noté que nadie se reía de mí; que nadie me miraba; que todos, cuando pasaba junto á ellos el capitan, que me llevaba de la mano, se descubrian.

Era él el capitan de la galera, y ademas muy rico y muy principal.

Por eso me respetaban todos.

Y yo iba mal vestida, despeinada, descalza.

Y sin embargo, don Hugo de Alvarado, que así se llamaba mi esposo...

—¡Vuestro esposo...! exclamó con asombro el duque de Lerma.

—Si; yo soy viuda de un capitan de mar de su magestad, señor.

—Contadme, contadme como fue eso.

—Cuando llegamos al puerto del Ferrol, don Hugo, que no se habia tomado conmigo la menor libertad, á pesar de que yo estaba enteramente sometida á él, hizo venir de tierra unas sastras.

Aquellas mujeres me tomaron medidas, y tres dias despues me llevaron ricos vestidos, y muchos: trajes de dama, y de dama principal: por otra parte, don Hugo me llevó joyas.

Cuando me vistieron, cuando me engalanaron, don Hugo exclamó enamorado:

—¡Es un sol!

Yo estaba aturdida: me miraba en un espejo, y no me conocia; me parecía que mi hermosura había crecido.

La felicidad me hacía sufrir.

Había visto otras playas: veía otras montañas: tenía á mis piés un amante jóven, hermoso, que me trataba con el mayor respeto.

Mis vestidos eran ricos: sentía perlas en mi cuello, y cuando me miraba en el espejo, veía que mi cuello era mas nacarado que las perlas.

Y no me acordaba de mis padres.

Amaba la vida en que entraba, y me moría por don Hugo.

—¡Le amábais! dijo el duque de Lerma.

—Como no había amado nunca: como no he vuelto á amar hasta que os he conocido á vos, señor.

El duque de Lerma, iba olvidándose rápidamente del objeto que le había llevado á aquella casa, esto es: el hacer la guerra por uno de sus flancos, á su hijo el duque de Uceda, que se valía de aquella mujer para escitar las precoces pasiones del príncipe, que se llamó despues Felipe IV, y de cuyas escandalosas aventuras amorosas están llenas la historia y la tradicion.

El duque de Lerma aunque circunspecto, porque la gravedad era su vicio, hombre al fin, empezaba á sentirse escitado por la galante historia de doña Ana.

Y luego, hay que convenir en que doña Ana tenía una gran práctica de cortesana, que conocía el secreto de inspirar la voluptuosidad, y en que, tales eran las manos que tenía abandonadas dulcemente entre las del duque, que por su forma y su tersura, venían á ser el prólogo de bellezas incomparables.

Si el duque no hubiera llevado allí, segun su sentido político, un alto objeto, hubiera roto por todo y hubiera pedido á doña Ana luz. Pero aquella mujer le parecía muy importante, y necesario y conveniente de todo punto seguir representando á oscuras un papel de rey enamorado y celoso de su dignidad.

El duque de Lerma incurria en su millonésima equivocacion

Estaba allí representando por la millonésima vez, su papel de simple.

—¡Ah! ¿con qué amais á su magestad cuanto habeis amado al que habeis amado mas? dijo el duque.

—Os ruego, señor, que no volvamos á la pasada disputa: yo no me atrevo á disputar con vos. Respeto vuestros deseos y callo.

—Continuad, señora, continuad, dijo el duque alhagado por las palabras de doña Ana, porque tal era su vanidad, que se hinchaba con el placer de representar al rey de una manera indirecta, aunque esto no fuese sino como podía ser, á oscuras y ante una persona que nunca hubiese oído la voz del rey.

Doña Ana continuó:

—Amaba yo á don Hugo por cuantas razones puede amar á un hombre una mujer: me enamoraba y me enorgullecía. Pero fui muy desgraciada en mis amores. No los logré.

—¡Cómo! ¿pues no sois su viuda?

—Oid, señor, oid: cuando estuve ataviada como una dama, don Hugo zarpó de nuevo y tomó rumbo para Barcelona: durante la travesía, me trató con el mayor respeto. Yo no comprendía por qué don Hugo me respetaba; despues lo he comprendido: don Hugo respetaba en mí su amor, un amor tan estrañamente concebido por una pobre muchacha deshonrada. Pero contra el amor no hay razones: se ama porque se ama y nada mas.

En Barcelona saltamos en tierra, y don Hugo me llevó á casa de una anciana tía suya. Habíamos convenido, para que nada pudiese decir la tía, en decirle que don Hugo me había rescatado de unos piratas berberiscos que me habían apresado algunos años antes, matando á mis padres.

La buena vieja era muy crédula, y creyó todo lo que su sobrino quiso que creyese.

Don Hugo estuvo algunos dias en Barcelona, y partió al fin, dejando encomendado á su tía que hiciese de mí una dama.

Yo quedé con un agudo dolor.

Don Hugo me escribió al poco tiempo una carta muy tierna que aumentó mi amor hácia él. Con el afán de poder leer sus cartas, de poder escribirle, aprendí en muy poco tiempo á leer y á escribir.

Al año pude contestar, aunque mal, por mí misma á aquel amante que se me había entrado en el alma y á quién debía el verme cambiada en otra.

Porque ya no era yo la pobre muchacha ignorante que andaba descalza por la playa, entregada al primero que encontraba al paso, abandonada á sí misma: habia formado otro concepto del mundo: estaba en una casa rica, prevenian mis deseos numerosos criados, vestia ostentosa-



mente, iba á todas partes y á todas partes en litera ó carroza: la buena doña María me amaba y no habia sospechado nunca de la verdad de la historia que la habíamos contado su sobrino y yo. Por otra parte, yo, que en realidad me llamaba Ana Pereira, me llamé doña Ana de Acuña como ahora.

—¿Y cómo pudo ser eso? dijo admirado el duque de Lerma.

—No lo sé, porque don Hugo no me lo dijo por escrito ni pudo decirme lo de presente.

—¡Cómo!

—¡Don Hugo y yo no nos volvimos á ver!

—¡Y sois su viuda!

—Seguid escuchando. Un dia recibí una ejecutoria, que aun conservo, y unos papeles que acreditaban que yo era en efecto doña Ana de Acuña, única descendiente de una familia ilustre, pero pobre.

—¿Era rico don Hugo? preguntó el duque de Lerma.

—Riquísimo.

—Pues entonces comprendo perfectamente como os ennoblecí... compraría su apellido y su ejecutoria á una familia pobre...

—Eso debió de ser.

—Continuad, señora.

—Pasaron dos años, y al cabo de ellos, cuando yo estaba completamente transformada, cuando acababa de cumplir los diez y nueve años, doña María adoleció de su última enfermedad. Escribí á don Hugo que me veía espuesta á quedarme sola en el mundo, y don Hugo me contestó, enviándome los papeles necesarios por medio de un amigo suyo para que pudiera casarme con él, por poder que para este efecto habia dado á su amigo.

En efecto, una noche en que la dolencia de doña María se habia agravado de una manera tal, que los médicos no la daban mas que algunas horas de vida, me casé, junto á su lecho, con don Hugo, representándole el amigo que para ello habia enviado.

Acabada la ceremonia, el amigo de don Hugo y los testigos, se retiraron, y yo triste y temerosa por aquellas bodas que se habian hecho junto á una moribunda, me quedé velando su agonía.

Al amanecer murió.

Aquel dia un escribano vino á abrir el testamento.

La buena doña Marta habia dejado todos sus bienes, que eran muchos, á la esposa de su sobrino.

Yo era ya rica.

No sé si por esto, yo que habia olvidado completamente á mis pobres padres, lloré por aquella mujer.

Quedeme en la casa como dueña.

Escribí á mi esposo, participándole la muerte de su tia, y al poco tiempo recibí una carta enlutada.

La abrí con el corazon helado, y recibí un golpe cruel.

Don Hugo habia muerto en Flandes como bravo, peleando por el rey, pero habia tenido tiempo para darme la última prueba de aquel extraño amor que habia sentido por mí.

En su testamento aparecia yo su heredera universal.

Encontréme viuda, jóven, hermosa y dos veces rica.

Lloré mucho por don Hugo, pero todo pasa, todo muere y muere tambien y pasa el dolor.

¡ Oh! ¡ si yo entonces me hubiera acordado de mis pobres padres y hubiera ido á sacarlos de su miserable cabaña!

¡ Dios acaso, entonces, me hubiera amparado!

Pero me olvidé de todo y acabé por olvidarme de don Hugo, del único hombre á quien habia amado.

Rica, jóven y hermosa, me propuse apagar mi sed de placeres, mi sed de vanidad.

Y aunque muchos quisieron casarse conmigo, yo no quise.

Quería volar libre, suelta, poderosa; devorar cuanto el mundo tiene de incitante y bello.

Y lo gocé.

Pero lentamente mi caudal disminuía.

Vivia en la corte, y gastaba, gastaba sin reflexion el caudal que me habian dejado una santa y un hombre de corazon.

Gasté su caudal y su nombre, porque fui una mujer galante, una aventurera: porque en mi sed de gozar me olvidaba de mi honra, como me habia olvidado de mis padres, como me habia olvidado de mi esposo.

— ¡ Oh! ¡ oh! vos sin duda exagerais, señora.

— Os digo la verdad; no he querido engañaros. Soy una mujer perdida, y no comprendo cómo, vos, señor, podeis haberos enamorado de mí, cómo no he podido comprender nunca porqué de mí se enamoró don Hugo.

— Teneis una hermosura maravillosa, doña Ana.

—Gracias, muchas gracias, señor : pero escuchadme todavía , que aun no he concluido.

—Os escucho.

—Muy pronto estuvo enteramente perdido lo que habia heredado; empecé á contraer deudas, y no sé lo que hubiera sido de mí, si un día no me hubiese visto en el coliseo del Príncipe, el príncipe don Felipe.

—¡ Ah !

—Aunque es muy niño, clavó en mí sus ojos y no los apartó en toda la funcion. El duque de Uceda estaba en el aposento del príncipe.

—¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó el duque de Lerma con un acento que engañó á doña Ana.

—Yo no debería deciros esto , señor , dijo ella ; pero no debo engañaros ; no debo escusaros ni la parte mas leve de la verdad. Ademas que su alteza es muy niño...

—¡ Y sin embargo, quiere pervertirle el buen duque de Uceda...!

—El duque de Uceda es muy ambicioso, y hace la guerra á su padre el duque de Lerma, de la manera que puede. El duque de Uceda es tan mal hijo como lo he sido yo. Dios le castigará como me ha castigado á mí. En cuanto al príncipe...

—Decid, decid...

—El duque le trae algunas noches. Su alteza se alegra cuando me ve y me abraza y me besa, y me dice que cuando sea rey yo seré lo que quiera ser.

—¿ Pero el príncipe está ya pervertido ?

—No, no señor : pero si... su magestad el rey no pone remedio, el príncipe será un rey débil capaz de todo, si para lograr sus intentos le pone un ambicioso delante una mujer hermosa.

—Gracias, señora, gracias en nombre del rey.

—¡ Oh ! el rey puede contar con mi corazon, con mi alma. Pero el rey tendrá compasion de mí y me salvará. ¿ No es verdad, señor ?

—¿ Pero de qué tiene que salvaros el rey ?

—¡ Ah, señor ! ¡ yo no os lo he dicho todo ! Pero antes de que concluya la triste confesion de mis desdichas, dadme, señor, vuestra palabra de que me protegereis.

—Os protegeré, no lo dudeis. Pero alzado, alzado, señora, y no tembleis de ese modo.

Doña Ana se habia arrojado de nuevo á los piés del duque de Lerma, y besaba llorando sus manos.

El duque creyó que quien causaba el miedo de doña Ana, era el duque de Uceda.

Doña Ana se levantó.

—Continuad, señora, dijo el duque.

—Yo tenia un amante, mas por miedo que por amor.

—¡ Un amante !

—Si, señor, el sargento mayor...

—¿ Don Juan de Guzmán ?

—¡ Cómo ! ¿ lo sabíais, señor ?

—Si ; me lo habian dicho.

—Y á pesar de eso, señor, ¡ me habeis solicitado !

—Sé que ese hombre ha muerto.

—¿ Lo sabeis ?

—¡ A puñaladas !

—¿ Pero sabeis quién le ha matado ?

—¡ Sil !

—¿ Lo sabeis ?

—Permitidme que no lo diga : su hombre.

—Os lo diré yo, porque ninguna parte tengo en su muerte.

—¿ Qué decís ?

—Que le ha matado el tio Manolillo, el bufon de... el rey.

—¿ Lo sabíais ?...

—Pero yo creia que le habia matado por distinta causa.

—¡ Cómo ! señora, ¿ creéis que yo he mandado la muerte de ese hombre ?

Y en el acento de temor y de sorpresa del duque que era siempre hinchado, doña Ana creyó oír el acento de un rey ofendido.

—¡ Ah ! ¡ perdon ! ¡ perdon, señor ! exclamó : no crea vuestra magestad...

Era tan grave lo que sucedia, que el duque de Lerma perdió la serenidad y exclamó :

—¿ Cómo os he de decir que yo no soy el rey ?

—¿ Pues quién sois entonces ? exclamó con espanto doña Ana, á quien parecieron enérgicamente verdaderas las palabras del duque.

—Yo, dijo Lerma reponiéndose, pero torpemente, soy... un caballero que os ama.

—¡ Ah ! exclamó con acento rugiente doña Ana ; ¡ me ha engañado ese miserable Montño ! Pero yo sabré quién sois.

Y corrió al rincón donde, como dijimos, había dejado la linterna sor-da, vino hácia donde estaba el duque, y abriendo la linterna, inundó de luz su semblante.

—¡El duque de Lerma! exclamó.

—¡El duque de Lerma! exclamó un hombre que abría al mismo tiempo una puerta.

Lerma arrancó la linterna de las manos de doña Ana, y miró á aquel hombre y retrocedió:

—¡Mi hijo! exclamó con espanto.

—Si, si señor, vuestro hijo, contestó el duque de Uceda.

Y el padre y el hijo delante de doña Ana aterrada, quedaron mirán-dose frente á frente.

CAPITULO LXV.

El padre y el hijo.

Entrambos se encontraban contrariados.

Ni el padre ni el hijo habian esperado verse allí de una manera tan ambigua.

El duque de Lerma que habia tenido aquella mañana una entrevista escandalosa con su hija la condesa de Lemos, debia tener aquella noche otra con su hijo el duque de Uceda.

Condiciones eran de su posicion.

Habia asaltado el poder por medio de intrigas y de bajezas, y la bajeza y la intriga debian acometerle á su vez.

Y como su hijo era bajo é intrigante, he aquí que en la mañana en que ambos estaban enredados, debian encontrarse y se encontraron en aquella situacion absurda, casa de una cortesana, y rivales en todo hasta respecto á la mujer que los miraba aterrada sin saber que la sucedia.

Doña Ana con el terrible acontecimiento de aquella mañana, lo habia olvidado todo y cuando dió la cita al cocinero mayor para el duque de Lerma, creyendo que se la daba para el rey, se olvidó de que el duque de Uceda tenia una llave de la puerta principal de la casa, por medio de la cual podia entrar á cualquier hora.

Si doña Ana se hubiera acordado, con haber corrido los cerrojos de la puerta, punto concluido.

Pero se había olvidado de ello, y como un descuido basta á veces para producir consecuencias inmensas, he aquí que el duque de Uceda, á quien enamoraba doña Ana de una manera doble, como mujer y como instrumento, llegó, abrió, subió y entró en la cámara de la cortesana á tiempo que esta reconocía al duque de Lerma.

Ya hemos dicho que doña Ana estaba aturdida.

Ni aun se la ocurrió desmayarse.

Un silencio de estupor enmudecía á los tres personajes.

El primero que le rompió fue el duque de Uceda.

—Encended las bugías, doña Ana, dijo, venid despues acá, y decidnos, ¿por qué razon, de una manera tan imprevista y tan enojosa nos encontramos aquí mi señor padre y yo?

—Yo he venido á deshacer vuestras rebeldías, señor duque de Uceda, dijo el duque de Lerma, mientras doña Ana, aturdida encendia las bujías.

—¿Mis rebeldías, escelentísimo señor? dijo el duque con calma: ¿pues acaso hago yo otra cosa que defenderme?

—Defenderos ¿de qué?

—De los agravios que vucencia me ha estado continuamente haciendo por celos.

—¿Por celos!

—Si, vucencia cree, que nadie puede acercarse al rey sino para hablarle mal de vos.

—Vos habeis conspirado constantemente contra mí.

—Es cierto : por vuestro nombre y por el mio.

—¿Por vuestro nombre?

—Cierto : soy vuestro hijo y no puedo tolerar á sangre fria, que cegado por viles favoritos aconsejeis constantemente al rey lo que deslustra vuestro nombre.

—¿Sabeis que á mas de ser vuestro superior por mi estado, lo soy tambien por ser vuestro padre?

—Padre y señor, hace mucho tiempo que no somos padre é hijo.

—Tan seguro teneis, porque os ha repuesto el rey en vuestro oficio de ayuda de cámara del príncipe, que soy hombre al agua, que ya se me os atreveis.

—Os encuentro casa de mi querida.

—¿Casa de vuestra querida! ¡yo creia que esa mujer era la primera querida de su alteza, querida que vos le habiais procurado!

—Venid acá, perdida : dijo el duque de Uceda asiendo violentamente

de una mano á doña Ana : ¿ así se juega con gentes principales ? ¿ para esto te doy yo los brocados que vistes y las joyas que gastas ?

Doña Ana se echó á llorar , y para que llegase basta lo último lo escandaloso de aquella escena , el duque de Uceda dió una bofetada á doña Ana , como pudiera haberlo echo el último de los rufianes .

— ¡ No os conozco ! exclamó el duque de Lerma escandalizado , avergonzado , porque nunca el duque de Lerma habia prescindido de las formas ; vos no debeis ser mi hijo , no ; si fuérais mi hijo no hubiérais hecho , y delante de vuestro padre , lo que acabais de hacer .

Doña Ana lloraba : el duque de Lerma se dirigió á la puerta .

— Esperad , esperad , señor , dijo el duque de Uceda interceptando á su padre la puerta .

— En nombre de la ley divina y de la humana , apartaos duque de Uceda , exclamó Lerma con la dignidad que siempre tiene un padre respecto á su hijo .

— Esperad , os lo suplico , señor : no somos , os lo repito , el padre y el hijo , somos dos enemigos : vuestra es la culpa de esta enemistad : me habeis provocado .

El duque , ciego de cólera , puso la mano en la empuñadura de su espada : el duque de Uceda , permaneció inmóvil .

— Ved de escucharme á sangre fría , dijo : reparad en que causaria gran escándalo que vos me maltratáseis aquí en las altas horas de la noche , casa de esa mujer .

Y señaló á doña Ana que continuaba llorando arrojada en un sillón .

— Dirian las gentes , si dejándoos llevar de vuestra violencia pusiéseis en mí las manos , que no bastando los odios políticos que nos separan , habíamos reñido por una querida .

— Yo diria á las gentes , si os castigase , como debo castigaros , que vos os habeis olvidado de todo : que para corregir vuestros excesos , me he visto obligado á recurrir á este caso , á sorprender á esta mujer de quien os valeis para pervertir á su alteza el príncipe de Asturias .

— ¡ Ah ! ¡ vucencia diria eso ! pues bien : yo puedo decir , yo puedo probar para acreditar de falsa vuestra acusacion , que vos vendeis al rey y al reino .

— ¡ Yo !

— Si , vos . Y lo declararían sin saberlo los duques de Bukingam y de Seimur ; lo declararían sin saberlo vuestros satélites delegados por vos para sangrar al reino , por medio de cartas que puedan presentarse al rey .

—¡Mentís! exclamó el duque, que delante de doña Ana, no queria rendirse, por decirlo asi, á lo tremendo de su situacion; no queria confesarla.

Su hijo lo adivinó.

—¿Qué haces tú ahí? dijo á doña Ana: ¿no ves que su esclencia y yo tenemos que entendernos? Vete.

Doña Ana se levantó, y salió doblegada, cabizbaja, llorando.

El duque de Uceda cerró las puertas.

—Ya estamos solos, padre y señor, dijo: sé á que habeis venido aqui: sé que por el afan de guardar para vos solo el favor de su magestad, habeis llegado hasta el caso de traicion de tomar el nombre de su magestad, de querer pasar ante esa mujer por su magestad, para deshacer uno de los medios que suponeis de mi privanza con el príncipe.

—¿Pero quién os ha dicho eso?

—El bufon del rey.

—¡Ese hombre lo sabe todo!

—Ese hombre trabaja por su cuenta, es astúto, tenaz, y sabe aprovecharse de las debilidades, de los vicios, y aun de los crímenes de las personas que necesita.

—¿Pero cómo sabe el bufon del rey?...

—¿Que doña Ana os esperaba creyendo esperar al rey? Se lo ha dicho el cocinero de su magestad.

—Es necesario cerrar las bocas de esos dos hombres.

—Si, es necesario que la lucha quede entre nosotros dos, es necesario destruir esas bajas personas intermedias, y ya que de nuestros rostros han caido los antifaces, entendámonos directamente, padre; solapemos esa lucha que, por vuestra imprudencia va haciéndose escandalosa, y convengámonos.

—¿Pero qué es lo que vos quereis?

—Padre y señor: yo quiero heredaros cuando sea tiempo.

—¿Y cuándo creis que será tiempo?

—Cuando muera el rey.

—Su magestad es jóven, y goza de muy buena salud.

—Podrá ser larga la espera, ya lo veo, pero vos me ayudareis á esperar.

—Explicaos.

—Vos, antes de que muriese Felipe II, mucho tiempo antes, érais el favorito, los andadores del príncipe de Asturias: cuando Felipe II murió,

vos fuisteis lo que sois ahora, secretario de Estado universal de Felipe III. Vuestra privanza con el rey cuando era príncipe, os costó poco: era, como lo es, vanidoso y grave, y vos, adulásteis su vanidad y su tiesura: era, como lo es, devoto, y vos supisteis haceros mas devoto que él.

—Felipe III tenia un padre muy prudente... y cuando me dejó al lado de su hijo...

—Demostró que no era tan prudente ni tan sagaz como dicen, cuando no conociendo que vos representábais vuestro papel de estado, os hacíais señor del príncipe su hijo; os lo repito: vos tuvisteis la fortuna de dar con un príncipe imbécil, y yo... el actual príncipe de Asturias, está viciado precozmente por la pasión á la mujer, que hará de él un rey á quien será imposible servir, contentar sin humillarse, sin manchar la dignidad. ¿Creeis que yo he traído al niño príncipe al regazo de esa mujer? Os engañais: él me ha obligado á traerle: sino le hubiera traído... es un niño muy adelantado á su edad. Lope de Vega escribió su primera comedia á los doce años: el príncipe don Felipe, ha tenido su primera querida á los siete... Vió á doña Ana en un coliseo, y concibió por ella una verdadera pasión; pasión de niño, pero que tiene ya la impureza del hombre.—Quiero mucho á aquella dama, me dijo: quiero ir á casa de aquella dama... y yo resistí, porque aunque yo no era asustadizo, me asusté... me asusté porque ví adonde me llevaria la necesidad de halagar á su alteza para no perder su favor... y me ví obligado á ceder... hizo el diablo que el príncipe viese otras dos veces en el mismo coliseo á doña Ana, y ya fue imposible resistir á su voluntad... me hubiera arrojado de sí, si me hubiese negado.—Busqué á esa mujer... afortunadamente es una cortesana, y la compré... el príncipe vino, y desde entonces soy para él la vida, el alma... porque yo soy quien le puede traer junto á esa mujer. Me cuesta, pues, mucho mas el afecto del príncipe, que lo que os costó á vos el de su padre. Dejadme, pues, seguir libremente mi camino, no me pongais embarazos, porque como vos sois el privado de Felipe III, quiero yo serlo de Felipe IV.

—Yo no puedo tomar parte en esa indignidad, yo no puedo permitir la; por el contrario he venido aquí para cerciorarme en ella y evitarla.

—Vos podeis perderme, señor duque de Lerma, mi buen padre; vos podeis hacer con una sola palabra, que el rey me encierre en un castillo; pero desde el fondo de mi calabozo, yo puedo hacer que caigais desde tan alto que no podais sobrevivir á vuestra caída.

—Horrorizaros debia lo que estais haciendo, dijo el duque á falta de de otra contestacion mejor.

—¿Y por qué? ¿Acaso vos, señor, no habeis querido perderme?

—Debí separaros de la servidumbre del príncipe y os separé: pero no os prendi como pudiera haberlo hecho; ni os desterré, ni aun siquiera os envié á nuestro ejército de Italia.

—Y habeis hecho muy bien, porque os conviene tenerme por amigo.

—¿Que me conviene?

—Solo vos, no podríais defenderos de la multitud de hombres de valía que acechan el favor de su magestad; con vos yo, falta á esos hombres un aliado, y vos teneis en mí unos ojos que todo lo ven; unos oidos que todo lo oyen. Puesto que os tengo cogido...

—¡Cogido...!

—Preso y de tal modo que no os podeis mover: voy á deciros las condiciones...

—¡Vos condiciones á mí!

—Aquí no hay padre ni hijo: solo hay el duque de Lerma, favorito del rey, y el duque de Uceda, favorito del príncipe de Asturias. Oid, pues, las condiciones de avenimiento entre el duque de Lerma y el duque de Uceda.

—¡Oigamos! dijo con sarcasmo Lerma.

—Me dareis una parte de lo que os produce el favor del rey.

—Disgustos, compromisos.

—Una parte del oro que os dan los ingleses y del que os procura tanta y tanta cosa como teneis en las manos, secretario de Estado universal de su magestad. Quiero ademas un puesto en el Consejo real. Quiero participacion, aunque secreta, en el gobierno con vos. Quiero una parte en los empleos y las encomiendas que se dan para venderse...

—Pues no quereis poco, señor duque.

—Mi privanza con el príncipe en vez de producirme ganancias me produce gastos exorbitantes. Bien es verdad, que es dinero que se siembra para cogerle, dentro de diez, dentro acaso de veinte años, y esto de una manera dudosa. Estoy empeñado; los acreedores me asedian, y para pagarles me veo obligado á conspirar.

—¿A conspirar contra mí?

—Contra todo el mundo.

—¿Con qué es decir, que me proponeis una alianza? dijo el duque cuya voz temblaba de cólera.

—Si señor.

—¡ Ah ! ¡ pedís por esa alianza la mitad de mi poder !

—No señor, os pido... que vos calleis respecto á mí, lo del príncipe, á cambio de mi silencio respecto á vos por lo de Inglaterra.

—¡ Ah ! ¡ son mútuas concesiones !

—Por supuesto.

—Pero á cambio del tesoro que quereis que yo os dé, ¿ qué me daréis vos ?

—Os daré... la traicion que haré por vos á mis amigos.

—¿ Es decir... ?

—Que sabreis cuanto piensan, Olivares, Zúñiga, Sástago, Mendoza, cuantos están contra vos, y de los cuales seguiré fingiéndome amigo.

—Aceptado, dijo Lerma, tendiendo la mano crispada á su hijo, aceptado, señor duque de Uceda. Pero se me ocurre una cosa.

—¿ Qué ?

—Conocen nuestros secretos dos hombres.

—Se da de través con ellos. ¿ Quiénes son ?

—El tio Manolillo y Francisco Martinez Montño.

—Esperad : ¿ no es vuestra amante la Dorotea , la hermosa comedianta ?

—Si.

—Pues por ahf teneis cogido al bufon del rey.

—Aun queda el cocinero mayor, y este es tal por lo que veo, que un secreto se le va con la misma facilidad que se escapa el agua de una cesta.

—Francisco Martinez Montño, es harto débil para que no le rompamos cuando sea menester.

—Aun todavía quedan otros enemigos, enemigos terribles que no son vuestros enemigos...

—¿ Quiénes ?

—El primero, la reina.

—¡ Ah ! ¡ la reina ! la tenemos segura... hay ciertas cartas que Calderon nos venderá...

—Os engañais, esas cartas han desaparecido.

—¡ Cómo !

—¿ No sabeis que don Rodrigo ha sido gravemente herido ?

—Si, pardiez : por ese brabo bastardo de Osuna, que se nos presentó hace tres dias, sobre un cuártago viejo, á Olivares y á mí.

—Pues el ginete de ese viejo cuártago, don Juan Tellez Giron, el marido de doña Clara Soldevilla, el maltratador de don Rodrigo, el salvador de la reina, ha estado á punto de dar con vosotros al traste, señores conspiradores de palacio: á él debeis el haber estado dos dias separados de vuestros oficios, aturridos, sin saber de dónde venia el golpe.

—¡A él!

—Mejor dicho: me lo debeis á mí.

—Explicaos.

—Si yo no hubiera tenido ocupado á Francisco Martinez Montño, en el banquete de Estado que os dí hace tres dias, el cocinero mayor hubiera estado en palacio, le hubiera encontrado su sobrino, y habiéndole encontrado no se hubiera perdido en palacio, no hubiera visto á doña Clara...

—¿El sobrino del cocinero del rey ha tenido tambien aventuras con esa castísima señora?

—Como que es su marido.

—¿Pues cuántos maridos tiene doña Clara?

—Uno; el sobrino del cocinero del rey, que es lo mismo que don Juan Tellez Giron.

—¡Ah! ¡es cierto! me habia olvidado. Pero estamos perdiendo el tiempo. Debemos concluir por el momento. Tenemos prendas reciprocas... es decir, estamos unidos por la necesidad. Sepamos cómo quedamos.

—¿Pues cómo hemos de quedar? Unidos como hemos debido estarlo siempre.

—Lo estaremos desde hoy en adelante. Para concluir, os voy á decir lo último en que debemos quedar convenidos y eso porque es urgentísimo.

—Sepamos.

—Destierro del padre Aliaga.

—¡Hum! ¡eso es algo difícil!

—¡Destierro del padre Aliaga! dijo Uceda como quien repite una orden que no admite réplica.

—Haré cuanto me sea posible.

—Separacion del lado del rey de la reina.

—Bien.

—Destierro de doña Clara Soldevilla.

—¡Otra dificultad! ¡la ama el rey!

—¡Destierro de doña Clara Soldevilla!

—Se procurará.

—Prision y proceso á don Juan Tellez Giron y don Francisco de Quevedo.

—Eso ya está hecho. Don Francisco de Quevedo va camino de Segovia, y don Juan está preso en la torre de los Luxanes.

—En cuanto al bufon y al cocinero, dejadme obrar.

—Bien, muy bien. Pero aun tenemos algo que decidir. ¿Y esa mujer?

—¿Doña Ana de Acuña?

—Si; ¿os interesa esa mujer?

—Yo no he dicho eso.

—Esa mujer, tenedlo entendido, no es mi querida: pensaba que lo fuese por cálculo; pero os la cedo.

—Yo no he dicho...

—Pues bien, padre y señor: no disputemos acerca de esto. Vine á interrumpiros, y os dejo de nuevo libre. Estaba aquí con vos esa hermosa señora, y justo es que con vos la deje.

Y el duque de Uceda salió por la puerta por donde antes habia salido doña Ana, y volvió con ella de la mano.

—Mañana nos veremos en palacio, padre y señor, dijo el duque de Uceda. Hasta mañana.

Y salió por la misma puerta por donde habia aparecido.

Quedaron de nuevo solos el secretario de Estado universal del rey y la cortesana.

El escándalo habia crecido. La escena tenida por el duque con su hija la condesa de Lemos aquella mañana, era nada, una cosa inocente y casi digna, comparada con la que acababa de tener con su hijo el duque de Uceda.

Lerma no sabia ya donde se encontraba.

Era un buque sin timon, sin velas, y sin jarcias, entregado á merced del mar é impulsado por todos los vientos.

El duque no veia.

Sin embargo, veia delante de sí á doña Ana, pálida, llorosa, aterrada.

El duque necesitaba decirla algo.

Vaciló algun tiempo y al fin la dejó:

—No soy el rey, pero soy sobre poco mas ó menos lo mismo que el rey, ¿quereis servirme?

—Si; dijo doña Ana; vuestra soy, en cuerpo y en alma, si me salvais y me vengais.

—¡Vengaros! ¿y de quién?

—Del duque de Uceda. Aun siento su mano sobre mi rostro : aun abrasa mi mejilla. El que ha sido villano con una mujer debía ser infame con su padre. De ese hombre quiero que me vengueis.

—Pues bien, ayudadme.

—Os ayudaré : pero para que os ayude es necesario que me salveis.

—Si, si, os salvaré.

—Pero de un peligro inmediato.

—¿Cuál?

—No os dije que el tío Manolillo habia matado á puñaladas al sargento mayor...

—Si.

—Pues bien : el cadáver de ese hombre está aqui : está en mi casa.

—¡ En vuestra casa ! exclamó aterrado el duque.

En aquel momento se oyeron grandes golpes en la puerta de la casa y una voz terrible, la voz del licenciado Sarmiento que dijo desde la calle :

—¡Abrid á la justicia del rey!

Quedóse el duque perplejo por un instante, pero luego dijo :

—Mandad á vuestros criados que abran, señora.

—¡Criados! ¡no los tengo! ¡si los he despedido para que no se enterasen!

—¡Abrid á la justicia del rey! repitió el alcalde golpeando con furia la puerta.

—Id, id á abrir señora, dijo el duque.

—¡Yo! ¡sola!

—Si, si, decidis bien : iremos los dos.

Y doña Ana y el duque, bajaron á abrir á la justicia.

CAPITULO LXVI.

De cómo el licenciado Sarmiento hizo bueno una vez mas al proverbio que dice: que no es tan fiero el leon como le pintan, y de cómo todas las pulgas se van al perro flaco.

Apenas el duque de Uceda habia salido de casa de doña Ana y aventurándose en la calle de Amaniel, que estaba oscura como boca de lobo, sirviéndole de guía entre las tinieblas su linterna, cuando se sintió fuertemente sujeto por detrás y oyó una voz áspera que le dijo:

—¡ Sois preso por el rey!

—¡ Preso yo! ¿ y por quién?

— Por quién puede y debe.

—¿ Sabeis que soy grande de España?

—¡ Ah! ¿ vucencia es grande de España?

—¡ El duque de Uceda!

—¡ Ah! ¡ ah! ¡ una linterna! ¡ una linterna pronto! exclamó la misma voz que no era otra que la del licenciado Sarmiento.

Hizo luz uno de los alguaciles, es decir, abrió su linterna que entregó al alcalde, y este vió con la luz de la linterna el rostro al duque de Uceda.

—¡ Ah! ¡ perdonad! ¡ perdonad! escelentísimo señor; ha sido una equivocacion: dijo Sarmiento todo trémulo, porque su vara se rompía al tocar á personas tan encumbradas, como una caña, fuerte para matar un raton, pero estremadamente inútil para un leon. Perdone vucencia: nos hemos equivocado, creimos que vucencia salia de una casa donde perse-

guimos un delito: vuecencia perdone otra vez, y no se enoje, que la noche y las tinieblas me disculpan.

—Venid, venid acá á un lado, alcalde, dijo el duque de Uceda.

El alcalde se apartó con él todo cuidadoso.

—Es necesario, dijo el duque, que nadie sepa que me habeis encontrado por estos sitios.

—Descuide vuecencia que nadie lo sabrá, dijo todo humilde y reverencioso el alcalde.

—Y para que esto no se os vaya de la memoria, tomad.

Y dió al alcalde una sortija.

—¡ Ah, escelentísimo señor ! exclamó el alcalde inclinándose hasta el suelo, y apreciando al mismo tiempo por el tacto que la sortija tenia una gruesa piedra.

—Si alguien tiene noticia de que me habeis encontrado, os pesará.

—Descuide, descuide vuecencia, que no lo sabrá nadie.

—Quedad, alcalde, con Dios.

—Dios vaya con vuecencia.

El duque se alejó y el alcalde permaneció por algunos segundos inmóvil.

Después dijo con la voz no tan tonante como otras veces:

—¡ Ola ! ¡ á mí !

Rodearónle inmediatamente todos los alguaciles.

—El que no quiera ir á galeras, dijo el alcalde, que calle mucho.

—¿ Y qué hemos de callar, señor alcalde ? dijo el mas audaz de los alguaciles.

—Que hemos encontrado á ese caballero.

—Callaremos, dijeron todos.

—Ahora hijos, yo creo que nos hemos equivocado ; que ese caballero no ha salido de la casa que creimos.

—Si, si, señor, nos hemos equivocado.

—Pues bien : como ya hemos esperado harto, y tenemos que evacuar mas diligencias en esa casa, venid conmigo.

Entonces fue cuando el alcalde se acercó á la puerta, y llamó.

Al tercer llamamiento se abrió la puerta.

Lo primero que vió el alcalde, fue delante de sí un hombre embozado, pero con tal capa y con tal pluma y tal cintillo en la gorra, que le entró miedo.

—¿ Tendremos otro grande de España ? dijo.

—Entrad solo, señor alcalde, dijo gravemente el duque de Lerma.
El licenciado Sarmiento entró.

—¿Sois alcalde de casa y corte según creo? dijo el duque.

—Sí, sí, señor.

—¿Os vendría bien ir de oidor á las Indias?

—¡Oh! ¡escelentísimo señor!

—No os equivocais: soy... el duque de Lerma.

—¡Ah! exclamó el alcalde: perdonad, señor, pero me habían dicho que en esta casa se había cometido un asesinato á instigación de...

—¿De quién?

—¿Me exige vuestrencia que rompa el sigilo del proceso?

—Os lo mando.

—Pues bien: el acusado es Francisco Martínez Montaña, cocinero mayor del rey, por instigación de don Francisco de Quevedo y Villegas, y de don Juan Téllez Giron.

—Pero eso no es verdad, dijo doña Ana que estaba detrás del duque.

—Callad, señora, callad, dijo Lerma. ¿Con qué el acusado de ese asesinato es el cocinero de su magestad?

—Sí, señor.

—¿Y sus cómplices, Quevedo y Giron?

—Sí, señor.

—Venid, dijo el duque de Lerma después de haber meditado un tanto. El alcalde siguió al duque.

—Decid, señora, dijo Lerma á doña Ana, ¿dónde está el difunto?

Doña Ana se estremeció.

—Nada temáis, dijo el duque: voy á salvaros.

—El sargento mayor, dijo doña Ana, está en un patinillo, junto al postigo que da á la calle de San Bernardino.

—Guiad, pues, señora: alcalde, venid.

Siguieron los tres adelante, atravesaron algunas habitaciones, y al fin doña Ana se detuvo en un patinillo lóbrego.

Llovía con abundancia, y empapado por la lluvia, estaba en el centro del patinillo el cadáver del sargento mayor.

Doña Ana le señaló con terror.

—¿Veníais en busca de ese cadáver? dijo el duque.

—Sí, sí señor, contestó el alcalde.

—Pues es necesario que le encontréis, pero que no sea aquí.

—¡Cómo, señor!

—Vais á sacar este cadáver por el postigo á la calle.

—¡ Señor !

—Sé que os pido mucho : ¿pero sabeis lo que yo puedo hacer por vos ?

—¡ Oh, escelentísimo señor ! ¿pero cómo he de hacerlo ?

—Quitad esas luces de en medio, dijo el duque.

Doña Ana tomó la linterna del alcalde, y con la suya las puso en una habitacion inmediata.

El patinillo quedó á oscuras.

Cuando volvió doña Ana el duque la dijo :

—Abrid el postigo, señora.

—Pero abridle silenciosamente, dijo el alcalde.

Doña Ana abrió en silencio el postigo.

—Ahora, alcalde, sacad ese cadáver á la calle.

El alcalde con la esperanza de merecer por el favor del duque de Lerma, hizo, como vulgarmente se dice, de tripas corazon, asió á tientas el cadáver por los piés, le arrastró hácia el postigo y le sacó fuera.

Luego entró.

—¿Habeis concluido ya ? dijo el duque.

—Sí, escelentísimo señor.

—Cerrad el postigo, señora, y despues traed las luces.

Poco despues volvía con las linternas y el duque y el alcalde examinaban el patinillo.

—No queda rastro de sangre, dijo el duque : la lluvia la ha lavado.

—Pero quedan la mancha en la alfombra de la habitacion, donde sin culpa mia y sin poderlo yo evitar, ese hombre fue herido, y los rastros en los lugares por donde ha pasado hasta aquí.

—Pues bien : quemad esa alfombra y lavad esos rastros, señora ; algo habeis de hacer por vuestra parte. Ahora bien, alcalde : vais á salir de esta casa. En ella no habeis encontrado nada. En premio de vuestros servicios, miraos ya presidente de los oidores de la real audiencia de Méjico, con tres mil ducados para costas de viaje.

—¡ Ah ! ¡ señor ! ¡ escelentísimo señor !

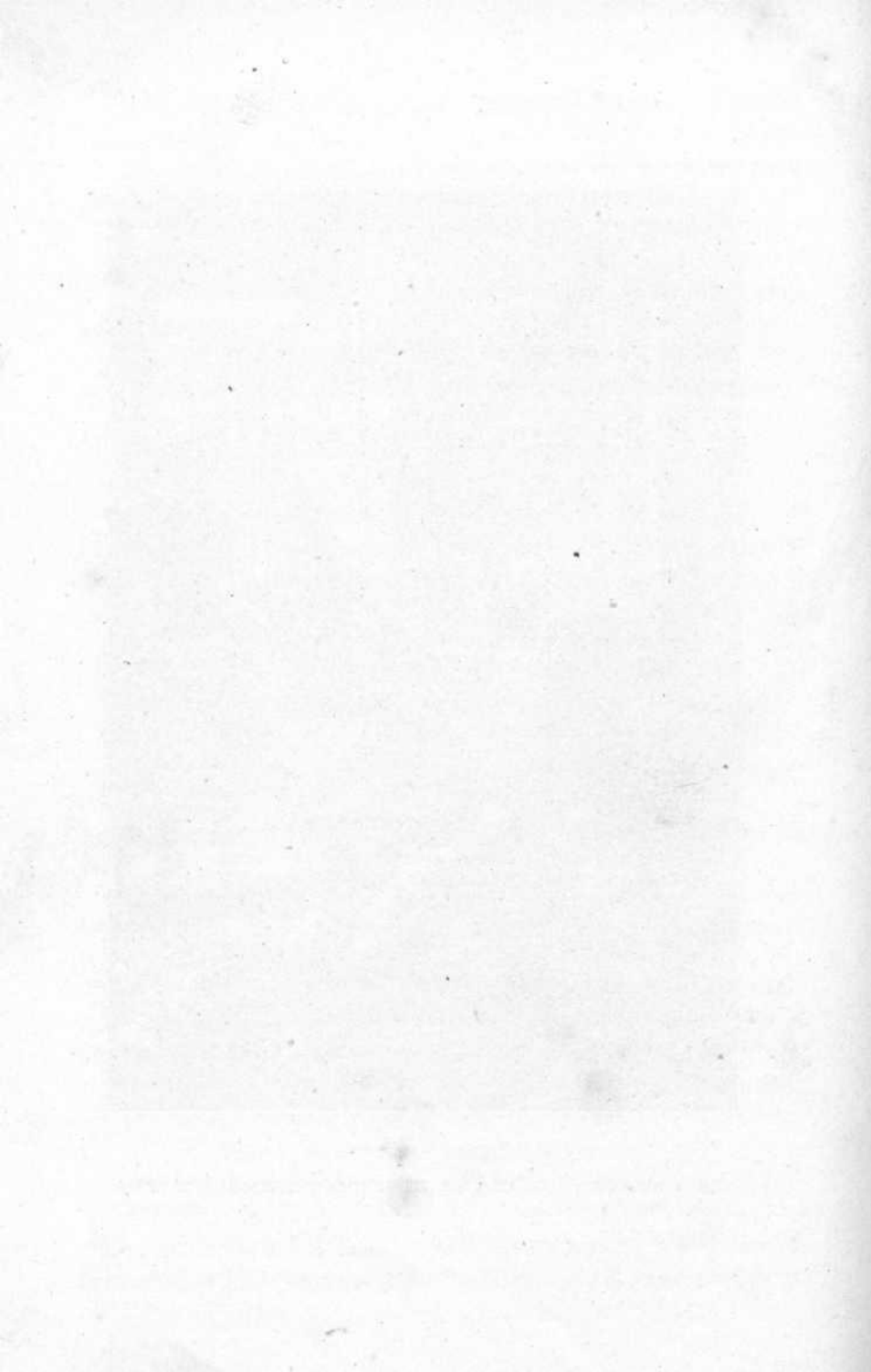
—No es esto todo lo que teneis que hacer.

—Mande vucencia.

—Cuando salgais de aquí, ireis con vuestra róna á la calle de San Bernardino, á donde da ese postigo. Dentro de poco, el cocinero mayor de



LE ARRASTRÓ HACIA EL POSTIGO Y LE SACÓ FUERA.



su magestad saldrá por ese postigo. Prendedle junto al muerto, y hacedle cargo del delito.

—Muy bien, señor.

—Vamos, señora, guiad á la puerta principal.

Cuando estuvieron en el zaguan, el duque se embozó, se cubrió, y abrió la puerta.

El alcalde salió.

La puerta volvió á cerrarse.

Los alguaciles no habian visto mas que el hombre encubierto que habia franqueado por dos veces la puerta: una para que el alcalde entrase, otra para que saliese.

—He registrado toda la casa, hijos, decia el alcalde á los alguaciles, y no he encontrado nada de lo que buscaba: es una nobilísima familia, á quien conozco, y que me merece la mayor confianza. Vámonos, pues, pero ya que estamos de faena, rondemos un poco por estos barrios, que no son muy seguros.

Y tiró adelante á la cabeza de la ronda diciendo para su embozo:

—Si esa dama no fuera tan maravillosamente hermosa, nadie la hubiera librado de la horca: es verdad que sin la hermosura de esa dama, no seria yo presidente de la real audiencia de Méjico. Adelante, adelante pues, y acabemos con lo que nos ha dado que hacer esta noche, para mí tan venturosa.

Y diciendo esto, dobló con ansia la esquina de la calle de san Bernardino, donde él mismo habia puesto el cadáver del sargento mayor.

CAPITULO LXVII.

De cómo se agravó la demencia del cocinero mayor, y acabó por creerse asesino del sargento mayor.

Apenas salió el duque de Lerma por la puerta principal, cuando doña Ana aterrada aun, se fué á buscar al cocinero mayor, que se había quedado dentro de la casa.

Encontróle mas allá de su dormitorio, en un pasadizo, rebujado en el capotillo, temblando de miedo y de frío, y murmurando entre dientes palabras ininteligibles.

—¡ Oh! ¡ oh! ¿quién es? dijo retirándose de una manera nerviosa al ver á doña Ana.

—Nada temais, señor Montño, dijo doña Ana: soy yo, que de órden del duque de Lerma, voy á echaros fuera para que os vayais á descansar.

—¡ A descansar! ¡ á descansar! ¿con qué sabeis al fin que es el duque de Lerma? ¿con qué os habeis arreglado? todos se arreglan menos yo.

—Vamos, amigo mio, que es ya tarde.

—¡ Que es ya tarde! dijo Montño siguiendo á doña Ana que se encaminaba á unas escaleras: decídmelo á mí que he estado dos horas arinconado en el pasadizo, y temblando, mas encogido que un orejon.

—Por lo mismo, es conveniente y justo que os volvais á vuestra casa.

—¡A mi casa! ¡á mi casa! ¿y dónde está mi casa?

Habian bajado las escaleras, y se encontraban en el patinillo.

Doña Aca llegó al postigo, y le abrió.

—Id con Dios, señor Montño, dijo.

—Quedad con Dios, señora, dijo el cocinero rebujándose: pero esperad un momento... como vereis á su escelencia... cuando nada importante tengais que hablar, recordadle la situacion en que me hallo: ya la sabe su escelencia; decidle que estoy muy necesitado de amparo.

—Si, si, se lo diré, contestó doña Ana con suma impaciencia.

—Perdonad, perdonad señora, dijo Montño notando el disgusto de doña Ana: los desventurados creemos que nadie tiene nada que hacer mas que pensar en ellos. Adios señora, adios... y recibid mis plácemes por vuestra buena fortuna.

—Adios, señor Francisco, adios.

El cocinero salió y doña Ana cerró con precipitacion el postigo.

—Pues señor, dijo el cocinero mayor rebujándose de nuevo en su capotillo, sigue lloviendo, y la noche no es mas clara que un tizon: ¿y á dónde voy yo ahora? el alcázar estará cerrado á piedra y lodo: y aunque no lo estuviera... por nada del mundo voy yo á mi casa á despedirme el alma con aquel doloroso espectáculo: ¡mi dinero! ¡mi mujer! ¡mi hija! vamos: me voy á casa del señor Gabriel Cornejo: no es muy buena casa, pero mejor estaré allí que en la calle: y sin linterna... y con esta noche... pues señor, por lo que pueda suceder desnudemos la daga y vamos de prisa para llegar cuanto antes.

Y el cocinero arrancó.

Pero á los pocos pasos tropezó y cayó.

Al caer sintió bajo de sí un cuerpo humano.

Una de sus manos se apoyaba en su semblante.

Aquel semblante estaba frío y rígido.

—¡Dios mio! ¡poderoso señor! ¡un difunto! exclamó todo erizado el cocinero mayor.

Y para acabar de probar un terror, como despues de él no ha probado ninguno, se oyeron algunas voces cercanas que dijeron:

—¡Téngase á la justicia!

—¡La justicia! ¡y sobre un muerto yo! exclamó el mismo Montño: ¡el infierno llueve sobre mí desventuras!

A este tiempo le habian asido dos alguaciles, y el licenciado Sarmiento inundaba con la luz de su linterna el semblante de Montño, que esta-

ba lívido, descompuesto, desencajado: el triste temblaba, gemía, no podía tenerse de pié y sino se caía era por los dos alguaciles.

—¡ Me van á matar ! dijo con el acento de angustia mas épico, mas terrible que ha oído nunca un alcalde de casa y corte.

—¿ Pues qué quereis que hagamos con vos, señor asesino, á quien encontramos cebándoos en vuestra víctima y con el homicida arma aun en la mano ?

—¡ La daga que habia desnudado para defenderme y que me pierde ! exclamó el desdichado.

—Amarradle y con él á la cárcel, dijo el bribon del licenciado Sarmiento.

Los alguaciles sacaron cuerdas de sus gregüescos y ataron codo con codo á Montño.

—¿ Pero qué vais á hacer conmigo ? exclamaba el infeliz llorando.

—Brinco mas ó menos, bailarás, hijo, y bailarás en el aire, dijo un alguacil.

—¡ Que bailaré ! ¡ para bailar estoy yo ! yo no quiero bailar, dijo Montño.

—Que quieras que no quieras á la fuerza ahorcan, repuso otro de los alguaciles.

—¡ Ahorcan ! ¡ qué me ahorcarán ! ¡ con qué despues de haber sido robado en cuerpo y alma, he de ser ahorcado !

—Si probais que el hombre que habeis muerto era un ladron... dijo el alcalde.

—Pero si yo, señor, no he muerto á ningun hombre, dijo Montño : ¡ si yo no he matado jamás otra cosa que pabos, capones y conejos !

—Si probais que el hombre á quien habeis muerto, era un ladron, y que le habeis muerto en defensa propia sereis absuelto... no lo dudeis.. pero sino sereis ahorcado como asesino. Veamos, pues, que tales trazas tiene el difunto.

—Es un sargento mayor, dijo un alguacil.

—¡ Un sargento mayor... ! exclamó Montño.

Y de una manera instintiva arrojó una mirada cobarde al cadáver cuyo semblante estaba alumbrado por la luz de la linterna de un alguacil.

—¡ Don Juan de Guzman ! exclamó Montño reconociéndole, ¡ el infame que me ha robado mi dinero, mi mujer y mi hija !

—¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ le conoceis ? dijo el licenciado Sarmiento, ¿ y ¿ demas decís que ese hombre os ha causado perjuicios ?

—¡Perjuicios! ¡Dios solo sabe lo que ese infame ha echo conmigo!

—Aunque yo no os hubiera encontrado sobre el cadáver y con la daga en la mano, y á tales horas y en tal noche, las palabras que acabais de decir y que demuestran que sois enemigo del muerto, bastan para llevaros á la horca. Pero no perdamos tiempo. Adelante con él á la cárcel, hijos; uno de vosotros avisad á la parroquia y que vengan por el muerto.

El licenciado Sarmiento echó á andar hácia la cárcel de Côte, y los alguaciles empujaron á Montño que se resistia instintivamente á ir preso.

Al fin, inflexible el alcalde de casa y corte á las súplicas y á las declamaciones, Montño fué, ó mejor dicho fue llevado por los alguaciles á la cárcel, donde le arrojaron en un calabozo en que habia otros presos.

Cuando Montño oyó crujir las cadenas y rechinar los cerrojos de la puerta se desmayó.

CAPITULO LXVIII.

En que continuan las desventuras del cocinero mayor, y se vé que la fatalidad le habia tomado por su instrumento.

Un farol de hierro con un vidrio empañado, clavado á grande altura en la pared, arrojaba una luz turbia sobre el calabozo destartelado, negro, húmedo, un verdadero antro, alrededor del cual habia un poyo de piedra.

Francisco Martinez Montiño, no pudo ver nada de esto, porque tal iba cuando entró, ó cuando le entraron en el calabozo, que no veia: ni los que estaban allí pudieron verle el rostro, porque los alguaciles le dejaron en la sombra negra proyectada por el farol.

Eran los que allí estaban, dos hombres y dos mujeres.

No podia verse el semblante de ninguno de ellos, porque estaban replegados en sí mismos, en un ángulo los dos hombres silenciosos y sombríos, y en otro, las dos mujeres abrazadas, una de las cuales lloraba silenciosamente.

Pasó como media hora, y con el frío del calabozo, que era mayor que el que hacia al aire libre, y con la inmovilidad, pasó el vértigo que dominaba al cocinero mayor. Levantó primero la cabeza, y miró con la expresion mas miserable del mundo en torno suyo: luego desenvolvió unos tras otros las piernas y los brazos, y al fin se puso de pié.

Entonces notó que le faltaban la espada y la daga.

Esto era natural, porque á un preso no se le dejan armas.

Pero lo que no era natural y lo que le asustó, fue el reparar que su bolsillo no pesaba. Se registró y halló que no hallaba el dinero que en los bolsillos habia tenido.

Buscó la placa de oro con la cruz de Santiago esmaltada, que le habia dado para su ex-sobrino don Juan Tellez Giron, el duque de Lerma, y halló que no parecia; vivamente asustado, buscó con ánsia el vale que le habia dado el duque de Lerma por valor de mil ducados, y halló que tampoco parecia: un enorme reloj de plata, que Montaña usaba para acudir con regularidad á las funciones de su oficio, habia tambien desaparecido; y por último, hasta le habian despojado del lienzo de narices.

Entonces la amargura de Montaña no conoció límites.

Job en padecimientos y Jeremías en lamentaciones, se quedaban muy por bajo de él.

Tenia sino de ser robado, y hasta la justicia le robaba.

Los alguaciles le habian despojado completamente.

Al primer grito herido de Montaña, una de las dos mujeres levantó la cabeza y la otra se estrechó mas contra su compañera; en el momento en que la una de las mujeres le miró, la luz del farol heria de lleno la calva frente de Montaña, levantada al cielo en una actitud mas épica y mas impía que la que puede suponerse en Ajax amenazando á los dioses; verle aquella mujer y esconder otra vez, temblando, su cabeza entre el seno y el hombro de su compañera, fue todo cosa de un momento, y uno de los dos hombres que estaban en un ángulo, y que no le veian el rostro por la razon capital de que le veian las espaldas, le dijo con acento áspero é insolente:

—Háganos el menguado la merced de callar, que aquí, al que mas y al que menos le huele el pescuezo á cáñamo, y no alborote de ese modo.

Desde la primera palabra que aquel hombre dijo, tomó el semblante del cocinero una expresion espantosa de sorpresa y de rabia, que fue aumentando á medida que el otro pronunciaba su poco cortés, aunque breve razonamiento, y habian ya acabado, y aun duraba el mudismo cólico de Montaña y su temblor horrible.

Al fin dijo con voz cabernosa:

—¡ Ah! ¿ estás tú ahí, miserable, enjendro del diablo, infame Cosme Aldaba, galopin maldito, envenenador protervo? pues espera, espera, que al fin te tengo en mis manos y frailes franciscos que vengan no te han de valer.

Y se arrojó furioso sobre los dos hombres.

Pero uno de ellos se levantó y adelantó hasta Montíño, sujetándole por los brazos con unas fuerzas hercúleas.

—¡He! ¿qué vais á hacer con este pobre muchacho, señor Francisco Martinez Montíño? dijo con acento socarrón: ¿es de personas hidalgas querer maltratar á los amigos que se encuentran cuando se creían perdidos?

—Amigos ¿eh? amigos que me roban mi caudal, y juntamente con él mi mujer y mi hija.

—¿Quién os las quita? ahí las teneis en aquel lado, que no se atreven á hablaros las pobres porque temen que las maltrateis.

—¡Mi Luisa! ¡mi Inés! dijo el imbécil Montíño olvidándolo todo por su amor de padre y de marido.

—Si, si: tu Inés y tu Luisa, dijo alentada por aquel reblandeciente del cocinero mayor, su mujer, que ella era en efecto.

En vano quiso Montíño recobrase; Luisa se habia avalanzado á su cuello por una parte y por otra Inés, alentada por el ejemplo de su madrestra; veia por un lado los negros ojos de Luisa, que le miraban de una manera tentadora, y por otro la dulce é infantil cabeza de Inés que le miraba suplicante.

Fuera ó no criminal su familia, Montíño la habia llorado, y al encontrarla de nuevo junto á sí, de una manera orgánica, por razon de temperamento, sin poderlo evitar, sin pensar en evitarlo, se alegraba.

Aquella era una nueva desgracia que sucedia al cocinero mayor.

No puede concebirse la audacia de Luisa, sino por la esperanza de que la debilidad de su marido la salvaria del apuradísimo trance en que se encontraba.

Porque no se les habia dicho porqué se les habia preso, y la prision no podia ser resultado sino del envenenamiento de la reina, ó del robo hecho á Montíño.

Si se les hubiera preso por lo primero, los hubieran cargado de cadenas, los hubieran maltratado, les hubieran tomado inmediatamente declaración: por alguna palabra al menos, hubieran comprendido la causa de su prision: nada de esto habia sucedido: luego no estaban presos por el envenenamiento de la reina, sino por su fuga y por el robo.

Esto sin embargo no estaba claro, y Luisa queria ponerlo como la luz del sol; porque tratándose de asuntos de su marido, Luisa estaba segura de domesticarle.

—¿Y os atreveis á abrazarme despues de lo que habeis hecho, mi-

serables? dijo al fin el cocinero mayor que queria conservar su entereza.

—¿Y qué hemos hecho señor, mas que lo que debiamos? dijo con la mayor audacia Cristóbal Cuero, el paje rubio amante de la Inesilla.

—¿Cómo que lo que debiais? ¿pues no habeis intentado envenenar á su magestad?

—¿Quién os ha dicho eso, señor Montño? dijo Cristóbal.

—¿Quién ha de habérmelo dicho? ¡Los funestos, los terribles resultados!

—¡Cómo! ¿pues qué ha sucedido? dijo Luisa, á quien se la puso un nudo en la garganta.

—El paje Gonzalo ha muerto de repente.

—¿Y qué tenemos que ver con la muerte de Gonzalo?

—¡Cómo! ¡infames! ¿qué teneis que ver? ¿sabeis por qué ha muerto el paje?

—Por lo que se muere todo el que entierran, dijo Cosme Aldaba; porque se le ha acabado la mecha.

—¡Vil raton de cocina! ¡asesino! ¡infame! exclamó el cocinero mayor; ha muerto por haber comido de una perdiz que se sirvió en la mesa de su magestad.

Todos se pusieron pálidos, pero Cristóbal Cuero conservó toda su serenidad.

—¿Y ha comido la reina? dijo.

—La providencia de Dios ha salvado por fortuna á su magestad.

—Pues yo digo, contestó con una serenidad irritante Cristóbal Cuero, que es lástima que su magestad no haya comido.

—¡Cómo! ¡mónstruo! ¡cuando debias dar gracias á Dios de que tu crimen no haya producido todo el terrible resultado que esperabas, infame, deploras que ese gran crimen se haya frustrado!

—Señor Francisco, dijo con una gran serenidad el paje: os han informado mal.

—¿Qué me han informado mal?

—Si por cierto: ¿sabeis lo que eran los polvos conqué se avió la perdiz que se puso en la mesa de su magestad?

—Un veneno tal, que el paje Gonzalo que comió las pechugas de la perdiz, rebentó á los cuatro minutos, y que hizo que el gato del tío Manolillo, que siempre está hambriento, no quisiera comer los pocos restos que quedaron de la perdiz.

—Pues bien, señor Francisco Martinez Montño : los polvos de que hablamos, (aquí tengo todavía parte en este papel), no son un veneno, sino un hechizo.

—¡ Un hechizo! dijo el cocinero tomando el papel.

—Si, si, señor, un hechizo que no puede matar á la persona que se le dá porque está hecho para ella, y se tiene en cuenta si es mujer ú hombre y el día de su nacimiento, y su estado, y otras muchas cosas. Ahora, si le toma una persona distinta de aquella para quien se ha hecho, aquella persona muere.

Dijo con tal soltura y con tal aplomo estas palabras Cristóbal Cuero, que Montño se desconcertó, dudó, vaciló, y empezó á ver las cosas de distinto color.

—¿ Pero para qué se daban esos hechizos á su magestad?

—Oid, señor Francisco : la mujer que tales hechizos toma, se vuelve lo mas obediente del mundo para su marido.

—¡ Oh ! ¡ oh ! exclamó Montño, á quien empezaban á parecer bien aquellos polvos ; ¿ y para qué querian que la reina fuese obediente al rey? ¿ y quién lo queria?

—Os diré, señor Francisco : la reina en la apariencia obedece al rey; pero en realidad conspira.

—¡ Ah ! ¡ ah ! eso es cierto.

—Pues bien : con las conspiraciones de la reina no se puede gobernar.

—¡ Ah ! ¡ ya !

—Y como su escelencia el duque de Lerma, quiere labrar la prosperidad en los reinos de su magestad...

—¡ Ah ! ¡ ya !

— He aquí que un día encargó á don Rodrigo Calderon, que buscara un medio para que la reina no conspirara : y don Rodrigo buscó al sargento mayor don Juan de Guzman para que viese de que modo podia hacer el que la reina no conspirase.

—No se lo volverá á encargar mas, dijo con acento lúgubre Montño.

—¿ Y por qué, esposo y señor? dijo suavemente Luisa.

—Porque nadie encarga nada á los muertos, contestó con acento doblemente lúgubre el cocinero.

—¡ Qué ! ¡ ha muerto ! preguntó con la misma suavidad y la misma indiferencia Luisa.

—¿ Pues por qué estoy yo aquí? exclamó en una de sus chillonas salidas de tono Montño.

—¡Cómo! ¡marido mio! vos que sois tan humano y tan compasivo, ¿habeis matado á un hombre? dijo Luisa.

—Y si le hubiera matado, razones me hubieran sobrado para ello, señora, exclamó con acento amenazador Montño.

—¡Razones!

—¡Si, si señora! ¿pues no érais vos amante de ese hombre?

—¿Yo...? ¡que yo era amante de...! ¡de ese hombre...! ¡Dios mio...! ¡y sois vos...! ¡vos mi marido...! ¡quien me dice...! ¡esa calumnia horrible...! ¡yo, la mujer mas honrada que ha nacido de madre!

—¡Con qué vos sois honrada...! ¡y habeis salido de mi casa! ¡y me habeis pervertido mi hija...! ¡y me habeis robado!...

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! dijo con el aplomo mas admirable Cristóbal Cuenro; ¡qué vuestra mujer! ¡que esta santa os ha robado! ¡lo que ha hecho es lo que no hubiera hecho ninguna mujer!...

—Creeolo bien, porque ninguna mujer hubiera cometido contra mí tan negra infamia.

—¿Llamais infamia el poner á salvo vuestro dinero?

—¡Cómo! ¡que mi dinero está en salvo! ¿y dónde?

—Casa del señor Gabriel Cornejo.

—¿Qué están allí mis sesenta mil ducados?

—Si, si señor.

—¡Dios mio! exclamó Montño. Pero eso no puede ser... seria demasiada fortuna... ese dinero que yo he ganado con tantos afanes... perderlo... llorarlo... volverlo á encontrar...

—Si, si... encontrado lo teneis... y no lo teneis...

—¡Cómo! ¡pues qué! ¿hay alguna duda? exclamó alentando apenas el cocinero mayor.

—Yo he entregado ese dinero al señor Gabriel Cornejo, dijo Cristóbal: á mí es á quien el señor Gabriel lo entregará únicamente...

—Pues le llamaremos, le llamaremos, hijo, por eso no quede... no veo duda alguna.

—Es que yo, señor Francisco, no pediré al señor Gabriel Cornejo ese dinero, sino yendo á su casa á pedirselo: es decir, estando en libertad.

—¿Y cómo puede ser eso? ¡pecador de mí! dijo lleno de angustia Montño.

—En vos consiste.

—¡En mí!

—Si, señor Francisco, en vos y solo en vos, porque solo por vos estamos presos.

—¿Por mí?

—Si por cierto: ¿no decís que la reina no ha comido de la perdiz?

—Si hubiera comido... hubiera muerto como el paje.

—Si, si, teneis razon... hubiera muerto, dijo Cosme Aldaba.

—¡Cómo! ¿pues no decia Cristóbal que los polvos conque estaba aderezada la perdiz eran un hechizo?

—¡Bah! Cristóbal y vuestra mujer creen eso, pero yo no lo creí nunca.

—¡Ah Judas traidor! ¿con qué tú sabias que era veneno?

—Como vos sabeis que os llamais Francisco: me lo habia dicho don Juan de Guzman, y... me habia ofrecido tanto dinero...

—¡Oh! ¡infame!

—Para ganarlo, necesitaba yo estar en las cocinas... vos me hablais despedido... era urgente el negocio... entonces fui á ver á vuestra mujer, y la rogué, la supliqué... si vos hubiérais estado... os hubiera rogado tambien.

—¡Infame!

—Ello es que ya no tiene remedio lo hecho... busquemos la salida. Vuestra esposa me llevó inocentemente á las cocinas... yo aderecé la perdiz... pero en el momento en que estuvo servida, me fui á vuestro aposento y dije á vuestra mujer... «salvaos...» la dije que podiais ser preso... y en esto fui hombre de bien, porque pudiendo salvarme solo, quise salvaros tambien.

—Despues de haberme perdido... ¡Dios mio! yo no sé como puedo mirarte á la cara, ¡miserable! ¡con qué es decir que si su magèstad come de la perdiz!...

—¡Os ahorcan! y por eso yo avisé á vuestra mujer: como no estábais en la casa, vuestra mujer procuró salvarse, y salvar vuestro caudal... dejamos encargado á cierta persona que os avisare, pero sin duda no ha dado con vos.

—¡Bueno he andado yo todo el dia!

—No culpeis, pues, ni á vuestra esposa, ni á vuestra hija, ni á su novio. Yo tengo la culpa de todo, señor Francisco, y yo os prometo que en saliendo de aquí, no me vereis mas, porque iré á meterme fraile.

—¿Y crees tú que yo dejaré que tu crimen quede impune por mi parte?

—¡ Ah ! ¡ quereis dar parte á la justicia !

—Es mi obligacion : me lo manda mi conciencia.

—Pues bueno : iremos juntos á la horca... todos á la horca... sin escapar siquiera ni vuestra mujer , ni vuestra hija.

Montiño lanzó un rugido de rabia, de dolor, de miedo.

—Conque, ¿ qué os parece ?

—¿ Que ha de parecerme, dijo Montiño despues de algunos momentos de un silencio enérgicamente espresivo : que ha de parecerme, sino que estoy en poder de Satanás ?

—Pues bien : si ; es verdad ; dijo Cristóbal Cuero : pero Satanás os tiene tan bien agarrado que no os soltará á tres tirones. En vos consiste recoger vuestro caudal , tener á vuestra mujer y á vuestra hija , ó que nos ahorquen á todos. Escoged.

—¿ Pero cómo puedo yo hacer...? dijo Montiño en el colmo de la desesperacion.

—Decir que no teneis queja alguna de vuestra esposa , de vuestra hija ni de nosotros.

—Eso no puede ser.

—Tened toda la queja que querais , pero no lo digais á nadie, dijo Cosme Aldaba.

—¿ Y os soltarán...? dijo Montiño.

—Indudablemente.

—Pero yo me quedaré aquí.

—¡ Vos , marido miol

—Si, si por cierto : como que me acusan de haber dado muerte á vuestro amante.

—Decid al sargento mayor don Juan de Guzman , pero no digais á mi amante, exclamó con altanería Luisa; sobre todo no deis mal ejemplo á vuestra hija diciendo delante de ella tales cosas.

—¡ Mi hija. .! ¡ tan perdida como vos !

—¡ Padre ! exclamó con su dulce voz la Inesilla : es verdad que quiero á Cristóbal, pero le quiero para mi marido... y mirad, señor, que mi madre es una mujer honrada.

—¡ Hum ! dijo el cocinero mayor. Pero eso no quita el que yo tenga encima un proceso.

—¿ Y sois vos en efecto quien ha matado al sargento mayor? dijo Luisa cuya voz estaba perfectamente serena.

—Os diré... no lo puedo asegurar... no sé de fijo si le he matado ó no.

—¿Qué no lo sabeis? ¿pues entonces quién lo sabe?

—¡Dios!

—Pero explicaos.

—Salía yo de una casa, y como la hora era alta y la noche lóbrega y el barrio apartado, desnudé la daga... me previne... á los pocos pasos tropiezo, caigo, y me encuentro sobre un cuerpo humano, y con la justicia encima que viéndome con la daga desnuda y sobre un difunto, me toma por homicida y me prende.

—Decidme, señor Francisco, preguntó Cosme Aldaba; ¿llevábais vos la daga de punta?

—No me acuerdo, contestó con angustia Montño.

—Pero es muy posible que la lleváseis con la punta al frente.

—Si, que es muy posible.

—Pudo ser muy bien que entre lo oscuro tropezaseis con don Juan de Guzman.

—No me acuerdo, pero pudo ser.

—Cayó don Juan y vos sobre él... eso ha sido... un homicidio involuntario...

—Dios que le llevaba á aquellas horas para su castigo, al infame: ¡pero Dios mío! ¡haberle yo matado sin saberlo...!

—Si os quejais de vuestra mujer, dijo gravemente Cristóbal Cuevo, teneis que fundar la razon de vuestra queja: si la acusais de amores con don Juan de Guzman, os acusais del homicidio.

—¡Y es verdad! exclamó en una nueva salida de tono Montño.

—Cuando por el contrario, si decis que vuestra mujer es honrada y buena, y que os satisfacen las razones porque se salió de vuestra casa con vuestra hija y con vuestro dinero, nos salvamos todos.

—¿Y yo...? ¿cómo me salvo yo?

—Recobrando vuestro dinero, que de otra manera no recobraríais, y entorpeciendo con él las ruedas del carro de la justicia, á fin de que eche por otro camino.

—Pero... sepamos, sepámoslo todo: ¿cómo y dónde os han preso?

—En el camino de las Pozas, cuando íbamos sobre cuatro jumentos en busca de un caserío donde pasar la noche.

—Íbamos á Navalcarnero, esposo, dijo Luisa.

—¿Y no os han dicho nada?

—Nada mas sino que la justicia nos prendia.

—Pues bien, el duque de Lerma os prendió, porque yo se lo pedí al

duque de Lerma, y el duque os soltará porque yo le pediré que os suelte. A seguida, tu Cristóbal, irás á casa del señor Gabriel y me devolverás mi dinero.

—En seguida.

—¡Oh! ¡que alegría, madre! exclamó la Inesilla: ¿ya no nos harán nada?

—Nada, hija mia.

—¡Ni nos ahorcarán!

—¿Quien piensa en la horca?

—¡Eh! ¡callad! ¡callad por Dios! dijo el cocinero, que parece que se acerca gente.

En efecto, se oían pasos fuera del calabozo y en direccion á él.

Todos se callaron y se acurrucaron cada cual en su sitio.

Despues de haber crugido tres llaves y tres cerrojos, la puerta del calabozo se abrió y un carcelero dijo desde ella.

—Señor Francisco Martinez Montño, salid.

Confuso, sin atreverse á alegrarse, temeroso de una nueva desdicha, el cocinero mayor, salió y siguió al carcelero.

Se cerró de nuevo la puerta y se oyeron los tres cerrojos y las tres llaves.

CAPITULO LXIX.

En que se ennegrece gravemente el carácter del tío Manolillo.

Cuando el duque de Lerma, de vuelta de la casa de doña Ana, llegó al postigo de la suya, se le atravesó un bulto embozado.

—¡Ola! le dijo aquel bulto: detente y escucha.

—¡Ah! ¡eres tú bufon! dijo el duque contrariado.

—Soy tu amo, contestó el tío Manolillo.

—¿Qué quieres?

—Muy poca cosa: una orden tuya al alcaide de la cárcel de Villa, para que me deje hablar á solas y cuando yo quiera con el cocinero mayor del rey.

—¡Cómo! ¿Montiño está preso? ¿y por qué?

—Por un homicidio.

—¿Pero á quién ha muerto?

—Al amante de su mujer.

—¡Cómo! ¿no lo habias matado tú?

—¡Ah! es verdad que sabes que yo he matado á ese infame. Pues bien: tengo suerte: la justicia no sé por qué ni cómo, ha encontrado daga en mano y sobre el cadáver de Guzman á Montino: me quito un muerto de encima. Pero tengo mis proyectos: necesito hablar al cocinero de su magestad. Conque la orden.

—Entra, dijo el duque, á quien como sabemos tenia sujeto el bufon.

—No, te espero aquí : no quiero subir escaleras : bájame tú mismo la orden.

Como ven nuestros lectores, para lo que habian sacado á Montiño del calabozo era para que hablase con el bufon.

Paseábase este en una de las habitaciones de la alcaidía.

Habia dejado la capa y el sombrero que estaban empapados en agua, y así, con los brazos cruzados, encorbado, meditabundo, con la cabeza sobre el pecho, tenia algo de terrible.

El carcelero introdujo en la habitacion á Montiño, y con arreglo á las órdenes que tenia salió y cerró la puerta.

—Venid acá, tio Francisco, venid acá ; le dijo el bufon, tenemos que hablar mucho y grave.

—¡ Ah, tio Manolillo! mucho y grave es lo que á mí me sucede, dijo compungido el cocinero mayor.

—Sois el rigor de las desdichas, Montiño, y por vuestra torpeza y vuestra cobardía haceis esas desdichas mayores : y esa horrible codicia...

—Yo creia que veniais á otra cosa, tio Manolillo, dijo el cocinero, y no á reñirme por desgracias que yo no he podido evitar.

—En efecto, contestó el bufon, vengo á sacaros de aquí.

—¡ A sacarme! ¡ Ah! ¡ Dios os bendiga, tio Manolillo! no esperaba tanto... pero vos sabeis que yo soy un hombre de bien, muy desgraciado eso si, pero que no he hecho mal á nadie.

—¿ Qué no habeis hecho mal á nadie? Vos teneis la culpa de lo que está sucediendo desde hace cuatro dias : vos, torpe y miserable vendido á todos, volviéndoos á todos los vientos... vos, por quien ha venido á Madrid ese hombre fatal.

—¿ Qué hombre?

—Don Juan Tellez Giron.

—Pero yo no tengo la culpa : me le envió mi hermano Pedro...

—¿ Y por qué no le admitisteis en vuestra casa...?

—¿ En mi casa...?

—Si, si vuestro sobrino, es decir, si don Juan cuando os buscó os hubiera encontrado...

—¿ Pero tengo yo la culpa de no haber estado en mi casa cuando llegó á Madrid ese caballero?

—Pero cuando os encontró, ¿ por qué le dejásteis...?

—¿ Cómo llevarle, joven y buen mozo en compañía de mi mujer y de mi hija?

—Que os han robado, y os han abandonado, y os han deshonorado...

—No, no señor : eso creia yo... pero mi mujer me ama, mi mujer es honrada y mi hija...

—Y si vuestra mujer es honrada, ¿por qué habeis matado al sargento mayor?

—¡Yo! ¡qué he matado yo á don Juan de Guzman!

—Pues sino le habeis matado, ¿por qué estais preso?

—Si le he matado, dijo el cocinero, en una de sus frecuentes salidas de tono, ha sido sin querer... os lo juro... llevaba yo la daga por delante... la noche era muy oscura...

—¡Mentís! dijo el bufon mirando profundamente al cocinero, cuyo semblante estaba desencajado : ¡mentís tan descaradamente, como villanamente habeis muerto al sargento mayor!

—Os juro que yo, ni aun siquiera sabia que podia encontrármele.

—¡Mentís! vos sabiais demasiado que don Juan de Guzman, á mas de ser amante de vuestra mujer...

—¡Ah! no, no, tio Manolillo : eso ha sido una equivocacion.

—Sabiais, insistió el bufon, que á mas de ser amante de vuestra mujer, lo era tambien de cierta dama buscona : de doña Ana de Acuña...

—¡Ah! ¡no! ¡no!

—Se os puede probar.

—¿Qué se me puede probar?

—Si, con el testimonio del duque de Lerma, y con el mio.

—Y bien, aunque se me pruebe que yo sabia eso...

—Habeis matado á don Juan de Guzman junto al postigo de la casa de doña Ana : allí, sobre el cadáver, hierro en mano, os ha encontrado la justicia. ¿A qué ibais por allí, señor Francisco Martínez Montaña?

Pronunció de una manera tan fatidica el bufon estas palabras, que Montaña se aterroró : aturdido, embrollado su pensamiento, llegó á creer lo que no habia visto claro ; esto es : que en efecto y por una terrible casualidad hermana de las inauditas que le estaban abrumando desde que llegó á Madrid su sobrino postizo, habia matado sin quererlo, sin sospecharlo siquiera, al amante de su mujer. Vió que todas las apariencias estaban en contra suya, y se echó á llorar.

—Ha sido un asesinato, meditado, llevado á cabo con una frialdad horrible, dijo el bufon : á un asesino tal, se le ahorca...

—¡Qué me ahorcarán!... ¡Dios mio! ¡y no hay remedio!

—La ley es rigurosa y espresa... y no era necesario que vuestro pro-

ceso estuviese en manos del terrible alcalde de casa y corte Rui Perez Sarmiento, que se parece por ahorcar gente; cualquier otro alcalde, por bueno y por compasivo que fuese, os entregaria al verdugo.

—¿Y habeis venido á decirme eso, cuando yo, ¡triste de mí! creia que veniais á salvarme?

—Sois mezquino y cobarde, que sino lo fuérais, yo os salvaria.

—¡ Vos !

—¡ Yo !

—¿Y podeis?

—Puedo.

—Os daré mi caudal.

—Yo no quiero vuestro oro.

—¿Pues qué quereis? vos quereis algo.

—Quiero vuestra conciencia.

—¡ Mi conciencia !

—Si: quiero que mateis á la persona que una persona que yo os diré, os nombre.

—¡ Matar ! yo no tengo valor para matar... yo no he matado á nadie.

—Habeis matado hace dos horas...

—Sin saberlo, sin quererlo, ¡ Dios mio !

—Lo que no impedirá que vayais al patíbulo.

—¡ Dios mio ! ¡ Dios mio !

—Ya que habeis matado un hombre, matad una mujer, y nada os acontecerá.

—Pero ya os he dicho que no me atreveré nunca... ¡ oh ! ¡ no ! no tengo valor.

—No será necesario que la hirais.

—No os entiendo.

—Un cocinero puede matar...

—¡ Ah !

—Con un guiso hecho por su propia mano...

—¡ Ah ! pero... el veneno... yo no he pensado jamás en eso...

—Buscad el veneno.

Montiño se acordó entonces de que tenia en el bolsillo los polvos que le habia dado envueltos en un papel el paje Cristóbal Cuero.

—¡ El veneno ! exclamó ; ¡ un veneno que mata en cinco minutos ! ¡ como murió ayer el paje Gonzalo !...

—Eso es.

—No... y cien veces no...

—Pues á la horca por asesino.

—¡Dios mio! pero dejadme pensarlo.

—Ni un momento.

—Pues bien, dijo Montiño: sobre vuestra conciencia caerá ese asesinato... no seré yo quien mate, sino vos... que me dais á elegir entre mi muerte... una muerte horrible, y la muerte de otro.

—En buen hora; yo cargo sobre mi conciencia con ese crimen.

—Y si sabes que es un crimen ¿por qué le cometeis?

—Señor Francisco, no hablemos mas de esto: dentro de dos horas estareis en libertad.

—¿Absuelto de la acusacion?... es muy justo.

—No; absuelto no: se os pondrá en libertad bajo fianza, pero tendreis á Madrid por cárcel, y os guardaré yo: os juro que en el momento en que queráis huir, os prendo.

—¿Es decir que me teneis sujeto?...

—Cuando me hayais servido, el proceso se rasgará.

—¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! exclamó trémulo, anonadado, el cocinero mayor. ¡Tened compasion de mí!

—Hasta mañana, que iré á veros á vuestra casa, dijo el bufon llamando á la puerta de la habitacion en que se encontraban.

Abrió el que hasta allí habia llevado al cocinero mayor, y el bufon le dijo:

—Dejad aquí á ese hombre: no le bajeis al encierro: dentro de poco saldrá de la cárcel con fianza. Adios.

El bufon desapareció.

El carcelero cerró la puerta.

Montiño, inmóvil, con los escasos cabellos herizados de horror, se quedó en el sitio donde le habia dejado el bufon, murmurando:

—¡Desdichado de mí! para librarme del castigo de ese crimen que no he cometido, me veo obligado á cometer un crimen horroroso. ¿Y quién será esa persona que quieren que mate yo?

CAPITULO LXX.

De cómo Quevedo dejó de ser preso por la justicia , para ser preso por el amor.

Iba Quevedo en la litera y á oscuras , aunque sin ir en la litera á oscuras hubiera tambien ido por lo tenebroso de la noche , y luchando con un millon de conjeturas , á ninguna de las cuales encontraba una explicacion razonable.

Esto sucedia al principio de la noche.

La litera , segun podia juzgar Quevedo por el silencio que le rodeaba , solo interrumpido de tiempo en tiempo por lejanos ladridos de perros campestres , y por lo sordo de los pasos de las cabalgaduras de sus guardianes , adelantaba por un camino.

Oíase ademas el lento , monotono y acompasado rumor de aquella lluvia tenaz que no habia cesado durante cuatro dias.

La soledad y el silencio , turbado solo por estos ruidos melancólicos , influyen de una manera poderosa sobre el pensamiento , le concentran , le entristecen , le dan un giro especial en armonía con las impresiones esternas.

Quevedo meditaba lentamente.

Sentia en su cerebro el embrion de algo , cuyas formas no podia determinar , embrion que con su misterio le traia cuidadoso y , mas que cuidadoso , cobarde.

Pasó muy bien una hora sin que sobreviviese ningun incidente , pero de improviso , sonó muy cerca un arcabuzazo , y tras este un grito de do-

lor y tras el grito un golpe sordo como el de un cuerpo humano que hubiese caído desplomado desde un caballo á tierra.

La litera se detuvo.

Sonaron otros dos tiros, y otros dos gritos, y otras dos caídas y algunas voces confusas.

—Pues esto es peor, mucho peor, dijo Quevedo: pareceme que en esto andan mis enemigos y que perderme quieren: achacaranme resistencia á la justicia, embrollaranme el proceso, y bien podrá ser que algo mas que negro me sobrevenga. España está en manos de bandidos: en nada se repara: artes del diablo se ponen en uso, y lo mismo se derrama la sangre de los hombres para cualquier enredo villano que agua de lavadero. Malayan de Dios los reyes tontos, que dan ocasion á la soberbia y á la codicia de los pícaros. ¿Pero quienes serán estos? Paréceme que andan en la litera.

En efecto, sonaba una llave en la portezuela.

Esta se abrió.

La luz de una linterna penetró en el interior.

Quevedo miró profundamente al bulto que estaba pegado al brazo que tenia la linterna.

Pero nada vió mas que el bulto.

—¡Ah! ¡vive Dios! exclamó una voz ronca. Por bien empleado doy el trabajo que me ha costado encontrar la llave en la ropilla de uno de esos alguaciles, á quien el diablo hospeda sin duda en estos momentos en la mejor cámara del infierno.

—¡Ah! ¡voto á...! ¿eres tú Juan de Francisco? dijo Quevedo reconociéndole por la voz.

—Humilde criado de vuesamerced, contestó el maton.

—Pues si mi criado te confiesas, mándote que te entres, que lugar hay en este calabozo andante y que me espiques...

—Con mil amores, don Francisco: pero esperad, voy á dar á mis brabos muchachos la orden de que nos volvamos á Madrid.

—¿Con qué á Madrid nos volvemos?

—De orden superior.

—Como quien dice, de orden de su magestad el dinero.

—¿Pues á quien otro obedezco yo?

—Despacha, hijo, y ven y entendámonos.

Francisco de Juara se separó de la litera y dió algunas órdenes en voz baja y rápida.

Luego, á oscuras, entró en la litera, se sentó á tientas al lado de Quevedo, cerró la portezuela é inmediatamente esta se puso en marcha.

—¿Quién ha armado todo esto? dijo Quevedo.

—Una mujer que os ama.

—¡Ah! por mis pecados, condesa de Lemos, dijo Quevedo, que no sabia yo que tan valiente érais.

—Las mujeres son diablos, don Francisco, repuso Juara.

—Y aun archidiablos; una perdió al mundo, y sus nietas siguen perdiéndole: aconsejadas siguen por el diablo. ¡Audacia como ella! Pero cuenta, hijo, cuenta: asi entretendremos el tiempo. ¿Cómo te me he venido yo á las manos? ¡Lance mas donoso!...

—Esta mañana, dijo Juara, en la hora en que fui á comer mi olla, encontreme con un criado de la condesa de Lemos, antiguo amigo y compañero mio. Este tal me dijo sin rodeos: traigo para tí treinta doblones.

—Pues quiera Dios que yo los pueda tomar, que hartó bien me vienen, repliqué, y los doblones no llueven asi como se quiera: ¿de qué se trata?

—De un empeño brabo, me contestó mi amigo; esta noche, al oscurecer, irás á ponerte en el lugar que mejor te parezca del camino de Segovia: no tardará mucho en pasar una litera resguardada por cuatro alguaciles á caballo: quita á esos alguaciles el preso que irá en la litera, y vente con él por el portillo de la Campanilla.

Como vuesa merced conoce, don Francisco, todo era negocio de ir á galeras; yo las conozco ya y ellas me conocen, y no era cosa, por temor de volver á *gurapas*, de despreciar treinta buenos de los de á ocho, de presente, y otros treinta de añadidura, una vez cumplido el empeño.

—¿Por supuesto, que tu compadre te daría alguna luz? dijo Quevedo.

—Dídmela, sin quererlo, haciéndome él el encargo; porque habeis de saber, don Francisco, que, como os he dicho, yo sabia que es criado de la condesa de Lemos.

—¡Ta! ¡ta! ¿y qué sabias tú?...

—Olia de una legua el encargo á faldas... yo soy muy práctico en estos negocios... lo que no pude adivinar, fue que vos fuéseis el galán que habia de robar á la justicia. ¡Suerte teneis!...

—¡Cómo mia!

—¿Os quejais aun? preso os llevan, y una mujer os salva, tan hermosa como la condesa. Otro en vuestro lugar, veria el cielo abierto.

—Veriale yo, si la litera abrieses, y en Madrid pudiese encerrar-

me y perderme, que si tal hicieras, doble habias de ganar de lo que has ganado.

—No hablemos de eso una palabra, porque no me conviene serviros de ese modo... temo á la condesa mas que á una daga buida, y por nada del mundo me atreveria á ponerme en su desgracia. Pero otros medios hay, don Francisco, y en dejándoos yo en poder de quien me paga, os serviré de balde.

—¿Y de qué modo?

—Haciendo que la condesa os suelte.

—Antes soltará una ala de las entrañas: empenada y resentida anda conmigo, y mucho será que no tengamos encierro, duende y comedia para rato... y cada minuto me parece ahora una eternidad: ánimo, hijo, y cuenta por tuya una razonable cantidad de los de á ocho, y una bandera en los tercios de Italia.

—Os cojo la palabra.

—Entonces, si quieres cogerme, suéltame.

—Os soltaré, ¡vive Dios!

—Pues avisa que paren en llegando á las tapias de la villa.

—No me habeis entendido... yo por mí no puedo soltaros; pero haré que otros os suelten.

—El siglo que viene.

—Quizá dentro de pocas horas.

—Espícate.

—Suceden en la corte cosas, que el diablo que las entienda; entre ellas, me lo ha dicho el criado de la condesa, sucede el que el duque de Lerma ha hecho al rey que levante el destierro al conde de Lemos.

—¿Es decir, que tendremos aquí á don Fernando de Castro dentro de un mes?

—¡Quiá! el conde de Lemos estaba en Alcalá: por la mañana, antes del alba, salia de allí, y por trochas y sendas llegaba hasta mediar el camino de Madrid: yo he ido á llevarle muchas veces cartas de don Baltasar de Zúñiga y del secretario Céspedes, y de otros varios: el conde esperaba que de un momento á otro le levantasen el destierro: por la tarde se volvía, y ya de noche entraba otra vez en Alcalá. Hace un mes que está sucediendo esto. Por lo mismo, apostaría cualquier hacienda, á que el conde está en Madrid y en su casa á estas horas.

—Pues eso es peor, mucho peor. Guardárame mas profundo la condesa.

—Ya encontraremos huron que llegue hasta lo último de la madri-guera.

—Paréceme que me engañas, Juara.

—No por cierto, don Francisco, porque os temo: aun tengo sobre mí los cardenales de los cintarazos que me apretásteis la noche pasada, y sé que conviene estar bien con vos, porque yo tengo para mí que aunque os metieran en una botella y taparan con pez encima, habiais de escaparos. Os serviré, pues, de miedo, pero como me parece que marchamos ya sobre el puente de Segovia, que empedrado suena bajo el paso de las cabalgaduras, dejadme salir, don Francisco, y confiad en mí, y haced lo que podais, que yo no he de dejar de ayudaros.

El maton hizo parar la portezuela, salió de ella, y cerró de nuevo con llave.

—Paréceme, dijo Quevedo, que este tunante quiere vengarse de la paliza que le apliqué hace cuatro noches; pues dias pasan y dias vienen, y los tiempos andan, y alguna vez nos encontraremos, racimo de horca. ¡Y pensar que don Juan está abandonado á sí mismo y acaso preso! ¡Válgame Dios! ¿y con qué cara me presento yo, si acontece al muchacho una desgracia, á don Pedro Giron?

—¡Alto allá! dijo de repente una voz robusta en el camino.

Dejó Quevedo de pensar para poner su atencion en lo que pasaba fuera, y oyó que algunos hombres hablaban amigablemente.

—Ha llegado, por lo que veo, dijo Quevedo, la hora de la entrega y pronto llegará la de la presentacion. Si ese Juara no me engañase... si ese Juara me sirviese... y estoy mas indefenso que un raton cogido en trampa.

Abrióse la litera.

Un bulto se acercó á ella.

—Salid, caballero, dijo á Quevedo.

Este no conoció la voz del que le habia hablado, pero salió.

—Asios de mi brazo, que la noche está lóbrega, dijo aquel hombre, y sois torpe de piés.

—Y de cabeza, lo que no creia, y me ha hecho creer el verme perdido en estos enredos, dijo don Francisco asiéndose al brazo de quien le habia hablado: ¿y adónde vamos, amigo? alegrárame que fuese cerca, porque llueve que cala, y ciegos andamos.

—¿No ois?

—Campanillas.

—De mulas de coche.

—Muy ruidoso me haceis.

—No hay porque taparse.

—Alégrome.

—Pero ya llegamos: ¡eh! ¡Andresillo! la meseta á este caballero para que suba.

—No veo, dijo Quevedo.

—Guiareos yo: delante teneis la meseta.

Quevedo levantó el pié y le puso sobre una pequeña mesa, que entonces, y mucho despues, servia de estribo á los empinadísimos coches de nuestros abuelos.

Al ir á entrar Quevedo por la portezuela, se sintió asido, y escuchó un suspiro, y al mismo tiempo aspiró un delicado olor á dama, (porque en todos tiempos las damas se han dejado conocer á oscuras); lo que hizo pensar á Quevedo lo siguiente:

—La tragicomedia empieza... ella es... por el olor la saco: veamos de qué modo puedo engañarla, aunque no me parece fácil: ello dirá.

Y se entró en el coche.

—Pues no: este coche no es suyo, dijo Quevedo palpando la badana usada de los asientos. Callóme y veamos.

Pero la mujer que en el coche estaba, no habló.

El coche se puso en movimiento: sonaron las campanillas de las mulas, rechinaron los ejes y empezó á crugir toda aquella vieja armazon.

Quevedo adelantó las manos y tropezó con la mujer.

Esta le rechazó.

—Tormenta se prepara, dijo Quevedo para sí: pues retirémonos, y estémonos quedos para que mas pronto descargue.

La dama continuó callando.

Solo de tiempo en tiempo, dejaba oir un suspiro mal contenido.

—Esos son los relámpagos, continuó diciendo para sí Quevedo.

Al cabo de algun tiempo la mujer hizo un movimiento de impaciencia.

—Encima la tenemos, murmuró Quevedo.

—¿Sabeis, caballero, dijo al fin la dama, que sois el traidor peor nacido que conozco?

—Ya lo sabia yo, dijo Quevedo.

—Pues yo quisiera haberlo sabido antes de... antes de haberme olvidado por vos de lo que soy, dijo la condesa de Lemos.

—He dicho que ya sabia yo que no habiais de estaros callada mucho tiempo, doña Catalina.

—¿Y es posible que yo guarde silencio, cuando tengo tanto que echaros en cara?

—Mas valiera que á la cara no me hubiérais echado vuestra hermosura, y al alma vuestro amor, que tan caros me han salido.

—¡Qué mentir tan villano! ¿hermosa llamais á quien habeis despreciado? ¡llamais amor á una burla infame! ¡y despues de haberme ofendido de una manera tan odiosa, os burlais aun! ¡he hecho bien en castigaros!

—Ved que castigándome os castigais.

—¡Yo!

—¿Sino me amarais, hubiérais hecho lo que haceis?

—¡Qué necios y que vanos son los hombres! porque han tenido á una mujer rendida, creen que esta mujer no puede recobrar su dignidad al conocerlos, aborrecerlos, procurar vengarse de ellos...

—¡Ay, Catalina de mis ojos! ¡suspiras muy profundo para que yo te crea!

—Respetadme, caballero, dijo la condesa, y no veais en mí mas que una mujer que todo lo ha perdido por vos en un momento de locura, y os castiga.

—Si culpa hay entre nosotros, no sé quien está mas castigado: si tú, Catalina mia, viéndote obligada á prenderme por amor, ó yo por amor viéndome obligado á huir de tí.

—Os aseguro que no huireis.

—Entonces seremos los dos felices.

—No os entiendo.

—Si me prendes, serás mi carcelera, porque no te fiarás de nadie: y si eres mi carcelera, teniéndote al lado tengo contigo un cielo. ¡Qué no se muriera el conde de Lemos!

—Me estais destrozando el corazon.

—Ya sabia yo que la tormenta acabaria en lluvia, dijo para sí Quedo: ¿lloras alma mia?

—¡Lloro mi desdicha, mi desesperacion! ¡me pesa de haber nacido!

—¡Catalina de mi alma!

—¡Oh! ¡cuánto, cuánto os amo aunque no lo mereceis! dijo la condesa.

—No os amo yo menos.

—Eso es mentira.

—Sabe Dios, que si alguna mujer me ha lastimado el corazon, has sido tú : que si en algun vaso puro he calmado la sed de mis labios, ha sido en tu boca ; que si alguna luz ha iluminado mi alma, ha sido la luz de tus ojos ; que si en alguna parte ha descansado mi cabeza quemada por el desprecio y el cansancio de todo, ha sido en tu seno. No miento, Catalina, no miento : yo te amo, yo te adoro, yo te venero... ¡Dios lo sabe !

Y Quevedo no mentia.

Amaba con toda su alma á la condesa.

Pero amaba mas á su ambicion.

Su ambicion estaba personificada en el duque de Osuna, y Quevedo servia al duque en cuerpo y en alma.

Importaba por lo tanto, demasiado á Quevedo, salvar de los peligros que le amenazaban á aquel hijo natural del duque, por el que únicamente habia ido á la corte.

Pensando en esto, y para tener una ayuda, un medio, habia sido audaz con la condesa de Lemos, y cuando la condesa de Lemos se convirtió para él en un inconveniente, la abandonó, abandonando su amor ; la lastimó lastimándose á sí mismo.

Se veia cogido por una mujer justamente ofendida y enamorada, y no sabia cómo escapar de sus manos.

Apeló, pues, á la fascinacion del amor.

Pero la condesa estaba ya escarmentada, no le creia y el asunto iba haciéndose negro para Quevedo.

Todo su ingenio se estrellaba contra el recelo de la condesa.

—Si, si, mentid cuanto querais, le dijo doña Catalina ; pero esta vez me convierto para vos en un tirano. Necesito vengarme, satisfacerme, haceros sufrir tanto como vos me habeis hecho sufrir á mí : al menos tendré el consuelo de que no me hayais burlado de balde, vos que estais acostumbrado á burlaros á mansalva de todo el mundo.

—Porque zaherí á vuestro padre en un romance, escrito por mi desesperacion y por mis celos, cuando os ví casada con don Fernando de Castro, hanme tenido dos años preso entre frailes : porque recobro la razon y tengo valor bastante para apartarme de vuestros brazos, dejando en ellos mi vida y mi ventura me prendeis vos. No de balde me burlo, sino que bien de veras pago el no tener el corazon de corcho, que si yo no os amara tanto, no me aconteceria esto.

—Pues bien... suframos los dos, yo, el teneros contra vuestra voluntad, vos, en verme, cuando no quisiérais, á vuestro lado. Y como hemos hablado todo lo que teníamos que hablar, y como yo estoy contenta todo cuanto puedo porque os castigo, no hablemos mas, que si mas hablamos no haremos mas que ofendernos.

—Os voy á dar un consejo.

—¿Cuál?

—Que dejes para mas tarde vuestra venganza, ó que os vengueis de otro modo.

—No os comprendo.

—Han levantado el destierro á vuestro marido.

Guardó la condesa un silencio de espanto.

—¡Cómo! dijo: ¿el conde de Lemos vuelve á la corte? ¡pues bien! ¡me alegro! ¡vuelve á tiempo! ¡como que solo hace cuatro dias que vos habeis venido!

—Oidme por Dios, que importa: vuestro marido si os obstinais en retenerme, acabará por saber que yo... y que vos... que estoy en vuestras manos. Aunque el conde de Lemos no os ama porque los necios no aman á nadie mas que á sí mismos, tiene orgullo: y como el que seais vos mi amante solo le da deshonra á secas, es natural que la tome por alto: para embargarme os habeis valido de gentes en las cuales un secreto no está mas seguro que un doblon en medio de la calle... Sabrán...

—Que se sepa.

—¿Pero estais loca?

—Si lo estoy, mi locura no tiene remedio.

—Oid, prenda de mi alma. Ya que os decidís á todo, unámonos. Me importa poco si á vos os importa menos: podrá ser cuando mas asunto de estocadas, y yo no soy miserable de ellas. En vez de tapujos y encierros, entrareme yo á la luz del sol en vuestra casa... y asi os habreis vengado de don Fernando de Castro que os ofendió casándose con vos.

—Eso queria yo hacer, y vos no quisisteis.

—Temí por vos.

—Y hoy por vos teneis miedo.

—Os ruego que lo penseis.

—Lo tengo pensado.

—¿Con qué soy vuestro prisionero?

—Prisionero por amor.

—Sois, pues, mi Carlos V.

—Y vos, mi Francisco I : por lo mismo temo firmar con vos las paces, no sea que vos me engañeis, como Francisco I engañó á Carlos V.

—¡ Entendida sois en historia !

—Por mi desdicha : quisiera ignorarlo todo.

—Me dais miedo.

—¡ Ah ! ¡ por fin !

—Mientras una mujer injuria ó llora ó se desespera , aun hay esperanzas de dominarla ; pero cuando, como vos , acaba por hablar á sangre fria , y casi rie...

—Entonces está resuelta... decís bien : y mi resolucion es invariable.

—Pues bien, doña Catalina, os juro que os salvaré de vuestra propia locura, antes de algunas horas.

—¿ Y cómo ?

—Escapándome.

—Os juro que no os escapareis.

—Lo veremos.

—¿ Y cómo hareis para escaparos ? yo os guardaré por mí misma : viviré con vos , comeré con vos... ni de dia ni de noche me separaré de vos.

—Me escaparé.

—Quereis asustarme, pero no lo conseguís. Si vos sois valiente y resuelto yo no lo soy menos.

—Ello dirá.

—Pues va á decirlo pronto. El coche se para. Hemos llegado.

—¿ Y adónde hemos llegado ?

—No quiero ocultároslo. A mi casa de campo del río.

—Creo que esta casa es del conde mi señor , y que la pintó y la amuebló para vuestras bodas.

—Asi es.

—¿ Y aquí quereis tenerme ?

—¿ Y por qué no ?

—Ocurrencia del diablo es.

—Dejadme bajar que abren la portezuela.

—¿ En galan os tornais , y en dama me convertis ? dijo Quevedo.

—Si por cierto : dadme la mano para bajar.

—Os la diera mejor para subir.

—Ya subiremos.

—Y aun llueve , dijo Quevedo.

—Y hace oscuro : por lo mismo os guio.

—¿Y las gentes que os acompañaban?

—Se han ido.

—Misteriosa aventura.

—Y mas misteriosa la felicidad que mas allá de esta puerta me aguarda.

Y la condesa, abrió con llave el postigo de una cerca.

—Entrad, dijo.

Quevedo entró.

La condesa siguió tirando de él.

Quevedo sintió que otra persona cerraba el postigo.

—Pero doña Catalina, corazón mio, ¿estais en vos? enterado habeis de este lance á medio mundo.

—¿Y qué se me da? No soy yo mujer á quien mate su marido, ni el conde de Lemos, un marido que mate á una mujer tal como yo: ni á un se divorciará, porque divorciándose perderá la administracion de mis bienes. Por lo demás me importa todo un bledo. Dirán: la condesa de Lemos es querida de Quevedo: y bien, vos me habeis enseñado á despreciar al mundo.

—Ya no llueve, dijo Quevedo.

—Como que estamos bajo techado, contestó doña Catalina: ahora vamos á subir... y yo os doy la mano.

—No hablaba yo de esta subida.

—Pues mirad, yo estoy muy contenta.

—No veo el motivo.

—Os tengo.

—¡Pero si decís que no os amo!

—No me amais todo lo que yo quisiera... pero me amais... si; me amais... y yo os haré tanto... yo seré para vos tanto...

—¿Qué sereis para mí?

—El camino de los honores, del mando, del trono.

—¡Eh! ¿qué decís de trono, señora? dijo Quevedo con un acento tan singular como nadie hasta entonces habia oído en él.

—Digo, que sin haceros rey, os pondré sobre el rey, y como el rey está en el trono...

—¿Sabeis que esta escalera se parece á la subida de la montaña aquella á cuya cumbre llevó el diablo á Cristo? dijo con un doloroso sarcasmo Quevedo.

—Muchas gracias, señor mio, por la galanteria. Pero estais irritado, y con razon, y es menaster perdonároslo todo. Entrad.

—Y tiró de Quevedo que se encontró de repente en un magnifico salon completamente iluminado, y con una mesa servida.

Doña Catalina cerró la puerta por donde habian entrado, se aseguró por sí misma de que las otras puertas estaban cerradas tambien, y luego arrojó el manto, y apareció deslumbrante vestida.

—He aquí, dijo Quevedo, que el sol sale á la media noche.

—Os he traído á mi cámara de bodas, y para ello me he vestido el traje de mis bodas.

Y luego sentándose en un sillón y señalando otro á Quevedo, le dijo con la mirada llena de amor, de embriaguez, de encantos:

—¡ Cenemos!

—¡ Oh! ¡ qué feliz podía yo ser! murmuró Quevedo.

Y luego sentándose resueltamente, dijo con una voz que espantaba por su sarcasmo, por su desesperacion, por su amargura, y con la mirada ardiente y fija en los ojos de doña Catalina:

—¡ Cenemos!

CAPITULO LXXI.

De cómo el duque de Lerma encontró á tiempo un amigo.

Amaneció el día siguiente.

Y seguía lloviendo, y nublado y sin señales de mejor tiempo. Estaba en su despacho el duque de Lerma, y su secretario Santos escribía á mas y mejor lo que el duque le dictaba.

Se notaban en el semblante del duque señales de insomnio.

Lo que demostraba que había pasado muy mala noche.

Como que volvian á la córte todos sus enemigos, y podian hacerle la guerra y derrocarlo, sin que él pudiera defenderse, atado como estaba por los terribles secretos suyos que poseia el bufon.

En lo que se ocupaba el duque, era en escribir á sus parciales de las provincias, á fin de que le hiciesen un partido entre la gente que alborota y que ha existido en todos tiempos bajo todas las formas de gobierno, á fin de que escribieran cartas honrosas para él, esto es : una especie de opinion pública ficticia, que debia figurar ante los ojos del rey como la opinion pública del reino.

Para esto se ofrecia á comunidades de frailes, cosas que el duque habia resistido ; á los ayuntamientos arbitrios ; á los labradores tolerancia en el pago de los tributos ; á las corporaciones de todo género nuevos privilegios ; á este y al otro señor, amenazado por desafueros, hacer la vista gorda, como suele decirse, y á las audiencias, desestimar las nu-

merosas quejas de injusticias, cohechos y violencias que pendian por ante el rey.

Claro es, que todo esto venia á gravar en último punto, sobre la gran masa del reino, sobre el pobre, sobre el débil, sobre el querelloso : pero importaba poco : era necesario que el rey recibiese de todas partes plácemes por el buen gobierno del duque de Lerma.

Desde el amanecer estaban trabajando en esto el duque y su secretario.

Santos á pesar de que hacia frío, sudaba la gota tan gorda.

El duque estaba fatigado.

—No puedo mas, señor, dijo Santos : de tanto escribir, se me ha puesto el brazo tan frío y tan pesado como si fuera de plomo.

—Urge, urge, Pelegrin : ya sabes que mi sobrino no ha perdido el tiempo, y que ya está en Madrid : viene irritado contra mí y no perdonará medio : ademas, se encontrará al duque de Uceda apoderado del príncipe de Asturias, y empezará de nuevo entre ellos la guerra, que vendrá á herirme de rechazo.

—Yo aconsejaria á vucencia que tomase un partido, mucho mas prudente, que el de lograr por medio de estas cartas que se corten las quejas que vienen de todas partes, dijo Santos estirándose el brazo derecho y frotándose con la mano izquierda.

—¿Y qué partido es ese, Pelegrin?

—¡Hum! vucencia está muy comprometido.

—Si, es cierto : pero todo lo que puede suceder, será perder la gracia del rey.

—Perdonad, señor, de antemano, lo que voy á decir á vucencia, porque mi lealtad no me permite guardar por mas tiempo silencio.

—¡Crees tú...!

—Creo que puede sucederos peor que perder la gracia del rey.

—¿Peor?

—Podeis ser procesado.

—¡Procesado! exclamó con orgullo el duque.

—Porque podeis ser calumniado : esta gente enemiga vuestra, os teme : sabe que el rey está acostumbrado á vos, y como en el rey no hay nada mas poderoso que la costumbre, como es indolente y enemigo de luchas y de mudanzas y sobre todo irresoluto y débil, usarán contra vucencia de armas infames : se han cometido en la corte grandes desaciertos : vuestro secretario don Rodrigo Calderon ha usado y abusado de

vuestro nombre y no se ha detenido en nada : se ha pretendido, primero deshonrar á la reina, despues envenenarla...

—¡Cómo!

—Hay quien lo sabe, y quien lo murmura... lo que hoy es un rumor sordo, será mañana un estruendo, y un estruendo tal, que no podrá menos de oirlo el rey... ¡si para entonces estais desprevenido!...

—Pero yo no he pensado... yo no he hecho...

—En la córte, es muy fácil hacer caer sobre una persona los delitos de otra : Calderon ha sido vuestro favorito, y aun lo es, al menos para todo el mundo, que ve que en vuestra casa le teneis, que en vuestra casa le curais. Calderon es presuntuoso, soberbio, tiene mucho ingenio, vale mucho, conoce la córte, y en cuanto pueda, se abrirá paso, obligándoos á que vos le faciliteis el camino, porque os tiene sujeto...

—¡Pelegrin!

—Enojaos cuanto querais conmigo, señor : pero no oiga vucencia á Pelegrin Santos, pobre hidalgo que os debe cuanto es, sino á la voz severa de la verdad : sucédame cuanto quiera, aunque vucencia irritado conmigo me haga pagar cara mi lealtad, no puedo callar por mas tiempo. Porque se hace necesario prevenir el mal, necesario de todo punto : no se puede perder un minuto.

—Sigue, sigue, Pelegrin.

—Como os decia, aunque sabeis que don Rodrigo os ha hecho traicion, no podeis deshaceros de él : como no podeis deshaceros ahora de Uceda, de Lemos, de Olivares, de Sástago, de tantos y tantos á quien vucencia estorba : os vereis obligado á servir de escala á Calderon, que partirá con vos la ganancia, porque os necesitará siempre, pero que os comprometerá : porque Calderon, soberbio y ciego y codicioso, hará tales cosas, que él mismo se hundirá... y al hundirse, os hundirá con él.

—¿Pero qué puede suceder?...

—Yo veo á Calderon marchar de frente hácia el cadalso, sin verle, confundiéndole con el trono.

—¡Ah!

—Dejad que suba solo al cadalso... cubrios...

—¡Cómo! ¡Pelegrin! ¡crees!...

—Lo creo posible todo. Si fuera tiempo, os diria : retiraos de la córte... pero ya no es tiempo, señor : estais en el mismo caso que aquel, que subiendo unas escaleras, va dejando caer los escalones : no tiene mas

remedio que seguir subiendo, ó caer desde una inmensa altura á una muerte cierta : no podeis retroceder.

—Y entonces... ¿qué hago?

—Roma insiste sobre el asunto de las preces...

—Pero no puedo complacer á Roma sin rebajar la dignidad del rey.

—Es un recurso desesperado. Complaced al papa, á cambio de otra complacencia del papa.

—Esplicáte mejor.

—Pedid á Roma el capelo.

—¡ Ah ! exclamó el duque de Lerma , abandonando su sillón y yendo á abrazar á Santos : si , si : tú eres mi amigo : tú eres la única persona leal conque cuento : ¡ el capelo ! ¡ y no se me habia ocurrido ! ¡ y sin embargo , tengo el alma llena de una inquietud vaga , del temor de verme envuelto en las traiciones infames , en los delitos de los que me rodean ! ¡ el capelo ! ¡ gracias , Pelegrin , gracias ! El duque de Lerma puede ser juzgado y condenado por el rey . ¡ El cardenal duque de Lerma , solo puede ser juzgado y sentenciado por Roma ! ¡ Roma ! yo haré que Roma esté tan contenta de mí , que me crea ser su mejor hijo . Escribe , escribe , Santos...

—¿ A Roma ?

—¡ A Roma !

—No es asunto para escrito... es necesario que vaya una persona de toda la confianza de vucencia.

—¡ Y quién mejor que tú ! ¡ tú que acabas de darme una prueba inapreciable de tu amor y de tu lealtad hácia mí !

—¡ Partiré !

—Al momento.

—Esperemos...

—¿ Qué esperemos , y dices que es de todo punto necesario... ?

—Esperemos á mañana.

—Preconíceme Roma y nada temo.

—Nada de preconizaciones : basta conque en un momento dado , autorizado por el papa , podais vestiros la púrpura : sed en buen hora cardenal , pero no lo digais á nadie... no mostreis miedo...

—¡ Ah ! ¡ Pelegrin ! ¡ yo no te conocia !

—Como no habeis conocido á los traidores hasta que ha sido de todo punto imposible que no los conozcais , no habeis conocido á los leales hasta que los leales se han visto obligados por amor vuestro á darse á conocer.

—¡ El capelo ! ¡ el capelo ! exclamaba el duque de Lerma paseándose á largos pasos por su despacho. ¡ Y que no se me haya ocurrido ! ¡ el capelo ! ¡ hijo de Roma ! ¡ la iglesia puesta entre el poder temporal y yo ! ¡ qué quieres, Pelegrin !

—Seguir siendo vuestro secretario.

—¿ Y nada mas ?

—Nada mas. Pero para que siga siendo vuestro secretario, es necesario que no me deis muchos dias como hoy.

—Vete, vete á descansar, y... está dispuesto.

Santos se inclinó y salió.

El duque de Lerma estaba contento : habia encontrado al fin , la difícil solucion de un problema oscuro que le tenia vivamente inquieto. Cubrir su responsabilidad como ministro, cuando tan duros eran los tiempos, con el manto de la iglesia, era cosa que jamás se hubiera ocurrido al duque de Lerma.

Saboreando estaba su contento, cuando un ayuda de cámara abrió la puerta, y dijo respetuosamente :

—Señor, el cocinero mayor de su magestad, solicita hablar á vuecencia.

Lerma mandó entrar á Montño.

Presentóse este pálido, desencajado, estropeado completamente, en cuerpo y traje : miró al entrar con recelo en torno suyo y dijo con grande misterio :

—¿ Podrá escuchar alguien lo que voy á decir á vuecencia ?

—Nadie, Montño, nadie : contestó el duque : ¿ pero qué sucede ?

—Sucede, señor... en primer lugar, la Dorotea me envia.

—¿ Y que quiere la Dorotea ? preguntó el duque estremeciéndose, porque veia de nuevo asomar la fatídica figura del bufon que habia llegado á convertirse para él en un espectro.

—La Dorotea... quiere ver á vuecencia... al momento : me ha mandado llamar para eso solo... está enferma... muy enferma...

—Iré, iré... id á decírselo.

—Un momento, señor : tengo que hablar á vuecencia de asuntos mios.

—¿ De asuntos vuestros ?

—Creo, señor, dijo Montño á quien la desesperacion daba atrevimiento, que en mi tiene vuecencia un esclavo, que ha hecho por vuecencia...

—Lo bastante para que os ampare : lo sé.

—¡ Ah, señor! necesitado y muy necesitado estoy de amparo. Por servir anoche á vucencia al salir de aquella casa, me aconteció una negra aventura.

—¿ Y que fue ello?

—El diablo me echó delante al sargento mayor don Juan de Guzman.

—¡ Qué os encontrásteis anoche á don Juan de Guzman! dijo con asombro el duque. ¡ Bah! ¡ imposible! ¡ no puede ser! ¡ visteis visiones!

—No ví, tropecé: y como llevaba la daga de punta, porque eran malos sitios, mala hora y mala noche, sin quererlo, sin pensarlo, le maté.

—¡ Ah! ¡ matásteis... al sargento mayor...!

—Y me encontré sobre él la justicia.

—¡ Ah! dijo el duque de Lerma comprendiéndolo todo, porque como saben nuestros lectores estaba en el secreto: ¿ y os prendió el alcalde de casa y córte Ruy Perez Sarmiento?

—¡ Cómo, señor, sabeis!

—Si, el licenciado Sarmiento me ha hablado de una prision. ¿ Pero si os prendieron, cómo estais en libertad?

—Bajo fianza de un tal Gabriel Cornejo...

—¿ Y qué quereís...?

—¡ Señor! ¡ señor! exclamó Montño arrojándose á los piés del duque y con los brazos abiertos: puesto que lo sois todo en España, y que yo soy inocente, porque quien mata sin querer no mata, salvadme, señor, salvadme.

—Levantaos, levantaos Montño, y nada temais: se le echará tierra al muerto, se romperá el proceso...

—¡ Ah! ¡ señor! ¡ piadoso señor! ¡ mi vida!...

—Mereceis que se os ampare.

—Despues de lo que vucencia acaba de hacer no me atrevo á pedirle otra gracia.

—Hablad, hablad.

—Muchas gracias, señor, muchas gracias, no sé como pagar á vucencia.

—Acabando pronto, Montño.

—Es el caso, que mi mujer y mi hija y el galopin Cosme Aldaba, y el paje Cristóbal Cuero están presos.

—Ya veis que no me he olvidado de lo que me pedísteis.

—Muchas gracias, señor, pero ahora pido á vucencia que se deshaga lo hecho.

—¡Cómo!

—Que sin ruido, y sin que nadie pueda saber que han estado presos, suelten á mi mujer, á mi hijo, al galopin y al paje.

—¿Pero estáis loco Montaña? ¿no os ha deshonrado vuestra mujer?

—¡No señor!

—¿No os ha robado?

—¡No, señor! y ruego encarecidamente á vuecencia...

—Sentaos y escribid vos mismo.

El cocinero se sentó.

El duque le dictó una orden de soltura para el alcaide de la cárcel de villa, y otra para el alcalde de casa y corte, para que diese por nullo y destruyese todo lo que se habia escrito é intentado contra los presos.

Despues de esto y de haber saludado humilde y profundamente al duque, el cocinero salió.

Poco despues, Montaña entraba triunfante en palacio con su mujer y su hija.

Al mismo tiempo, el duque de Lerma entraba en casa de Dorotea.

—Don Juan Talles Giron ha sido preso: preso como cautante de la

herida de don Rodrigo.

—Es cierto; todas las pruebas están contra él.

—Pues bien: yo quiero que se destruyan esas pruebas.

—No es eso fácil.

—Y lo es: sé que don Clara Soldevilla, su esposa, se ha arrojado

á los pies de su maritad el rey: sé que su maritad la reina ha inter-

cedido por la petición de su amiga: porque don Clara, una que dama,

es amiga de la reina, y sé que el rey se ha mantenido severo: por la

respuesta á la reina y á don Clara, que no puede hacer nada estando

de por medio la justicia.

—La veis, don Juan, ¿no es verdad?

—Pero vos habéis visto que el rey

—¿Y?

—En que el duque de Lerma continúa representando su papel de esclavo.

—¿Que la puerta de la prisión se abra y yo quiero que don Juan saque

libre y seguro... porque es mi vida: porque es mi vida: yo mis-

ma que la esposa, me vuelve loco, me vuelve loco, me vuelve loco: quiero

que se abra la prisión: quiero que se abra la prisión: quiero que se abra la prisión: quiero

que se abra la prisión: quiero que se abra la prisión: quiero que se abra la prisión: quiero

Encontró el duque á la jóven en el lecho.

Pero no la encontró sola.

A su lado estaba el tio Manolillo.

El duque se estreñeció como si en el bufon hubiese visto personifi- cada su conciencia.

—Gracias, muchas gracias, señor, porque habeis venido, dijo la jóven sacando un magnífico brazo de debajo de las ropas y estrechando una mano del duque. Tengo que hablaros gravemente. Manuel, amigo mio: hacedme el favor de dejarme sola con su esclencia.

El bufon se levantó y salió en silencio, pero no sin haber dicho antes con una profunda mirada al duque:

—Os mando hacer todo lo que ella quiera.

El duque se sentó en un sillón junto al lecho, y por la primera vez, se descubrió delante de Dorotea.

—Cubrios, cubrios, don Francisco, dijo la jóven: yo os lo ruego. Os habla una pobre mujer, y esa mujer os suplica. Cubrios, sino quereis lastimarme.

El duque se puso la gorra.

—¿Qué quereis, pues?

—Don Juan Tellez Giron ha sido preso : preso como causante de la herida de don Rodrigo.

—Es cierto : todas las pruebas están contra él.

—Pues bien : yo quiero que se destruyan esas pruebas.

—No es eso fácil.

—Ya lo sé : sé que doña Clara Soldevilla, su esposa, se ha arrojado á los piés de su magestad el rey : sé que su magestad la reina ha intercedido por la peticion de su amiga : porque doña Clara, mas que dama, es amiga de la reina, y sé que el rey se ha mantenido severo : que ha respondido á la reina y á doña Clara, que no puede hacer nada estando de por medio la justicia.

—Ya veis, Dorotea, que cuando el rey...

—Pero vos podeis mas que el rey.

—¡ Yo !

—Si, vos : basta una palabra vuestra para que la justicia calle, para que la puerta de la prision se abra, y yo quiero que don Juan salga libre y seguro... porque le amo, lo entendeis... porque es mi vida, y el mal que le sucede, me vuelve loca, me asesina. Quiero ir yo... yo misma á abrirle su prision : quiero ser para él la libertad, la vida : quiero ser su recuerdo continuo... quiero que no pueda olvidarme nunca... y tanto haré, que no me olvidará... ¡ Oh ! ¡ no ! y con eso solo seré feliz.

—¡ Pardiez ! ¡ y lo que amais á ese mozo ! dijo contrariado el duque.

—No os ofendais, señor : vos me teneis por lujo... ya os lo he dicho... pues bien : vuestra querida pública seré, ya que esto os alhaga, hasta la muerte, hasta la muerte, señor : pero... tened compasion de mí : concededme lo que os pido.

El duque miró á la cortina de la puerta, trás la cual habia desaparecido el bufon.

Aquella cortina estaba inmóvil.

Aquella cortina era en aquellos momentos para el duque el velo impenetrable de la fatalidad.

—No puedo... dijo al fin.

—Si, si podeis, dijo Dorotea : vos lo podeis todo.

—No me atrevo, dijo el duque, que no quitaba ojo de la cortina.

—Necesito la libertad y la seguridad de don Juan, dijo con acento voluntarioso Dorotea.

—Yo no puedo sobreponerme á las leyes.

—Sobreponeos, dijo la voz ronca del bufon detrás de la cortina.

Tembló el duque al sonido terrible, fatídico, de aquella voz.

— Es el caso que... yo... mi poder... no alcanza á veces...

—¿No os he dicho ya, duque de Lerma, que hagais cuanto ella quiera? ¿ó es que sois tan torpe que no comprendéis lo que se os manda? dijo el bufon abriendo la cortina y apareciendo.

Sonrojóse vivamente el duque al verse tratado de tal modo por el bufon, en presencia de una tercera persona, y balbuceó algunas palabras.

El bufon adelantó lento y sombrío.

—No te agites, Dorotea, dijo: no llores; no supliques: el señor duque hará lo que sea necesario hacer: el señor duque no puede negarte nada: escelentísimo señor, afuera, en la sala, hay recado de escribir: yo sé donde vive el licenciado Sarmiento: escribidle una carta, y concluyamos, que Dorotea está impaciente.

—Esto es ya demasiado, dijo el duque colérico.

—Ya lo creo que es demasiada obstinacion la vuestra.

—No os irriteis, señor, dijo Dorotea: yo os lo ruego, yo os lo suplico.

—No hay que suplicar: tú no tienes que suplicar á nadie, hija mia: yo soy tu esclavo, y el duque de Lerma es esclavo mio. Ayer quisiste la prision de don Juan y fue preso: hoy quieres su libertad y hoy se verá libre, por que su escelencia y yo... nos entendemos.

—¿No temeis que llegue un día, en que os pese de lo que haceis?

—Algunas cosas horribles tengo hechas por ella, y todavia no me ha pesado: servidnos ahora y despues cuando podais, no tengais compasion de mí... pero ahora... haced lo que ella quiere.

Y señaló á Lerma con toda la autoridad y la arrogancia de un señor despótico, la puerta que conducia á la sala.

El duque se levantó maquinalmente y salió de la alcoba.

Maquinalmente se encaminó á una mesa donde habia recado de escribir y escribió.

Luego cerró la carta y la entregó al bufon.

Aquella carta estaba concebida en estos términos:

«Mi buen Ruy Perez Sarmiento: en el punto en que recibais esta, rasgad todas las diligencias que hayais practicado en averiguacion del delito cometido en la persona de don Rodrigo Calderon: proveed auto de libertad en favor de don Juan Tellez Giron, y de don Francisco de Quevedo Villegas, y guardad esta carta para cambiarla por una provision de oidor en la real audiencia de Méjico. A cualquier hora, mañana, me encontra-

reis en la secretaría de Estado ó en mi casa. Guardeos Dios.—El duque de Lerma.»

Apenas entregada esta carta, el duque salió de casa de Dorotea, sin despedirse de ella, trémulo, irritado.

El bufon salió tambien, llevando consigo la carta del duque de Lerma.

Dorotea quedó en un estado horrible de ansiedad.

Una hora despues el tio Manolillo volvió con unos pliegos en la mano.

—¿Teneis ya la órden de libertad? dijo la jóven con anhelo.

—Si, respondió con voz ronca el bufon, este pliego es el auto de libertad de tu amadísimo don Juan: este otro el auto de libertad de don Francisco de Quevedo que yo me guardo porque importa que esté preso: y este otro pliego es una órden para que tú puedas entrar en la torre de los Lujanes donde está encerrado don Juan.

Dorotea, á pesar de la fiebre que la devoraba, llamó á Casilda, saltó de la cama, se hizo vestir, pidió una litera, y salió de su casa.

CAPITULO LXXIII.

Lo que hizo Dorotea por don Juan.

Irritado, contrariado, impaciente, cuidadoso, se encontraba don Juan encerrado en un aposento alto de la torre de los Lujanes.

La opaca luz de aquel día nublado y llovisoso, penetrando en el encierro por dos estrechísimas saeteras, apenas bastaba para determinar los objetos que en el aposento había.

Podía juzgarse sin embargo que no se había tratado mal á don Juan : algunos muebles, aunque no de lujo, decentes ; una cama limpia, una alfombra usada, pero aceptable aun, y un brasero con fuego, hacían cómodo aquella especie de calabozo, si es que un calabozo puede ser cómodo para un preso.

Comprendíase claro que aquel encierro estaba destinado á personas á quienes por su clase era necesario tratar bien.

Don Juan no sabía porqué estaba preso : pero se lo figuraba : no podía ser por otra cosa que por el asunto de don Rodrigo Calderon.

Lo que mas inquietaba al jóven era, que suponía que Quevedo habría sido tambien preso, porque ¿cómo explicarse, que estando libre Quevedo no hubiese hecho en su favor maravillas?

Y dolíale además, el estado afflictivo que suponía en doña Clara Soldevilla.

Cuando le prendieron en su aposento, la jóven se puso pálida y se desmayó.

Don Juan no vivía : agonizaba en aquel calabozo , había pasado una noche horrible , de cavilaciones , de temores ; se había acordado de todo , había dado vueltas á todo , y sin embargo no se había acordado de Dorotea.

Cuando el carcelero la noche antes le entró luz , don Juan le dió dinero , y le preguntó por la causa de su prision.

El carcelero le respondió con sumo respeto , pero encogiéndose de hombros , que nada sabía.

Encargóle don Juan que procurara informarse , que avisase á su esposa del lugar donde se encontraba , y que procurase ver á don Francisco de Quevedo ó saber de él.

El carcelero volvió á la hora de la cena , trayendo una escogida y abundante.

Pero lo que le dijo el carcelero le puso en mayor ansiedad.

Empezó por asegurarle , que por mas que había hecho no había podido averiguar la causa de su prision : pero que él creía , que cuando le habían traído á la torre de los Lujanes , y con tal misterio , debía tratarse de un grave asunto de Estado.

Añadió , que había ido al alcázar y que no había podido hablar á doña Clara , porqué estaba en audiencia con el rey , y que en cuanto á don Francisco de Quevedo , ninguna de las personas á quienes por él había preguntado , le habían dado razon de tal persona.

Se empeoraba el negocio á la vista de don Juan , y como hemos dicho , no pudo dormir en toda la noche.

Al día siguiente , cuando volvió el carcelero con el almuerzo , cuando don Juan le habló , el carcelero le respondió con gran respeto :

—Se me ha prohibido terminantemente hablar con vuesamerced una sola palabra : estas que le digo son imprudentes , porque las paredes escuchan. No me pregunte vuesamerced mas porque no le contestaré.

Despues de esto , el carcelero salió , y don Juan quedó mas cuidadoso que antes.

Adelantó el día y con él la desesperacion y la impaciencia de don Juan.

Nadie parecia á tomarle declaracion ni á darle noticia alguna.

Al fin , al medio día se oyeron pasos en las escaleras y luego el ruido de los candados y cerrojos de la puerta.

Entró el carcelero.

No traia la comida.

Esto dió alguna esperanza á don Juan.

—¿A qué venís? dijo al carcelero.

—Vengo á pedir os licencia en nombre de una dama que quiere hablaros, contestó aquel.

—¿De una dama? ¿qué señas tiene?

—Está completamente encubierta por un manto, pero parece principal y hermosa.

—¡Ah! ¡es ella! dijo don Juan pensando en doña Clara y sin acordarse, ni remotamente, como hasta entonces no se habia acordado, de Dorotea.

—Trae una orden terminante para que se la permita hablaros á solas, del señor alcalde de casa y corte Ruy Perez Sarmiento, de quien pende vuestro proceso.

—¡Oh! ¡pues que entre! ¡que entre! exclamó con afán el jóven.

—Entrad, señora, dijo el carcelero llegando á la puerta.

Entró una mujer completamente envuelta en un manto, y mandó con un ademan enérgico al carcelero que saliese.

La puerta se cerró.

Entonces la mujer se echó atrás el manto, adelantó hácia don Juan, le asió de las manos y le miró exhalando toda su alma, y su alma enamorada, por sus ojos.

—¡Ah! ¡Dorotea! exclamó con una sorpresa dolorosa don Juan.

—¿La esperábais á ella? dijo Dorotea con la voz apagada de quien sufre un dolor agudo.

—Os confieso que... señora... me sorprende... dijo trastornado don Juan.

—¿Os sorprende que yo sea la primera mujer que penetra por vos en este horrible encierro? ¡No sabíais, no habeis podido saber cuánto yo os amaba! ¡cuánto era capaz de hacer por vos! ¡pues sabedlo: os traigo vuestra libertad!

—¡Mi libertad! ¡vos! exclamó dejando ver la espresion de una profunda sorpresa, don Juan.

—Si, yo... aquí está: dijo Dorotea mostrando al jóven un pliego cerrado.

—¿De modo que ya puedo salir de aquí?

—Aun no, contestó dolorosamente Dorotea.

Esta respuesta de la jóven irritó á don Juan.

—¡Ah! ¡venís á imponerme condiciones!

—¡Condiciones! ¡condiciones yo á vos! ¡qué condiciones puede dictar el esclavo á su señor! ¡cuán poco me conoceis, por mi desdicha!

—¿Entonces, por qué no me dais esa órden?

—¡Hay en el mundo otra mujer que os ama, que puede y debe confesar el amor que os tiene ante Dios y los hombres! ¡una mujer que por vos sufre, que por vos está enferma, que por vos muere! ¡una mujer que por vos se ha arrojado á las plantas del rey, y que no ha podido conseguir nada, ni aun saber el lugar donde estais preso! ¡Vuestra esposa! ¡Doña Clara de Soldevilla, que es vuestra vida!

—¡Ah! exclamó don Juan.

—Y esa mujer venturosa, porque tiene vuestro amor; esa mujer á quien únicamente debeis amar, esa será la que reciba, sin saber de quien lo recibe, este pliego cerrado: esa mujer será la que venga á abriros la puerta de vuestra prision: esa mujer será, porque debe serlo, quien goce toda la alegría de recobraros, cuando os creia perdido, cuando se creia casi viuda.

—¡Viuda!

—¿Pues no sabeis de lo que os acusan?

—No.

—De homicidio premeditado y con ventaja, intentado contra don Rodrigo Calderon.

—Mentira: como hidalgo y frente á frente, reñi con él por un grave asunto, y sirviendo á la reina: vos lo sabeis.

—Pero vos no podeis, por lo mismo que sois hidalgo y leal, sacar á juicio lo de las cartas de la reina, y os sentenciarian cometiendo una injusticia, es cierto: pero las injusticias no sorprenden á nadie en España. Me debeis, pues, la vida, y os lo digo para que lo sepais; para que no podais olvidarme.

—Me estais desgarrando el alma, Dorotea.

—¿Y qué importo yo... pobre cómica... querida miserable del duque de Lerma? pero dad gracias á Dios de que yo sea querida del duque, y de que el duque, por una casualidad que Dios ha permitido, sea esclavo de un hombre terrible, que es á su vez esclavo mio.

—¿Y quién es ese hombre?

—El tio Manolillo: el bufon del rey. El, porque sabe que os amo, y que vos ibais á salir de la corte, hizo que Lerma os prendiera. El, porque yo se lo he pedido, ha hecho que Lerma mande rasgar vuestro proceso y poner os en libertad. Si yo le hubiese dicho: ese hombre me des-

precia, ese hombre me insulta, quiero vengarme de él y de ella, mátales; hubiérais subido al cadalso, y con vos Francisco de Quevedo, á quien Dios maldiga. Sabedlo, quiero que lo sepáis para que no podáis olvidarme jamás: os lo repito. ¿Qué me importa que os apartéis de mí, que no os vuelva á ver mas, si estoy segura de que vos no olvidareis nunca mi memoria?

Don Juan inclinó la cabeza, y no supo que responder.

Estaba seguro de que no podia enganar á Dorotea, porque esta sabia demasiado que él amaba, que él no podia dejar de amar á doña Clara.

Y sin embargo, la hermosura y el amor inmenso, escepcional de la comedianta, escitaban su deseo, halagaban su orgullo; don Juan, si hubiera podido, sin dejar de amar á doña Clara y de ser feliz con ella, hubiera sido amante de Dorotea.

Pero esto era imposible: Dorotea tenia demasiado corazon.

Dorotea no podia partir el amor de su alma con otra, por mas que aquella otra fuese la esposa del hombre de su amor.

La situacion de don Juan, ante quien Dorotea se presentaba de una manera enloquecedora, dándole la libertad y con la libertad la vida, sacrificándosele todo, con la abnegacion sublime de que solo es capaz una mujer que ama, la situacion de don Juan era horrible.

—¿Cómo podré yo hacer, dijo al fin, que vos me perdoneis la desgracia de no haberos conocido antes?

—No blasfemeis de vuestra fortuna, dijo gravemente Dorotea: Dios os ha dado en doña Clara una mujer digna de vos. Amadla, reverenciadla, alegraos como de una felicidad inmensa de que sea vuestra esposa. En cuanto á mí, conque vos me apreciéis, conque me recordeis, conque os cause compasion mi desdicha, estoy satisfecha, seré feliz.

Y Dorotea, á quien hasta entonces habia sostenido la escitacion febril de la alegría que la causaba el llevar la libertad á don Juan, se sentó y se puso sumamente pálida.

—Estais mala, Dorotea: dijo el jóven acercándose rápidamente á ella. ¿Qué teneis?

—¡Me muero!

—Disponed de mí: yo soy vuestro... yo os amo, dijo don Juan embriagado.

Y en aquel momento, olvidándolo todo, asió con sus dos manos la hermosa cabeza de Dorotea y la besó en la boca.

—¡ Oh ! ¡ qué horror ! exclamó la jóven poniéndose en pié de un salto :
¡ qué crueldad ! ¡ qué daño me habeis hecho tan horrible !

Y arreglándose el manto , se dirigió á la puerta y llamó.

—¿ A dónde vais , Dorotea ? dijo don Juan.

—Es necesario que venga cuanto antes vuestra esposa.

Sonaron entonces las llaves del carcelero.

—Esperad un momento , dijo don Juan asiendo por el manto á Dorotea que estaba vuelta hácia la puerta.

—¿ Qué mas quereis de mí ? contestó la jóven.

—Quiero... quiero volveros á ver.

—¡ Qué quereis volverme á ver... ! ¡ si , yo tambien quiero ! pues bien :
estad esta noche... á las ocho , al pié de la cruz de Puerta de Moros.

--Estaré.

En aquel momento se abrió la puerta.

—Adios , dijo Dorotea , y salió precipitadamente.

—Adios , dijo don Juan , y se dejó caer aniquilado sobre una silla.

El carcelero cerró la puerta.

—No merece este amor asesino que se me ha entrado en el alma ,
murmuraba la comedianta bajando precipitadamente las escaleras. ¡ Yo
estoy loca ! ¡ yo me muero ! ¡ Dios mio ! ¡ irá ! ¡ irá ! ¡ le parezco hermosa !
¡ le embriago !... ¡ si , irá ! pues bien... ¡ me vengaré de él y de ella !
¡ él me obliga ! ¡ aquel horrible beso... ! ¡ oh ! ¡ Dios mio !

Y acabando de bajar las escaleras atravesando la alcaidía sin reparar en nadie , salió.

En la puerta de la torre habia una litera.

Al aparecer Dorotea , un criado abrió la portezuela.

Dentro de la litera habia un hombre.

Era el tio Manolillo.

Estaba mas pálido , mas cadavérico que Dorotea.

Al ver el aspecto de aniquilamiento y de desesperacion de la jóven ,
una chispa de alegría involuntaria pasó por los ojos del bufon.

—Ese miserable no te comprende , dijo.

—Os engañais , Manuel : le enamoro , haria de él cuanto quisiera ,
menos que me amara como yo quiero ser amada. Estoy irritada : la cólera y la desesperacion me matan. Quiero vengarme , y empiezo. ¡ Pedro !
¡ al alcázar !

La litera se puso en movimiento.

—¿ A qué vas al alcázar , hija mía ?

—No voy yo, sino vos. Tomad.

—¡Ah! ¡la orden de libertad de don Juan! ¡no se la has dado! ¡quieres que la devuelva el duque de Lerma, y que el proceso siga! ¡haces bien! ¡ese no es digno de nuestra proteccion! ¡no amarte á tí que tanto le amas! ¡que tanto haces por él! ¡véngate! ¡ya que no sea tuyo, que no sea de la otra!

—Vais á entrar en el alcázar y á hacer de modo que doña Clara Soldevilla reciba esta orden sin que pueda saber de donde viene.

—¡Cómo!

—¡Lo quiero!

—Haces mal.

—Lo quiero. ¡Y cuenta conque doña Clara pueda ni aun por indicios sospechar!

—¡Haces mal! repitió el bufon y tomó la orden, y la guardó suspirando.

Ni Dorotea ni el bufon hablaron una palabra hasta que la litera llegó á las puertas del alcázar.

—Entrad, dijo Dorotea al bufon: haced que esa orden llegue, como os he dicho, á las manos de doña Clara: y luego buscad al cocinero mayor y hacedle que vaya á verme.

El bufon salió de la litera.

—¡A casa! dijo la Dorotea.

La litera se puso de nuevo en marcha.

El bufon despues de meditar un momento en el vestibulo, se entró resueltamente en la secretaría de Estado.

—Decid á su esclencia, dijo, que yo, mi magestad el bufon, le mando que me reciba y me oiga.

Riéronse todos de la manera cómica conque el tio Manolillo dijo estas palabras, y uno de los oficiales contestó:

—No está su esclencia de humor para recibirlos, tio.

—¡Quién le mete al menguado en lo que no le importa! repuso gravemente el bufon: diga al duque que Felipito mi amigo me envia.

—¡Ah! ¡si traeis orden del rey!...

—¡Qué pesado! ¿te pagan para que repliques ó para que hagas lo que te se mande?

—Vamos, no os incomodeis, tio, dijo el oficial: decid á su esclencia, Lasala, que el bufon de su majestad quiere verle.

El enviado entró.

—Ya vereis como Lerma no me hace esperar tanto, dijo el bufon paseándose con gran prosopopeya por la secretaría.

En efecto, un momento despues de haber entrado, Lasala abrió una mampara y dijo :

—Su esclencia, espera al bufon de su magestad.

Cinco minutos despues de haber entrado el tio Manolillo en el despacho del duque, este subía por una escalera de servicio á la cámara del rey.

Felipe III estaba ocupado en examinar con su montero mayor, una magnífica escopeta de dos cañones que acababa de regalarle respetuosamente la muy noble y leal villa de Eivar.

—¡Eh! vienes á tiempo: dijo el rey al ver al duque: tú que eres aficionado ¿qué te parece este arcabuz de caza? Mira que llaves, Lerma: una invencion, una verdadera invencion.

—En efecto, señor, dijo el duque, los vizcainos son muy hábiles y muy industriosos. A primera vista se conoce la bondad de esa arma. Pero con licencia de vuestra magestad, vengo á hablarle de un negocio muy importante.

—¿Tan importante que no admite demora?

—De ningun modo, señor.

—No me dejarán reposar: ni aun cuando rezo estoy seguro: vamos, Lerma, vamos: y tú espera aqui; dijo el rey al montero mayor.

Felipe III y su secretario universal se encerraron.

—¿Veamos de qué se trata? dijo el rey con el empacho que le causaban todos los negocios.

—Del asunto de doña Clara Soldevilla.

—¡Ah! pues mira: ese asunto me trae disgustado: la buena doña Clara me pidió ayer una audiencia, se la di, me rogó por su esposo, se me arrojó á los pies, lloró... y como tú me habias dicho que se trataba de un negocio grave, me mantuve inflexible, hasta tal punto que se me desmayó doña Clara, y la llevaron á su cuarto sin sentido. Despues he tenido una verdadera batalla con la reina. Me ha amenazado... me ha dicho que no la obligase á hablar... y yo no sé qué tenga que hablar la reina en este asunto. En fin... me ha dicho la reina que yo y ella debemos grandes eminentes servicios á ese don Juan, que ha hecho muy bien hirriendo á don Rodrigo, y que mejor hubiese sido que le hubiera matado. ¿Qué dices tú á eso?

—Digo, señor, que su magestad la reina tiene mucha razon.

—¿Pues no me dijiste ayer que era necesario castigar con mano fuerte á ese don Juan y á don Francisco de Quevedo su cómplice?

—Ayer estaba mal informado, señor: por las primeras diligencias del proceso resulta, que no fueron dos contra uno, sino que por el contrario don Rodrigo llevaba otro hombre contra don Juan. Que Quevedo no hizo mas que ayudar como hidalgo á su amigo, y que don Juan se vió en la necesidad de defenderse. Ni siquiera ha sido un duelo.

—Pues entonces es necesario formar proceso á Calderon.

—Aconsejo á vuestra magestad, que me permita echar tierra á este negocio.

—Pues bien, échasela; pon en libertad á don Juan y á Quevedo y que se vayan benditos de Dios á Nápoles.

—Ya, contando con el beneplacito de vuestra magestad, he mandado al alcalde Ruy Perez Sarmiento, que destruya la causa y libre auto de libertad, para Quevedo y Giron: el auto de libertad de don Juan está aquí, señor.

—¡Ah! ¿conqué ya está todo hecho?

—Aun falta algo que hacer.

—¿Y qué hace falta?

—Tan activo ha andado el alcalde Ruy Perez en este proceso y tan leal, que merece un premio.

—¡Ah! ¡merece un premio! Pues dásele.

—Aquí está estendida ya la provision para él, de oidor de la real audiencia de Méjico con las costas del viage, y solo falta la firma de vuestra magestad.

El rey firmó la provision, y la recogió el duque.

—Por aquí, dijo para sí Lerma, guardando la provision del licenciado Sarmiento, hemos salido de un testigo enojoso.

—¿Queda algo mas que hacer? dijo el rey que en su marcada antipatía por los negocios deseaba verse libre.

—Si, señor: yo creo que vuestra magestad debe aprovechar esta ocasion de complacer á su magestad la reina.

—¿Y cómo?

—Dándola este auto, que pone á cubierto de todo proceso al marido de su dama favorita.

—Tienes razon, Lerma, tienes razon, y ahora mas que nunca conozco el grande afecto que me tienes: no me gusta estar reñido con la reina. Voy... voy... adios Lerma, adios.

Y el rey abrió una puerta, atravesó un largo corredor, abrió otra puerta y se encontró en la recámara de Margarita de Austria.

La reina leía.

Al ruido de los pasos del rey volvió la cabeza.

Al verle, dejó el libro, se puso ceremoniosamente de pie, y miró al rey con severidad.

—Veo que aun estás enojada, Margarita, dijo el rey.

—En efecto, señor, contestó la reina; tengo un profundo disgusto.

—¡Por tu queridísima doña Clara!

—Me he propuesto no volver á hablar mas á vuestra magestad de este asunto.

—¡Mi magestad!... ¡pero si estamos solos, Margarita, si estamos solos! ¡Siéntate aquí, al lado mio! vengo á que hagamos las paces.

La reina se sentó al lado del rey, pero con tiesura, con el semblante nublado y sin mirar á Felipe III.

—¡Lo que yo digo! ¡eso es! exclamó con impaciencia el rey: ¡yo soy lo último de todo!

—¡Señor! dijo la reina con dignidad.

—Se me respeta, pero no se me ama: basta el mas ligero motivo, para que no se me oculte el desvio que causo. ¡Cómo ha de ser! ¡y yo á pesar de todo me afano por complacerte, Margarita!

La reina comprendió que debia bajar del empinado lugar á que se habia subido; que debia ser mujer, y combatir al hombre, no al rey.

—Si, dijo, hiriendo con su pequeño pié la alfombra y mordiéndose impaciente su grueso labio austriaco: si, se conoce que mi esposo... me ama locamente, que adivina mis deseos, que se anticipa á ellos: ciertamente que soy una insensata, cuando me quejo: ¿qué puedo yo desear? ¿qué reina ha tenido mas influencia sobre su esposo?

—Puedo hacerte que llores de alegría, y que me abracés como una loca, Margarita, dijo el rey.

—¿De veras? preguntó disimulando mal su ansiedad la reina, porque en las palabras y el aspecto del rey conoció que podia prometerse algo satisfactorio.

—Tan de veras, como que te traigo una medicina que pondrá buena de repente á tu amiga doña Clara, que creo que anda enferma.

—¿Cómo quereis que esté una reciencasada, que adora á su marido, y que ni aun sabe donde para?

—¡Es verdad! ¡es verdad! pues bien: toma, Margarita, toma: he

mandado romper el proceso de don Juan Tellez Giron, y aquí está la orden de libertad.

Y el rey dió á Margarita de Austria el pliego cerrado que contenia el auto.

Pasó una alegría infinita por los ojos de la reina.

Rompió el sobre, y leyó ávidamente la orden de soltura.

—¡En la torre de los Lujanes! ¡y allí está mi libertador preso, dudando, temiendo...!

—¡Tu libertador! dijo el rey con asombro.

—¡Si, mi generoso y valiente libertador!

—No te comprendo.

—¿Por qué he de callar mas? Yo estaba resuelta á revelároslo todo, cuando no me quedase otro medio de salvar á ese caballero. ¿Por qué no he de ser franca y leal con vos cuando está salvado?

—¡Qué! ¿tú me ocultabas algo, Margarita?

—¡Oh! ¡si, señor! ¡no sé porque he tenido miedo! vos no podeis dudar de mí ¿no es verdad?

—¡Dudar yo de la reina! ¡de mi esposa! dijo el rey en uno de los arranques de verdadera dignidad que á veces dejaba conocer. ¡Cómo! ¿por qué habia yo de dudar de vos, señora?

—Oidme, don Felipe, oidme, y perdonadme, porque por una sola vez en mi vida he obrado con ligereza.

—Yo estoy seguro de que no tengo que perdonarte nada, dijo el rey volviendo á su debilidad habitual, y procurando escusarse de entrar en esplicaciones que le asustaban, porque á primera vista parecian graves.

—No, no : me habeis de oir, os lo suplico; dijo la reina; necesito librar mi conciencia de este peso.

Al oir la palabra conciencia, el rey que tenia algo de lo asustadizo de su padre, aunque no su firmeza ni su sombrío recelo, se alarmó.

—¡Tu conciencia, dices!

—Si, porque siendo vos mi rey y mi esposo, os he callado lo que no debia haberos callado.

—¿Tendremos alguna otra conspiracion? dijo todo asustado el rey.

—Si, si señor, de conspiraciones se trata; pero de conspiraciones que ya no deben daros cuidado, porque ya pasaron.

—¿Conspiraciones vuestras?

—Por recobrar vuestra dignidad y la mia.

—Pues, lo de siempre. ¿Y quien os ayudaba á conspirar? porque nadie conspira solo.

—Don Rodrigo Calderon.

—¡ Ah! ¡ ah!

—Se me mostró leal... cuando era traidor : le concedí algunas audiencias secretas...

—¿Contra el duque de Lerma?

—Contra el duque de Lerma.

—¡ Ah! ¡ don Rodrigo conspiraba contra su bienhechor, contra el hombre á quien todo lo debe! ¡ No sabia yo que ese tal era tan malvado!

—Lo es mas aun : ese hombre se ha atrevido á dictarme condiciones.

—¡ Condiciones á la reina! ¡ un vasallo! ¿pero, cómo podia ese miserable atreverse á dictarte condiciones?

—Fuí imprudente : creyéndole un vasallo leal, le escribí algunas cartas de mi puño y letra, avisándole de la hora en que podia entrar en palacio y verme.

—¡ Y esas cartas! ¡ esas cartas!

—Las he quemado yo por mi mano, gracias á don Juan Tellez Giron, que se las arrancó á estocadas.

—¡ Ah! dijo respirando el rey : ¿y de resultas de esas estocadas está herido don Rodrigo?

—Si, señor.

—¿ Pero don Juan sabrá...?

—Don Juan entregó aquellas cartas sin leerlas á doña Clara.

—¡ Ah! ya : si... esas cartas acompañaban sin duda al rizo de cabellos aquel de doña Clara, y don Juan habrá creído que de doña Clara eran las cartas...

—Si, si señor, dijo la reina, que no se atrevió á ser mas esplicita.

—Pues es necesario premiar á ese caballero.

—Harto premiado está ya con ser esposo de doña Clara : solo os pido una cosa, señor.

—¡ Qué!

—Que me perdoneis si por amor á vos, por la dignidad de la monarquía, pude ser una vez imprudente.

Y la reina se arrojó á los piés del rey.

—¡ Oh! ¡ no! ¡ no! ¡ en mis brazos que tan ansiosos están de tí! ¡ en mis brazos, Margarita mia! ¡ oh, qué hermosa eres!

Y besó á la reina en la frente.

—¡ Oh! ¡ cuánto te amo Felipe mio! dijo la reina llorando de placer y estrechando al rey entre sus brazos.

—No me dices eso siempre, contestó el rey con el acento y la espresion de un niño voluntarioso.

—Es que no siempre me tienes contenta : pero hoy has hecho mucho bueno, Felipe : has vuelto su esposo á mi buena doña Clara, y á pesar de lo que te he revelado, no has dudado de mí. ¡ Te amo! ¡ te amo!

—¡ Oh, Dios mio! dijo el rey : ¡ si esto durara mucho...!

—Durará... todo lo que tú quieras que dure, Felipe... ¡ oh! ¡ y qué feliz soy! pero hay alguien á quien debemos mucho, que llora por nosotros, y cuyas lágrimas es necesario enjugar.

—¡ Doña Clara!

—Doña Clara... y voy... voy sin perder un momento.

—¡ Ir tú...! ¡ la reina...! dijo Felipe III que no olvidaba nunca la ceremoniosa etiqueta de la casa de Austria.

—Iré... por las comunicaciones interiores... nadie me verá... enviaré delante á la duquesa de Gandia, para que doña Clara cuando llegue yo esté sola. Y adios, adios : es necesario no olvidarnos de que para el que sufre, cada momento es un siglo. Te amo. Adios.

Y la reina escapó.

—¡ Ah! dijo el rey : cuando se hace una buena accion, se le queda á uno el alma tan llena de no sé qué... Vamos, Dios quiera que por estos momentos de felicidad que me ha dado, no nos pida Lerma algo que vuelva á ponernos tristes.

Y el rey, por el mismo sitio por donde habia ido á la recámara de la reina, se volvió á la suya y al exámen de la escopeta vizcaina que tenia aun entre las manos su montero mayor.

— But I thought to have found this in some of the papers
of the antiquary at my office and library.

— No, the book was written, I suspect, in my own hand, and I have
not been able to find it.

— Well, then, the writing is in your hand, and I have found it
in your office: but I have not seen it since I left your office, and I have
not been able to find it.

— (Oh, then, this must be the book; for I have found it in
your office, and I have not seen it since I left your office, and I have
not been able to find it.)

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

— I have found it in your office, and I have not seen it since I left
your office, and I have not been able to find it.

CAPÍTULO LXXIV.

El sol tras la tormenta.

Vestida, arrojada sobre un lecho, con el rostro vuelto contra la almohada, en una bellísima alcoba habia una mujer.

Aquella mujer lloraba silenciosamente: de tiempo en tiempo un sollozo desesperado hacia desgarrador su llanto.

En la alcoba sobre un reclinatorio, delante de una virgen de los dolores habia una lamparilla encendida.

Fuera de la alcoba junto á la puerta estaban sentadas dos dueñas silenciosas é inmóviles.

Pasó algun tiempo así.

Abrióse al cabo una puerta y asomó por ella la cabeza de una doncella.

—La camarera mayor de la reina, quiere ver á la señora, dijo la jóven en voz baja.

—¿Qué hacemos, doña Inés? dijo también en voz baja la una dueña á la otra.

—¿Qué os parece que hagamos, doña María? preguntó la preguntada.

—La señora no duerme, que solloza, dijo doña María.

—Y acaso su esclencia la traiga una buena noticia, dijo doña Inés.

—Pues, avisémosla.

—Avisémosla.

—Id vos.

—No, vos.

—Cualquiera.

Y doña Inés se levantó, abrió las vidrieras, y de puntillas se acercó al lecho, y dijo casi al oído de su señora :

—La escelentísima señora camarera mayor de su magestad, quiere veros, señora.

—¡Oh! ¡qué entre! ¡qué entre al momento! dijo doña Clara apartándose de sobre la frente las pesadas bandas de sus negros cabellos : ¿por qué la habeis detenido?

La dueña salió como un relámpago.

Cuando doña Clara abrió las vidrieras y salió á la cámara, ya estaba en ella la duquesa de Gandia.

—¿Qué noticias me traeis, señora? exclamó anhelante la jóven arrojándose al cuello de doña Juana de Velasco.

La duquesa miró en torno suyo, y al ver que habian quedado solas exclamó llorando :

—¡Ah! no sé nada : ¡desdichado, hijo mio!

—Me habiais hecho concebir una esperanza, dijo con desaliento doña Clara.

—Su magestad está en la saleta azul, dijo la duquesa enjugándose las lágrimas : me ha enviado delante, para que aparteis de aquí las personas que pudieran verla. Su magestad os creía muy enferma.

—¡Ah! si, del corazon, del alma.... me estoy muriendo. Pero no estoy tan débil que no pueda ir á ver á su magestad. Vendrá á consolarme.

—La reina viene alegre, impaciente.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó doña Clara.

Y apartándose de la duquesa dió á correr, loca, anhelante, atravesó algunas habitaciones, y en una cayó entre los brazos de la reina que la habia salido al encuentro.

—Oye, Clara : la dijo Margarita : consuélate, enjuga tus lágrimas : te traigo buenas noticias.

—¿Dónde está, señora?

—En la torre de los Lujanes.

—¿Y puedo verle?

—Si.

—¡Ah! señora, perdonad... pero... permitame vuestra magestad

que vaya al momento... le he creído perdido... son esos hombres tan infames... y... ¡le amo tanto!

—Espera, espera... serénate, tranquilízate, Clara, amiga mía: no ves que yo me sonrio, que estoy contenta. ¿Cómo podía estarlo si te amenazase una desgracia?

—¡No corre peligro su vida!

—No, ni mucho menos...

—Y entonces ¿qué hay que temer?

—Nada.

—¡Nada! pues si no hay nada que temer, ¿por qué continúa preso?

—Tú eres valiente, Clara. Dominate, prepárate...

—¿Para qué?

—Tanto valor se necesita para soportar la desgracia, como para resistir la noticia inesperada de una dicha.

—¡Ah! ¡señora! tendré valor, le tengo.

—Pues bien: toma, Clara mía, toma, y vé tú misma á sacarle de su prision.

Y la reina dió á doña Clara el auto de libertad.

La jóven la leyó, se dominó, se puso pálida, y miró con una elocuente ansiedad á la reina.

—Si, si, vé amiga mía: dijo la reina, pero no te olvides de decir á doña Juana que la espero para volverme á mi cámara.

Doña Clara se arrojó á los piés de la reina, y la cubrió las manos de besos y lágrimas.

Luego se levantó y dió á correr, como una loca, hácia sus habitaciones.

—¡Libre! ¡libre, madre mía! exclamó arrojándose en los brazos de la duquesa y riendo y llorando á un tiempo, ¡libre! y ¡libre de todo cargo!

—¡Ah! ¡gracias á Dios!

—Y no podía eso ser de otro modo, porque Dios no podia querer mi desesperacion: pero la reina os espera. Yo voy por él. ¡Un manto! ¡una litera! añadió dirigiéndose á una puerta. Despues, venid, madre mía: él estará ya aquí. ¡No ois! ¡dueñas! ¡lacayos!

—Adios, hija mía, adios, dijo la duquesa viendo que se acercaba gente, y salió.

—Pronto, doña Inés, mi manto: que pongan una litera al momento, repitió con impaciencia doña Clara.

Y cinco minutos despues, dentro de una litera salia del alcázar la jóven.

Como la torr  de los Lujanes no estaba lejos y los lacayos que llevaban la litera iban de prisa, muy pronto la litera par    la puerta de la torre, salió de ella doña Clara, y presentó la órden de soltura al alcaide.

—Y van dos, las dos principales y hermosas, dijo entre dientes el alcaide leyendo la órden.

Afortunadamente no le oyó doña Clara.

—No hay que oponer nada á esto; dijo el alcaide dando vueltas   la órden; en pagando ese caballero ciertos derechos y el alquiler de los muebles....

—Bien, bien, pero llevadme   donde est , dijo doña Clara.

—  Y quién le dir  que le busca?

—Su esposa.

—  Ah! perdonad, señora, dijo el carcelero quitándose su caperuza que hasta entonces habia tenido encasquetada: como vuestro esposo es jóven y gentil-hombre á estos tales señores suelen buscarlos...

—  Pero hay algun inconveniente para que yo vea al momento   mi marido?

—Ninguno, señora.   Qué ha de haber? yo mismo voy á llevaros: Molinete, dame las llaves del encierro alto. Vamos, señora, vamos.

El alcaide se metió por una estrecha puerta y por una escalera oscura.

Doña Clara le seguia sin pensar en donde ponía los piés, acertando con los escalones y con las revueltas por instinto.

Al fin, se vió alguna luz en las escaleras, y al acabar de subirlas, se encontraron en un corredor estrecho alumbrado por claraboyas, á cuyo fin habia una puerta de hierro con tres cerrojos y tres candados.

Doña Clara no tuvo paciencia para que el alcaide acabase de abrir.

Golpe  con su pequeña mano la puerta y dijo con toda la fuerza de sus pulmones y toda la alegría de su alma:

—  Juan!   Juan!

—  Clara de mi alma! grit  desde adentro el jóven.

—Sin duda ninguna son marido y mujer, cuando se tratan asi delante de gentes, dijo el alcaide acabando de abrir.

Y cuando la puerta estuvo franca como nada habia ya que guardar all , se volvió dejando la puerta abierta y murmurando por las escaleras:

—¡Ya lo creo! con una mujer como esa ya puede uno hacer lo que le dé la gana: ¡Dios de Dios! en mi vida he visto otra tan hermosa.

Entre tanto doña Clara y don Juan, estaban estrechamente abrazados, mudos, en el primer momento de alegría. Parecía á entrambos que habian resucitado el uno para el otro.

Al fin se separaron, se miraron, y don Juan vió en los ojos de su mujer lo que jamás habia visto, lo que ni aun habia sospechado, lo que no sabia que existiese: un amor sobrenatural, una vida que vivia en su vida; una alegría que era su alegría, un alma que absorbía la suya la envolvía, la acariciaba y la defendía: una fuerza infinita de absorcion que no le dejaba vida, ni deseo, ni voluntad como no fuesen para doña Clara.

Hábale parecido su mujer hermosa: pero entonces le pareció que la hermosura de su mujer no pertenecía á la vida, que tenia algo de fantástico, de divino.

—¡Juan de mi alma! le dijo doña Clara; vámonos de aquí: me parece que me van á arrancar de tus brazos, que se vá á cerrar de nuevo esa puerta, que no te voy á volver á ver. Vámonos, vámonos: estás libre: he traído la orden yo misma, y nadie puede impedirte que salgas: nadie, como no sea Dios, me volverá á separar de ti.

—¿Quién te ha dado esa orden, Clara mia? dijo don Juan acordándose á pesar de todo de la pobre Dorotea.

—¡La reina! contestó doña Clara: no sé por qué medio: anoche yo me arrojé en valde á los piés de su magestad: en valde la reina suplicó al rey. Ni aun pudimos saber donde estabas preso.

—¡La reina te ha dado esa orden! dijo profundamente don Juan que no acertaba á comprender como aquella orden habia pasado de las manos de Dorotea á las de la reina.

—Si, si, repuso impaciente doña Clara, ¿pero qué importa eso? Lo que importa es salir de aquí.

Y tiró de su marido que se dejó conducir.

Al pasar por la alcaidia, el alcaide les salió al encuentro respetuosamente y gorra en mano.

En la otra mano tenía una daga y una espada, sencillas pero hermosas y fuertemente bruñidas las empuñaduras de acero.

—El señor alcalde de casa y corte, Ruy Perez Sarmiento, acaba de enviarme para vuesamerced, estas armas, que le ocupó cuando le prendió, dijo el alcaide.

El jóven se puso la daga y la espada en el talabarte, y dió las gracias al alcaide.

—Perdonad, caballero, dijo el alcaide al ver que los dos esposos seguían hácia la puerta; pero quisiera que antes de salir miráseis esta cuentecita.

Y presentó un papel á don Juan.

Aquel papel decia :

«Cuenta de lo que ha adeudado don Juan Tellez Giron, en las veinte y cuatro horas que ha estado preso en la torre de los Lujanes.

»Por alquiler de la habitacion alta donde estuvo preso en otro tiempo el rey Francisco, y donde solo se encierran personas principales, diez ducados.

»Por el alquiler de una cama con colchones de pluma, sábanas de Holanda y repostero de damascó, mantas y demás, cinco ducados.

»Por idem de doce sillas, un sillón, una mesa, un candelero de plata y una alfombra, seis ducados.

»Por una comida traída de la hostería de los Tudescos, ocho ducados.

»Por una cena de idem, cuatro ducados.

»Por un almuerzo de idem, cuatro ducados.

»Por una vela de cera, cuatro reales de vellón.

»Por asistencia, dos ducados.

»Por derechos de encarcelaje, ocho ducados.

»Todo lo cual monta la suma de treinta y siete ducados y cuatro reales de vellón.—Ginés Pidrahita.»

Debemos advertir, que de esta cuenta, solo leyó don Juan la suma total.

—¿Traes contigo dinero, Clara? dijo don Juan.

—Sí, por acaso : ¿que se necesita?

—Da á este hombre, dos doblones de á ocho.

Doña Clara sacó un precioso bolsillo, y de él dos doblones.

—Aquí sobra dinero, señor, dijo con un acento particular el alcaide, al recibir las dos monedas de oro.

—Guardadlo, dijo don Juan.

—Vivais mil años, señor, dijo el alcaide apresurándose á abrir la puerta.

Doña Clara, llevando á don Juan de la mano, salió de la torre con la

precipitacion y la alegría conque sale un pájaro á quien abren la jaula, y se metió con su marido en la litera.

—¡ Ah ! dijo, cuando se vió caminando hácia el alcázar : ¡ gracias á Dios, que ha pasado esta horrible pesadilla !

Y estrechó de una manera ardiente las manos de su marido que tenia entre las suyas.

Don Juan, sin embargo, se mostraba sombrío, pensativo y cabizbajo.

Le preocupaban el recuerdo de Dorotea y la cita que tenia aquella noche con ella en Puerta de Moros.

CAPITULO LXXV.

De cómo el cocinero mayor conoció con despecho, que no se habían acabado para él las angustias.

Encerrado en aquel aposento reservado, que como sabemos, tenia en su casa Francisco Martinez Montiño, se ocupaba en contar una gran cantidad de dinero que tenia sobre la mesa.

Con un placer sin igual, apilaba los relucientes doblones de oro, y á otro lado los escudos y los ducados de plata.

—Cabal, cabal, decia : nada he perdido ; ni un maravedi : mi mujer no me ha engañado ; habia puesto á cubierto mi dinero, y el señor Gabriel Cornejo es un hombre de bien. Mis treinta mil ducados están aquí... completos, justos. Solo he perdido el dinero que llevaba en el bolsillo y que me quitaron los alguaciles. Pero lo doy por bien empleado y mas que hubiera sido. El arca de hierro donde está el dinero de don Juan la tiene el mayordomo mayor del rey, y me será entregada segun me han dicho, para que yo responda de ella á su dueño. Además, ese bribon de sargento mayor que habia llegado á inquietarme, ha muerto. Casaré á mi hija con ese Cristóbal Cuero, y allá se arreglen : haré lo posible para que el duque de Lerma dé un empleo al galopin Cosme Aldaba, y cuando todo esté hecho, me iré con Luisa y con lo que haya nacido á Asturias, compraré una tierra y viviré en paz.

El cocinero empezó á poner en sacos su dinero, y á colocar aquellos sacos en una arca.

—Solo me inquieta una cosa : decia entre dientes y compungido... la muerte de ese pobre paje Gonzalo... esa muerte cuyo autor conozco, y á quien no me atrevo á delatar porque seria necesario delatar á mi mujer... Vamos, es necesario olvidar esto, olvidarlo de todo punto... yo no he tenido la culpa : y luego, ¿quién sabe si aquellos polvos que me dió en la cárcel Cristóbal son un hechizo ó un veneno ? los tengo aquí : me los metí sin reparar en ello en el bolsillo. Yo los llevaré al señor Gabriel Cornejo que entiende de esto y él me lo dirá. Vamos... por último... yo soy inocente : yo no tengo la culpa de nada de lo que ha sucedido.

Acabó de colocar su dinero en el arca, y saliendo del cuarto y cerrándole cuidadosamente, se fué á una habitacion donde su mujer y su hija estaban ocupadas en ponerlo todo en orden.

—¡Eh ! ¿que tal ? ¿te se ha pasado ya el susto, mujercita mia ? dijo Montño, en quien la debilidad era un defecto incurable.

—No ha sido tan pequeño que pase tan pronto, marido mio : si vos hubiérais sido mejor de lo que sois y no hubiérais pensado mal de vuestra mujer, y no la hubiérais hecho meter en la cárcel, estaríamos mejor : yo no puedo olvidarme tan pronto de lo mucho malo que habeis hecho contra mí : yo no puedo perdonaros tan fácilmente.

Esto lo decia Luisa, subida sobre una silla, de espaldas á Montño, clavando clavos en la pared y dejándole ver el pié mas pequeño y el principio de unas piernas lo mas bonito que podia darse.

—Vamos, no hablemos mas de esto, mujercita mia : yo he estado loco y á los locos se les perdona todo : yo te compraré un justillo y una saya de terciopelo tomados de oro y collar y arracadas de corales, y te daré aquellos cintillos de diamantes que te gustan tanto.

—Ya sois bueno, dijo Luisa, conoceis que habeis sido un malvado, y quereis contentarme con regalos, como si con los regalos pudiera curarse el alma.

Y Luisa se echó á llorar desconsoladamente : aquel llanto era por la muerte del sargento mayor á quien amaba, y con quien habia pensado gozar fuera de España el dinero robado á su marido.

Pero Montño era de esos ciegos que no ven ó no quieren ver, y exclamó :

—¡ Válgame Dios y que llanto tan inútil ! ya no tienes nada que temer, y yo te amo mas que nunca.

—No quereis que lllore, ¡ y me habeis llamado adúltera y miserable ! dijo Luisa buscando un pretexto á su llanto.

—Vamos, mujer, por Dios, olvidemos eso : ya te he dicho que yo estaba loco. ¿No estás bastante vengada de mí?

—No, no y no : necesito vengarme mas.

—Pues bien, haz de mí lo que quieras, pero no me atormentes mas con tus lágrimas. Tendrás todo lo que quieras : ricos trajes, hermosas alhajas...

—¡Ah! exclamó desconsoladamente Luisa.

—Y á mí, padre, ¿que me dareis á mí? dijo la Inesilla.

—A tí, hija mia, te daré un hermoso ajuar, un buen dote y te casaré con Cristóbal.

—¡Ay, padre! y ¡que bueno es vuesamerced!

—No lo cree así tu madre, que dice que se ha de vengar de mí.

—¡Bah! madre Luisa está irritadilla... pero eso se le pasará : ¿no es verdad, madre?

—¡Eh! ¡no! dijo Luisa.

—¡Todo sea por Dios! dijo Montinho : voy á las cocinas, que ya es tiempo de que yo vuelva de nuevo á mi obligacion ; quiera Dios que cuando vuelva te encuentre de mejor humor, mujer.

Y Montinho salió y se trasladó á las cocinas.

—Señor Gomez Puente, dijo al oficial mayor, que adelantó cuchilla y tenedor en mano : ¿qué haceis?

—Salpimento unos lechones, señor Francisco, contestó el oficial mayor.

—Muchas gracias, señor Gomez, dijo Montinho.

—¿De qué, señor Francisco? dijo el oficial mayor.

—Todo está en orden, todo limpio, todo á punto : parece que no he faltado yo de las cocinas.

—Vos nos teneis acostumbrados á trabajar bien.

—Veamos que vianda habeis preparado á su magestad.

—Aquí está la lista, dijo el oficial mayor, dejando la cuchilla sobre un mantel, y sacando un papel doblado del bolsillo de su mandil.

Montinho desdobló con gran interés aquel papel y le recorrió.

—Bien, muy bien, dijo, diez principios con pernils, diez platos de volateria, otros tantos de pescados, ocho de caza mayor, surtido completo de entremeses, variedad de empanadas, de asados y de fritos, seis ensaladas : todas las frutas secas y frescas de la estacion, y abundancia de conservas y dulces de repostería : bien, muy bien, señor Gomez : ya veo que no hago aquí gran falta. ¿Y la cena, señor Gomez?

—Hela aquí, dijo el oficial sacando otra lista.

Recorrióla con suma avidez Montño y con cierto disgusto, porque no halló nada que reprender, y esto hasta cierto punto ofendía su amor propio.

—Está visto, que yo aquí no hago absolutamente falta, repitió. Todo esto está muy bien.

—Vuesamerced hace siempre falta en las cocinas, dijo Gomez : hemos podido salir adelante dos dias, pero si vuesamerced faltara un dia mas, no sabríamos como componernos. Asi como asi, faltan en estas dos listas algunos platos de que gusta sobremanera su magestad, y que son tan delicados, que solo vuesamerced los sabe preparar.

—En efecto : y quiero hacer dos platillos de los mios reservados, para que el rey conozca que no me he muerto todavía. ¡ Ola ! Lamprea, hijo : prepárame unos filetes de ternera.

—Buenos dias, ó mas bien buenos medios dias, señor Francisco, dijo una voz áspera enaquel punto á las espaldas del cocinero, al mismo tiempo que una mano pesada se apoyaba en su hombro.

Volvióse de una manera nerviosa Montño, y vió detrás al tio Manolillo que le presentaba una escudilla de madera.

Estremecióse el triste del cocinero.

El bufon le miraba de una manera terriblemente fija, y con una expresion qua era un misterio para el cocinero mayor.

—¿ Qué quereis ? dijo Montño con la voz temblorosa de miedo.

—Quiero que me deis algo bueno que almorzar : tengo mucha hambre, y no puede esperar mi estómago á la mesa de mi hermano don Felipe : paréceme que esas empanadas que acaban de salir del horno, por lo que huelen, son de anguilas : apropiadme una.

Montño puso por sí mismo una hermosa empanada en la escudilla del bufon.

—Ahi veo formadas en batalla algunas botellas con telarañas : la masa, señor Francisco no pasa bien sin vino : dadme una botella.

El cocinero dió al bufon una botella que este se puso debajo del brazo.

—Ahora echadme aquí, dijo quitándose la caperuza algunos pasteillos y confituras, conque acabar mi almuerzo.

Montño le llenó la caperuza.

—Muchas gracias, hermano, dijo el bufon.

—¿ Y qué mas quereis ? dijo con voz chillona, con impaciencia Mon-

tiño, viendo que el bufon con la botella bajo un brazo, la escudilla en una mano, y la caperuza en otra, no se movia.

—Quiero que me acompañeis.

—Yo he almorzado ya.

—Que me acompañeis mientras almuerzo yo.

—No puedo: tengo que hacer un platillo de filetes de ternera sobreados, por mi propia mano...

—Y yo tengo que hablaros urgentemente de un platillo que he inventado yo, y que quiero que hagais, dijo con voz ronca el bufon.

—¡Ah! ¡habeis inventado un manjar...! dijo el cocinero que tenia graves motivos para no atreverse á desobedecer al bufon. Pues esto es distinto. Vamos, tio Manolillo, y veamos vuestra invencion.

Y salió con el tio Manolillo.

—¡Pobre señor Francisco! dijo el oficial mayor: cada dia me convengo mas de que está loco.

—Tiene los ojos que le echan fuego, dijo otro de los oficiales.

—Y se sonrie de una manera que mete miedo, observó otro.

—¡Pobre señor Francisco! dijeron todos.

Entre tanto el bufon habia llevado al cocinero á su aposento, y se habia encerrado con él.

Puso los manjares que llevaba sobre una grasienta mesa, y empezó á comer con ansia.

—Es necesario alimentarse para tener fuerzas, dijo: y sobre todo cuando hay que obrar.

—Decidme, tio Manolillo ¿para que me habeis traído aquí?

—Para deciros que Dorotea tiene que haceros un encargo y os espera al momento.

—Yo no puedo ir... y no iré... dijo el cocinero.

—¿Cómo que no ireis? ¿ignorais que sobre vuestra cabeza pende un proceso de asesinato?

—El duque de Lerma ha mandado romper ese proceso.

—¡Ah! ¡el duque de Lerma...! pues bien, el duque de Lerma os mandará prender de nuevo, en cuanto se lo mande yo.

—¡En cuánto vos se lo mandeis! ¡bah! vos sois algo fanfarron, tio Manolillo.

—Oye Montaña: si te vuelves á permitir burlas conmigo, te doy una paliza: ¿me entiendes?

El cocinero mayor se acobardó.

—Y si te niegas á servir á Dorotea, te llevo á la horca.

Entróle pavor á Montño.

—¿Pero en qué hay que servir á Dorotea?

—Puede suceder que Dorotea quiera matar á alguien.

—¡Y se valdrá de mí!

—Ya lo creo: en tu casa no es ya nuevo el veneno.

—Os digo que no, y que no, y que no: exclamó Montño poniéndose lívido de miedo: si vos sois un infame, yo no quiero serlo, y no lo seré.

—Urge aprovechar el tiempo: el asunto es importante y te voy á revelar lo que solo sabemos Lerma y yo: voy á convencerte de que Lerma es mi esclavo. Mira.

El bufon sacó de su pecho un legajo de papeles, le desató, y desdoblándolo uno de aquellos papeles le dijo:

—Lee.

—¡Dios mio! exclamó el cocinero despues de haber leído aquella carta.

—Es una prueba de traición á favor de la Inglaterra, contra el duque. ¿No es verdad? Pues lee estotra.

—¡Señor! ¡señor! exclamó el cocinero despues de haber leído aquella segunda carta.

—Aquí se prueba que Lerma roba al rey ¿no es verdad?

—Si, si.

—¿Y crees tú, que quien tiene estas y otras terribles pruebas contra Lerma, no te tiene en sus manos?

—¡Dios mio! exclamó medio muerto de terror el cocinero.

—¿Y crees tú, que si yo digo á Lerma: la vida de Francisco Martinez Montño por estas cartas, no te llevará Lerma al cadalso?

—Tened compasion de mí, Manuel: tened lástima de un hombre de bien, que ningun mal os ha hecho.

—Dorotea necesita vengarse, y para vengarse te llama. Tú eres mio y yo uso de tí. ¿Qué importa una muerte mas? ¿no matástes anoche al amante de tu mujer?

—¡Le mató Dios! ¡le mató Dios! ¡yo solo fui la mano de Dios!

—Pues bien, seguirás siendo la mano de Dios, porque haciendo lo que Dorotea te mandará, habrás matado á ese infame.

—Pensadlo bien, Manuel, pensadlo bien.

—Lo tengo pensado.

—¿Y decís que..?

—Que si no obedeces á Dorotea, vas á la horca.

—Dejadme tiempo para pensar.

—Sino te decides, te dejo encerrado aquí, voy á ver á Lerma, le arranco la órden de prenderte como asesino y vengo con la justicia.

—Bien, dijo el cocinero sudando de angustia, iré á casa de Dorotea.

—Vendrás conmigo: ya he acabado mi almuerzo, y me siento con mas fuerzas que nunca. Vamos.

Y llevándose tras sí á Montño que estaba adherido á él por el terror, salió de su aposento, y poco despues del alcázar.

Encamináronse á casa de la Dorotea.

Cuando llegaron á la puerta, el bufon dijo al cocinero:

—Llamad y entrad, aquí os aguardo.

Montño llamó temblando.

Abrióse la puerta y apareció Pedro.

—Decid á vuestra señora, dijo Montño con voz apenas inteligible, que aquí está el cocinero mayor del rey.

—No es necesario avisarla, dijo Pedro: os espera, y me ha dicho que én cuanto vengais, entreis.

El cocinero entró, y poco despues estaba á solas con Dorotea.

CAPITULO LXXVI.

En que se ennegrece á su vez el carácter de Dorotea.

La jóven cerró las puertas en cuanto entró en la sala Montño.

A pesar de su turbacion, Montño notó que Dorotea estaba llorosa, muy pálida, y visiblemente enferma. Sobre una mesa habia mucho dinero en oro.

—Tomad de aquí lo que necesiteis para una buena merienda para dos personas dijo Dorotea.

Montño que iba resignado, contestó :

—¿Cómo quereis que sea esa merienda, señora?

—Como pudiera serlo para el rey

—¿Con vinos y licores?

—Si... si... con vinos y licores.

—Pues bien, tomo diez doblones.

—Tomad lo que querais.

—¿Y para cuándo ha de estar dispuesta esa merienda?

—Para esta noche á las ocho.

—Es muy pronto.

—Tomad por vuestro trabajo lo que querais.

—No, no es eso. Lo que importa es tener cocina y utensilios.

—Cocina tendreis : utensilios, compradlos.

—Entonces se necesitan otros cuatro doblones.

—Gastad, gastad, y sino basta con el dinero que ahí está, os daré mas.

—¡Dios mio! con ese dinero basta para dar un convite de Estado en palacio.

—Pues bien, el oro hace milagros. Gastad sin miedo, y que la merienda esté dispuesta para las ocho de la noche.

—Lo estará.

—El tio Manolillo os llevará á la casa donde habeis de guisar y servir esa merienda.

—¿Será necesario buscar bajilla?

—No, se llevará de casa. Pero es indispensable buscar otra cosa, para lo cual no dudo que necesitareis mucho dinero.

—¿Qué cosa, señora?

—Un veneno que mate como un rayo.

Y al decir estas palabras Dorotea, se cubrió el rostro con las manos y rompió á llorar.

—¡Un veneno, señora! exclamó aterrado el cocinero : ¡un veneno! ¿y para que le quereis?

—Buscad un veneno : ¿cuándo habeis venido aquí, no habeis venido resuelto á obedecerme?

—Si.

—Pues bien, tomad todo ese dinero, tomad mas si es necesario. Ahí deben quedar sesenta doblones. ¿Habrà bastante?

—Si, si señora.

—Pues tomadlos.

El cocinero tomó maquinalmente el dinero y le guardó.

—Oid : el veneno le pondreis en una sola confitura, pero en gran cantidad : por ejemplo : en una pera : cuidareis que no haya otra : á esa pera la pondreis un lazo rojo y negro.

—¡Señora! ¡señora!

—Estais demasiado turbado : voy á escribiros lo que debeis envenenar, con la señal que debeis ponerle, para que no podais equivocaros.

Y la jóven se puso á escribir con mano segura pero llorando sobre el papel.

Cuando hubo acabado de escribir, entregó el papel á Montño.

—Tomad, idos : le dijo, á las ocho todo ha de estar dispuesto. ¿Lo entendeis?

—¡Adios, señora, adios! dijo Montño, y salió apresurado porque le